

13

Ella desconoce como se llama. No sabe en que lengua sueña. Recuerda palabras en árabe, en turno, en italiano, habla ademas varios dialectos. Muchos provienen de Sudan, y no, de Venecia. La gente dice —Un galimatías—. Habla un galimatías y se la entiende mal. Hay que decírselo todo de nuevo con palabras diferentes, palabras que no conoce. Le han pedido a menudo que relate su vida, y ella la ha contado una o otra vez, desde el principio, Es el principio, tan terrible, lo que les interesa. Se la ha contado a su galimatías, y así es como ha vuelto su memoria: diciendo, en orden cronológico, lo que era tan lejano y doloroso… Su memoria volvió con el relato, pero su nombre nunca pudo recordarlo. Jamas supo como se llamaba. Sin embargo, eso no es lo más importante, porque quien era de niña, cuando llevaba el nombre que le puso su padre, nunca lo olvido. En su interior guarda, como un tesoro de la infancia, a la pequeña que fue. Aquella niña que debería haber muerto en la esclavitud sobrevivió; aquella niña era y sigue siendo lo que jamas nadie logró arrebatarle.

Véronique Olmi

Bakhita



Título original: *Bakhita*
Véronique Olmi, 2017
Traducción: Fernando García-Baró Huarte, 2019
Diseño de cubierta: Fotografía de Roberto Tabarés - Modelo: Ana Isabel Álvarez de Granada

-

Revisión: 1.0
30/07/2020

Para Louis
Para Bonnie

«Nos quitarán hasta nuestro nombre. Y, si queremos conservarlo, tendremos que encontrar en nosotros la fuerza necesaria para que, detrás de este nombre, algo de nosotros, de lo que éramos, subsista».

Primo Levi, *Si esto es un hombre*.

I
DE LA ESCLAVITUD A LA LIBERTAD

Ella desconoce cómo se llama. No sabe en qué lengua sueña. Recuerda palabras en árabe, en turco, en italiano, habla además varios dialectos. Muchos provienen de Sudán y uno, de Venecia. La gente dice: «Un galimatías». *Habla un galimatías y se la entiende mal. Hay que decírselo todo de nuevo con palabras diferentes, palabras que no conoce*. Lee con lentitud apasionada el italiano y firma con letra temblorosa, casi infantil. Conoce tres oraciones en latín, cánticos religiosos que entona con voz grave y fuerte.

Le han pedido a menudo que relate su vida, y ella la ha contado una y otra vez, desde el principio. Es el principio, tan terrible, lo que les interesa. Se la ha contado en su *galimatías*, y así es como ha vuelto su memoria: diciendo, en orden cronológico, lo que era tan lejano y doloroso. *Storia meravigliosa*, título del melodrama de su vida. Una novela por entregas en el periódico y, más tarde, un libro. Que nunca leyó. Su vida contada a los demás, de la que estaba orgullosa y avergonzada. Temió las reacciones y le agradó que la quisieran por esta historia, por aquello a lo que se atrevió y lo que calló, que no habrían aceptado oír, que no habrían comprendido y que, de todas maneras, nunca se lo dijo a nadie. *Una historia maravillosa*. Su memoria volvió con el relato, pero su nombre nunca pudo recordarlo. Jamás supo cómo se llamaba. Sin embargo, eso no es lo más importante, porque quién era de niña, cuando llevaba el nombre que le puso su padre, nunca lo olvidó. En su interior guarda, como un tesoro de la infancia, a la pequeña que fue. Aquella niña que debería haber muerto en la esclavitud sobrevivió; aquella niña era y sigue siendo lo que jamás nadie logró arrebatarle.

Cuando nació, eran dos, dos pequeñas idénticas, y ella siguió siendo la doble de su gemela. Sin saber dónde estaba, vivía con ella. Estaban separadas, pero juntas; crecían y envejecían alejadas y semejantes. Sobre todo por la noche, notaba su presencia, notaba ese cuerpo que faltaba al lado del suyo, ese aliento. Su padre era hermano del jefe del poblado de Olgossa, en Darfur. El nombre de la aldea y de la región se lo dijeron los demás, aquellos a los que les contó su historia y que cotejaron los mapas, las fechas y los acontecimientos. En Olgossa, por lo tanto, su padre las había presentado, a ella y a su hermana, a la luna para protegerlas. Y fue a la luna a quien dijo por primera vez sus nombres, que recordaban para siempre cómo habían venido al mundo, y el mundo se acordaría para siempre de ellas. Ella sabe que esto sucedió así, y lo sabe de manera infalible y para siempre. Cuando mira la noche, piensa a menudo en las manos extendidas de su padre y se pregunta en qué parte de esa inmensidad habita su nombre.

Por la tarde, en Olgossa, cuando el sol se había deslizado tras los montes de piedra y los hombres y los rebaños habían vuelto, las cabras se habían arrodillado bajo los árboles, el relincho de los asnos producía una música desafinada, la tierra todavía no estaba fría y las gentes de su pueblo se reunían alrededor del fuego. Hablaban fuerte, como la multitud en los mercados pequeños. Ella se sentaba sobre la rodilla de su padre y apoyaba la cabeza contra su hombro. Cuando él hablaba, su voz le hacía vibrar la piel y le provocaba un largo escalofrío. Un escalofrío que tenía un olor, una música, un calor. Su gemela se sentaba sobra la otra rodilla. Tenía el mismo miedo que ella a la noche acechante. Pensó muy a menudo en esas tardes, en la

dulzura de su miedo protegido. Cerraba los ojos y se guardaba ese dolor indefinible, imposible de explicar. No tenía el lenguaje para decirlo, las palabras que conocía eran concretas y rudas, y cada una podía corresponder a un dibujo o una forma, pero no decían ni lo que se escapa ni lo que permanece. Era en su mirada en donde se podía leer el contraste entre su fuerza y su inocencia. Había siempre en su mirada lo que había perdido y lo que su vida interior le había permitido recobrar: su vida, que protegía como un regalo.

El rostro de su madre debía de ser bello, porque ella también lo era. Porque siempre la escogían por eso, por su belleza. Su madre debía de ser alta, de pómulos elevados, frente ancha y ojos negros, con esa luz azul parecida a una estrella plantada en medio del firmamento. Como ella. Olía a mijo tostado, al amargo azúcar del sudor y a leche. Olía a lo que daba. Ella sabía cómo olía su madre porque lo recordaba con frecuencia y, al hacerlo, se le cortaba la respiración. Era terrible no poder atraparlo, recibir el golpe sin poder disfrutar de la dulzura. Era terrible, y a la vez bueno, recibir durante unos pocos segundos ese resplandor que solo tenía que aceptar, como un misterio sin pena. De los once hijos que su madre trajo al mundo, habían muerto cuatro; a dos los habían secuestrado.

La primera vez que ocurrió ella tenía cinco años. Cinco, seis o siete años… ¿cómo saberlo? Nació en 1869. Quizás un poco antes, o un poco después. No lo sabe. Para ella el tiempo no tiene nombre, no le gusta escribir cifras, no sabe leer la hora en un reloj, solo en la sombra que proyectan los árboles. Quienes le han pedido que cuente su historia *desde el principio* han calculado su edad en función de las guerras de Sudán. Se reencontrará con esta violencia en otros lugares, pues el mundo es el mismo en todas partes, ha nacido del caos y la explosión, y avanza haciéndose pedazos.

Tiene cinco años, más o menos, y es el fin del mundo. Esa tarde lleva una luz que nunca volverá, una alegría tranquila que vibra y pasa desapercibida. Uno no sabe que está ahí. Se vive en el interior de esta alegría como un pájaro afanado, y esa tarde en su aldea los pequeños juegan a la sombra del gran baobab, y el árbol es como

una persona de confianza. Es el centro y el ancestro; la sombra y el punto de referencia. Los ancianos duermen a esta hora del día y los hombres recogen sandías en los campos. A la salida del poblado, las mujeres baten el sorgo; es la música tranquila de un poblado apacible que cultiva sus campos, una imagen del paraíso perdido que ella guardará para convencerse de que existió. Ella viene de ahí, el lugar de la inocencia masacrada, la bondad y el reposo. Es lo que quiere: proceder de una vida justa, como cualquier vida antes de conocer el mal.

Su hermana mayor, Kishmet, ha venido de la aldea de su marido para pasar la tarde con ellos. Es una chica de unos catorce años. No ha venido con su bebé, que tiene un poco de fiebre y lo está cuidando su suegra. Por unas horas, vuelve a ser la hija de sus padres. Está en la cabaña de las mujeres con la gemela, que duerme la siesta. Está triste por vivir en otro lugar, por pertenecer a su marido y no a su padre, pero orgullosa de tener un hijo. Sus pechos están llenos y, antes de dormirse, la gemela ha bebido un poco de su leche. Esto las ha calmado a las dos.

El canto de las mujeres batiendo el sorgo es como un zumbido de insectos. Tiene cinco años y juega junto a su madre con sus piedrecitas. Hace lo que todos los niños: inventa, da vida a los objetos, a las piedras, a las plantas; anima e imagina. Son sus últimos instantes de inocencia. El conocimiento va a caer sobre ella de un solo golpe y le va a dar la vuelta a su vida como a un guante. Su madre canta un poco más lentamente que las otras mujeres. Ella oye esta diferencia, los pensamientos de su madre están en otra parte, pues su hija mayor ha venido a pasar la tarde y pronto será como ella. Ya tiene un bebé y pronto tendrá otro, y luego otro. La vida de una mujer casada. El canto más lento de la madre deja ver el orgullo y la inquietud discreta. Y la ternura.

Tiene cinco años y le dan miedo las serpientes. A menudo, su hermano mayor dibuja sobre la arena largas líneas con el extremo de

un palo. Se ríe cuando ella grita, es un juego, la broma de un hermano mayor, y para siempre estarán asociados en su memoria su hermano y las serpientes. Echará de menos ese juego desigual, los ojos del hermano que esperan su miedo y se ríen por adelantado, esa mirada burlona que le echaba y que le otorgaba una pequeña importancia. Esa tarde, en el momento en que ve la huella de una serpiente que probablemente no ha dibujado su hermano, oye el enorme ruido. Desconocido. No lo comprende, pero en ese mismo instante las mujeres dejan de batir el sorgo, levantan los rostros, gritan como si la desdicha ya estuviera ante ellas y corren para atraparla. Su madre la agarra sin mirarla, como si fuera un paquete, la arrolla como a una hierba y corre aullando. Y la olvida. La deja ahí, de repente, en la aldea desfigurada, en mitad de las llamas, y se precipita en la cabaña donde duermen Kishmet y la gemela. Está sola, en mitad del fuego y los muertos. En ella se clava el terror del abandono. Llama a su madre, grita su nombre, pero su voz se pierde en el furioso ruido del fuego, en los golpes de los hombres intentando apagarlo con las horcas, vertiendo los cubos de agua y los morteros, y el humo rodea el poblado y lo ahoga. La niñita tose y llama a su madre, pero ni sus sollozos ni sus brazos extendidos reciben socorro.

Cuando llega a la cabaña de las mujeres, la madre busca a Kishmet, pero no encuentra más que a la gemela. Sola y viva. La sacude, la besa, la empuja, la aprieta contra ella. Gestos de pánico y sin coherencia. Le grita a la pequeña: ¡Dime qué has visto! Se lo repite con voz aguda, se lo ordena entre sollozos histéricos: ¡Dime qué has visto! La pequeña permanece callada. La madre sabe qué ha visto, sabe qué ha pasado. Ella misma nació en la guerra, conoce la organización de los esclavistas, sabe por qué han raptado a su hija y cuál va a ser su utilidad. Querría encontrar una última imagen suya en el relato de la pequeña. ¡Dime qué has visto! ¡Dime que todavía la ves! Pero la pequeña no se mueve. Calla. Su mirada ha cambiado, posee un conocimiento nuevo, pero todavía no sabe las palabras para transmitirlo.

Esa tarde, los secuestradores llegaron al galope, con el fuego, los fusiles, las cadenas, las horcas y los caballos, y se apoderaron de todo lo que pudieron. Sobre todo, de los jóvenes. A los chicos para los ejércitos, a las chicas para el placer y el servicio doméstico. Fueron rápidos, ya tienen experiencia. Conocían el poblado, estaban bien informados y les habían indicado el camino, quizá alguien del poblado vecino. Sabían lo que iban a encontrar.

Los hombres y las mujeres de Olgossa llegaron demasiado tarde. Sus hijos y sus hijas intentaron huir, esconderse, pero fueron capturados, heridos, asesinados, y sus voces se perdieron en el gran aliento de las llamas. Hay cuerpos desmembrados, quemados, agonizando y gimiendo en los grandes charcos de sangre. Hay cabras caminando sin rumbo, perros llorando y pájaros enmudecidos. Hay cabañas destrozadas y horcas para esclavos quebradas que señalan el paso de los saqueadores. El fuego corre aún de un lado a otro. Es la firma de los negreros.

El poblado permanece en desorden durante varios días, como un campo después de una tormenta. Ella no reconoce a su gemela y no reconoce el lugar en el que vive. Olgossa está inundado por los gemidos de los heridos, es algo interminable, una repetición del sufrimiento que da vueltas como una llamada lenta y desesperada. No reconoce a la gente con la que vive. Los habitantes han juntado a los muertos y contado a los ausentes. Han descubierto a ancianos decapitados y a niños amputados. Han descubierto el saqueo y el pillaje: los campos arrasados, las vacas agonizantes, el agua del río contaminada por los cadáveres hinchados. Cualquier signo de vida aniquilado. Las mujeres se han arañado los cuerpos hasta sangrar y han golpeado sus frentes contra el suelo, con gritos que ella nunca había oído. Los hombres han cogido las lanzas y los tambores y se han ido durante la noche. El hechicero ha venido y ofrecido sacrificios. Al cabo de unos días y unas noches, los hombres han vuelto, sin mirar a sus mujeres. Y ante sus hijos también han bajado los ojos. Contra los fusiles y la pólvora, sus arcos y sus flechas solo

han servido para señalar su impotente presencia. Qué ironía.

Durante mucho tiempo permaneció el olor de los cuerpos y de la paja quemados en la aldea, y las cenizas volaron varios días antes de desaparecer en el viento, y cuando lo hicieron, todo había terminado realmente. Pero sobre la arena, delante de la cabaña de las mujeres, el cuerpo de la hermana mayor ha dejado la huella de una serpiente tan ancha como una rama de baobab. Ella la ve todo el tiempo, incluso cuando los demás caminan por encima, incluso cuando la lluvia transforma la tierra roja en montones de barro. Ve la imagen de su ausencia brutal y muda. Esa advertencia. Y conserva el miedo desnudo, el de sus propios alaridos que su madre no oía. Es un peligro nuevo: perder la protección de su madre. Una madre que ya no reconoce. Una mujer inquieta, nerviosa y sin reposo.

Por supuesto, los habitantes de Olgossa pensaron en abandonar su poblado, pues los mercaderes ya lo conocían y seguramente sus agentes volverían. Y después pensaron en los que lo habían hecho antes que ellos, los que habían huido de su aldea saqueada, abandonado sus plantaciones, perdido sus rebaños, los que se habían marchado a otro lugar del que nunca habían vuelto. Los habían encontrado muertos de hambre al pie de las colinas, en la llanura y en el bosque. Así que los habitantes de Olgossa se quedaron. Con el miedo de ir a buscar madera, de ir a buscar agua, el miedo de que los niños se alejasen, de que las mujeres fuesen demasiado hermosas, el miedo a que los fusiles y la pólvora regresasen al galope. En cualquier momento. El día, la noche. Y su alegría se volvió más incierta, turbada por el duelo y la impotencia, y una nueva desconfianza hacia los extranjeros, pero también, y sobre todo, hacia los que no lo eran y que habían indicado a la perfección dónde encontrarlos.

Su madre tenía muchos hijos. Siempre la recordó así, con niños sujetos a sus manos, a sus piernas, niños que le hinchaban el vientre, le chupaban los pechos, dormidos sobre su espalda. Un árbol con sus ramas. Es su madre. Madre de todos los pequeños, madre amante y universal, espejo de todas las mujeres que han dado su vida, permanece siempre joven y fértil, amante y poderosa. Es el amor incondicional, el amor absoluto y mártir. La *Mater doloroso*.

Intentó conservar las imágenes bonitas de esta madre, imágenes anteriores al saqueo. Ese día de fiesta en que vio su cuerpo pintado de rojo, brillante de aceite, que parecía una llama tensa encima de la arena. Era hermosa como una desconocida. Los niños la seguían cogiéndose de la mano, con tímidas risas. En el poblado siempre había muchos niños. Se crecía con un niño entre los brazos, sobre la cadera, la espalda o cogido de la mano. Se crecía acogiendo a todo aquel que viniese detrás de uno, se crecía para poder llevarlos y esto nunca terminaba. Los niños se escapaban, se dispersaban, iban libres y desnudos, con sus gritos agudos, sus risas y sus llantos fugitivos. Y ya nacían otros.

Ella se acuerda de que, para esa fiesta, su madre se había trenzado los cabellos con perlas rojas, amarillas y azules. Había rodeado su cintura y sus muñecas con las mismas perlas rojas, amarillas y azules que habían pertenecido a sus ancestros y eran el símbolo de su tribu, su reconocimiento, como las pinturas sobre los cuerpos y las caras, los tatuajes en los párpados, los peinados y los adornos. Todo esto son colores que vuelven a ella, pedazos de la infancia que resurgen y en los que quiere creer. Para esa fiesta, su

madre se había tomado su tiempo, tiempo para ella sola, y cuando terminó, le dijo a su madre: *Eres preciosa*. Pensó que era como una joya, y se juró que más tarde se le parecería, que se parecería a esa llama roja a la que siguen los niños.

Durante los dos años posteriores al saqueo, ella pensaba que se casaría, que tendría hijos y que llenaría el gran vacío dejado por la hermana mayor. Ella repararía la desgracia. Esto es lo que haría. Reparadora de desgracias. Para que su madre deje de ser esa mujer que se cae, esa mujer al acecho que ordena diez veces al día no alejarse, no hablar nunca con extraños, no seguir nunca a las gentes que no son del poblado, ni siquiera a las mujeres, ni siquiera a los adolescentes. Es una letanía que ya no oye, es el nuevo canto de la madre.

Ahora tiene siete años, y sabe que tras las colinas han desaparecido su hermana mayor y otras muchachas y otros muchachos; se han convertido en esclavos. Esclavo, no sabe exactamente lo que es. Es la palabra de la ausencia, de la aldea en llamas, la palabra tras la que no hay nada más. Lo ha aprendido, y luego ha seguido viviendo, como hacen los niños pequeños, que juegan y no saben que están creciendo y aprendiendo.

Tiene siete años, lleva las vacas al río, nunca va sola, nada de alejarse, nunca, pero la necesitan y eso le gusta. Tiene su lugar. Y también su carácter. Dicen que es alegre, que está siempre de buen humor, que no sabe estarse quieta. Su madre dice que es «dulce y buena», así que, hasta cuando se enfurece, hasta cuando monta en cólera, ella intenta parecerse a lo que dice su madre de ella, «dulce y buena», y eso la retiene un poco, la hace entrar en razón, a ella, que tiene una imaginación tan grande y que cada día inventa nuevas historias que cuenta a los chiquillos, historias llenas de mímica para amplificar el relato, con gestos y efectos de voz. Le gusta la mirada de los críos esperando la continuación de la historia, sus gritos de falso miedo, sus manos sobre la boca, sus risas de alivio. Le gusta

darles esos momentos de fantasía, el orgullo que produce hacer florecer los sentimientos ocultos: el miedo y la esperanza.

Tiene siete años y obedece a su madre cuando una tarde le pide que vaya a buscar hierba a la salida del poblado. No está sola, está con su amiga que se llama Sira. Recuerda un nombre suave, por qué no Sira. Avanza balanceando las manos y cantando su cancioncilla, «Cuando los niños nacían de la leona», una canción que se ha inventado ella misma y que canta a los chiquillos. La canción habla de una vieja que se acuerda de que antes los niños nacían recubiertos de pelo y armados de dientes que perdían al crecer y volverse verdaderos humanos. Cuando inventa, es espíritu, niño perdido, animal guerrero. Su propio miedo siempre se calma con el final feliz de la historia.

Esa tarde, su amiga Sira camina a su lado. Se hacen las remolonas para ir a buscar esa hierba que les ha pedido la madre, sienten pereza, el viento amaina, el sol ha perdido su dureza, y quizás debido a esta dulzura Sira y ella están tan despreocupadas y distraídas. Ven a los dos hombres y no desconfían. Ni pólvora, ni fusil, ni caballo, son dos hombres de una aldea no muy lejana. Vecinos.

Ellos también han sido víctimas de saqueos. Lo han perdido todo. Quizá quieran cambiar a una de esas dos niñas por otra que los negreros les han arrebatado y que esperan recobrar. Quizá se han vuelto ellos mismos esclavistas. Han sufrido el saqueo de su poblado e intentan sobrevivir. Y las dos pequeñas están solas. Tan jóvenes. Una niña pequeña es lo que más caro se vende, más incluso que un niño. Los niños de entre siete y diez años son lo más codiciado, y ella, ven que ella ya es hermosa, lo ven, esa belleza que va a abrirse y que vale realmente cara. Una belleza para un harén. Sonríen. Saludan, en un dialecto no muy distinto del suyo, y esperan un poco, a pesar de la impaciencia, esperan, se hablan en voz baja y se ponen de acuerdo en cómo proceder: no se llevarán más que a una, ya no

son tan jóvenes y ellas tienen un aspecto robusto, deben de defenderse como tigresas, una solo es menos arriesgado, la más guapa, por supuesto. Solo uno de los dos le habla, para no asustarla, el otro se queda dispuesto a intervenir en caso de resistencia.

El hombre le pide a Sira que se aleje. Que se aleje un poco. Un poco más. Más abajo. Sira retrocede, sin darse la vuelta, retrocede. Él le sigue indicando con la mano, y ella obedece. Se detiene cerca del río. Los hombres se sorprenden de la facilidad del asunto, las pequeñas no rechistan, no están lejos del poblado, un solo grito y ellos habrían salido corriendo. A ella el hombre le dice que vaya en sentido opuesto, hacia el banano. No se mueve. Parece confundida, casi idiota. Él le señala el banano, le dice que hay que ir a buscar un paquete, ella no entiende. Mira el árbol. Y mira a su amiga. Sira da saltitos de un pie al otro sin parar, y sus ojos son inmensos. El hombre le habla ahora más fuerte. «No conoce nuestra aldea». Piensa eso, y ese pensamiento es como una flecha. Su amiga brinca aún más rápido de un pie al otro y fija sus grandes ojos en ella mientras llora. Siente el miedo. Está atrapada en las redes del miedo que circula de los hombres a Sira y de Sira a ella misma. Sus orejas zumban y se le nubla la vista. El hombre hace una mueca, ella ve sus dientes amarillos, su sonrisa es impaciente, y el otro, que mantiene la mano sobre la cadera, resopla con fuerza, está molesto. El hombre vigila, el poblado no está lejos, alguien podría pasar por allí, es el final de la tarde, van a recoger los rebaños, esta cría es guapa pero estúpida. Ella siente que el tiempo se distorsiona y se vuelve pesado. No ve el paquete. No puede hablar. No tiene ganas de llorar. No intenta huir. Nota que se desliza y cae en algún lado. Pero no sabe dónde. Sira la mira, con los puños en la boca, doblada en dos, y se diría que su cuerpo va a hundirse en la tierra. El mundo está en silencio y furioso. El viento ya no sopla, el cielo blanco está cubierto por una única nube inmensa, inmóvil. El hombre insiste. Ella mira el árbol al que le pide que vaya. No sabe por qué, pero obedece. Va hacia el árbol. Los dos hombres la siguen, la alcanzan prudentemente, bajo el banano. El sonido de su corazón. Como un

tamtam convocando a la reunión. El hombre que tenía la mano sobre la cadera saca un puñal y lo pone contra su garganta, con la otra cubre su boca, «Si gritas, ¡te mato!», esta mano es tan grande, le abarca toda la cara, huele mal, y el tamtam le golpea la cabeza, el pecho, la tripa, y le tiemblan las piernas. No sabe qué es lo que ha enfurecido a los hombres. Ahora berrean en su dialecto y el puñal se apoya con fuerza sobre su cuello, ella piensa que quizás se comen a niñas pequeñas como su gente se come a las gacelas. La arrastran como a una gacela muerta, está desnuda, como los niños de su poblado. Avanzan arrastrándola. Olgossa se aleja. Se derrumba más rápido que bajo las llamas.

Caminó con ellos hasta la noche. No oyó a la gente de su poblado persiguiéndolos. No oyó el redoble de los tambores de la sabana. No vio aparecer a su padre, poderoso y temido. Siguió caminando, durante mucho tiempo, mientras declinaba el día, y no dejaba de esperarlos. Se preocuparían, marcharían rápido, correrían y los encontrarían. Pero no venían. Y tuvo entonces un terror repentino, la revelación de lo que había desencadenado. Vio su poblado en llamas y pensó que era por eso por lo que no venían a socorrerla. Se llevan a un niño y la aldea arde y los habitantes se afanan en luchar contra la destrucción. Esto es lo que había hecho. Ella había desobedecido y desencadenado la catástrofe, y una vez más, llamar a su madre, tender los brazos, era inútil. Ya nadie la oía.

Esperó. Esperó mucho. Y anduvo mucho. Llegó la noche, y después… Lo de después nunca lo ha contado. Como si nunca lo hubiese recordado. *Como si nunca hubiera pasado*. Eso no es una historia maravillosa. *Storia meravigliosa*. Para que una historia sea maravillosa, el principio debe ser terrible, por supuesto, pero también la desgracia debe ser aceptable y que no se mancille a nadie, ni al que la cuenta, ni a los que escuchan.

Cayó la noche. Estaba sola con los raptores. ¿Cómo contar lo que desearía no haber vivido nunca?

La caminata duró dos días y dos noches. No sabía dónde estaba el gran río, dónde estaban los poblados, qué había detrás de la colina, detrás de los árboles, detrás de las estrellas. Así que intentó memorizarlo todo, para hacer el camino en sentido inverso y volver

a casa. Tenía miedo y memorizaba. Estaba perdida y recitaba: el riachuelo. El cercado con las cuatro cabras. La duna. Los arbustos. El pozo. Dos bananos. Unas zarzas. Un perro amarillo. Un asno. Dos asnos. Una palmera enana. Un anciano sentado. Unas acacias. La duna. Un campo de mijo. Un camino de guijarros negros. Un elefante detrás de un baobab. Unas hierbas verdes. Unas piedras rojas. Y vuelta a empezar. Dos asnos. Un anciano sentado. Unas acacias. La duna. Tropieza. Se cae. El riachuelo. El cercado. Se pone de pie. Un pozo. Un camello. La luna. Duda. Las estrellas: el Perro, el Escorpión y las tres Estrellas Gemelas. Dos asnos. No. Dos palmeras enanas. El campo de mijo. Oye el grito chirriante de las hienas. El calor se ha transformado en hielo en la noche que llega, el viento es frío y veloz. El paisaje se desvanece. Se encuentra en mitad de lo invisible.

La entrada de una aldea. Un pequeño camino de tierra, algunas cabañas y perros flacos y los ecos de una vida lejana. Hay hombres allí, hablando entre ellos, distraídamente y sin pasión. Saludan a los dos hombres, y retoman su conversación. Están acostumbrados a los niños robados, los hay por todas partes y todo el tiempo, desde siempre. No miran a la pequeña, no hay ni piedad ni curiosidad. Es una tarde cualquiera.

Los secuestradores abren una puerta. La arrojan dentro. Cae. Sobre una tierra dura y helada. Cierran la puerta con un gran cerrojo. Está aterrorizada, y la palabra *mamá* es la única que recuerda, la única cosa que existe realmente. Esta palabra habita en su cabeza, en su pecho, en todo su cuerpo. Se mezcla con el dolor, con el miedo inmenso de lo que le han hecho, de lo que no entiende, es el único nombre que le queda. Le falta otro: el suyo. La primera noche, los dos hombres le preguntaron cómo se llamaba. Ella tenía demasiado miedo para mirarlos. Con la vista clavada en el suelo veía el puñal. Frío y brillante. Cómo se llama. Cómo la llamaba su madre. Cómo se llama. Cómo la llamaba su padre cuando le hablaba a la luna. Uno de los hombres le puso las manos

sobre las piernas delgadas, heridas por las espinas de acacia a lo largo de la marcha. Cómo se llama. Se ha dejado el nombre junto al río. Se ha dejado el nombre bajo el banano. Decía cómo había venido al mundo. Pero ya no se acuerda de cómo vino al mundo. Llora de pánico. Tan solo permanece el nombre de su madre. Está por todas partes. Y no sirve para nada.

No hay sol en la habitación cerrada a la que la han lanzado, y nunca cae la noche. No hay sol. No hay luna. Ni tampoco estrellas. El exterior se adivina débilmente a través de un agujerito horadado en lo alto de la pared. La dejan ahí durante mucho tiempo. Un mes, quizá. Es un tiempo sin ritmo, un tiempo que se confunde con la angustia. Llama a su madre, y su madre no viene. Se lo suplica con ternura. Le pide perdón, Perdón, lo siento, Perdón no volveré a hacerlo, castígame, corrígeme, Perdón. A veces, su madre aparece en sus sueños y delirios, apariciones que la mantienen unida a los suyos. ¿Acaso se levanta por las noches para esperarla? ¿Suplica a su padre que la encuentre? ¿La maldice por haber agrandado la profunda herida de su sufrimiento?

A veces piensa que va a quedarse allí toda la vida, con los dos secuestradores que van por la tarde con un poco de pan y de agua, y también con su violencia. Va a crecer así. ¿Acaso es esto posible? ¿Sucede realmente? ¿Qué te olvide todo el mundo, menos esos dos hombres? ¿Existir solo para ellos?

Ella está en la noche, y no hay nada tras esta noche. Esta noche empieza una y otra vez. Nota las ratas, los piojos en el pelo, todo es invisible y amenazante, está sucia y acorralada, tiene un cuerpo nuevo, lleno de dolor y vergüenza. Ahora ya solo se acercan a ella para hacerle daño. Una presencia es una amenaza. Tardará mucho en dejar de sobresaltarse cada vez que se le acerca alguien, en dejar de tener miedo a una mano tendida, a una mirada demasiado segura de sí misma. Tardará mucho en dejar de sentirse una presa, en dejar de lado el instinto de permanecer alerta, incluso en la alegría o

durante el sueño.

Duerme acurrucada como un feto, se chupa el pulgar y, de vez en cuando, entona su canción «Cuando los niños nacían de la leona», poniéndose la mano sobre el pecho para sentir cómo vibra la piel, al igual que la de su padre. Su voz tiembla como el aire bajo el sol de mediodía y su piel se hace pedazos. Las picaduras de las cucarachas y las mordeduras de los ratones le dibujan marcas ardientes que ella sigue con los dedos.

Una mañana decide escapar. Encuentra en sí la fuerza de la esperanza, de creer en algo y desobedecer. Durante días, escarba la tierra, el agujero en lo alto de la pared de arcilla. De puntillas, con el cuerpo extendido, escarba todo lo que puede. Es pequeña y delgada, pero decide escarbar todo el tiempo, todos los días, y así el agujero se ensanchará y volverá a casa. Descubre en su interior una fuerza obstinada, tenaz, esas ganas de vivir que llamamos instinto de supervivencia. Siempre habitarán en ella dos personas: una a merced de la violencia de los hombres; la otra, que rechazará ese destino, extrañamente precavida. Su vida merece algo diferente. Lo sabe.

Escarba todos los días y repite Mamá, Mamá. Ese nombre la sustenta, vive en el tempo de esa palabra repetida que se ha convertido en una orden. Los dedos le sangran pronto. Se le forman costras, pero se rompen con facilidad. ¿Cómo agrandar el agujero, con qué? Una mañana le echa ratones para que la ayuden. Pero los que no caen al suelo salen por el agujero sin arañarlo siquiera. Los chillidos de los que caen le atizan el miedo. ¡Hazme diminuta!, le pide una noche a la luna que no ve. ¡Sácame de aquí! Llora y se siente desaparecer, la vida la abandona. Y luego se endereza. Algo tira de ella, arrastrándola fuera de la desesperación. Mira el agujero y le habla. Se hacen amigos. Enemigos. Un animal al que domar. Un espíritu al que suplicar. Lo ve ante sus ojos hasta cuando los cierra. Lo ve en su cabeza incluso cuando duerme. Durante un día entero, frota el pelo contra el agujero. El pelo se le rompe. El agujero no se

ensancha. De puntillas, lo mide cada día con las manos extendidas. Tres manos. Y nunca más.

Entonces encuentra otra manera de salvarse. Ahora se cuenta a sí misma las historias. A veces se imagina a los críos escuchándola, vuelve a ver sus ojos llenos de miedo y esperanza, empieza la historia y nunca termina, no sabe dónde se para, todo falla, la inunda la fiebre y se sumerge en el mundo de antes, en el que oye las voces por la noche para traer de vuelta los rebaños. Las llamadas de su madre para ir a comer. Las voces quebradas de las ancianas conversando al atardecer. Lo ve y lo oye todo. Lo pone a su alrededor y convierte los escorpiones, las ratas y las hormigas en personas amadas, les da nombre, los mira vivir. Por un momento, esta otra realidad la salva de la muerte. Pero vuelve la desesperación. Ve dónde está realmente. Ya no es nadie. Grita como un animal abandonado. Grita y llora entre la fantasía y el sueño, los viajes entre lo imaginario y lo real, entre la infancia y el fin de la infancia. Aprieta los puños. El agujero en la arcilla es un ojo vigilante. Está arriba. No la suelta.

Una mañana, uno de los captores abre la puerta y la arrastra afuera. La luz es como un cuchillo. Hay voces. Hay hombres. Un bullicio compacto en una lengua que no es la de su tribu. Inmediatamente comprende que quienes están ahí no son los de su poblado. La decepción es tan violenta como el sol. Nota las manos de los hombres sobre ella y abre los ojos. Agujas blancas bailando, nada más. Uno de los hombres le levanta los párpados y dice que está enferma. El secuestrador le agarra el mentón, la fuerza a abrir la boca y a enseñar los dientes. Lanzan un palo para que corra a por él y lo traiga, al principio no lo entiende. No va a buscarlo. Le dan una bofetada y vuelta a empezar. Corre. El hombre escupe cuando se cae. Sus piernas ya no la sostienen, se sujeta a dos trozos de madera doblados. No entiende qué es lo que tiene que hacer. Ha enloquecido. No sabe qué quieren. La inspeccionan. Por todas partes. Le hacen daño y no entiende por qué siempre quieren hacerle daño. Llora de incomprensión y de desánimo, y el

secuestrador se enfada, le enseña al mercader los músculos de la pequeña, los gemelos y los brazos, y sobre todo le repite que es hermosa. *Yamila*. Es la palabra que la nombra. *Yamila*. Empiezan los regateos, las discusiones y las risas cargadas de desprecio. Sus ojos se acostumbran a la luz. Ve que hay hombres y mujeres detrás. Un pequeño grupo esperando. Ella no sabe qué. Escucha la negociación en una lengua que no entiende. ¿Va a volver al agujero? Un momento después, desea que a esos hombres los haya enviado su padre, pues ve dinero pasando de la mano del hombre a la del captor. Ve claramente las monedas. No quiere volver al agujero, quedarse con los captores, prefiere irse con esas gentes, quiere irse con esas gentes. Escucha y entiende algunas palabras que dicen que tiene *unos siete años*, que dicen que se llama *Bakhita*. El secuestrador mete el dinero en una bolsita y la empuja hacia el grupo que espera. Está aterrorizada, pero abandona su prisión. No sabe que *Bakhita*, su nuevo nombre, significa «la Afortunada»[1]. No sabe que la han comprado unos negreros musulmanes. En verdad, ella no sabe nada de lo que todo esto significa.

Están encadenados unos a otros. Los hombres delante. Tres. Las cadenas alrededor del cuello, unidas al cuello de los otros dos. Las mujeres detrás. Tres. Las cadenas alrededor del cuello. Unidas al cuello de las otras dos. Están todos desnudos, como ella. A su lado también hay una niña pequeña, apenas mayor que ella, que no está atada. Se encuentran entre dos guardias y van cerrando la marcha. Ve la comitiva, los guardias tienen látigos, fusiles, los encadenados caminan sin quejarse, no la han mirado, no la mirarán. Ella buscará ya siempre la mirada de los seres maltratados por la vida, el trabajo o los amos. Entra en el mundo organizado de la violencia y la sumisión, tiene siete años y, a pesar del miedo, está atenta. No sabía que se podía caminar encadenado y azotado. No sabía que se le hacía eso a los hombres. No sabe cómo se le llama a eso. Así que se lo pregunta a la pequeña.

—Chitón… —le responde la pequeña.

—¿Quiénes son?

Lo repite, más bajo. Pero la pequeña le hace un gesto que no entiende. No habla su dialecto. Señala a los adultos, muy jóvenes, que caminan delante de ellas:

—¡Ellos! ¿Quiénes?

La pequeña frunce el ceño, intentando comprender, y de pronto dice:

—Abid.

Luego la señala a ella:

—Tú, abdá.

La angustia la golpea como una bofetada. ¡*Abdá*! Su hermana… Eso es. Eso es lo que le pasó. *Abdá*, *esclava*, es la peor de las desgracias, *abdá*, es Kishmet y es ella, y de repente es real, existe

ante ella, está ahí, justo delante de sus ojos, y por primera vez se pregunta: «¿Acaso Kishmet está AHÍ?». Se lo preguntará ya siempre.

Se vuelve a ver perdida en el humo del poblado llamando a su madre que no la oye. Mira a las jóvenes encadenadas y oye a su madre: ¡Dime qué has visto! Ahora se lo ordena su madre. Entonces mira: los cuerpos tan jóvenes encorvados, y las cicatrices en la espalda, los pies destrozados, y la palabra Esclavo, la palabra del terror camina delante de ella. La pequeña a su lado se señala y dice en voz baja: «Binah. Bi-nah». Luego la señala a ella y le pregunta algo que no entiende, pero que adivina. Querría responderle, pero no sabe cómo. Hace mucho que no le han hablado y cualquier lengua ahora le resulta extranjera. Duda. Mira a los esclavos. Se frota con los dedos los ojos húmedos, se seca los mocos con el brazo sucio y dice, por primera vez, se señala y dice: «Bakhita».

Los días siguientes tiene la impresión de estar cruzando la tierra entera. Llanuras y desiertos, bosques, cauces de ríos sin agua, ciénagas apestosas; franquean grietas, zanjas en un suelo muerto. Suben montañas. Con piedras ardientes que se mueven bajo los pies y que hacen caer a los hombres cargados como asnos, piedras con serpientes debajo que silban levantando la cabeza. Se repite su nombre, un nombre que odia, e intenta conocerlo. «Bakhita no chilla cuando ve la lengua de la serpiente bailando», «Bakhita no coge la mano de Binah cuando se cae sobre las piedras…». Con este nuevo nombre, tiene miedo de que el sol y la luna no la reconozcan. Intenta encontrarse en esta nueva vida, pero no sabe a dónde van, qué va a pasar. Sabe que su poblado se aleja, no conoce el paisaje, todo lo que ve es nuevo para ella. El viento es cálido, le azota las piernas con puñales de arena, y sus pinchazos permanecen largo tiempo sobre la piel, como las mordeduras de los mosquitos invisibles. Hay días en que el cielo se llena de agua, un vientre enorme y gris encima de ellos, pero nadie le habla a la lluvia, nadie reza ni canta por que venga, así que se quedan con su sed, separados

del ciclo.

Ya no está en la prisión, está en el inmenso mundo cambiante, y mira, agotada, pero también con avidez. Ve pájaros de alas rojas y azules llamarse desde la distancia, encontrarse y desaparecer rápidamente, como si se los borrase del cielo de un plumazo. ¿Vuelan estos pájaros hacia su madre? ¿Pueden ver las dos las mismas cosas? ¿Puede enviarle sus pensamientos? La busca en todo lo que ve. Una mañana, muy temprano, ve un halcón descansando en el cielo, con las alas abiertas como una mano tranquila, y esa tranquilidad la hace llorar. Se parece a su madre antes de la gran desdicha. Ve flores meciéndose en el viento y se pregunta qué le quieren decir con su danza, pero no lo adivina. Su madre lo sabe. Su madre sabe leer los paisajes. Ve un árbol en la tierra, volcado por bestias salvajes, con las ramas plantadas en el suelo como garras, y piensa en el tronco del baobab caído sobre el que juegan los niños en su poblado y donde se sienta su madre para ver llegar el sol de la mañana. Oye animales corriendo, los oye sin verlos, sus pasos tiemblan bajo sus pies, piensa en su madre cuando baila, no la abandona, pero más allá de esos pensamientos están la fatiga y el dolor. La sed que la hace babear. Y sus llantos cuando mira a las mujeres atadas y que no son su hermana mayor. Sus gargantas hacen ruidos de agua, toses que no salen. Agonizan y tropiezan, sin cesar de mover las manos, les tiemblan los dedos al final de los brazos. Tienen los cuellos hinchados y con cortes. A veces sus dedos intentan apartar la cadena, siempre hacen ese gesto, no sirve de nada, dejan de hacerlo. Y lo intentan otra vez. Esto hace reír a los guardias. También los enoja, les dicen que tienen suerte de tener las manos libres, que no va a ser por mucho más tiempo, y entonces se sirven de los látigos, los palos o los puñales, agitan los fusiles, las mujeres tienen miedo y cuando una cae hace caer a las demás, y es un gran desorden, las cadenas las estrangulan un poco más, hay gritos y llantos, hay que pensar siempre en las demás encadenadas, ella, ella piensa en su hermana mayor. ¿Le hicieron lo mismo?

Entiende que, desde que fue secuestrada, no ha hecho un pequeño viaje, ha caminado mucho, y ya ni siquiera intenta tomar puntos de referencia: las colinas, las montañas, las dunas, las llanuras y los bosques, no puede aprenderse todo eso. Es el mundo, ella lo descubre, los dialectos cambian, como los paisajes, la forma de las cabañas, los animales en los cercados y en las llanuras, los rostros de los hombres y de las mujeres, las marcas sobre su piel, el negro de su piel, algunos están tatuados, otros están escarificados, ella nunca había visto eso, es hermoso y aterrador. Algunos son altos y delgados como tallos; otros, pequeños como niños viejos, y todos están acostumbrados a ver las caravanas pasando. Su poblado se encuentra en la ruta de los esclavos, que van de *zeriba* en *zeriba*, esos centros diseminados por todo el país en los que se reúne, se guarda y se clasifica el marfil y a los cautivos para los grandes mercaderes a quienes pertenecen. A veces, en estos pueblos por los que pasan, se llevan a cabo negocios improvisados. Los que no tienen esclavos que vender venden a alguien a quien han raptado o bien a un miembro de su familia, Bakhita lo vio una vez en una aldea despoblada por el hambre: un joven famélico que ofrecía en venta a una niña desfigurada por la delgadez. Los guardias habían escupido al suelo, ¿por quién los tomaba? Le habían dado un latigazo a la niña y ella había caído al instante, demostrando que no valía nada. Bakhita no había entendido que era la hermana del muchacho, se lo había explicado Binah, que había insistido en que la creyese. Bakhita se tapa los oídos. A veces el conocimiento del mundo es una gran fatiga. Y luego, al momento siguiente, es lo contrario. Quiere verlo todo, escucharlo todo. Hasta lo que no entiende. Quiere recordar palabras en árabe, recordar lo que ve, lo que el hambre y la miseria hacen con los hombres. Ve el miedo del que surge la cólera y la desesperación de la que surge la ira. Recibe todo esto sin poder darle nombre. El espectáculo de la humanidad. Esta batalla que destroza a todos.

Descubre que todo el mundo compra y vende esclavos, no tener uno o dos es la peor de las miserias. Ve a los esclavos en los campos

y las casas: herreros, milicianos, agricultores, están por todas partes, una epidemia de esclavos, y cuando sus guardias compran nuevos esclavos, solo a jóvenes, siempre es el mismo proceso. Antes de comprar, verifican los dientes, los ojos, la piel, dentro, fuera, los músculos, los huesos, lanzan el palo, los obligan a dar vueltas, saltar, subir los brazos y, a veces, también a hablar. Pegan a las mujeres que lloran. Que aúllan cuando las separan de sus pequeños, o dejan de aullar. Abren la boca y su voz habita en el fondo de su vientre, en el hielo. Bakhita las mira y piensa en el bebé de Kishmet, ¿sería niña o niño? Está atontada, aturdida por tanta desgracia. Está metida en esta historia, *abdá*, y no sale, no sale de esta historia aterradora. Sigue. También tiene miedo, pues el mercader compra y abandona. Abandona a los que la marcha ha agotado, a los que tosen, a los que cojean, a los que sangran, a los que caen, pero a Binah y a ella las conserva. Ella quiere que las conserve. Porque, sin él, sería peor, lo sabe. Ser abandonada por el guardia no significa ser libre, sino lo contrario. Desde su rapto sabe que la pueden coger otros hombres, mantenerla y revenderla. Por eso tiene miedo de lesionarse. De caer enferma. De dar muestras de fatiga o sed. Sigue la caravana, los hombres delante, las mujeres detrás, Binah y ella entre dos guardias. Es una larga fila desnuda y desesperada que cruza el mundo en medio de una gran indiferencia. Ella, a la que su padre había presentado a la luna, ella, que se sabía la invitada de la tierra, he aquí que el universo ya no la protege. Los esclavos pasan y no habitan en ninguna parte. Su pueblo ya no existe. Forman parte de esa dispersión, ese martirio, los hombres y las mujeres, lejos de sus tierras, que caminan y a menudo mueren en el camino.

Por la noche, antes de descansar, los guardias retiran las cadenas y los candados del cuello de los hombres y de las mujeres, y se los ponen en los pies. Los encadenan de dos en dos. Hacen lo mismo con Bakhita y Binah. Las atan juntas, por los pies, y lo hacen todo juntas. Con mucha vergüenza. Al principio, no se atreven a mirarse, y apenas se hablan. Una noche, la vergüenza las hace reír, así que conservan esa risa, y las noches siguientes se ríen de antemano de lo

que tienen que hacer juntas, en la tierra, y aunque sus risas son más forzadas que sinceras, le otorgan a la vergüenza un poco de dignidad. Bakhita lo aprende y lo conservará toda su vida como una última elegancia: el humor, una manera de significar su presencia y también su ternura.

Bakhita y Binah intentan mezclar sus dialectos, pero les cuesta. Añaden alguna palabra árabe, pero las pocas palabras árabes que conocen son violentas y rudas, inútiles para lo que desean contar. Tienen ganas de contarse historias de antes. Decirle a la otra cómo era antes, cuando eran pequeñas (aún más pequeñas), para poder así mantenerse ligadas a su vida, tener su propia historia, con sus vivos y sus muertos. Bakhita comprende que a Binah la han secuestrado poco antes que a ella. También quiere reencontrarse con su madre. Le dice que a su hermana mayor no la raptaron los negreros. Murió trayendo al mundo a una criatura. Para que la entienda, imita el parto, al bebé y la muerte. Bakhita no lo entiende todo. Mira a esta niña y piensa en los niños a los que contaba historias, ve en la mirada de Binah la misma esperanza. Decide no hablarle de su gemela, de su padre, del rebaño de vacas al que llevaba cerca del arroyo, de su hermano dibujando el paso de las serpientes sobre la arena. Y cuando Binah le pregunta su verdadero nombre, tuerce la boca y se pellizca el brazo para no llorar. Binah sí sabe cómo se llama. Se llama Awadir. Se lo dice a Bakhita como un secreto que jamás debe revelar. La noche siguiente duermen agarradas de la mano. Bakhita siente entonces una fuerza insospechada, una corriente poderosa: compartir con una desconocida el amor que ya no podemos ofrecer a los que nos faltan.

Un día, bajo la violencia de un sol blanco, la caravana llega a Taweisha. Ya no es exactamente la misma. A algunos esclavos los han vendido, otros han muerto, y las hienas y los buitres han seguido a la caravana a lo largo de toda la marcha, esperando a que los esclavos los alimentasen. Los enfermos que desataban los guardias y que agonizaban de cara al cielo. Los que dejaban de

respirar y súbitamente caían. Los que suplicaban, a los que los guardias golpeaban en la cabeza y dejaban tirados. El camino de la caravana está trazado por esqueletos partidos como manojos de madera, limpios y blancos. Bakhita ha conocido una muerte sin ritos ni sepultura, una muerte más allá de la muerte, no son hombres los que mueren, es un sistema que vive. Ha tenido miedo del aullido de las hienas y del vuelo pesado de los buitres; ignora que, en otros caminos, los de las grandes caravanas, estos animales, totalmente saciados, ya no se desplazan. Los esclavos mueren y permanecen en el gran silencio de los caminos semejantes a fosas comunes.

Taweisha, ese puesto central al que por fin llegan tras treinta días de marcha, es la última ciudad fronteriza entre Darfur y Kordofán. Hasta esta *zeriba* conducen los cazadores de esclavos a los cautivos que no llevarán ellos mismos a la costa. Es la ciudad de todos los tráficos y contrabandos. Tráfico de eunucos. Tráfico de esclavos intercambiados o vendidos a intermediarios. Contrabando de marfil, de plomo, de mercancías, de espejos, de perfumes; las pequeñas y las grandes caravanas se dan cita allí, pequeños bandidos o grandes mercaderes, y todo se evalúa, se mide, se vende.

Hay cabañas de paja y cabañas de piedra agarradas a la colina, donde viven sus habitantes. Para los esclavos se reservan, al pie de la colina, unas grandes cabañas sin ventanas. Cuando llega a Taweisha, Bakhita ignora que esta población forma parte de la organización implacable del esclavismo. Su caravana la inspeccionan inmediatamente dos *faruks*, negros como el ébano, negros como ella, negros como sus captores, pero también esclavos. Son los responsables del campo, los militares sin los cuales no se puede hacer nada. Envidiados y protegidos, en Taweisha poseen granjas, tienen mujeres, niños, también esclavos, muchachos muy jóvenes que han sido secuestrados o que se han presentado voluntarios para servirles y cuya gratitud es inmensa, son niños soldado, rescatados de la miseria. Los *faruks* hablan con los guardias, se conocen bien, es una cuestión de confianza, de organización y de jerarquía. Algunos

habitantes bajan de la colina y vienen también a verlos, dicen cosas en un idioma que Bakhita no entiende, hay niños mirándolos sin sorpresa porque sucede todo el tiempo, los esclavos que hay que clasificar antes de salir hacia el gran mercado. Y de repente se hace el silencio, los cuerpos se enderezan, luego se inclinan. El clérigo musulmán, el *faqí*, acaba de llegar. Bakhita debería agachar la mirada, pero no lo hace, y de pronto la atrae un recién nacido que duerme en los brazos de su madre, una habitante de Taweisha. Tiene ganas de tocarle los pies a ese bebé. Mentalmente, sale de la fila de esclavos, abandona lo sórdido y va hacia la vida más frágil, la más nueva. Apenas se fija en el *faqí*, venerado y temido, vestido todo de negro, con la larga barba flotando sobre el pecho, que viene a buscar a los niños. Entre las hileras de esclavos, se oyen gritos y llantos, latigazos y súplicas, el miedo circula como el viento. Bakhita se queda absorta contemplando los pies del bebé. Son tan pequeños, había olvidado lo bonito que es un pie, con sus minúsculos dedos y sus uñas casi transparentes, sus pliegues, su curva, su fina piel. Había olvidado el pie de un niño, ese pie que aún no ha caminado. El *faqí* sigue con su selección, sabe que, de los veinte pequeños que escogerá ese día, solo dos sobrevivirán a la emasculación. La singularidad, justamente, marca el precio, y nada compensa más que un eunuco. El aire está cargado, la brisa levanta la tierra seca con pesada pereza. Bakhita estira la mano hacia el pie del bebé, su madre retrocede gritando, un guardia golpea a la pequeña con el látigo, se escucha un silencio antes de que ella se eche a llorar, y el bebé llora a su vez, el grito de la madre lo ha despertado. Bakhita no llora solo por culpa del látigo, esa sorpresa que quema, llora por los bebés de su poblado, el de Kishmet, y el que ella fue y que ha desaparecido. Es un dolor inconsolable. La madre y el niño se alejan. Los veinte muchachos siguen al *faqí*, los va a emascular él mismo, una excepción de la que se enorgullece, ya que habitualmente es una operación que encargan a los judíos y que ningún musulmán debe practicar, pero los eunucos escasean y los *faqís* de Darfour se ponen manos a la obra. Darfur, en el oeste de Sudán, es el nuevo lugar de la trata, un lugar de asilo para todos los malhechores, la violencia en la violencia, lo inhumano en

lo humano.

Bakhita solloza, y a través de las lágrimas que le queman los ojos llenos de polvo, ve a una joven esclava arrancándose el pelo mientras chilla. Binah le explica: «Su hermano pequeño. Hermano. Suyo». Le señala a Bakhita la fila de niños que sigue al gran sacerdote. No están encadenados, se toman de la mano y avanzan con tranquilidad, el *faqí* les ha dicho que los escogía para un gran destino, una vida de elegidos. No entienden el árabe. Pero avanzan sin rechistar porque han visto los castigos que se infligen a los que desobedecen, así que se portan muy bien. Durante un breve instante, uno de ellos se da la vuelta hacia la muchacha que se ha vuelto loca: una simple mirada, de una dulzura lejana.

Después de esto, los esclavos se ponen nerviosos y empiezan a temblar de cansancio bajo el cielo blanco y a apoyarse los unos contra los otros, a hacerse daño, a tirarse del cuello entre ellos, los guardias temen que se estropee la mercancía, abren los candados para quitarles las cadenas del cuello y ponérselas en los pies, abren la puerta de las grandes cabañas circulares, lanzan a las mujeres en una, a los hombres en otra, dicen: Nada de fornicación, los esclavos entienden esta palabra, pero ¿quién tendría estómago para hacerlo, quién de entre ellos tendría la fuerza para aparearse? No viven. Sobreviven.

Bakhita comprende con rapidez que estar en la cabaña es peor que estar fuera. Se reencuentra con esa opresión, con esa vida en el agujero donde la habían tenido encerrada los secuestradores, y aquí los escorpiones son grandes como una mano, las ratas parecen zorros pequeños. Arrastra a Binah al fondo de la cabaña, se abrazan y tararea su cancioncilla «Cuando los niños nacían de la leona», no dice realmente la letra, solo la música escapa de entre sus labios resecos, canta siempre las mismas notas, intenta, una vez más, escapar en su cabeza, pero alrededor todo grita y gime, el mundo que la rodea es más fuerte, no consigue salir de él, nota a Binah

contra ella, agotada y prudente, que ha apoyado la cabeza sobre su hombro, y le dice: «Me gusta tu cancioncilla». No comprende la frase, comprende el sentimiento. Y a partir de entonces, así es como avanzará en la vida. Ligada a los demás por la intuición, sentirá lo que emana de ellos por la voz, el paso, la mirada, un gesto a veces.

Mira. A aquellas con las que vive. Las mujeres que estaban ahí antes y las recién llegadas, de las que forma parte. La mayoría son jóvenes, hay otras niñas, se miran, buscan a una de las suyas, piden noticias en una mezcla de dialecto y árabe, y luego, decepcionadas y cansadas, vuelven a su condición de niñas en venta. Huele a vómito y a mierda, sudor, pus y orina, sangre menstrual, duermen todas sobre el mismo suelo, cuando duermen. ¿A dónde van? ¿Qué van a hacer con ellas? ¿Cuánto tiempo va a durar esto? Lo ignoran. Vienen a buscar a las enfermas: salen y ya no las vuelven a ver. Vienen a buscar a las más mayores: salen y ya no las vuelven a ver. Se llevan a las jóvenes por unas horas, y cuando vuelven, se tambalean como borrachas y hablan de matarse. Otras cuentan historias terribles que nadie quiere comprender y que nadie quiere creer cuando las comprenden. Bakhita oye la historia de una esclava que no era capaz de seguir a su caravana y a la que el mercader había atado por el cuello a un árbol para asegurarse de que no descansaba, para asegurarse de que moría y de que nadie más obtenía beneficio. No oye el nombre de esta esclava, pero piensa en su hermana, y sabe que a ella también la han desbautizado, ¿cómo se llama hoy? Un nombre musulmán para que se convierta en musulmana, pero también para mezclarlas a todas, para que nadie encuentre a nadie, crear una gran confusión, formar parte del gran rebaño. Hablan de esclavas abandonadas con la horca al cuello por el comprador, que no tiene con qué alimentarlas; de esclavas apuñaladas o muertas a balazos; hablan de aquella cuyo bebé tiraron a los cocodrilos y que saltó al río para reunirse con él; y también de aquella que estaba embarazada, a la que le abrieron la tripa en dos porque los secuestradores habían apostado sobre el sexo del feto. Bakhita quiere dejar de oír estos relatos que no comprende bien. Más allá de la

desconfianza que reina en la cabaña, de la ira y la locura que se apoderan de unas y otras, está el amor a Kishmet, por lo que, durante un breve tiempo, todas las encerradas se le parecen. La que se rasca las mejillas hasta sangrar. La que se golpea la cabeza contra el muro de adobe. La que ha dejado de hablar, pero gruñe y gime. La que reza. La que ronca. La que ríe mientras llora. Y esa niña tan pequeña que ha ido a acurrucarse contra ella, que se niega a hablar y mantiene los ojos cerrados. Bakhita nota cómo late el corazón de la niña, que tiene el tic de golpetearse el brazo con un dedo; quizá se intenta calmar, quizá marca el ritmo de una historia, quizá ha perdido la cabeza, cómo saberlo. Es como un polluelo sobre un poco de paja, un ínfimo espacio de calor en el que encontrar reposo; con los ojos cerrados contra Bakhita, respira sin miedo. Bakhita no la conoce. Ni su nombre, ni de dónde viene, o cómo ha llegado hasta allí. Tiene cuatro años, a lo mejor cinco. Bakhita siente que todas esas mujeres encerradas querrían hacer como la niñita. Pone la mano sobre su cabeza y nota la sangre latir contra su palma. Y se calma a su vez. Se atreve a pensar en lo que ama, se atreve a invocar la cara de su madre. Su risa. Su voz. Su olor. Esa otra vida. Cuando se llamaba. Cuando se llamaba… ¿Cómo se llamaba? ¿Y su gemela? ¿Y su hermano mayor? ¿Y su amiga? ¿Cómo se llamaban todos ellos? Busca, y luego se duerme, con la niñita apoyada contra ella, que babea y suspira profundamente.

Por la mañana se despierta con un sobresalto. El gallo acaba de cantar por primera vez. Oye la llamada a la oración. Sale súbitamente de un sueño violento, colorido e incoherente. Está sudando y el corazón le late en la garganta. La pequeña ha entrelazado las piernas con las suyas, dos piernecitas flacas y estropeadas. Tiene el ceño fruncido, la boca apretada, está tensa como una hierba seca. Seguramente también ella tiene un nombre musulmán. Un nombre que no dice cómo era el mundo el día que nacieron. Pero sus padres no pronunciaron en vano los sermones a la luna. Sus padres son poderosos y buenos. Y tiene la certeza de que su nombre olvidado vive en alguna parte, protegido. Intuye los

cuerpos dormidos en el atroz olor y los ruidos íntimos, y decide que quiere llamarse Bakhita. Lo decide, lo acepta. Bakhita. *Abdá*. La esclava. Como las mujeres y la chiquilla que tiene entre los brazos. Dice *sí*. Y se vuelve a dormir. Se desliza en un sueño en el que su madre la abraza. Busca las palabras para decirle que la quiere, tranquilizarla, pero la quiere tanto que no encuentra las palabras. Para ese amor no existen.

Al cabo de unos días, las hacen salir de la cabaña. No solo para trabajar o para complacer a los hombres. Los sacan a todos. A los hombres, a las mujeres. A los jóvenes, a los chiquillos. Salen. A los muertos los han tirado y, antes de que no valgan nada, a los enfermos los han malvendido a comerciantes ambulantes, cuya primera opción siguen siendo los jóvenes y los niños, sanos y robustos. Salen y se reencuentran con el día. Los olores a pan cocido, a maíz tostado. Los ladridos, el balido de las cabras y el rebuzno de los asnos, las llamadas y las voces del pueblo, son la vida, y la vida es de una belleza insoportable. Bakhita oye el ruido del viento en las hojas del baobab, es fuerte y tan familiar que se le saltan las lágrimas. No sabe por qué lo que es hermoso la hace sufrir tanto, por qué el desorden de esas hojas temblando le oprime el corazón. Los empujan, los ponen en filas, y el miedo, al instante, se apodera de ellos. Un poco más lejos, delante de ella, oye llorar a la pequeña que dormía entre sus brazos. Por encima de su queja está el ruido del viento en las hojas del baobab. Es un canto que se hincha, desafinado. Ya hace calor, y en cada esclavo habita un gran desánimo por tener que irse otra vez, caminar y no morir.

Van a decidir quién ira hacia la costa, al inmenso mercado, Jartum, donde viven los tres grandes comerciantes que se reparten el tráfico. Hasta allí, han pasado de mano en mano, de intermediario en intermediario, el destino final se acerca. Los inspeccionan de nuevo, los evalúan y los dividen en grupos, los *faruks* dirigen las operaciones, también se encuentra allí el *faqí*, regateos, discusiones, conversaciones eternas. Bakhita sabe que no debe abrir demasiado los ojos, que debe caminar lentamente para volver a acostumbrarse,

sabe que no le debe tocar los pies a los bebés, mirar a los adultos a la cara, hablar con Binah, mostrar el cansancio o pedir de beber, sabe cómo debe comportarse, pero tiene tanto miedo de que la separen de Binah que le tiemblan las piernas; de vez en cuando se entrelazan los dedos y dicen: *No te suelto la mano*. Ven a los muchachos y a las muchachas partir, uno detrás de otro, formarse la caravana, marcharse y vuelta a empezar, las llaves y los candados, las cadenas, uno tras otro los van seleccionando, y piensa que si a Binah y a ella las separan, se volverá loca, como aquellas a las que vio en la cabaña, y piensa en su madre, otra vez, «Mi pequeña es dulce y buena». Sigue siendo su pequeña. Sigue siendo dulce y buena. No se ha vuelto loca. No lo va a hacer. Ve tropezar y partir a la pequeña que dormía entre sus brazos, la cara alzada y la mirada perdida, buscando a una mujer a la que aferrarse. El grupo se va, una nube de polvo atrapada en la luz cegadora.

Cuando se ha alejado el ruido de los hierros, los látigos y las órdenes, cuando ya no oye más que los ladridos de los perros que los perseguían y los ladridos de los perros de vuelta, no quedan muchos en la *zeriba*, y entre ellos se encuentran ella y Binah. Juntas otra vez, puede que por un día o dos solamente, pero juntas. Quizás había demasiados niños en la caravana que acaba de partir, es complicado, una mercancía preciosa que ralentiza las expediciones. Las han dejado aparte para otro convoy. Es una sorpresa increíble, lo que les sucede es el azar y la alegría, las ganas de gritar y de dar palmadas, las ganas de saltar, abalanzarse en los brazos de la otra y sentir contra el cuerpo su cuerpo delgado, sus huesos de niña, su olor a humedad, orina y polvo, su olor a viejo que no pega con la fuerza de esta felicidad furtiva. Por supuesto, no lo hacen. Se arriesgan a agarrarse la una a la otra, pero sin dar muestras de apego, sin desbordar humanidad.

El guardia las encadena juntas y las vuelve a encerrar, y se hablan. Sin entender sus dialectos, entienden sus penas. Sin seguir realmente las historias de cada una, se cuentan su desobediencia, su

poblado, sus padres, sus abuelos, sus hermanos y sus hermanas, sus primos, sus ancestros, sus muertos, todos los que las esperan, y se vuelve todo ello real, y también interminable, como si ya tuviesen una larga vida a sus espaldas. Cada una domestica las palabras de la otra, a veces es desalentador e incomprensible, a veces concuerda y fluye con fuerza, entonces se ponen a repetir las palabras extranjeras, y cuando se callan y se quedan solas con todo lo que han confesado, la pena las inunda con tal violencia que una mañana, en un arranque de locura, lo hacen, lo deciden, y se lo dicen: van a reunirse con sus familias. Es una señal de inconsciencia, de juventud y de vida. Van a escaparse.

Así transcurren tres días. Hablando y soñando con sus poblados y su evasión. Forman parte de un mundo que no ha desaparecido, pues se acuerdan de él, van a volver a él, volver sobre sus pasos, volver al punto de partida. Bakhita se imagina en los brazos de su madre, agarrada a ella con los ojos cerrados, olerá el aroma de su leche, su sudor dulzón, su gemela estará allí, esa otra *ella* que la ha esperado y que ha hecho posible que no se hubiese ido por completo de la aldea, una parte de ella es *abdá*, la otra ha permanecido libre, y todas las noches se refugia en las rodillas de su padre. La emoción es un motor y una parálisis, Bakhita está sumida en todas las corrientes contrarias del sueño y de la angustia, se pregunta si Olgossa todavía existe, si su marcha no hizo que el poblado estallara en llamas, si los habitantes no han huido de ese lugar que se ha vuelto tan peligroso, ¿acaso los lugares siguen existiendo después de que los hayamos abandonado?

En su inocencia y su esperanza, sus diálogos imprecisos, Binah y ella se imaginan que sus poblados son próximos, que sus familias están juntas, encontrar a una es encontrar a la otra. Durante el día trabajan en una de las granjas de la *zeriba*, junto a otros esclavos, mujeres viejas, silenciosas y agotadas, las vigila un guardia, y están encadenadas. Por la noche, en la cabaña sin ventanas, siguen encadenadas. Sin embargo, saben que van a encontrar el modo, la

evasión comienza en el espíritu. Por la noche, Bakhita canta su cancioncilla, se la enseña a Binah en el fondo de la cabaña, que está lleno de imágenes, de cantos y de historias de su familia, y también se cuentan los cuentos, el del mago que repara a las niñas, y el de la madre salvaje, todo vuelve, y los juegos con las piedras y el de la luna, todo renace y se acerca, su mundo va a cambiar, su mundo ya ha cambiado.

Y una tarde sucede. El guardia vuelve del campo con la carreta llena de espigas de maíz. Está de mal humor y tiene mucha prisa. Las hace salir de la cabaña y les ordena seleccionar el maíz, lo debe vender antes de la noche, no les conviene retrasarse. Para que vayan más rápido, les quita las cadenas. Las oyen caer. Y luego sienten los pies moviéndose libremente sobre la tierra, los tobillos bailando, de atrás adelante, pueden enderezarse, darse la vuelta, pueden moverse sin hacerse daño la una a la otra, sus piernas parecen dos plumas, podrían echar a volar. Esto las estremece violentamente. Casi les da miedo. Porque saben. Es ahora. Tienen que hacerlo ahora. No les hace falta decirse nada. Hay que obedecer y seleccionar el maíz para que no les peguen, pero también tienen que dejar de seleccionar el maíz y escapar. Les tiemblan las manos, seleccionan las espigas y miran a su alrededor, rápido, como pájaros, giran la cabeza, el maíz, el poblado, el maíz, los caminos que rodean el poblado, los ruidos, los olores, el mundo respirando, el maíz, el mundo que se abre y se cierra, el maíz, y el guardia vuelve a su cabaña. Las deja. Solas. A las dos. Sin las cadenas. Oyen la llamada a la oración, y esta voz ya no les da miedo, es una voz en el viento, el cielo, en otra parte.

El corazón de Bakhita retoma su ritmo de tamtam, como cuando los hombres la secuestraron detrás del banano, es la misma llamada que golpea en sus oídos y arrastra el cuerpo dulcemente, aporrea, insiste, no se para, aporrea, insiste hasta el vértigo… Ya no son capaces de seleccionar las espigas para la venta y las espigas para alimentar a los animales, las lanzan al azar, en cualquier lado, miran la puerta del guardia, todavía cerrada, vigilan, esperan el momento

en que van a echar a correr. Los niños juegan en la colina, sus gritos y sus risas en la noche que viene, las llamadas de los asnos que esperan su comida, los perros dando vueltas alrededor de los hombres que van a alimentarlos, y es para ellas una gran suerte que los perros tengan hambre. Hay una mujer cerca del pozo. Ha llenado su vasija, la ha levantado, puesto sobre la cabeza y ahora se queda ahí. Binah empieza a llorar porque esta mujer se queda cerca del pozo, sin razón, sola, con su fatiga y su pereza. La puerta del guardia sigue cerrada. Un hombre pasa al lado de su cabaña, duda y, finalmente, no llama, se va, tiene un rosario en la mano, lo agita rápidamente, las mira y se va balanceando el cuerpo, muy grande, torcido, y la mujer se aleja del pozo. Está oscuro. No queda nadie. Siguen oyendo el grito de los asnos en el silencio. Se parece a los sonidos de los cuernos de vaca en que soplan los músicos. Se parece a una llamada de socorro. Se parece a una señal. Sin hablar, sin mirarse, arrojan la última espiga y se cogen de la mano. Corren.

Al azar. Lo más rápido que pueden. Corren. La noche viene, y ellas corren sobre una tierra sin cielo ni luz, la luna se ha escondido detrás de las nubes, la oscuridad las protege. Sus manos están apretadas, unidas, y su respiración canta como las flautas, corren, sin pensar siquiera que corren, y ya no sienten ni la fatiga ni el miedo, todo recto hacia delante, huyen. *No te suelto la mano*.

Llegan a un bosque. Bajan el ritmo de la carrera, pues es imposible correr en mitad de los árboles y de sus raíces. Los árboles están llenos de pájaros llamándose para la noche. En las ramas se oyen sus alas, chasquidos rápidos y desordenados. Se oye a los monos, con sus chillidos. Los árboles son altos, apretados, tan cerca los unos de los otros, con sus ramas subiendo hacia el cielo, aspiradas por el aire. Caminan con rapidez durante mucho tiempo. Y se paran. Les hace daño respirar. El sudor fluye como la lluvia. Tienen la boca caliente y seca. No saben dónde están. No saben en qué dirección tienen que ir. Hay que continuar.

Y caminan en la noche, un nuevo mundo, compacto y pesado, pero al final de este mundo, sus madres las esperan. Ya no sienten las piernas, están más allá del cansancio y el dolor, más allá de cualquier pensamiento. De repente, una luz, un destello que viene desde el fondo del bosque, es una llama que pasa entre los árboles sin quemarlos, y se sostiene alta y con seguridad, corren de nuevo, se les enredan los pies en las raíces, y de golpe, el bosque se enciende. Llamas, por todas partes, como si la que las seguía hubiese encendido otras, alimentadas por su fuego, y en el bosque y en el cielo, temblores amarillos y rojos, la guerra las acorrala. Corren. Se caen, se hacen daño, se vuelven a levantar, y justo antes de que las atrapen las llamas, renuncian a todo, el incendio ha ganado, se paran. A Bakhita le tiemblan las piernas ensangrentadas como si las persiguiese un látigo. Toma aire. Mira. El bosque está sumergido en la noche. Ya no hay llamas. Seguramente nunca las hubo. La imaginación las ha amenazado, el delirio las ha perseguido. Oyen los últimos pájaros respondiéndose, los últimos ruidos de las hojas, los monos gimiendo y luego todo, realmente todo, se calma.

Bakhita y Binah son dos niñas perdidas, han estado dando vueltas, se han inventado el incendio, y en su persecución imaginaria han vuelto sobre sus pasos. Permanecen silenciosas y desamparadas en el bosque inmóvil, se toman de la mano, están vivas. No desconfían cuando oyen los pasos tranquilos y lentos acercándose. Creen que siguen teniendo alucinaciones, pero pronto un gruñido profundo y cansado se une a los pasos que se aproximan. Es un gran felino. Paciente. Infalible. Bakhita empuja a Binah hacia un árbol y la pequeña trepa, sostenida por el miedo, sube con facilidad. Bakhita la sigue. Se acordará toda su vida de esta noche. Es como un cuento, un mito. Le proporcionará un orgullo del que se sentirá un poco avergonzada, pero que la llevará de vuelta al salvajismo real de un Sudán que era suyo y al que sabía hacer frente. A los niños siempre les gustará que lo cuente. La bestia que va a devorar a las niñas que se han escapado. Les gustará imaginarse a Bakhita de pequeña durmiendo en un árbol, como los monos o los pájaros.

Lo que no les contará a los niños son los gemidos de la pequeña Binah, el terror. Lo que no les dirá es que, en invierno, cuando los lobos aúllan en las colinas de los alrededores de Venecia, oye a Binah. Binah la llama, pero ella no la salva.

Por la mañana las despierta el bosque, el bullicio de los pájaros cantando, como si los árboles estallasen, las llamadas y los gritos hambrientos de los animales en el día que nace, discordantes, incesantes. Apenas pasa la luz entre los apretados troncos, y en lo más alto las hojas son del color transparente del agua. El espíritu de la noche se ha apaciguado y les ha dado una nueva oportunidad. Es la primera mañana sin cadenas, sin guardias, es el primer día.

Recogen frutas que no saben bien cómo abrir, que no saben cómo se llaman, el mundo las acoge y las alimenta, es algo de lo que se acuerdan: un tiempo sin amenazas. La impaciencia por volver a sus madres las empuja otra vez, y tras dos horas de marcha, salen del bosque y llegan a la gran llanura. Es un paisaje ancho, nuevo, tienen ganas de correr sobre esta llanura, pero está recubierta de pequeños baches, se diría que la tierra ha hervido y conservado las quemaduras, como miles de ampollas, caminar es difícil y, muy pronto, doloroso. También hay arbustos recubiertos de espinas que el viento empuja hacia ellas, flotan sobre sus piernas y las arañan, no pueden hacer nada para defenderse, pero caminan a pesar de todo, caminan, y el sol está alto, el cielo ardiente desciende sobre ellas. Es el camino para reencontrarse con sus madres, hay que seguirlo, y hablar con sus madres todo el tiempo, calmar su inquietud, Bakhita cuenta a la suya lo que ha visto, lo que le han hecho, y su madre se lo perdona. Este perdón la sostiene, y todo este día de espinas y calor lo atraviesa por ella.

El día se oscurece, la noche va a llegar, y con ella la nostalgia y la aprensión. Dejan de hablarse. Avanzan, decepcionadas sin decírselo,

desorientadas e indecisas. Y en el mismo momento, las dos la oyen. La voz humana. Las deja clavadas en el suelo. Se paran para buscarla. La llanura está desierta. Son dos pequeños puntos negros en la mano del crepúsculo. La voz se acerca. Se acuclillan tras los arbustos de espinas y observan. La voz está ahí. Con las palabras de la cólera y la amenaza. El guardia las ha encontrado. Su voz la lleva el viento. Se cogen de la mano. Binah se echa a llorar, su mano tiembla con fuerza en la de Bakhita, como si alguien intentase separarlas. La voz está muy cerca ahora, y es la voz del látigo. La voz que da miedo hasta cuando calla. Ha vuelto a menudo a buscar a Bakhita. Volvía cuando dormía. Le decía que no tenía derecho a descansar. Volvía cuando rezaba. Le decía que no tenía derecho a la esperanza. Esa voz está ahí, en la llanura que creían desierta. De cuclillas tras las espinas, saben que el guardia las va a ver, pero levantarse delante de él, eso no pueden hacerlo, soltarse la mano, no pueden hacerlo. Lo esperan, con la cabeza agachada y acurrucadas, y se lo hacen encima, más sucias y avergonzadas que nunca. El guardia está quizá ya a su altura, paciente, gozando de su cólera. Cierran los ojos con tanta fuerza que les tiemblan, se muerden los carrillos, el interior de sus bocas selladas, y oyen. Los gemidos. Las quejas. Las toses que parecen silbidos. Bakhita reconoce el ruido del agua en la garganta de las mujeres. Son los esclavos. Los esclavos que pasan ante ellas. Los esclavos que vuelven.

Avanzan en medio del pesado ruido de las cadenas. Se arrastran, golpean la tierra de sus desgracias. Es el ruido del hierro chasqueando y gimiendo en el viento. La larga fila de agotados y moribundos. Los gestos de dolor y los labios abrasados. Los ojos ciegos. La piel desgarrada. Y se diría que no pasa una caravana, sino una única persona, un único dolor que planta su paso en la llanura y la aplasta.

Miran pasar a los esclavos. Y miran cómo desaparecen. La voz del guardia se desvanece. Esa noche la desgracia ha caminado ante ellas y las ha esquivado.

Quedarse en la llanura significa exponerse, demasiado a la vista, deben alejarse de la ruta de las caravanas. Su único punto de referencia es el bosque, por lo que allí regresan, descorazonadas y aterrorizadas por la oscuridad; vuelven sobre sus pasos esperando que sus pasos las lleven a algún lado, pero ellas no saben leer ni el cielo ni la tierra, y sus sombras las siguen al azar.

A Binah le duelen los dientes y gime tocándose la mejilla. Bakhita ya no siente nada, ningún dolor, su cuerpo está más allá del sufrimiento, es un bloque, una piedra. Caminan hasta la noche profunda, y cuando al fin entran en el bosque, recto y alto como un rey gigante, no es un alivio, sino una gran confusión. Bakhita no sabe reconocer a los espíritus benévolos. Mira la noche e intenta acordarse de lo que le contaba su madre sobre el mundo, tiene miedo de que la noche la borre, de que la haga desaparecer. Todo puede suceder. Todo ha sucedido ya. Esta noche no tienen el coraje para dormir otra vez en un árbol, con la aprensión de poder caerse, así que se abandonan a una confianza fatalista y se acuestan sobre el suelo. A Binah le siguen doliendo los dientes. La arena le ha abierto heridas a Bakhita en los pies, el dolor la golpea hasta el corazón. Es la minúscula parte de ella que todavía vive. Está acostada sobre las duras hojas secas, sin moverse, sin dolor, sin pena. Va a la deriva. Y de repente sucede. Una luz muy fina, una mano posada en su interior, que toma su dolor, el de su alma, y el de su cuerpo, la envuelve sin sacudirla, como un velo que la cubre. Respira sin que le duela. Vive sin que sea aterrador. Espera un poco, sorprendida, se pregunta si va a durar mucho, dura, entonces se sienta y mira la noche. Es clara, y tiembla con un calor que la atraviesa, y se abandona a este calor.

Ha contado aquella noche. El folletín de su *Storia meravigliosa* relata «su encuentro con su ángel de la guarda». Ella no llamaba así a esta noche de consolación. Era un misterio y una esperanza, eran, sobre todo, las ganas de seguir viviendo, el intersticio por el que pasa la última fuerza humana, con la certeza fulgurante y violenta de no

estar totalmente sola.

Al día siguiente, menos seguras, menos inocentes, caminan largo y tendido, salen del bosque, no es la llanura que atraviesan las caravanas, sino la estepa. Una estepa que les parece inmensa. Hasta donde alcanza la vista. Bakhita recordará siempre esta estepa como un océano de olas bajas e interminables. La estepa se extendía sin cesar, y al caminar la hacían nacer de nuevo, perdían cualquier tipo de referencia; era, para las dos niñas, como un vértigo.

Tropiezan en las hierbas sin quejarse. El viento las sacude, las esquiva, y luego vuelve para abofetearlas desdeñoso. Las hierbas les hacen cortes en los pies y las piernas, siguen caminando, bajo el cielo inmenso que nada revela. El paisaje no cambia jamás, las mismas horas bajo el mismo cielo vacío, caminan, los ojos ardiendo, los labios ensangrentados, y Bakhita siente cómo su cuerpo se encoge en la sed y el hambre. Siente la sed en los músculos y bajo la piel. Siente que pronto ya no sentirá nada.

Y de repente ven los campos. Al principio no lo creen, todo es difuso e irreal, esos campos de pronto son como una ilusión. Binah oye el arroyo antes de verlo, un ruido golpeando el viento, un minúsculo ruido que se mezcla con su ancho soplido. Bakhita no lo oye. Sin Binah estaría muerta. Sin Binah no habría tenido la fuerza para creerlo: en el sonido del viento también estaba el sonido del agua. Beben durante largo rato, y cuando ya no tienen sed siguen bebiendo, beben hasta vomitar, como caballos imprudentes. Beben y se lavan, notan el flujo resbaladizo y tibio del agua, las lágrimas de agradecimiento se mezclan con el agua del río. Es un momento como los de antes, que les dice que su infancia no está tan lejos, la sorpresa que les van a dar a sus familias, qué aturdimiento esta alegría, es casi dolorosa.

Se ponen otra vez en marcha y vuelven a tener ganas de hablar, se cuentan, de nuevo, a quiénes van a volver a ver, a los vivos y a los muertos. A los padres y a los abuelos. Bakhita conoce las historias

de Binah, le parece haber entendido algunas por completo, su hermana pequeña a la que enseñó a andar y que se llama Mende, el gatito que le dio su padre y que se llama Gato, Binah siempre quiere que Bakhita le cante su cancioncilla, «Cuando los niños nacían de la leona», y sus recuerdos, comprendidos o incomprendidos, se funden, como si se los regalasen para tener más. Pero el rostro de sus madres… La voz de sus madres la guardan para sí, en una esperanza tan fuerte que se sujeta en un sollozo. No hay que volver a ser dos niñas pequeñas tan rápido. Hay que aguantar. Tener valor. Y fuerza para las dos.

El día siguiente es una jornada agradable. Es el tercer día, están muy cerca. No más bosque, no más llanura de los esclavos, no más hierbas movedizas de la estepa. Ahora hay campos, animales, el trabajo de los hombres. Hay vida y signos de vida. Por instinto, se mantienen alejadas de los poblados. Vigilan a los vendedores ambulantes sobre sus cargados asnos o sus bueyes descamados. Los oyen venir de lejos, venden telas, cebollas, abalorios de vidrio, anillos de hierro o cuero, y a veces humanos, viejos o enfermos en la mayoría de los casos, los débiles de los que no se encargan los negreros. Tener un esclavo en venta revaloriza un poco su comercio, el que no vende ni siquiera eso es realmente el más pobre entre los pobres. Ellas empiezan a comprenderlo. Observan también a los encadenados y a los hombres solos, han aprendido de los animales la prudencia y el presentimiento, avanzan observando desde lejos, bordean el mundo, ese mundo que las atrae y las intriga, y se preguntan quién será la primera que verá aparecer el árbol de su poblado. Y de pronto, Binah empuja a Bakhita en el hombro:

—¿No es esa tu mamá, allí? ¿Tu mamá? ¿Allí?

Bakhita no sabe a dónde mirar, Binah le señala a una mujer que lleva a un niño cantando sujeto a la cadera y a otro durmiendo sobre su espalda.

—¡Es ella! ¿Eh? ¿Es tu mamá? ¿Tu mamá?

La mujer no se parece en nada a la mamá de Bakhita, ni en el tamaño ni en la cara ni en el color de la piel, y ¿qué estaría haciendo ella aquí, en ese poblado que no es el suyo? Bakhita señala un rebaño de vacas a Binah:

—¿Las vacas de tu aldea, allí? ¿Eh? ¿Tus vacas? ¡Allí! ¡Mira!

Se callan y se echan a llorar, descorazonas y decepcionadas,

como si la otra no hiciese ningún esfuerzo por reconocer a los suyos, como si la otra obrara de mala fe. Querrían preguntarle a alguien el camino, pero no se atreven a hablar con extraños, querrían pedir ayuda, pero en cuanto abran la boca, la gente comprenderá que no son de allí, pero ¿por qué no hay en ninguna parte, en ninguna colina, en ningún cercado, en ningún caminante una sola señal de sus familias? Tanto mundo y nada que las concierna, después de tres días de marcha y coraje, nada que les resulte familiar. Siguen caminando, y pronto las acompaña la oscuridad, las lleva suavemente hacia otra larga noche a la intemperie. Y repentinamente aparece. El estupor las deja clavadas en el sitio.

—¡Es él! —dice Binah.

Bakhita lo mira. La angustia le atenaza la garganta. Binah está eufórica y repite: «¡Es él! ¡Está ahí! ¡Hemos llegado!». Es el fuego del poblado de Binah, el fuego de la reunión de la tarde, ardiendo a lo lejos. Para Bakhita significa algo diferente. Desde el saqueo y la aldea en llamas, el fuego significa otra cosa. Binah la toma de la mano, la risa aflora en su garganta, nerviosa y camuflada, y corre, llevando a Bakhita consigo. Bakhita cree que no deberían ir, pero cede ante el entusiasmo de Binah, la sigue contra su voluntad, porque ella también tiene ganas de gritar ¡Mamá! Y que sea posible. Chillarlo como un último recurso, como un canto de victoria, Mamá, en todos los tonos, una llamada, ¡una orden! Así que corren y el fuego agujerea la oscuridad, y cuando se detienen un instante para recobrar el aliento, se acerca un hombre. Instintivamente retroceden. Lo miran con la mayor desconfianza y amenaza de que son capaces.

—¿Beber? ¿Un poco?

Un perro pelirrojo se reúne con el hombre que les tiende una cantimplora, dudan, rechazan muy a su pesar, él insiste. Tendiendo al máximo el brazo, una de ellas la agarra. Beben por tumos y les sabe casi tan bien como el baño en el río. Esto las calma. Las apacigua. Sienten de golpe toda la fatiga, en ese instante de alivio, le devuelven la cantimplora al hombre, murmuran *shukran* y se marchan. Se toman de la mano y caminan hacia el fuego con

lentitud, como atontadas y con náuseas. El frío desciende junto a la noche, y aparecen las estrellas, ahí lanzadas como en señal de bienvenida, pero lejanas y desordenadas. La luna naranja es grande como un sol. Pronto el perrito trota a su lado, se estrechan la una contra la otra, las acompaña, el hombre le silba, lo llama, es un perro desobediente. Ha de venir el hombre por él. Lo castiga con una patada y les pide algo a las pequeñas, en un dialecto que no entienden bien. Sus manos, sus ojos, la entonación de su voz, les hace una pregunta. Pero ¿cuál? A Bakhita no le gusta esta voz. Binah lo ha entendido, le responde señalando el fuego que arde a lo lejos:

—¡Allí!

El hombre parece sorprendido.

—¿Ahora?

Bakhita tira a Binah del brazo.

—¡Sí, allí!

El hombre las avisa de que el fuego está lejos. Les da igual. El hace gestos de frío y de que es de noche. Les da igual. Él señala las heridas en sus piernas. Les da igual. Señala la noche y gruñe imitando a una fiera. ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo ha sabido que conocen a las fieras y lo que les ha pasado?

—No tenemos miedo —dice Bakhita.

—¡Muy bien! —responde el hombre con una sonrisa.

Después pone las manos junto a la mejilla y hace como si durmiese señalando hacia su cabaña.

—Dormís aquí y mañana iréis allí.

Dicen que no y se ponen de nuevo en marcha, el fuego está realmente lejos, no le quitan los ojos de encima, es una pequeña procesión, el empecinamiento de unas niñas que ya están tan seguras de sí mismas, y de repente Bakhita pega un grito aterrada, se echa hacia atrás retorciéndose, doblaba por el miedo. Binah no entiende qué sucede. El perro corre delante de ellas y vuelve con la serpiente en la boca, Bakhita sigue chillando, el hombre golpea a su perro, le abre la boca y lanza a lo lejos el reptil medio devorado. Bakhita llora. El hombre le pone la mano sobre el hombro.

En su cabaña les da de comer y de beber. Junto a la choza hay un cercado. Oyen el alboroto de las ovejas y los cameros encerrados para la noche. El perro está sentado bajo el umbral, los protege de las bestias y de las serpientes, ellas piensan que es el guardián del rebaño, un buen perro. El hombre, el pastor, les dice que descansen un poco en su cabaña. Mañana, en cuanto amanezca, las llevará él mismo al poblado en donde arde el fuego esta noche. ¿Eh? ¿Mañana? ¿Su mamá? ¿Lo comprenden? ¿Están de acuerdo? ¿Su mamá? No quiere forzarlas. Se pueden marchar si así lo desean. No tienen fuerzas para responder que no quieren. Se duermen apoyadas la una contra la otra, en un sueño inmediato. Han llegado al límite de lo que eran capaces de hacer, de lo que eran capaces de vivir.

Cuando el hombre las despierta en mitad de la noche, no creen que sea la mitad de la noche. Creen que es de día y que el hombre las despierta para llevarlas hasta el poblado de Binah. Hace frío. Las niñas dormitan y se encuentran todavía en el mundo de los sueños, pero ven el perro, lo reconocen, ahora gruñe enseñando los colmillos. Se despiertan como si les hubiesen lanzado un cubo de agua helada a la cara. Bakhita oye a Binah gritar. Y luego lo nota. La cadena alrededor del tobillo. Al intentar correr, Binah la tira. Caen las dos al suelo. Binah chilla, intenta reptar, sus manos se agarran a la tierra congelada, Bakhita le coge la mano, la coloca contra ella, la aprieta con fuerza. Binah solloza entre sus brazos. Bakhita calla. No siente ni sorpresa ni pena. Ya no tiene miedo. Se encuentra tan alta y fría como las estrellas que palidecen junto a la luna. Más allá de esa noche, siguió viendo a lo lejos a su pequeña Binah entre sus brazos. Aferrada a ella. Todavía.

El recuerdo de lo que vivieron Binah y ella esa noche en la majada es una de sus mayores heridas. Es una alerta que se despertaba en su interior, un recuerdo presente en todos sus miedos y en muchas de sus noches. Como una visitación. El fuego en Olgossa, el agujero en que la encerraron los secuestradores y esa majada son como tres abismos. Los escalones del infierno. Después

de que el pastor les haya puesto las cadenas, se encuentran encerradas en la majada, aplastadas, golpeadas, mordidas por rebaños enteros de ovejas y carneros que las pisotean, las ahogan, las golpean, hacen sobre ellas lo que hacen sobre los caminos. Y siempre esa cadena en el pie que se les hunde en los tobillos, y la pequeña Binah solo se mueve cuando solloza. Bakhita no tiene palabras para consolarla. No se hablan. Se tocan la mano. Duermen un poco por el día cuando las ovejas y los cameros salen del cercado, duermen sobre una tierra inmunda, el olor de los excrementos da ganas de vomitar, duermen a ratos, aguijoneadas por la sed y el hambre, y cuando se pone el sol, oyen volver los rebaños, el balido que se acerca es una angustia larga y fina como una aguja, y cuando los cameros se pelean, reciben cornadas y lloran por toda esa injusticia. Sin embargo, a pesar de que las traten como a bestias, de que las maltraten las bestias, de que las encierren, las pisoteen, las aten, su personalidad, sus sueños, e incluso una parte de su inocencia, sigue viva.

Una mañana, el pastor viene a buscarlas y las arrastra afuera. ¿Cuántos días, cuántas noches han pasado en aquel establo? No lo saben. ¿Tres días? ¿Diez días? ¿Treinta? Es una pesadilla en la que el tiempo no juega ningún papel. Han estado en el tiempo deformado por la violencia, han estado a merced de un hombre cruel, sádico e imbécil. Cuando salen de la majada, parecen más dos ancianas que dos niñas pequeñas. Tienen la piel estropeada, costrosa y sucia, están encorvadas, con las uñas rotas, se cogen de la mano y salen al encuentro del día, medio humanas medio animales, igual de obedientes e igual de embrutecidas. Las sacan fueran, no se resisten, no piensan ni anticipan nada, obedecen. La esclavitud las ha atrapado una vez más, como si cualquier otra forma de vida hubiera desaparecido. La única verdad es la esclavitud.

El mercader al que quiere venderlas el pastor las toca torciendo el gesto, Bakhita entiende que no valen caras. Pero son jóvenes, *Es lo que mejor se vende*. Los niños. Se los forma con más facilidad. *Tenerlos a nuestro gusto*. Las hacen agacharse, levantarse, agacharse de nuevo, les tocan sus partes íntimas, y a Bakhita le da vergüenza estar tan sucia, esta vergüenza es la primera señal de que sigue viva. Cuando les quitan las cadenas para verlas caminar, Binah se cae, Bakhita grita su nombre, un grito chirriante como guijarros, porque así es como se encuentra, llena de tierra y guijarros. Tiene miedo de que la compren a ella y no a su amiga. Desde el suelo, Binah mira a Bakhita como si la viese de lejos, como si intentase acordarse de quién es. La luz del día es cegadora, Bakhita le tiende la mano. Binah la mira sin moverse. El pastor le da una patada en la espalda para que se levante. Entonces se acurruca, gira un poco la cara hacia

el cielo cerrando los ojos y se queda quieta. Bakhita le sigue tendiendo la mano. Quiere volver a oír la historia de la pequeña Mende a la que Binah enseñó a andar. Le quiere volver a cantar su cancioncilla. Porque lo sabe, si Binah tiene fuerzas para levantarse, volverán a vivir. Pero si a una la escogen y a la otra no, entonces la otra regresará con las ovejas y los cameros. Sola con ellos. Y eso, eso no puede ser. Sola con el pastor. Eso no puede ser. El mercader empieza a impacientarse. Detrás de él lo esperan sus esclavos. Tiemblan de cansancio y de cólera. Los que lloran son probablemente los que han sido capturados hace poco. A esos los azotan sin cesar, incluso cuando están parados, incluso cuando están esperando, reciben el látigo. Bakhita oye el gruñido de los guardias con cada golpe, el silbido del látigo antes de tocar la piel en un mido mojado, y los llantos de los hombres, y los llantos de las mujeres. Intenta olvidarlos, se inclina hacia Binah y susurra: «Awadir», su nombre de niña querida. Binah abre los ojos. Desearía que Bakhita la perdonase, pero no lo consigue, no puede más, ya está. Se acabó. Se para ahí. Su mirada pide perdón, y sus ojos se cierran solos, es una renuncia tan suave que Bakhita olvida al mercader, al pastor, a los guardias y el látigo, en realidad le da igual, está decidida a salvar a su amiga, le toca el hombro y le tiende la mano con firmeza, esa mano que Binah ha cogido tan a menudo, esa fuerza.

—No me dejes… —dice Bakhita.

Binah sonríe un poco, de desolación.

—No me dejes sola…

Binah duda, querría sonreírle, pero no es capaz.

—Ven, por favor…

El mercader golpea a Bakhita, que retrocede. Habla encolerizado y vuelve a golpearla. Bakhita se cubre la cara con el brazo, y cuando el mercader deja de golpearla y lo baja suavemente, ve, de pie frente a ella, a Binah. Se ha levantado y espera a que la inspeccionen. El mercader se gira hacia ella, escupe y hace muecas mientras le palpa los huesos, la tripa, y luego le golpetea las piernas, le levanta los párpados, y cuando la sujeta de la barbilla para ver el interior de su boca, Binah retrocede. Le duelen tanto los dientes que

le queman las mejillas y la garganta.

El mercader le abre la boca lo más posible, se diría que intenta abrirla en dos, abrirla por la boca, y le hunde los dedos dentro. Tira. Binah parece un potrillo. Sus ojos reflejan la locura de los caballos cuando tienen miedo. Gruñe e intenta echarse hacia atrás, pero el mercader la sujeta firmemente por la mandíbula. Le arranca los dos dientes del fondo, dos muelas que tira al suelo, y retoma la discusión con el pastor. Binah escupe hilos de sangre, Bakhita le pasa la mano por la espalda, le gustaría decirle que va a estar mejor sin esos dientes podridos, pero se queda callada. Llora. Porque se ha terminado. No volverán a ver a sus mamás. Mira a su alrededor, pero, por supuesto, en ese día luminoso, no hay ninguna razón para que haya un fuego esperándolas en alguna parte. Se acabaron los reencuentros y sus esperanzas. El mundo es demasiado grande, demasiado pobre, demasiado avaricioso. Y entonces, en mitad de las negociaciones entre el mercader y el pastor, los acuerdos, las disputas, en mitad de los sollozos de los hombres y de las mujeres, del balido de las ovejas, los cacareos del gallo, en mitad de toda esta algarabía, Bakhita oye, entre los esclavos, el llanto de un bebé. Al instante, piensa que su madre está con los esclavos. Se gira bruscamente hacia ellos. Busca a su madre con la mirada, es una caravana pequeña, los mira de arriba abajo muy rápido, e igual de rápido comprende que se ha equivocado. Mamá no está ahí. Y sin embargo… Esta sensación no la abandonará nunca. Toda su vida, hasta el final de sus días, cuando oiga a un bebé llorando, creerá que su madre lo tiene entre los brazos. Incluso cuando su madre ya no tenga edad para ser madre. Y luego ya no tenga edad para seguir viva. Cada niño llorando estará en sus brazos y esperará su consuelo.

Binah también lo oye. El llanto de un niño más pequeño que ella. Ambas tienen edad de ser hermanas mayores, edad de ser pequeñas mamás en sus poblados. Ese bebé es más frágil que ellas. Así que Binah se suena la nariz con los dedos y se esfuerza por dejar de llorar. El bebé sigue llorando y Binah demuestra que puede permanecer erguida, como los mayores. Respira con dificultad, el

dolor en la boca se extiende por toda su cara, pero este bebé le recuerda el orden de las cosas. El recién nacido forma parte de la caravana, por lo tanto, ellas dos, con siete años, también tienen que hacerlo.

Las compran a las dos juntas. Otra vez. Y otra vez, sin las cadenas, caminan entre los guardias. Van. Continúan. *No te suelto la mano*.

Marchan con la caravana sobre la tierra de Sudán, abierta bajo el inmenso cielo y mancillada por el trueque y el contrabando. Marchan, y Bakhita comprende que la huida ha sido una pérdida de tiempo. Su mundo es el mundo de los esclavos, pero sigue habiendo una esperanza que la mantiene con vida. A lo mejor pasan por su poblado. A lo mejor se reencuentra con Kishmet. No pasarán su vida en los caminos, un día la marcha se acabará, un día habrá algo diferente, y ese algo no puede ser peor, lo peor ya lo han vivido. Bakhita sigue la ruta, larga, sinuosa, peligrosa, como los dibujos de serpientes que hacía su hermano para asustarla, y decide que nunca más volverá a tener miedo de las serpientes. La que la hizo chillar la noche en que el pastor las raptó fue la última. Y por extraño que parezca, esta resolución la reconforta. Ella misma se sorprende, le gustaría compartirlo con Binah, pero está prohibido hablar y, de todas maneras, no tienen fuerzas para hacerlo. Lo concentran todo en la marcha y en el coraje que necesitan para caminar. Pero las ganas de vivir que siente en este cautiverio en el que la consideran menos que a un asno son como una promesa que se hace a sí misma: quiere vivir. Ese pensamiento es suyo. Nadie se lo puede quitar. Ha visto esclavos abandonados a los buitres y las hienas. Ha visto esclavos imposibles de vender y malvendidos a los pobres. Ella no sabe si vale dinero, una cabra, cuatro gallinas, un saco de sal, unos cubos de metal, collares, paños, una deuda, una tasa, no entiende a cambio de qué la van a vender, pero sí sabe una cosa: no quiere morir abandonada al borde del camino. Así que obedece. Camina. Se concentra en el esfuerzo. Está con Binah, a salvo de la majada y del pastor. Camina. Tiene una amiga. Otra vida además de la suya y que le importa tanto como la suya.

Pero sigue habiendo ese bebé. Ese bebé que llora. Su madre no está atada. Es muy joven y es su primer hijo. Pasó tanto miedo cuando su choza estalló en llamas que sus pechos ya no tienen leche. Es lo que Bakhita entiende en el rumor compartido de la caravana. Los negreros incendiaron su poblado. Como el de Bakhita. Por todas partes, la misma historia, una repetición de la violencia, el fuego de los fusiles y de las antorchas, el fuego que prende las cabañas y a las gentes en su interior, el fuego que devora animales, árboles y campos, el fuego que corre más rápido que la vida.

Al cabo de un tiempo, ese bebé llorando impide respirar a Bakhita. No puede seguir andando sin perder el equilibrio. Y no es la única. En medio de todas las cadenas, los gritos, los golpes, todo ese tumulto, lo único que oyen es al bebé. Su madre lo sujeta contra el pecho. Intenta calmarlo, pero tiembla tanto que lo sacude al mismo tiempo, se aprieta los senos, como si se ordeñase, el bebé toma los pezones, los suelta aullando y vuelta a empezar, se le tuerce la boca, golpea la cabeza contra el pecho de su madre, coge el pezón y su llanto vuelve de inmediato. El guardia que se encuentra más cerca, un hombre pequeño y compacto como un bloque de piedra, azota a la madre para que le ponga remedio, «¡Haz que se calle! ¡Haz que se calle!», le grita. Es joven, pero está en edad de tener hijos, puede que los tenga. Y los gritos del bebé realmente lo incomodan. O a lo mejor, se dice Bakhita, a lo mejor tiene miedo. Eso le parece ver en la crueldad del hombre: el miedo.

Hay quienes tienden las manos hacia la mujer y luego las dejan caer. Algunas mujeres miran al bebé y luego apartan la mirada con un gesto de dolor. Otros están irritados, como el guardia, y también angustiados, conocen y temen la historia, que se repite, escrita de antemano. Y luego está ese chico cuya cólera es tan fuerte que, si hubiese cruzado la mirada con el guardia, este habría estallado en llamas. Tiene la cabeza afeitada, el rostro fuerte, terco y amable al mismo tiempo, el rostro de un hermano mayor dispuesto a luchar pero que aún mantiene una frágil ternura que lo bloquea.

Después de caminar durante una hora, quizás dos, la caravana llega a unos campos cultivados. Los poblados no deben de estar lejos. La madre lanza una risita, como un sollozo. Sigue sacudiendo a su bebé pensando que lo arrulla, y su cara se mueve en todas direcciones; debido al pánico, se hace pis encima, no nota el chorrillo de orina a lo largo de la pierna, busca por todos lados y, de pronto, se lanza sobre el guardia. Ha visto la cabra. Le dice que será muy rápida, que no retrasará la caravana, que volverá corriendo. El guardia la aparta de un codazo en la sien. Ella casi sonríe, no se desanima. Se diría que no ve lo que está pasando, se diría que ha perdido la cabeza. Está con ellos y lejos de ellos, muy lejos. Vuelve hacia el guardia, con el bebé llorando, y le dice que, si su hijo crece, podrá sacarle un gran beneficio. Mira a los esclavos, quiere que le den la razón, sí, es una buena idea, si el bebé toma la leche de la cabra, si no muere, valdrá caro. Pero nadie cree que vayan a pararse para que la cabra alimente al bebé. El joven colérico brama palabras que nadie entiende, su voz tiembla por la rabia, choca contra las piedras y se apaga. El guardia no le pega. Entonces el joven colérico vuelve a decir tres veces esas palabras que nadie entiende, tres veces, mirando al cielo, pero el cielo no le devuelve más que un sol feroz. Bakhita y Binah se cogen de la mano, ahora tienen miedo, la costumbre del peligro humano. Se les revuelven las tripas por la aprensión. Algo malvado flota en el aire y lo envenena. Una mujer joven, pero que podría ser su madre, mira a la mamá y le dice en voz baja: *Asfa. Perdón*. Y sacude la cabeza de desolación, porque la joven madre, que tiene la edad de la hermana mayor de Bakhita, catorce años como mucho, no comprende lo que sucede.

La caravana pasa por delante de la cabra, de los campos, del arroyo, el espacio se vuelve a vaciar. Y se sigue oyendo el llanto del bebé, como una cantinela, mezclado con los sollozos de la madre. Esto envuelve y abotarga a los esclavos, todos están recubiertos por esta pena, algunos lloran, suavemente, con la impotencia de las lágrimas que no valen para nada. El joven colérico camina más erguido que el resto, como si eso le ayudase a contener su rabia, sus

ojos miran a lo lejos, y aprieta la mandíbula como una trampa que ha atrapado a su presa. Parece infatigable. Bakhita piensa que debe de ser un buen hermano mayor y un buen hijo. Pero mirarlo le duele casi tanto como oír a la mamá y a su bebé. A lo mejor llegan pronto a su destino, puede que lo compre alguien amable, alguien que le dé leche, se dice Bakhita. Ya no va a durar mucho más. Y entonces ve la colina. Eso la tranquiliza. El paisaje cambia, es una buena señal, van a llegar a otro lugar, un pueblo, quizá. Pero la colina se convierte en un muro. Están al pie de la colina, y el paisaje se convierte en ella y solo ella. Bakhita levanta la cabeza para verla entera y está a punto de caer. Es muy alta y pedregosa, se diría que es un guijarro gigante hecho pedazos. Caminan descalzos por este guijarro destripado. Bakhita mira a la mamá, que anda mirando a su bebé. Llora menos fuerte, gime y, con la cabeza echada hacia atrás, recibe la quemadura del sol como… como si tuviera una antorcha sobre él. Bakhita y Binah se sostienen la una a la otra, se sujetan por el codo, por la mano, por la muñeca, agachan la cabeza, y hasta a los guardias les cuesta caminar, azotan sin gritar, rechinando los dientes, y cuando se paran para beber, en la mirada de algunos esclavos se ve el deseo de matarlos. La sed duele hasta en sitios que Bakhita no conocía. Sitios en su interior que se retuercen, y le duelen tanto las piernas que se diría que no le pertenecen. El joven colérico mira al bebé y murmura por lo bajo, sus ojos son dos llamas oscuras.

En la colina, el niño vuelve a llorar. El jefe de la caravana detiene la marcha bruscamente. Los encadenados se empujan y golpean entre sí, sus respiraciones contienen el ruido caliente de la forja. «¡Haz callar a ese imbécil!», le grita el jefe a la madre. Ella lo mira con una sorpresa lejana, y le mete un pezón en la boca al niño, le tiembla la mano. «¡No puedo más! ¡No puedo más!», aúlla el jefe.

El niño llora con más fuerza, Bakhita intenta hablarle, con la mente le envía consuelo, palabras amables y frenéticas, el sol golpea con tanta fuerza que el aire tiembla, todo se ve borroso, como si ya

hubiera desaparecido. El jefe se acerca. Ha dicho que lo iba a hacer callar. A su imbécil. A su retrasado. Ella no grita cuando él se lo arrebata.

Ella no grita, abre la boca y su gesto le recubre toda la cara, como una máscara de guerra. ¿De dónde saca fuerzas para lanzarse contra el jefe y recuperar a su hijo? Es tan joven y está tan Haca que nadie pensaría que pudiese tener tanta fuerza, su grito es más fuerte que ella, y los puñetazos contra la cara del jefe de la caravana, muy violentos. Pero, por supuesto, no es fuerte. No consigue recuperar a su hijo. Intenta agarrarlo, da brincos y se abalanza, el jefe retrocede riéndose. Sujeta al bebé por un pie y lo hace girar en el aire, como una cuerda para atrapar a un animal. El bebé vomita y el hombre lo aplasta contra una piedra. El bebé se convulsiona. Sangra por los ojos y tiembla como el pez que se saca de un río. Una esclava cae de rodillas y reza entre sollozos. Otros gritan hacia el cielo.

Bakhita no entiende lo que dicen. Le cuesta permanecer de pie, nota que Binah le sujeta la mano. Nota eso. Y nada más. Cuando la madre le pide al jefe que la mate tampoco lo entiende. Se ha arrodillado y suplica: «¡Mátame! ¡Mátame!». Bakhita no sabe lo que quiere decir. La vida. La muerte. ¿Realmente hace falta quedarse *aquí*? No entiende lo que ve. Sucede y no lo entiende. Es una alucinación.

Un esclavo grita furioso al jefe, otros lo imitan, y parece un zumbido de cólera, dialectos, rezos y rebelión. Entonces el jefe alza su látigo y azota a la madre hasta que cae de rodillas, hasta que no queda de ella más que una gran piel hecha trizas. Y de pronto, todos los esclavos enmudecen. No se oye más que el sonido de los azotes y los rugidos del jefe, sudoroso y babeante por el furor. El cuerpo de la madre se estremece y se abre bajo los golpes, y las piedras se vuelven rojas. El vuelo de los buitres resuena contra las piedras, un aleteo lento y pesado que bate el aire caliente. El joven colérico se dobla en dos y vomita. Los hombres encadenados a él también tienen que

agacharse, y se diría que se prosternan. El joven colérico ha perdido, su desobediencia no ha valido de nada, y sabe que ya nunca más volverá a estar orgulloso de sí mismo, sabe que es aquel al que nunca nadie pedirá ayuda. *Ilá al'amam!*[2]. El jefe ordena seguir la marcha. Bakhita llora en los brazos de Binah, incapaz de obedecer. Mira al cielo. Querría ver una señal en algún lugar. Querría que le ordenasen cavar la tierra para acostar a la madre y a su hijo. Querría que le ordenasen que cantara. Querría que algo aquí, en mitad de las piedras, viniese de los hombres. *Ilá al'amam!* Se pone de nuevo en marcha. Como los demás. Obedece. Ya no sabe dónde están los vivos y dónde están los muertos. De qué lado está la vida.

Después de trescientos kilómetros de marcha, la caravana llega al centro de Sudán, al gran centro de caravanas de El Obeid, la capital de Kordofán. La ciudad vive del comercio de goma arábiga, que se recoge de las acacias, y de los esclavos que van hacia Egipto y el mar Rojo. Lo primero que recordará Bakhita de esta ciudad a la que llega agotada es el ruido. Tras varios meses de caminata, los zocos, las llamadas a la oración, el gentío, los animales son un contraste violento. Se acordará de un ruido profundo, un estruendo de metales y voces, como si todo se quebrase. Un desorden que no entiende en absoluto. Está sedienta y dolorida, siente los músculos agarrotados, como las hojas secas de los baobabs, rugosas y chirriantes. Ya no ve a los esclavos con los que ha caminado, los nota a su alrededor, como sombras pesadas, un soplo que anda cuando ella anda, que se para cuando ella se para, se han convertido todos en un solo animal negro y encorvado. Un solo animal herido. Una cuarta parte de los esclavos ha muerto durante el camino. Únicamente la presencia de Binah es real.

En el zoco de El Obeid, los gritos de los animales son los mismos que los de los hombres. Una excitación brutal. Se oyen silbidos, gruñidos, voces en el aire húmedo, los olores se confunden, el cuero, el tabaco, el estiércol, las especias, el cordero asado…; se envenena la garganta, dan ganas de vomitar, hay polvo por todas partes, procedente de la tierra, levantado por los animales y el viento; y los hombres permanecen de cuclillas en esta tierra de polvo seco, junto a la mercancía en venta, en un tiempo distendido, una espera eterna. La vida se extiende, perdida entre la tierra gris y las nubes desoladas. Es un lugar de paso, de desconfianza y de

contrabando.

Bakhita se ve lanzada allí, con el alivio de haber llegado y la angustia de formar parte de ese gentío. Tiene sed. Todos tienen sed. Están agotados y enfermos y se preguntan qué va a suceder. Los encadenan, esperan durante horas, al sol, sin saber qué esperan. Los guardias han ido a comer y a parlamentar con los *faruks* y a presentarse al *faqí*, su estancia se organiza. Al cabo de unas horas, les dan de beber y, a pesar de que saben que no es por humanidad sino por precaución para no perder la mercancía, muchos se lo agradecen. Algunos hombres solitarios pasan por delante de ellos y los observan, evalúan con la mirada la nueva remesa. Uno de ellos, fornido, arrugado, con una enorme tripa bamboleándose bajo el *galabieh*, se acerca a Bakhita mientras se atusa el bigote, ella se echa hacia atrás, pero el hombre se da la vuelta muy pronto, atraído por dos niños pequeños que duermen el uno apoyado en el otro, los mira un instante, en silencio, y luego, simplemente, sin girarse, se aleja atusándose todavía el bigote.

Como los demás esclavos, Bakhita tiene miedo. En cada mirada, cada encuentro, hay algo implícito y viciado. Para domar su miedo, se fuerza a mirar la vida que tiene ante ella. Le gustaría entender dónde está realmente, ese mundo del esclavismo organizado, con los hombres armados que pasan ante ellos sin siquiera mirarlos, las mujeres cubiertas con un velo, muy cargadas, y que nunca van solas, los niños soldados que marchan con fusiles más altos que ellos, y luego ve pasar a otros niños, más pequeños aún, que llevan de vuelta los rebaños a los rediles, como en Olgossa. No quiere pensar en su poblado, en su evasión frustrada, se concentra como puede en el presente, encadenada a Binah, apelotonada con los esclavos olvidados bajo el sol. Pensar en su familia le dio la fuerza para huir, pero ahora ese pensamiento es una pena demasiado grande.

Por Taweisha, ya sabe que esta ciudad no es en absoluto un lugar apacible. Aquí todos son vendedores y guardianes de esclavos,

esclavos, mujeres o hijos de esclavos, esclavos de esclavos. Es una vida jerarquizada bajo el alto mando del sacerdote, que se somete a las órdenes de los grandes comerciantes. El respeto se lo deben a ellos: a los ricos y a los religiosos. Aquí los hombres no se ocupan solo de lo que han tomado de los poblados saqueados, también se encargan de lo que han arrancado a los elefantes y a las bestias salvajes. Las mulas y los camellos de dientes amarillos transportan los tesoros de piedras preciosas y oro, han escarbado y destripado la tierra y los árboles, van a vender hombres, cuernos y pieles, sal, goma y cobre; han saqueado el mundo, y Bakhita oye el ruido de las mazas que aporrean los maderos levantando cercas para los animales y para los hombres, prisioneros e inocentes por igual.

Al cabo de horas interminables, vienen a buscarlos. La noche cae y el frío se instala con la penumbra, su aliado de siempre, como si al agobio del día solo pudiese sucederle el exceso del frío, en todo hay una violencia que no capitula jamás. El mercader, los guardias y los *faruks* empiezan la selección. Las mujeres por un lado. Los hombres por otro. Los sanos por un lado. Los enfermos por otro. Los esclavos temen la dispersión, su vida vuelve a estar en juego. Los guardias han estado bebiendo y fumando, y sus órdenes son brutales, incomprensibles y contradictorias. Tienen prisa, ya no soportan tener que seguir ocupándose de esos esclavos, casi como echándoles en cara todos los kilómetros que han andado, los odian por ese trabajo que no acaba nunca, en el aire sombrío hay rastros de furia y de frustración.

Algunos curiosos miran la selección, el tumulto, todo ese desorden. Y Bakhita reconoce entre ellos al hombre del bigote fino y la tripa enorme. Se acerca, habla un momento con un *faruk* que parece ser el encargado y, rápidamente, este último da una orden, su voz es grave y sus frases cortas, le obedecen deprisa, traen a uno de los niños que dormían el uno apoyado en el otro unas horas antes. Qué miedo. Ser elegido significa siempre ser amenazado. Existe el miedo instintivo a que te golpeen con violencia, y el miedo a que te

separen del grupo, como si permanecer juntos significase seguridad. El hombre, un pequeño subcontratista, quiere a los dos. Saca el dinero. El *faruk* lo rechaza enfadado. El hombre vuelve a intentarlo. La disputa comienza, es un juego habitual, ritual. Los dos pequeños gimen mirando hacia atrás a los esclavos, de los que no se quieren separar a pesar de que ninguno de ellos sea su padre. Se rascan las piernas, los brazos, se sorben los mocos, los inunda el pánico. Por fin, y ahora que es casi de noche, el *faruk* se embolsa su comisión y le da al hombre a uno de los niños, no a los dos. Es un pequeño contrabando habitual, tachará al pequeño de la lista y el gran comerciante no notará nada. Bakhita ha observado la escena y ha comprendido que los dos niños son hermanos. Espera que haya gritos, llantos, resistencia, pero el pequeño que no ha sido vendido no dice nada, esconde el rostro con un brazo y, muy suavemente, dobla su cuerpo, se deja caer y, acurrucado, sin un ruido, tiembla sobre la tierra fina, con el brazo delante de la cara, tiembla y sacude el polvo. El guardia lo levanta con un simple gesto, el niño no pesa mucho, lo pone de pie y lo lanza en mitad de los hombres, el grupo de los sanos, un esclavo lo recibe entre sus brazos, lo recoge con las dos manos abiertas, como si le hubiesen lanzado una pelota. Entonces a Bakhita le parece que el grito que oye a lo lejos no es el de un animal, ni el de un hombre, ni el del otro hermano, sino el de un dolor puro, suplicante, más allá de lo humano. Es el grito de los seres separados, pero lo que ella quiere conservar de esta escena es al niño recogido por las manos del esclavo.

Está desorientada, agarra a Binah de la mano, que la arrastra con ella, van a parar al grupo de mujeres sanas. Van a limpiarlas con grandes cubos de agua, a alimentarlas, a dejar que repongan fuerzas; a los enfermos del segundo grupo los cuidarán antes de venderlos por poco dinero a algún beduino; el tercero, el grupo de los que son demasiado viejos o demasiado débiles, lo arrojan a una fosa. En este último grupo está el joven colérico, el joven con la mirada que quema.

Cuando retomaron la marcha en la colina, después de haber abandonado a la madre y a su bebé, el muchacho vomitó y se echó a llorar como un chiquillo. Ya no le quedaba cólera, ni orgullo, ni edad. Era un gran sufrimiento que daba vergüenza a los hombres con los que estaba encadenado. Le dijeron que se repusiese. Era grande, ya debía de haber sido iniciado, y seguramente hacía tiempo que ya no dormía en la cabaña de su madre. Pero no los oía. Lloraba chocando los dientes, quizá tenía fiebre, una gran fiebre que lo helaba en su interior. Los guardias se turnaban para azotarlo, y lo convirtieron en una costumbre, lo azotaban a él y únicamente a él, un golpe tras otro, que acompañaban la marcha. Avanzaba encorvado, con las rodillas flexionadas y los brazos caídos a lo largo de su cuerpo roto. Y tras varios kilómetros de marcha, cuando la caravana descendía por el otro lado de la colina, después de haberle desnudado el hueso del hombro y arrancado la piel de la espalda, el látigo le quitó los ojos al muchacho encolerizado que hacía tiempo que había perdido la cólera.

Durante varios días, en El Obeid les han dado de comer y de beber, los han lavado, los han rapado o trenzado el pelo, los han despiojado, les han cortado las uñas, los han vestido con un paño, les han puesto pomadas sobre las heridas, aceite de palma en las plantas de los pies, les han hecho beber hierbas amargas y mascar raíces terrosas, les han permitido dormir. Ahora los pueden vender.

Y una mañana los exponen en el gran mercado. Es un día esperado y temido. La puesta en venta. Los amontonan en un cobertizo, en un descampado, y esperan, encadenados y silenciosos, aparentemente resignados, aterrados por dentro. Binah se encuentra junto a Bakhita, no son las únicas niñas, pero se mantienen muy cerca la una de la otra, y nadie tiene nada que objetar, van juntas, como un lote. Para Bakhita todo ha enmudecido, el estruendo de los animales y los hombres gritando en el aire rancio, los tambores, las llamadas a la oración. Han desaparecido los olores de pieles curtidas y café, de menta y de hierro quemado. Está de pie, medio desnuda y en venta, no oye ni siente nada de esa realidad. Al alba, su espíritu se ha echado a volar alto, como un pájaro libre, ajeno a El Obeid. Lo ha tomado en el hueco de sus manos y lo ha soltado por encima del mercado, y lo ve danzando en el cielo, como una vela al viento. Lo sigue con curiosidad, tiene esa capacidad para imaginarse que está en otra parte, escapar de un cuerpo que les pertenece a todos, para vivir su vida secreta. Está en el cobertizo, y está con ese pájaro. A veces, por supuesto, oye a los hombres. *Yamila*. La señalan, la desatan, avanza y hace lo que le piden hacer. Como de costumbre. De cara. De espaldas. Rápido. Lento. Los ojos agachados. La cabeza hacia atrás. Calmada y sin expresión. Paciente y obediente. A

veces las manos son gruesas y están mojadas. A veces es solo un dedo, que da golpecitos y examina un punto tras otro, como un pico. Bakhita piensa en el cielo claro, le añade nubes blancas para su pájaro, dibuja, traza líneas. Le piden que hable. Habla y les hace gracia. Sonríe. Se le posan moscas en los labios. Cierra la boca. Un bastón le separa sus partes íntimas. Añade otro pájaro al cielo, que va al encuentro del primero, y se pregunta cuál va a ser el resultado. *Es lo que mejor se vende. Peor para ti*. Vuelve a su sitio. La vuelven a atar. No consigue concentrarse en el segundo pájaro y desaparece rápidamente.

Tras su exhibición, su mente está disipada y oye lo que dicen:

—¿Cuánto esta negra?

Entre la multitud, un hombre señala a una joven, guapa, de formas generosas y piernas musculadas. El que pregunta su precio es también esclavo, es un soldado, un ricachón. Hoy ha venido a comprarse una mujer. Se irá al campo con él, será su criada y le dará hijos. Ya tiene once, de sus otras dos mujeres, es alguien respetado. La esclava camina frente al mercenario mientras el mercader presume de su fuerza y su sumisión. Ella sabe que si se convierte en la mujer del mercenario, tendrá niños que servirán en su ejército, niños que no le robarán, pocos esclavos tienen esa suerte. El soldado es mayor, la observa con los ojos entreabiertos y la boca torcida, se acerca y ella huele su aliento a tabaco frío y cerveza, duda, chasquea la lengua, la toca un poco y, de repente, pide ver a otra, más joven, que no pase de doce años, que no esté del todo desarrollada.

—Esta de aquí es abisinia —dice el comerciante—. ¡Claro que es más cara!

La primera esclava ha vuelto con los demás. Es menos guapa que las abisinias, las más codiciadas y de mejor reputación. Ya no es lo suficientemente joven como para prepararla para los harenes. Es demasiado hermosa como para servir de simple criada, trabajar en las cocinas o limpiar. Demasiado débil para trabajar en las minas. Todavía forma parte de las esclavas valiosas, puede que otro mercenario la compre, puede que tenga hijos, toda la vida con sus propios hijos a su lado, es lo único en lo que ella piensa, esa

esperanza que se ha inventado, pues necesita tener una, creerse la posibilidad de una vida. Pero el soldado ya ha negociado con el mercader, el asunto ha terminado con rapidez, apenas la ha hecho caminar y prosternarse y ha pagado por la abisinia; no solo es más guapa, también está más sana, está contento con su compra, a partir de esta noche yacerá con ella en la cama. Doce años… Se sonríe aun a su pesar. Un joven hacendado se acerca mirando la compra del mercenario, ha reconocido la raza de la niña, está un poco asqueado y frustrado, aunque los precios hayan bajado no tiene para pagarse nada extraordinario, si no lo asfixiasen a impuestos también él se compraría una niña, pero todo se le va en los campos, todos sus ahorros, en cuanto tiene una piastra de sobra renueva el material, los esclavos ya mayores que morirán al cabo de unos pocos años. Desde que el gobernador británico Gordon Pachá, a pesar de trabajar al servicio de Egipto, intenta erradicar la trata, es el apogeo, el gran tráfico, ya no se sigue el curso del Nilo con los barcos de vapor para recoger esclavos y marfil a ambos lados del río, se va en busca de la mercancía mucho más lejos, a Uganda, Sudán del Sur y al sur de Darfur. Darfiir es un buen vivero, pero hay que ir hasta allí, atravesar los desiertos, los ríos imposibles de vadear, es fácil morir por el camino, tanto a la ida como a la vuelta. Sin embargo, el país está atiborrado de gente en venta, y él no tiene ni tan siquiera una niña en su cama. Se va como ha venido, hastiado y celoso. El mercader ordena desatar a Binah, un rico negociante organiza una fiesta, viene en busca de regalos para sus invitados. Binah mira a Bakhita. ¿Cómo hacer para seguir juntas? Bakhita le pide a su pájaro imaginario que proteja a su amiga, le habla, palabras sencillas que el pájaro comprende, está segura, es lo que quiere, y el pájaro planea por encima de ellas con las alas abiertas como una caricia que va de la una a la otra. El negociante mira a Binah, la toca un poco, está cansado de antemano, ella es hermosa, sí, pero una pizca joven, seguro que no sabe nada, no será eficaz… No es que a sus invitados no les gusten los niños, pero quiere que su próxima fiesta sea embriagadora, desenfrenada, bailes, cantos, juegos eróticos, esta pequeña parece estar al borde de las lágrimas. Hace un gesto

enfadado y el guardia coge de nuevo a la niña. Bakhita vacila, y confunde el movimiento furtivo de la mano de Binah en la suya con el pico de su pájaro, su suave cabeza, y entonces le da las gracias inclinando la cabeza a su vez. Binah gime en silencio, de alivio y de fatiga. *No te suelto la mano*.

Y la venta continúa, horas interminables bajo un calor indiferente, un cansancio inaguantable. El aire está cargado de angustia, el verdadero nombre de El Obeid es Angustia. El peso del sufrimiento humano lastra la ciudad, y la ciudad está maldita. La venta continúa, el día entero, con esclavos comprados, esclavos regalados, esclavos separados y suplicantes. Sus lamentos resultan inútiles. No servían para nada, recordará más tarde Bakhita. Nunca servía para nada gritar, llorar. Era como un canto que nadie escuchaba, «el canto de los separados». El desprecio hacia uno mismo no abandonaba jamás a los esclavos. Las ganas de tener otro cuerpo, otra piel, otro destino, y un poco de esperanza. Pero ¿en qué?

La tarde desciende sobre el mercado de El Obeid, el pájaro blanco no es más que un punto en un cielo ahogado, Bakhita lo está perdiendo, si quiere sobrevivir debe encontrarlo, volver a ese mundo aparte, pero se le agota la concentración, babea de tanta sed que tiene, le gotea el sudor por el pecho y la tripa, las voces de los compradores se acercan con sus dedos, las pujas suben, las piastras circulan de mano en mano, hay gritos, también risas, insultos y burlas, elogios y halagos, Bakhita oye todo el rato la palabra *yamila*, es hermosa, pero de qué sirve la belleza de una niña pequeña si no es para llenar de orgullo a sus padres. No lo entiende. Y el miedo aumenta con la fatiga, todos permanecen inmóviles y serviles, como frente a un pelotón de fusilamiento.

De pronto, Bakhita oye la risa de Binah. Es una alegría enloquecida, casi de pánico. Al principio no lo entiende. Les quitan las cadenas. Un hombre acaba de comprarlas. Las ha comprado, sin

ninguna demostración. Es un civil, árabe, grande, ancho, casi cuadrado, le brilla la mirada cuando las mira a las dos, como si acabara de descubrir algo divertido. Nota la mano furtiva de Binah en la suya, la pequeña tiene esa risa idiota y loca. Repite: «¡Las dos! ¡Vamos las dos!». Es el final de la jornada. Los que no han sido vendidos vuelven al campo con los guardias. Bakhita y Binah no los siguen.

Bakhita no entiende de inmediato lo que esto significa. ¿Qué van a hacer ellas con ese hombre? ¿Por qué las ha comprado a las dos? ¿A dónde las lleva? No hay respuestas, es una situación desconocida, y se dice que Binah tiene razón. Están juntas y no hay que pensar en nada más. Furtivamente le pasa la mano por la espalda a su amiga. Su espaldita se encoge por la sorpresa, y Binah sonríe. Y luego lanza un sollozo, breve, ruidoso. Bakhita la mira, y la ama. Sabe que es peligroso. Pero la quiere realmente. Mira al cielo y da gracias al pájaro, que planea ahora en las alturas, absorbido por la noche.

Sujetas por un guardia, salen del mercado y abandonan el zoco. ¿Hace cuánto tiempo que no han caminado sin formar parte de una caravana? El espacio es diferente, van casi flotando en este espacio disperso. Comienza una vida distinta, y Bakhita se pregunta si en esta nueva vida la espera su hermana. Se echa a temblar ante la irrupción de esta esperanza.

Atraviesan un pequeño sendero de tierra bordeado de eucaliptos enclenques y de palmeras sacudidas por el viento de la tarde. Ven los altos muros rojos de una casa de ventanas sin cristal por donde se escapa la luz de los primeros candelabros. Ven las terrazas desiertas, se acercan, y la casa les parece una montaña, profunda y misteriosa. Entienden que es allí a donde van. No a una cabaña. No a una majada. A esa casa. ¿Qué van a hacer ellas en esa inmensidad?

El jardín huele a cuadra, gallinero y claveles. Un gato famélico corre sobre el tejado de un edificio, al fondo del jardín. Hay dos casitas al fondo del jardín. ¿Es una pequeña aldea entonces? Ven pasar a hombres y mujeres furtivamente, negros en la noche, como sombras profundas. ¿Acaso van a vivir con esas gentes?

En la puerta principal, un negro se abalanza ante del hombre y se prosterna, *la Sidi*, mi amo, su voz es atroz, aguda e infantil, abre de par en par la puerta de la casa y, siguiendo al amo, entran. En la montaña profunda.

Lo siguen hasta el primer piso, la zona reservada a las mujeres. Al poner los pies desnudos en el suelo liso, frío, regular, se cogen de

la mano. Es difícil caminar sobre esta tierra sin puntos de referencia, y la cabeza les da vueltas cuando tienen que subir la escalera, es como remontar un torrente, creen que se van a caer, levantan la cabeza para no ver sus reflejos en el suelo. En el rellano, una mujer cubierta con un velo se lanza al suelo, se inclina ante el amo, le besa las manos y desaparece. El avanza, sin una mirada, sin una palabra, avanza, es el amo del lugar, el propietario de la casa. Bakhita y Binah lo siguen a lo largo de infinitos pasillos. Bakhita piensa en la serpiente. «La casa serpiente». Siempre hablará así de ella y siempre le tendrá miedo. Recorren pasillos cubiertos de esteras con habitaciones sin puerta ante las que hay abandonadas babuchas de seda. Hay mujeres esperando delante de las habitaciones, otras pasan llevando bandejas, candelabros, las que tienen el pecho desnudo levantan bruscamente la falda ante su amo y se cubren el rostro a su paso. Las que llevan velos agachan la mirada. El mundo se abre y se asusta frente al amo. Bakhita y Binah descubren objetos desconocidos, imponentes en la penumbra: divanes, sillones, taburetes, tapices, espejos, y Binah chilla cuando tiene que pasar por delante del zorro del desierto que enseña los colmillos. Tiene los ojos rojos y la boca abierta, llena de dientes tan puntiagudos como puñales. Nunca pasará por delante del zorro disecado sin pensar que va a despertarse y a hacerla pedazos. El día que deje de temerlo, él se despertará, como hacen los espíritus ofendidos.

Y luego entran en la habitación de las hijas del amo, Sorahia y Radia. Apenas son mayores que ellas. Están comiendo fruta a mordisquitos, tumbadas sobre una otomana. La habitación tiene amplias ventanas sin cristales ni persianas. Una da a la colina; la otra, a la plaza del mercado de donde suben los últimos gritos de los camellos y los relinchos de los caballos. Ya están en otro mundo, alejadas del mundo de abajo, del corazón del tráfico de esclavos, aquí la luz de los candelabros es suave, huele a limón, un poco ácido, familiar, por la otra ventana se ven los resplandores rosáceos del ocaso, Bakhita piensa por un instante en los que permanecen encadenados. Ella se ha salvado, aunque no sabría decir de qué.

Al llegar su padre, Sorahia y Radia se han levantado con un ruido de brazaletes y risitas, se acercan a él, que por fin parece estar a gusto. Su voz es dulce, su voz es feliz. Señala a Bakhita y a Binah:

—¡Mirad lo que os he traído del mercado!

Siempre es un pequeño golpe directo al corazón. Una violencia sorprendente. La manera de hablar de ellas, ese tono que dice más que las palabras, ese desprecio y ese apetito, como si fuesen sordas. Totalmente idiotas. ¿Van a decir otra vez *yamila*, la palabra que va siempre ligada al dinero?

—¡Shukran, baba!

Bakhita entiende esa palabra, la conoce y le parece bonita. *Baba*. Dan ganas de decirla. De repetirla. Una palabra que va bien con la noche. Levanta un poco los ojos y ve por la ventana la montaña oscura, una luna en creciente se ha posado justo encima. Una gran calma que contrasta con la excitación del cuarto. Las dos jóvenes hablan fuerte, dan saltitos y aplauden:

—¡Son negras! ¡Muy negras!

Las hacen andar, darse la vuelta, les pasan un dedo a lo largo de su piel, rascan un poco, les tocan el encrespado pelo, lanzan gritos de horror, quieren tenerlas para ellas de inmediato. Su padre tiempla su impaciencia:

—¡Hay que prepararlas! ¡Vienen directas del mercado!

Bakhita no olvidará jamás que en el momento en el que las dos niñas empiezan a encapricharse: «¡Baba, déjanos jugar un poco! Babaaaa… Por favor…», en ese momento, él entra. Entra y todo se congela, el aire deja de correr, como si estuvieran taponadas las ventanas. Cuando ve entrar a su hijo Samir, el amo deja de reír. Su mirada se vuelve gris y en los labios se dibuja un gesto de desprecio. Samir tiene catorce años. Ya no tiene derecho a estar en la parte de la casa reservada a las mujeres y, sin embargo, a veces duerme en la cama de sus hermanas, de su madre, de sus primas. Pronto dejará el harén y bajará al *mandara*. Sus ojos son redondos, demasiado grandes, desbordan los párpados, su cara está llena de manchas oscuras y marcas de varicela, su rostro es como un campo de batalla. Nunca ha abandonado la memoria de Bakhita, ni su olor, aun

siendo mayor o estando en otro lugar, en otro continente. Un olor parecido al de haber quemado juntos un animal muerto y una fruta amarga. Es un olor que sale de la piel pero que parece venir de las entrañas, como olvidado y rancio. Todos se callan, y el silencio habla. Sorahia es la mayor. Mira a su padre con insistencia. Bakhita y Binah retroceden de forma instintiva y permanecen con la cabeza gacha. Samir se acerca, da vueltas a su alrededor sin decir una palabra con suspiros de enfado. Es como volver a estar en venta. Ese miedo a la evaluación. Sorahia dice que su hermano debe tener también un regalo. «¿Verdad que Samir también tiene un regalo, baba?». Bakhita no entiende tal impertinencia. Uno no se dirige así a su padre. No se le ordena nada. Cree que va a estallar una pelea y tiene miedo. Le da vergüenza estar medio desnuda, llena de sudor y de polvo del mercado, le da vergüenza que esta familia muestre sus rivalidades a dos extrañas. El silencio es brutal. De pronto, Sorahia la agarra del brazo y la lanza contra Samir y choca con su tripa grasienta, su olor espeso. Sorahia dice:

—¡Esta es la más hermosa!

Y la hace girar sobre sí misma soltando frases muy rápido que Bakhita no comprende por completo. Da vueltas como los mosquitos en la luz, ve la noche colgada en las ventanas, toda esa oscuridad baila a su alrededor, y el dolor de cabeza le provoca ganas de vomitar, y cuando Sorahia la hace parar, está tan aturdida como si hubiese bailado durante mucho tiempo, una danza que no produce nada, ni apela a nada ni a nadie, es la danza forzada de los amos. El olor a carne muerta y fruta amarga fluye en regueros por la frente de Samir. Bakhita ve el hilillo de sudor sobre el rostro estropeado, y vuelve a bajar la mirada. Sorahia va a educarla. Ha entendido eso. Sin saber lo que significa realmente. Después se la dará a Samir, para sus noches, antes de su boda. También ha entendido eso. Y sabe lo que significa.

Así comenzó la vida al servicio de los amos. Ese fue el primero. Era un jefe árabe, un hombre rico al que le gustaba comprar, traficar, que conocía a todo el mundo y todos los trucos, había tenido negocios durante mucho tiempo con el gobierno egipcio, cuando los saqueos le servían para pagar las tasas y los impuestos, y ahora traficaba con los gobernantes corruptos, los mismos que estaban intentando acabar con la trata de esclavos. Primero se había enriquecido comerciando con marfil, y se sentía orgulloso de haber formado a los muchachos a los que habían raptado en sus poblados y que, una vez adultos, se habían convertido en sus cazadores furtivos más despiadados. Él nunca tomó parte en las masacres, para eso estaban sus lugartenientes, hombres apasionados que obligaban a los esclavos a coger el marfil, pero también a los niños, el ganado, los víveres. Todo lo que podían robar lo robaban con el poder de los fusiles. El amo sabe bien lo que cuestan una bola de billar, el mango de un cuchillo o un collar. El asesinato a gran escala. Puede convertir una cabaña, una aldea, un pueblo o un distrito en kilos de marfil, lo hace a veces, cuando se lo piden sus invitados, pero dando detalles, todos los detalles, el tiempo del esplendor y la aventura.

Bakhita y Binah vivieron en la barraca reservada a las mujeres esclavas, al fondo del jardín. Ocultaba la minúscula barraca en la que vivían los esclavos casados. Bakhita nunca olvidó aquella pareja cuyo tercer niño vio nacer, hijo del esclavo Idris y de la esclava Mina. Según la ley islámica, el amo había autorizado este matrimonio y los niños le pertenecían. Mina era fea y servía en las cocinas. Había burlas en tomo al hecho de que Idris la hubiese escogido para ser su mujer y se cuchicheaba que pronto encontraría a otra. Pero Idris

nunca tuvo una segunda mujer, y lo que los unía siguió siendo para todos un misterio y motivo de burla. Bakhita los miraba vivir para recuperar el aliento, era un lugar en el que la vida parecía humana a pesar del miedo permanente a que un día el amo viniese a buscar a uno de los pequeños y no lo volviesen a ver. A veces se reunían por la noche, compartían la comida, alimentaban a sus hijos y, seguramente, Mina cantaba nanas a sus pequeños para dormirlos. Eso existía. Y Bakhita se acordaba de haberlo conocido. La tercera barraca, junto a la de las mujeres, estaba reservada a los esclavos hombres. Bakhita nunca se acercó. A veces, varias noches seguidas, oía peleas violentas, riñas, ajustes de cuentas, y luego, nada durante semanas. Las peleas solían tener lugar en los períodos de ramadán, que eran muy duros. Bakhita recuerda el grito de un hombre, una o dos veces cada noche. Gritaba, puede que en sueños, un grito de sufrimiento que venía de otra parte, una súplica. Nadie le respondía ni lo regañaba. Gritaba, y de nuevo, la calma de la noche.

La primera tarde, cuando entran en el edificio de las esclavas, oscuro, con el olor húmedo de la mugre, de verduras y de tabaco, Bakhita busca inmediatamente a Kishmet. Penetrar en ese gran silencio lleno de mujeres es como nadar por el fondo del río. Un mundo secreto y silencioso, poblado de diferentes especies. Antes de ver a las dos niñas, todas las esclavas sabían que el amo las había traído del mercado para sus hijas. Sin muchas ilusiones, pero siempre con esa tenaz esperanza, sienten curiosidad por verlas. Quizá sean sus hermanas, sus hijas o sus nietas. Y si no lo son, a lo mejor las han conocido, han oído hablar de ellas. Se acercan y las tocan, intentan reconocerlas, escuchar su dialecto, ver las marcas sobre la piel, les preguntan de dónde vienen, por qué pueblos han pasado, qué amos han tenido, en qué *zeribas*, si han visto a Anwut, la que tiene las marcas del águila en las mejillas, y a Amel, una pequeñita que va con su hermana y que canta como la alondra, o a Kuol, el bebé que viene del país azande, al que seguro que raptaron con su madre, muy joven; y al viejo Aneh, que viene de Maba, un hombre sabio, de largos brazos y manos nudosas, ¿lo han visto? Las

palabras en dialecto, las palabras en árabe, los nombre desconocidos, el afán de las mujeres, todo resulta incomprensible. Puede que hayan visto a Awut, a Amel, a los bebés y al anciano, pero no se acuerdan, y todas esas preguntas, que no entienden del todo, ya las han oído cuando marchaban con las caravanas, y en el campo de Taweisha, y en cada poblado por el que han pasado. Ya no son preguntas, sino una letanía de esperanza y de desesperanza, de vidas robadas y luego aniquiladas, de niños a los que no les queda ningún rastro de la infancia, todo tipo de cronología o normalidad se derrumba, ¿cómo se reconocen entonces, si todos se pierden en cuanto empiezan a pertenecer a otros? Bakhita no tiene respuestas para las mujeres, pero repite el nombre de su hermana y, en un dialecto que ellas no comprenden, intenta decirles que su hermana tiene dieciséis años, que es de Olgossa, en Darfur, es una *dayu* y se llama, bueno, se llamaba Kishmet. Las mujeres se encogen de hombros y se alejan. Viene de lejos y no trae más que su ignorancia. Bakhita piensa en la mamá y en su niño aplastado contra las piedras. ¿Se llamaba Kuol? ¿De qué país era? Esta historia nunca se la contará a nadie. Y el joven colérico que ya no tenía cólera, nunca dejará a ninguna mujer pensar que a lo mejor él era su hijo.

Binah está tan asustada que se ha sentado en un rincón de la habitación con la cabeza gacha. No quiere ver a nadie ni que nadie la toque pensando en recuperar a su hijo querido. Bakhita se une a ella, la pequeña pone la cabeza sobre sus rodillas, Bakhita le acaricia suavemente el pelo y piensa en otra cosa. Piensa que Kishmet se encuentra en esta ciudad. Lo sabe, lo siente en lo más profundo de sus entrañas, no hay nada que preguntarse, ninguna duda, es una evidencia. La presencia de la hermana mayor da un sentido a su presencia aquí, en la casa de sus primeros amos. Todo este camino fue para acercarse a Kishmet. Nada ha sido inútil ni al azar. Ha caminado mucho, ha obedecido bien y ha llegado al lugar indicado. Va a reunirse con su hermana y a volver a Olgossa con ella. Binah se ha dormido apoyada en ella. La levanta con suavidad y la acuesta sobre la estera que les ha llevado una mujer. Se tumba sobre la suya,

cierra los ojos y canta en su interior «Cuando los niños nacían de la leona», con las palabras y el ritmo de su lengua materna, para no olvidar y mantenerse lo más lejos posible de lo que ha visto y comprendido esta noche. Samir, su cara furiosa, Samir, hacia el cual Sorahia la ha empujado. *Yamila*. La belleza, esa maldición.

Bakhita estuvo tres años al servicio de las pequeñas amas. Tras las violencias físicas, las marchas, el encierro, la sed y el hambre, casi habría agradecido vivir en el harén. Era un mundo cerrado, habitado por concubinas y esclavas. Todas vivían juntas y todas eran prisioneras. Ninguna concubina debía ser vista por un hombre, ninguna salía sola, y nunca después de anochecer. Las esposas aceptaban la poligamia, las concubinas, los otros hijos, y las *umm walad*, esas «madres del hijo» esclavas, desposadas y preñadas por su marido y que se volvían mitad libres mitad esclavas. La vida era un carnaval de máscaras engañosas, de una alegría ficticia, una fiesta que podía interrumpirse en cualquier momento.

Bakhita lo hacía lo mejor que podía. Quería que la conservasen. Que la conservasen porque estaban contentos con ella. Porque les gustaba su presencia. Pero esto nunca lo tomó como si fuese amor. Ella sabía lo que era el amor, lo había recibido de sus padres, era gratitud, era compartir, y era fuerza. El amor de las amas hacia ella era un capricho. Vivía en la inquietud y la sumisión. El proyecto de reencuentro y fuga con Kishmet era un remedio a la desesperación, un objetivo secreto. Algo dentro de ella que la hacía única.

Cada mañana, Zenab preparaba a Binah y a Bakhita para las jóvenes amas. Las peinaba, las perfumaba y las vestía. Zenab había pasado cuarenta años al servicio del amo antes de ser liberada. Seguía considerando al amo su jefe y se había ofrecido ella misma para preparar a las dos niñas. Nunca se mezclaba con las familias libres, de rango superior al suyo, no salía jamás de la casa, no hablaba con nadie y se quedaba sentada todo el día en un rincón del jardín fumando una larga pipa, con sus minúsculos ojos

entrecerrados. Olía a tabaco frío, a la menta que mascaba entre pipa y pipa, y a pis de gato. Cuando les ponía las perlas en el pelo a las pequeñas esclavas, las pulseras de cuero en los tobillos y las muñecas, cada uno de sus gestos despedía un olor sombrío y hostil. Su rostro estaba cerrado. Sus gestos, bruscos. Bakhita y Binah no oyeron nunca su voz. Tenía tantas arrugas como la abuela de Bakhita, y le habría gustado que le contase la historia de sus arrugas, como hacía su abuela, un acontecimiento importante para cada una de ellas, nacimiento, duelo, combate, su abuela conocía toda la historia de su familia: «Los que vemos, los ancestros y los que esperan para venir al mundo», como decía. Para Bakhita, el pasado se desvanecía y el futuro pertenecía a los demás. Cada día era un día de penurias y esfuerzos. Había que gustar a las pequeñas amas. Todo lo que querían. Todo lo que imaginaban. Las órdenes, las contraórdenes, los caprichos y las fantasías. Vivir para obedecer y gustar. Y levantarse cada mañana con un solo objetivo: estar viva al final del día.

Cuando Bakhita empieza a vivir junto a las dos pequeñas amas, en esa gran habitación con profundos divanes, llena de alfombras, cojines, colchones de seda, *chillas* puestos directamente en el suelo, consolas doradas, bandejas de loza y de plata, esa habitación en la que Sorahia y Radia duermen, comen, juegan, reciben a sus amigas, cuando empieza a vivir en el harén, Bakhita piensa que su nuevo nombre le va bien. *Bakhita la Afortunada*. La que ya no camina sobre las piedras. Ya no está encerrada con las ovejas. No duerme en los árboles. Y que, como lo repite Binah tan sorprendida, no tiene realmente ni hambre ni sed. Intenta ser «dulce y buena», como le enseñó su madre, dulce y buena. Se distingue y existe gracias a ello, a esa particularidad. Quiere hacerlo todo con alegría, para demostrarle a sus pequeñas amas que le gusta obedecerlas y que hacen bien manteniéndola con ellas. La mayor parte del tiempo, están tumbadas y ella las abanica. Hablan, comen, juegan al dominó o a las cartas, duermen. Bakhita las abanica. Cree que se lo han inventado ellas. Cree que un día se les ocurrió este juego: darle el

gran abanico para que lo mueva lentamente por encima de ellas. Le parece que es una buena idea, pues hace mucho calor y suda mucho, pero ya no tiene sed nunca, o nunca durante mucho tiempo, y a eso no se lo puede llamar sed, solo un dolorcito. Las abanica y hace lo posible por no moverse, por no temblar, por no respirar demasiado fuerte. «¡No soples como un elefante!», le dicen riéndose, y a pesar de que Zenab la perfuma cada mañana, sabe que huele mal debido a todo ese sudor, pero Sorahia le dice que eso es porque es muy negra, y añade: «Y también muy guapa». ¡*Yamila*! Están orgullosas de ella. Cuando sus amigas vienen a verlas, les enseñan todo lo que sabe hacer la esclava. El monito es lo que más les gusta. Bakhita chilla, se rasca los sobacos y atrapa con la boca lo que le lanzan al aire. A veces, también hace el caballo, que cocea y galopa, y las amigas se suben a su espalda por tumos. Hace todo lo que le mandan. Todo lo que ellas quieren. Cuando no se porta bien, la ponen en un rincón. Cuando quieren impresionar a sus amigas, le mandan que cante y baile como hacen en su tribu, que lo haga muy fuerte y con toda su alma. Ella lo hace, y con toda su alma, pero nunca canta su cancioncilla «Cuando los niños nacían de la leona». Esa es secreta, y no quiere que se rían de ella dando palmas en las piernas y gritando *Uuuh, uuuh*. Cuando están muy contentas con ella, las pequeñas amas la dejan sentarse a sus pies y a veces le acarician furtivamente la cabeza, con golpecitos satisfechos. Bakhita teme estos momentos, siempre tiene miedo de que los golpecitos se vuelvan más insistentes, como sobre la piel tensa de los tambores. Se imagina incrustada en el suelo por los golpes, y que luego cae en el *mandara*, donde viven los hombres, y se imagina las historias terribles que se cuentan, lo que les sucede a los esclavos los días de fiesta. Y lo que les sucede cuando se acaba la fiesta. Las torturas. Los asesinatos. Los sacos que arrojan cosidos al río con mujeres dentro. Estos golpes en la cabeza son caricias amenazantes.

En el piso de las mujeres están los muchachos más pequeños, y está Samir. Al principio, no exige nada, merodea y calla, apenas la mira, parece más atraído por Binah y se divierte haciéndola llorar

cada día. Es un desafío ritual que le hace reír. Tiene que llorar delante de él cada día. La espera de ese momento supone una irritación constante, los nervios de Bakhita están a flor de piel, le gustaría ocupar el lugar de su amiga cuando Samir la pega o la humilla, les enseña a todos los dientes que le faltan, su voz delirante y su miedo a la taxidermia. La picotea con un águila disecada, la fuerza a cabalgar un cocodrilo, ella suplica y a veces se lo hace encima. Y llora. ¿Cómo ha sabido Samir lo que le daba miedo a Binah? ¿Le ha contado Zenab su aprensión cada mañana al pasar por delante del zorro del desierto? Por ella, o por otra, todo se sabe. Todo se cuenta. Todo el mundo escucha, todo el mundo espía. Eso los distrae. A los esclavos, eunucos o mujeres, a los criados, los libertos, las concubinas, es un mundo cerrado, una prisión sin barrotes. En la habitación de las jóvenes amas hay muchas esclavas: sirven las comidas, presentan las vasijas para las libaciones, encienden los candelabros, y por la noche, en la terraza, cantan y bailan para las amas durante las largas veladas en las que se aburren, en las que las mujeres del amo, sus hijos y sus concubinas cuentan historias y beben café. Los días y las noches son interminables. Muchas de las esclavas duermen delante de las habitaciones de las amas, que nunca se cierran con llave, duermen en los pasillos, directamente en el suelo, se mantienen siempre listas. Cuando al fin dan permiso a Bakhita y a Binah para ir a acostarse, en la barraca al fondo del jardín, el mundo sigue siendo hostil. No les gustan a las mujeres que trabajan en las cocinas ni a las que trabajan en los campos del amo. Tienen un puesto privilegiado junto a las dos niñas, y están deseando que se acabe. Pues se acabará, y ese día Bakhita y Binah comprenderán lo que es de verdad ser una esclava. Ellas reciben el látigo cada día, sus cuerpos no son más que heridas abiertas, sus cuerpos emiten permanentemente el fuego de las quemaduras. Día y noche, el dolor corre bajo la piel. La locura las acecha. Bakhita teme a Mariam, que llama a sus hijos sin cesar, corre tras ellos y los regaña con ternura, siempre quiere darles de comer, de beber, y nunca se da cuenta de que a quien persigue y habla es a los patos. A sus hijos los vendieron, a los dos juntos, en

un lote tras haber perdido el amo una apuesta. Bakhita piensa en Kishmet. ¿Echa de menos a su hijo? Tiene más de dos años ahora. ¿Ha tenido más hijos? ¿Le han dejado quedarse con ellos? ¿Acaso ha suplicado y cantado el canto de la separación que no sirve de nada? Cuando la angustia es demasiado grande, piensa en la mano caliente que se posó en su interior la noche de la fuga en el bosque. No sabe si era un ancestro, un espíritu, un fantasma, no sabe cómo decirlo, sería imposible de explicar. Pero suplica que esta mano vuelva. A veces, vuelve y la transporta en la noche por encima de sus miedos. Por encima del tiempo en el harén, por encima de El Obeid, quizá incluso por encima de Sudán, de toda África. A un espacio de clemencia y reposo. Allí, ella se siente de nuevo dulce y buena. Tal y como la veía su madre.

Unos dos años después de la llegada de Bakhita a la casa de las pequeñas amas, tienen lugar dos acontecimientos importantes, en una época a la que llamará «la época de la gran desgracia», dos pesadillas parecidas. El primero de estos acontecimientos es la salida prevista con las pequeñas amas al gran mercado de los esclavos. El segundo es la preparación de la boda de Samir.

Bakhita tiene nueve años y está aterrorizada. El mercado y la boda les provocan a los amos la misma excitación violenta, y todos parecen estar siempre fuera de sí. Samir ha crecido. Samir va a dejar el harén. Va a desposar a Aicha, a la que está prometido desde hace seis años y a la que no ha visto nunca. Su madre se lamenta y abraza a su hijo con ruidosa indecencia. Él está orgulloso, decepcionado y también impaciente. Tan pronto se queja cual bebé como se vuelve cruel como un viejo rey.

Bakhita se acuerda de los combates que tenían lugar cada año en su poblado para celebrar las cosechas. Los muchachos que habían alcanzado la edad adulta luchaban contra los adolescentes de otros poblados, en una lucha fraternal, como una danza. Su poblado los animaba con orgullo, y su hermano era entonces más que él mismo, era también, como decía su abuela, «los ancestros, los que vemos y los que esperan para venir al mundo». Las mujeres se engalanaban, engalanaban a sus hijos, se podría decir que una sola persona poderosa y venerable se había multiplicado en cientos de personas, todas con un mismo deseo intenso e infatigable. Pero en la casa serpiente, la fiesta, los preparativos de la boda de Samir se parecen a la preparación del gran mercado. Es la misma alegría feroz, una organización ansiosa, órdenes y acusaciones de la mañana a la

noche. Todo está muy tenso, como si se esperase una venganza, y todos viven en el pánico y el temor. En el gran mercado, el amo quiere comprar, vender, obtener beneficios, va en busca de la mercancía, hombres y animales, marfil y oro, sale durante largas jornadas, vuelve y se aísla para hacer cuentas, pasa de la excitación más ruidosa al abatimiento más cruel. Reprende y castiga a sus esclavos, sube al harén y acosa a sus mujeres. Para la boda de su hijo quiere que haya bondades insuperables, riquezas ardientes y atractivas como el fuego. Y hace las mismas cuentas y tiene los mismos cambios de humor, es un lunático incontrolable, es el amo absoluto, pero termina por no saber de qué. Para él es la misma victoria casar a su hijo en mitad del esplendor o volver del mercado aún más rico. Pero antes de salir victorioso, hay que combatir, y ya no sabe lo que es el reposo.

En la memoria de Bakhita se mezclan los dos acontecimientos, pero el primero que tuvo lugar fue el del mercado. Desde la barraca de los esclavos y desde la habitación de las jóvenes amas, día y noche oye las aglomeraciones de viajeros que llegan a El Obeid antes de ir a Jartum, procedentes de cientos de etnias, hombres que han caminado con sus rebaños durante días y noches, meses enteros, para intercambiar, vender y comprar. Bakhita sabe que los hombres llegan cargados, sabe que habrá «ébano», y entre ellos, preciosa entre las preciosas, estará su hermana. Lo sabe y punto. Es una certeza que le da ganas de llorar. La espera se vuelve física, la espera la invade. Por la noche, cuando está acostada, imagina el reencuentro, se cuenta a sí misma su cita con Kishmet, el amor reencontrado que dará un sentido a su vida.

Por supuesto, antes de ir al gran mercado, ella ya ha salido por El Obeid con las pequeñas amas y los eunucos que las acompañan. Salir con alguna esclava es señal de riqueza, se escoge a las más guapas, y Bakhita es un bonito adorno. Claro que ella ya ha estado buscando a su hermana entre la multitud, delante de las casas, en las callejuelas, el bazar, en los rincones de los altos muros, en el camino

del cementerio bordeado de cipreses. Ya ha tenido esperanzas, pero nunca con esta certeza. Descubría la vida de una pequeña ciudad que le parecía muy grande. El mundo tomaba forma y ella seguía sin tener las palabras para comprender lo que veía, esa miseria junto a la que se pavonea la riqueza, sentía la extraña fatalidad, los mendigos y los esclavos obedientes, las niñas a la entrada de los bares, los porteadores de agua y los innumerables y miserables pequeños comercios. Pasaba con las amas que iban cubiertas con un velo, y los eunucos, que parecían aves de colores, piaban y volaban, como mariposas en medio de la inmundicia. Vio a los niños abandonados, enfermos y lisiados, que morirían pronto y nadie se acordaría de ellos. Excepto ella. Aún no lo sabía, pero nunca olvidará a los niños de las calles de El Obeid, y los volverá a ver, en otros lugares, en otras infancias, otras calles, la miseria universal.

Sorahia y Radia habían previsto llevarla con ellas al gran mercado de esclavos. Irían con su madre, tres eunucos y algún siervo. Bakhita aguardaba esa mañana como la de su reencuentro con Kishmet, ese reencuentro que le anuncia a Zenab. Una mañana le murmura: «En el mercado está mi hermana». Se lo dice en árabe, hace el esfuerzo, y el anuncio en árabe se vuelve oficial. *Ujtí*. Mi hermana. Mi hermana mayor. Mi hermana Kishmet. Estará allí. ¿Lo comprende Zenab? Bakhita también tiene una familia. Alguien que la quiere y no está lejos. Es así y el árabe lo certifica. Tiene una hermana mayor que tiene un hijo de dos años, sí, también tiene una gemela y su padre es el hermano del jefe del poblado. Es una gran familia y su abuela se sabe toda la historia de esta gran familia y, ¡oh!, si conociese lo suficientemente bien la lengua de Zenab, todo lo que le diría, mientras ella la engalana y perfuma, le diría todo, pues a medida que se aproxima la salida al gran mercado, ya no tiene ni prudencia ni tristeza, y la esperanza que lleva en su interior es tan grande que refulge a pesar de ella, y aunque quisiese esconderla, no podría.

Su presencia en el gran mercado la anulan en el último minuto.

Sin explicaciones, por supuesto, puede que sin razón. Debido a un descuido o un ardid. Nunca lo sabrá. Las pequeñas amas se van y Bakhita se queda en el harén, todo el día, de pie, junto a la ventana de su habitación. Se queda en la terraza aplastada por el calor y mira abajo, la ciudad a la que no ha ido, el gran mercado en el que va a aparecer su hermana y con la que no se va a reunir.

Vigila. Desde el sol brutal hasta el sol declinante, en el calor feroz y en el aire oscurecido, vigila. Mira la inmensa multitud, a los que se cruzan, rodeados de tantos colores, gritos y polvo, hace una selección de la multitud, observa y separa a Kishmet de todos los que no son ella, se mantiene lista y atenta el día entero, bajo el calor, la sed y el vértigo, y tras horas de paciencia y esperanza, la ve. En la multitud que bulle en miniatura está Kishmet. Un segundo de estupor. Un despertar brutal. La luz explota. Ella está allí, abajo, casi delante de la casa, ese grupo de esclavos que se dirige hacia el mercado. Grita su nombre, y en ese grito reconoce el grito de las mujeres de Olgossa en llamas, oye su voz como nunca antes la había oído, ese grito es su voz dormida que se despierta y la agarra, como en el trance. Kishmet se da la vuelta. Y Bakhita recobra lo que creía haber olvidado. Su silueta, sus ojos, su boca, y la manera en que se ha dado la vuelta, viva, al acecho, es ella, la que lleva consigo su infancia, su tribu, su vida de antes. Kishmet se da la vuelta y al instante un guardia la golpea. Cae de rodillas, se levanta, vuelve a girarse hacia la voz, pero está encadenada a los demás; presa y arrastrada por los demás, se aleja, se desvanece, deja de existir. Bakhita quiere llamar a alguien de entre la multitud, hacer una señal, pedir ayuda. Mira cómo desaparece Kishmet y se queda allí, atenazada por el horror, y luego se acerca al borde de la terraza, abre los brazos, ya no tiene miedo ni prudencia en absoluto, se lanza hacia el gran mercado como un pájaro poderoso. Una mano la agarra, la abofetea con violencia y se desmaya en esa mano. La esclava que la ha salvado no quiere que las amas la acusen de negligente o perezosa, por lo que la aparta de la muerte y la deja sobre el suelo de la habitación, inconsciente.

Bakhita permanece largo tiempo ausente, y Samir lo nota de forma inmediata. La joven esclava ha perdido parte de su vitalidad. Tiene ganas de hacerla reaccionar, probar su poder viril en esta niñita sin vida. Antes de tomar esposa quiere probar su potencia, potencia que será su arma de hombre y su ley.

Bakhita tiene casi diez años. La vida en el harén toca a su fin, pero eso no lo sabe todavía. Una tarde, Samir la llama y las pequeñas amas le dan permiso para reunirse con él. Deja el gran abanico y va a la habitación donde él la espera.

Le dice que se acerque. Por su voz, cree que le va a pegar por alguna torpeza que ha cometido, no sabe cuál, pero seguro que hay una, siempre las hay. Se echa a sus pies, se prosterna y dice *Asfa*. Perdón. Por favor, no me pegue. *Asfa*. Le hace gracia. La empuja de una patada y cae. Le ordena que se levante, ella se levanta y percibe su olor de finta amarga y animal muerto, empieza a llorar en silencio. La abofetea, para que deje de llorar o para que llore más fuerte, no lo sabe. La abofetea para despertarla o aturdiría. La abofetea por costumbre. Le entrechocan los dientes, le duelen las sienes, mantiene la cabeza gacha, como debe ser, ve los dibujos sobre la alfombra, rojos y amarillos, de pájaros y lunas, le parece extraño que sean lunas y no soles, recibe las bofetadas e intenta pensar en eso, por qué lunas y no soles, el aliento de Samir se aproxima, ella retrocede, entonces la bofetada es tan fuerte que cae sobre la alfombra, los pájaros y las lunas. Le brama que es una idiota y se le echa encima. Le agarra la cabeza con las manos y la golpea contra el suelo, como si quisiese hacerla explotar, abrirla en dos, está encima de ella, como una montaña, con las piedras y las serpientes bajo las piedras, inundado de ira, quiere matarla.

Lo que sucede después, el destrozo, que la peguen por fuera y por dentro, ya lo conoce. Es un abismo sin fin, sin socorro, son el alma y el cuerpo sujetos y aplastados a la vez. El crimen del que no se muere.

Cuando el joven amo acaba, se levanta. Le ordena que se levante ella también. No es capaz. Le tiemblan las piernas, no es capaz. Él la agarra por el brazo y tira para que se ponga en pie, pero ella continúa temblando, y se diría que danza en cuclillas, ya no puede seguir obedeciendo, no recupera el aliento, su cuerpo se sacude sin control, como si le hubiesen lanzado un hechizo. El joven amo sigue gritando, palabras que ella no entiende y palabras que sí entiende, le dice que es impura, *nayas*, y le vuelve a pegar.

Ella piensa que está ensuciando la alfombra, pues se ha vuelto a caer y sangra por varios sitios. Piensa que el joven amo va a romper la fusta y a romperse las manos y a romperse los pies a fuerza de pegarle. Piensa que la casa se va a derrumbar bajo sus gritos. Piensa que su cuerpo se va a abrir en dos. Piensa que se ha acabado. Piensa también que quiere vivir. Se arrastra para salir de la habitación. El amo la sigue sin dejar de darle patadas, como si la empujase, va a refugiarse en la habitación de las pequeñas amas, Sorahia y Radia están tumbadas sobre colchones puestos en el suelo, están comiendo, el día entero comen por aburrimiento, escupen la piel de las uvas, los huesos de los dátiles, Bakhita busca refugio detrás de ellas, les pide ayuda. *Ainayda… Ainayda…* Samir sigue pegándole. Ellas siguen comiendo.

Bakhita es ahora un juguete roto. E impuro. Por lo tanto, la van a eliminar. Más tarde, cuando le pregunten por qué, qué pasó exactamente, ella dirá: «Había roto un jarrón». A una persona, a una sola, le contará la verdad. A una sola, que se guardará para ella el relato de la ofensa.

Después de los golpes de Samir, la llevan con los esclavos, donde se queda un mes entero tumbada sobre una estera intentando sobrevivir. Nadie la cuida ni le habla. En silencio, le dejan comida y agua a su lado, sin preocuparse de si la toca o no. Llama a Binah, pero no viene. Cuando abre los ojos, no la ve. Nunca nota su mano en la suya. Ya no oye su voz. Cuando recupera la conciencia, le dicen que el amo tenía una deuda de juego.

Nunca se acordará de cuándo fue la última vez que la vio. La desaparición de Binah es como la desaparición de su nombre, un corazón que se para. Binah era su oportunidad para sobrevivir. Su humanidad. Libre, alejada, envejecida, Bakhita la conservará con ella. Todo el tiempo, hasta el último día. Junto a ella había cumplido el sueño de todo esclavo, habían escapado, habían desobedecido, habían tenido ese valor y esa fuerza.

El día que es capaz de levantarse sola consideran que puede volver a trabajar. No tiene sentido que vuelva al harén, así que trabaja en las cocinas, al fondo del patio. Es un lugar de una suciedad inimaginable, que las amas no conocen y que no se les ocurriría nunca visitar. Las paredes están negras por la mugre y el humo que sale del homo, no hay chimenea, los gatos vagan entre las cucarachas y las ratas, los perros comen directamente de las cacerolas. Cada día, Bakhita se levanta antes de la llamada a la primera oración para encender el homo y hervir agua. Va a buscar la madera al depósito y, a veces, levanta la vista hacia las ventanas y la terraza desierta de las pequeñas amas. Es ya un mundo lejano que quizás nunca existió. Prefiere mirar al cielo, al día naciente, se

pregunta si en ese mismo instante su madre está sentada en el tronco del baobab caído, si mira el nacimiento del día, como le gustaba hacer. Pero ya no se atreve a hablarle. Ya no tiene nada que prometerle. No obtendrá ni su perdón ni el fin de sus sufrimientos, y avanza sola en un mundo que la sacude cada día como un viento muerto de hambre. Está perdida en este mundo. La marcha de Binah es una separación que reaviva el resto de separaciones. Algunos esclavos, para evitar ese sufrimiento, deciden no amar nunca, se olvidan de un corazón que solo sirve para sufrir. Bakhita habla a las gallinas, a los perros, a los mirlos, a las últimas estrellas que se desvanecen en el nuevo día, le habla a la madera que recoge, al agua, al viento, pregunta si es posible que la luna se acuerde de su nombre, y le parece que el último lugar apacible, el único refugio está ahí, en ese instante en que la noche desaparece para dar paso al día. Y luego vuelve al trabajo, como un pequeño y terco asno con la cabeza agachada, trabaja y siempre obedece, y recibe los golpes sin entender por qué, quién los ordena, quién los merece, quién decide si paran, si vuelven a empezar, y piensa en la mano de Binah contra la suya, el coraje que le proporciona. *No te suelto la mano*. Quizás siga siendo verdad. Ella decide que lo es.

Así pasan los meses, en la casa serpiente en la que cada uno lleva a cabo su jornada con su escudo de indiferencia, en el tumulto de las órdenes y los golpes, el gran desorden cargado de miedo. Y un día el amo manda buscarla. Un eunuco la lleva a su despacho, en el piso de los hombres, pasa por delante del zorro disecado que tanto miedo daba a Binah, y entonces comprende que, en el despacho del amo, la espera tranquilamente la desgracia. Desde que Samir gritó que ella era impura, el amo la quiere vender, lo sabe.

Ese día está con un hombre vestido de militar que la examina, luego salen al jardín para que el militar la vea a la luz del día y mire cómo corre. Con gran fatiga, corre para no ir a ninguna parte, corre en el magnífico jardín indiferente, y cuando se para, baja la mirada y espera. El dinero cambia de manos. Entonces camina detrás de su

nuevo amo, con las manos encadenadas y sujeta por un guardia. Intenta llevarse a Binah consigo, guardar su corazón de pájaro junto al suyo, y dejar atrás sus días de pena, sus días de vergüenza, todos sus sufrimientos. Se acuerda de la sonrisa de Binah, que decía: «Ya no tenemos realmente ni sed ni hambre». Y se lleva consigo esa gratitud infantil.

Deja la casa serpiente y no se lleva nada, ningún objeto, ni siquiera una piedra, un poco de tierra, una palabra, un adiós, una mirada. Nada. Solo el miedo a lo desconocido y esa impureza que todo el mundo ve, y de eso está segura, en su mirada hacia el suelo, en su minúscula respiración y en la voz que le ha cambiado, tan grave y que ahora canta desafinada, desvaría y divaga. Habla menos, es prudente, insegura, y no por su lenguaje que es *una mezcla*; es ella. Tiene diez años y no sabe cómo crecer. Crecer bien. Crecer dulce y buena. Es impura, está estropeada y sin inocencia. Su vida es como un baile muy torpe, un torbellino de agua sucia. Busca una referencia, tiene sed de algo que no encuentra. Un consejo. Una palabra sabia. No sabe hacia dónde ir.

El hombre que la ha comprado es un general turco, dirige el ejército de esclavos al servicio del gobierno turco-egipcio que mantiene a Sudán bajo su ley. Sus milicias de esclavos-soldados hacen reinar el orden y recaudan impuestos, roban el ganado y los hombres.

La casa del general es rica pero austera, un enorme edificio rojo y cuadrado de ventanas enrejadas. El jardín está desnudo, sin flores ni árboles, la fuente está seca, y en el palomar el canto de las palomas suena cansado como un lamento. El patio es oscuro, el sol no baja hasta él. El primer día, Bakhita no se percata del gong. Muy pronto temerá oírlo, pues significa la cólera de los amos, una cólera que pide ser apaciguada siempre con lo mismo: después de que suene el gong, hay que bajar a un esclavo al patio y golpearlo.

En esa casa gobiernan dos mujeres: la madre del general y su esposa. Las dos se detestan. Su odio mutuo es un alimento que

buscan sin cesar. Hurgan en él, lo remueven como viejas cenizas que pueden volver a arder. Este odio las agota, pero también las anima, a veces gozan de él, el asco que sienten la una hacia la otra es tan fuerte que las une, es una aversión como un bien común, una enfermedad compartida. El general entrega a Bakhita a estas dos mujeres, está al servicio de su esposa, va a aprender a peinarla y a vestirla, *sin tocarla jamás*, va a aprender a anticiparse a las órdenes, a los deseos, a ver venir los golpes y a aceptarlos. Las amas hablan turco; los esclavos, árabe. Bakhita se vuelve a guiar por «el oído», la entonación, el gesto, la expresión, y se alegra mucho de no entender a menudo las palabras que las dos mujeres pronuncian, palabras que parecen tan violentas que más de una vez le sorprende que no les quemen las lenguas tales groserías.

A Bakhita la prepara Hawá, una esclava dinka un poco mayor que ella, de apenas doce años. Le enseña cómo ocuparse del ama *sin tocarla jamás*; por la mañana tiene que quitarle los vestidos, la camisola y el calzón de noche, desanudar el cordón, anudar el cinturón dorado, pasar el galabieh de percal y hacerlo de manera que le quede perfecto, quitarle el pañuelo de noche para peinar y trenzarle el largo pelo antes de taparlo con un pañuelo de gasa auténtica y, *siempre sin tocarla*, ponerle los pendientes de diamantes, los enormes anillos y el collar de perlas. Por la noche hace lo mismo, pero al revés. Bakhita la ayuda a quitarse el vestido, a pasar una larga sotana blanca por encima de los calzones de lino, sin tocarle las caderas los ata con un cordón de cáñamo, y cuando el ama le dice que lo apriete más, sabe que es para alargar la prueba, la enriquece con algunas variantes bastante repetitivas y previsibles. De puntillas, Bakhita le pone después una camisola y luego dos o tres vestidos superpuestos. Le coloca el pañuelo de noche alrededor de la cabeza y deja caer sus trenzas hasta más abajo de los riñones. *Sin tocarla jamás*.

Todo esto es un auténtico calvario. Resulta imposible llevar a cabo esta ceremonia sin tener contacto con el cuerpo o la piel del

ama, es una tortura refinada, un juego con el que se deleita el ama y que termina, de forma invariable, con un golpe de gong, con la aparición de un eunuco que lleva a Bakhita al patio donde un esclavo-soldado la golpea concienzudamente. El ama llama a esto «entregar a Bakhita a los cuervos», negro sobre negro, sonido sobre sonido. El esclavo pega al esclavo. Los esclavos obedecen órdenes, Bakhita los oye maldecir a esas *yengas*, esas «negras», es la jerarquía del encierro, están los esclavos de arriba y los esclavos de abajo. Bakhita, debido a —o gracias a— su belleza no es la menos afortunada.

Los esclavos domésticos y los campesinos duermen en dos barracas separadas, una para los hombres y otra para las mujeres. Son edificios en ruinas que apestan a paja húmeda y a orín, y en los que pululan las ratas y se transmiten enfermedades, pero en los que impera, sobre todo, el miedo. Los esclavos tienen miedo todo el tiempo. Miedo de dormir y que sea quizá la hora de levantarse. Miedo de no dormir y estar demasiado cansado para trabajar por la mañana. Miedo de los golpes que despiertan los golpes de la víspera. Miedo de los golpes que no llegan y que van a llegar por sorpresa. Miedo de los antiguos esclavos y de los nuevos esclavos, de los que saben demasiado y de los que llegan en un estado de inocencia peligroso. Miedo del día y miedo de la noche, pues la esposa del general viene cada mañana antes de que cante el gallo para azotarlos. Y a los que han trabajado durante la noche y apenas se acaban de tumbar sobre la estera los azotan igualmente. Y a las que esperan un hijo, y a los que despiertan de un sueño, y a los que aún tienen el espíritu unido a la noche, y a los que tienen fiebre, y a los que son tan viejos que pronto los tirarán a un estercolero, y a los bebés que aún necesitan el pecho de su madre y siguen acostados, a todos los azotan. Cada mañana, antes de que cante el gallo, la mujer del general grita en un júbilo furioso: «¡*Abid*! ¡Esclavos! ¡Raza de animales!». Después ya se siente mejor.

Bakhita crece en esta casa. Habla poco con los demás, los cuales

no hablan con nadie, y tiene miedo de crecer como esos esclavos agotados, hambrientos, cuya mirada no expresa deseo ninguno, ni el de vivir, ni el de morir.

A pesar de que sigue viviendo en El Obeid, Bakhita se siente lejos de cualquier clase de humanidad. Kishmet no está en ninguna parte, Binah está perdida entre la multitud de los cautivos. Intenta recordar sus historias, su lengua, sus sueños, pero todo pertenece a otra, a una niñita sin nombre. Intenta recomponer el rostro de su madre, pero se le escapa; intenta volver a oír las voces de su poblado, pero su dialecto se empobrece. La energía que gasta cada día por sobrevivir agota su espíritu, y por la noche los sueños no reviven ni tan siquiera un poco de la dulzura del pasado, los siete años de su vida de *dayu*, de gemela, dulce y buena, a la que le daban miedo las huellas de las serpientes y que reposaba la cabeza en el cuello de su padre por la noche, cuando el sol desaparecía detrás de la colina. Un día cierra los ojos y ve su corazón. Es un pájaro con las alas recogidas durmiendo suavemente. Esta imagen la conforta, es bonita como un regalo, pero, sobre todo, significa que no está muerta. Duerme, simplemente. Duerme. Un día se despertará.

Bakhita permanecerá cuatro años en la casa del general turco, hasta los *trece años, más o menos*, en 1882. Su cuerpo empieza a elevarse hacia lo alto, como el de las gentes de su tribu, ágil y de un negro profundo, sus ojos ligeramente almendrados mantienen una candidez sorprendente, como una tímida interrogación, su cara es de una belleza que ella no ve y que la estorba, un óvalo perfecto, con los pómulos altos, y, sobre todo, de una nobleza que parece divina. El rostro que se perfecciona, el cuerpo que crece en esta casa de almas furiosas, son una gran desgracia, como un árbol en el campo equivocado.

Tiene casi doce años y empieza a verse su pecho. Los amos están vestidos. Las esclavas no se visten más que con un paño. Bakhita querría estar escondida, invisible como los espíritus, cubierta como las amas. Estar desnuda en Olgossa era algo casi tan natural como la hierba que mece el viento, estar vestida con un simple paño en la casa del amo es una vergüenza permanente.

El general turco lo llamaba *el juego del trapo*. Era rápido y le hacía reír invariablemente, como un truco de magia que siempre sorprende. La primera vez, ella no sabe. El amo la manda llamar, ella acude, se prosterna, pide perdón, él le ordena que se levante, ella se levanta, súbitamente él le agarra los pechos incipientes con las manos y se los retuerce como si quisiera «escurrir un trapo», como si quisiera separarlos de ella, arrancarlos de su piel, derretirlos, es lo que dice, quiere derretirlos, dejar de verlos. Ella chilla de dolor y de miedo, es un sufrimiento brutal que la deja estupefacta. Cree que el amo ha inventado esta tortura para ella, debido a lo que hace, a lo

que representa, no sabe que los amos no están inventando nada. La tortura del trapo se lleva infligiendo a las mujeres desde hace siglos, y si al menos alguien le hubiese dicho que no era la única, quizás habría culpado al amo y no a sí misma.

A veces los esclavos hablan entre sí. Un poco. Historias breves, en instantes breves, como fulgores. Porque la ración de sopa ha sido un poco más generosa, porque han tenido tiempo para ver el atardecer, porque han visto nacer un polluelo, porque se han acordado de un canto de sus hogares. Porque la vida no siempre puede estar separada de la vida. Entonces, por un instante, se atreven a la emoción de la belleza, que les recuerda que forman parte de lo que está vivo. Se hablan con palabras pobres, concretas y raras, es un instante robado al anonimato de la explotación. Muere del mismo modo que ha llegado, es una tregua entre dos combates, y luego cada uno se va por su lado, con su silencio, su pasado, todos se callan, para seguir resistiendo.

Una tarde de otoño en la que está haciendo mimos a un gatito de pocas semanas, Bakhita se siente bien. La sorprende recuperar esta sensación. Es una alegría emocionada, casi una tristeza, por lo mucho que le recuerda lo que fue. Aquel tiempo en el que formaba parte de lo que está vivo. Hawá está sentada en el suelo, a su lado, deberían regresar a su barraca, pero roban este momento, se regalan un poco de la tarde, un poco del cielo y del aire que se relaja, son cómplices, ellas, que comparten cada día el servicio a las amas, el ejercicio sádico del *sin tocarla jamás*, a veces se ríen de este absurdo. Esa tarde de otoño, con el gatito entre los brazos, cálido como el cuello de una persona amada, Bakhita le confiesa a Hawá en un susurro de orgullo: «Yo ya me he escapado. ¿Entiendes? *Firar*. ¿Entiendes? Hui. Con Binah, mi amiga, hui». Hawá entiende y Bakhita cuenta. Acaricia el cachorro y recobra el placer del relato, la escucha del otro, ese momento en el que se comparte con tanta sencillez: «¡En el árbol, sí, dormimos en el árbol! ¡Por ahí pasó el gran felino! ¡Bajo el árbol!». Hawá se ríe un poco, suspira y sigue la

historia, Bakhita la transporta, le susurra su loca evasión, susurra, pero alguien la oye. La madre del general, que presume de no hablar ni entender el árabe, ha oído todo y entendido todo.

El gong resuena. Se imparte el castigo.

Bakhita pasó encadenada un año entero, con la cadena alrededor del tobillo, como un perro rabioso. Día y noche, su pierna era un peso de dolor, una barra de hierro en llamas que le recorría la cadera, la espalda, el brazo, se le aferraba a la nuca, donde golpeaba sin cesar. No solo le costaba caminar, subir escaleras, agacharse o ponerse de pie, también le costaba hacer cualquier cosa de forma repentina. Y eso era lo que la cadena quería. Que no solo el impulso del cuerpo fuese imposible, sino también el del alma: la prudencia y el instinto sin los que un esclavo no es más que una presa.

A los doce años, con esa bola en el pie, Bakhita se tambaleaba y resoplaba como una anciana. Se la oía y se la veía de lejos, y aunque algunos esclavos bajaban los ojos cuando se acercaba, otros le pedían que hiciera menos ruido. Cuando le quitaron la cadena unos días de clemencia durante las fiestas de Alá, cojeaba como si la cadena le hiciera falta para mantener el equilibrio, una parte de su cuerpo necesitaba ese peso para no caer. Cuando acabaron las fiestas de Alá y le volvieron a poner la cadena, sintió que la encerraban en sí misma. Ella era su propia prisión, separada de todo. Era un estorbo para ella y para los demás, y su presencia molestaba, pues les recordaba a todos el martirio que querían olvidar, las largas marchas en cadenas que los habían traído hasta ese infierno. Tenía el tobillo hinchado, lleno de costras e irritado. Así que se puso a hablarle por la noche, sobre la estera, lo acariciaba como a un animalito, consolaba la parte castigada y torturada, porque no podía durar mucho más, ella no quería cojear, ser inútil. Un esclavo inútil es un esclavo al que se alimenta para nada. Y del que uno se deshace. A veces, Hawá conseguía robar raíces de jengibre que Bakhita roía, escupía y aplicaba sobre el tobillo. La inflamación bajaba un poco.

Bakhita veía a su abuela apilando hierbas y curando a todos, intentaba acordarse, pero no se acordaba, ¿qué hierbas eran, qué era lo que crecía en su casa, cuál era el nombre de las flores, el nombre de las plantas? No lo sabía, pero ¿alguna vez lo supo? ¿Con qué se había quedado de su vida de niña pequeña? ¿Qué quedaba en ella de una *dayu* de Darfiir? ¿Desde hacía cuántos años era esclava? El tiempo pasaba sin referencias. Intentaba contar las fiestas de Alá, las estaciones de lluvias, pero era confuso y con frecuencia desalentador. No quería estar desalentada. No quería seguir encadenada. No quería crecer en la casa del general turco. Llevar un día en su interior, como las otras, a los hijos del amo. Y que el amo se los arrebate. No sabía situarse en el tiempo, pero el tiempo pasaba y la transportaba en su movimiento. Sus miedos eran como abismos. Para olvidarlos, se inclinaba sobre su tobillo de anciana, le hablaba, lo cuidaba, y sin saberlo, en este cuidado encontraba un modo de sobrevivir.

Tiene más o menos trece años, es una joven con los senos mutilados y señales aterradoras de que es apta para ser madre, tiene miedo de que eso también se vea, que el amo, al que nada se le escapa, lo sepa. Todo lo que emana de ella le parece reprobable: quién es, lo que hace, incluso lo que ve y lo que oye. Nunca está en el lugar adecuado y todo la condena.

Una mañana, Hawá y ella presencian una pelea entre el general y su mujer. Están en la habitación del ama, a la que Bakhita *no ha tocado*, y que está vestida y peinada como a ella le gusta, ricamente, con muchos velos y colores. Con la cabeza gacha y las manos a la espalda, inmóviles y mudas como las alfombras y los cojines a su alrededor, esperan una orden. Esa mañana, la luz de El Obeid es fría, pronto llegará el invierno y todo parece pálido, de una lenta tristeza. De forma excepcional, la mujer del general no grita. Amenaza al amo con un odio helado como el agua del pozo en invierno. Palabras tan malvadas que el general que dirige ejércitos, el general que ordena los ataques y acumula las medallas, el general, bajo el azote de estas palabras, baja la cabeza. Como un esclavo. Y luego la alza. Se acerca a su mujer y, cuando está muy cerca de ella, levanta el brazo un largo momento por encima de su cara. Le tiembla de cólera. Se oyen el silencio y el zumbido del silencio. Se oyen las respiraciones asfixiadas, un soplo que golpea. Y el general baja el brazo, y las mira, a Hawá y a ella. Pronto se escucha el gong.

En el patio, dos soldados las tiran al suelo y les pegan. Dura tanto tiempo que durará toda la vida. Su muslo conservará el hueco, la falta de carne arrancada por las varas. El amo contempla la tortura

y, cuando se siente totalmente apaciguado, les indica a los soldados que se detengan. Se detienen.

Inconscientes y ensangrentadas, transportan a Bakhita y a Hawá a sus esteras, en las que permanecen un mes. Les es imposible vivir alejadas del dolor. Las invade el sufrimiento, al borde de la inconsciencia, no piensan en nada más, sufren. No hay ni clemencia ni socorro. Nadie para inclinarse sobre sus cuerpos sumidos en el suplicio. Primero porque está prohibido y después porque la piedad podría hacer vacilar a los esclavos más resistentes. Vacilar es peligroso, vacilar puede ser mortal. Todos los que están allí lo están gracias a una voluntad terrible, una fuerza y una resistencia de gigantes. Han sobrevivido. No perderán este combate por compasión hacia dos esclavas maltratadas. Que te peguen es lo cotidiano, la condición. Muchos son como Bakhita, jóvenes, asustados, no encuentran su lugar ni saben cómo comportarse. No deberían. Cada uno de ellos tiene su función, no se compra o se vende a ningún esclavo al azar, no viven o mueren al azar, no los golpean o violentan al azar. No tienen razón cuando se sienten a merced de una violencia imprevisible. Los amos cuidan mucho su casa y saben exactamente cómo controlarla. Sin embargo, en la década de 1880, estos amos hacen oídos sordos a la creciente amenaza. Un hombre, el *Mahdí, el salvador del islam*, jefe religioso sudanés, se opone al invasor egipcio. Promete al pueblo esclavizado y explotado la liberación de Sudán y la renovación del islam. El gobierno turco-egipcio ignora la cólera del pueblo y su fuerza, ya que la fuerza siempre ha estado de su lado, les pertenece, como los hombres. Dirige y oprime como si el mundo fuese a caber siempre en sus puños, pero ese mundo se está agrietando, ese mundo va a romperse, mañana explotará.

Durante el mes de sufrimiento, tumbada sobre su estera, Bakhita también vive, a su manera, fuera del mundo. Se encuentra encerrada en el dolor, su cuerpo trabaja por sobrevivir, por sanar, y, poco a poco, su conciencia despierta, y oye. Oye que la tierra

tiembla bajo ella, sacudida por los cuerpos de los esclavos que estuvieron allí antes que ella, acostados en el mismo sitio, justo en la misma estera. La tierra ha conservado la marca de esos cuerpos, con el aliento y el calor, con el agua de las lágrimas y el espesor de la sangre, y se acuerda de todos. Son todos diferentes, nunca podrían confundirse sus espíritus, y cada uno tendría tanto que contar, los paisajes que vio, los animales que le gustaban, el momento del día que prefería, la comida que su madre le preparaba, la persona a la que amaba en secreto, qué dones poseía. La tierra se acuerda de todo. Y esta tierra le dice a Bakhita que no es justo. El lugar del esclavo no es justo. No hay en la tierra otra niña como ella, es irreemplazable. Puede que no recuerde bien el rostro de su madre, puede que no sea capaz de dibujarlo en la arena, pero su cuerpo sentado sobre el tronco del baobab caído mientras espera el amanecer no lo ha olvidado, y eso cuenta. La cara de su madre ha cambiado, y seguirá cambiando, pero su amor a la mañana que llega es eterno. Durante días y noches, Bakhita escucha la tierra, y una mañana se levanta. Se tambalea y se tiene que apoyar en las paredes del edificio para dar unos pasos, mira al frente, acostumbra su pierna al dolor, la reeduca, no debe formar parte de los enfermos mucho tiempo, no debe formar parte de los esclavos inútiles, no debe morir. La tierra le ha hablado, la tierra sagrada que honran las gentes de su tribu se ha dirigido a ella. Así que se levanta.

Avanza, vacilante y voluntariosa, en un mundo al borde del abismo. Las tropas del Mahdí cada vez son más numerosas. Los esclavos-soldados de los amos se alistan en sus ejércitos, los hombres van a luchar ahora por su país. Las batallas son sangrientas, las ofensivas cada vez más numerosas, el núcleo de la revuelta se agranda. En El Obeid, en la casa del general turco, se celebran fiestas, se compran dos circasianas y un eunuco. En la casa del general turco se dirige un mundo de degeneración y orgullo.

Así que una mañana la mujer del general se despierta con una nueva idea. Está contenta con esta idea. No puede esperar. «¡Qué

hermosas! ¡Son tan hermosas!». *¡Yamila! ¡Güzel!* Mira a tres de sus esclavas y las señala gritando, como si hubiese olvidado algo que, sin embargo, tiene bajo las narices. *¡¡¡Güzel!!!*, se lo grita a su suegra y le enseña a las tres negras, Bakhita, Hawá y otra esclava, muy joven, de no más de seis años y que ha llegado hace tan poco que el amo aún no le ha dado un nombre y la llaman *Yebit*, «Aquella que no merece un nombre». Da la sensación de no entender nunca lo que sucede, qué hace ahí, en la parte reservada a las mujeres, en donde presenta torpemente la bandeja de las abluciones y los botijos, donde extiende las mosquiteras alrededor de las camas, lleva la lamparilla, los cigarrillos, el cenicero, y tiene esos grandes ojos llenos de sorpresa, que olvida bajar, que buscan una señal de aprobación y no encuentran nada. El amo la trajo del mercado una noche junto a otras tres muchachitas que participaron en las fiestas de los hombres. La pequeña Yebit no habla ni árabe ni turco, Bakhita no sabe de dónde viene, nada en su actitud permite comprender su historia. No se queja, mantiene sus grandes ojos negros abiertos como dos eternas preguntas y parece estar esperando algo que no llega.

¡Yamila! ¡Güzel! La mujer del general las señala con una ávida impaciencia que comparte también su suegra, por una vez están de acuerdo. Se acercan a las tres esclavas, con manos frías, las evalúan, las acarician, las rascan un poco con las uñas y aplauden. «Pero ¡cómo no se nos ha ocurrido antes!». Retroceden para mirarlas, juzgarlas mejor, Bakhita cree que las van a vender. A las tres. En un lote. Van a partir, servir en otra parte, en otras tareas. Se equivoca. No van a venderlas. Van a adornarlas.

Quieren estar orgullosas de sí mismas. Quieren enseñarles a sus amigas que sus esclavas son hermosas y que son suyas, y que haya algo que así lo diga, dibujos, marcas, como una bandera o un blasón. No les gusta la nueva moda. Ahora hay quien viste a sus esclavos. A ellas les parece que un esclavo vestido es tan ridículo como un mono con babuchas. No. A ellas, a sus esclavas, las admirarán desnudas. Y

es la piel lo que van a vestir. Será su piel de negras lo que mostrará a todos la riqueza de sus amos.

Primero las llevan a una habitación. Una habitación que no conocen. Oscura, con tejidos muy pesados en las ventanas que esconden el día y enseñan el polvo. Bakhita mira el polvo mientras dura. Y dura mucho tiempo. La tatuadora que han hecho venir y que es *la mejor* ha traído hojas con dibujos y se los muestra a las amas. Ante los ojos de Bakhita, el polvo es como arena inmóvil, gris y pesada. Las amas examinan los dibujos para escoger los que la tatuadora dibujará y dudan. Hay muchos donde elegir. Y son muy bonitos. *Güzel. Yamila*. Realmente bonitos. Bakhita aún no entiende la naturaleza del peligro, pero el tamtam vuelve a golpear por todas partes en su interior, y el ruido del tamtam es tan fuerte que el polvo le es indiferente. La pequeña Yebit, casi siempre tan dulce y plácida, de una confianza sumisa, gime suavemente. Bakhita le roza los dedos, la pequeña los agarra tan fuerte como puede, tiene las uñas blandas como el pico de un pajarillo y los dedos mojados por el miedo. Bakhita sabe que está llamando a su madre, así que le aprieta con fuerza esos dedos que la esclavitud aún no ha estropeado, esos dedos tan jóvenes que saben tan poco. Y entonces Bakhita entiende qué les van a hacer.

Las dos mujeres acaban poniéndose de acuerdo en los motivos que la tatuadora dibujará sobre ellas. ¡Quedará muy bien! Y, de pronto, ya no están de acuerdo. Sube el tono, llueven las injurias. Bakhita y Hawá temen que suene el gong porque, de manera confusa, y a pesar de ellas, tienen la impresión de que la pelea, la indecisión, son culpa suya. Hablan de ellas. Es por su culpa. Ahora la pequeña está llorando y su cara bañada en lágrimas se eleva hacia Bakhita, que le sonríe y, todavía agarrando su mano, balancea un poco su brazo de atrás adelante, como en un juego. Le gustaría confortarla, abrazarla y poner su cara sobre su cuello, para que no vea ni oiga nada más, para que solo respire el olor de su piel… La angustia vuelve. Bakhita se pregunta dónde, en qué parte de sus

cuerpos va a dibujar la tatuadora. Es precisamente ese el objeto de esta disputa interminable. Las dos mujeres hacen venir al general. ¿A quién defenderá? ¿A su mujer o a su madre? ¿Cuál de las dos ganará? Pronto se oye el ruido de las botas, de los andares viriles y furiosos.

Bakhita querría ser el polvo. Querría ser el tejido ante la ventana. Querría *realmente* ser una cosa. No una esclava. Una verdadera cosa. Cuando el general entra en la habitación, el miedo entra con él. Ojalá no las toque, ojalá no se quede mucho, ojalá calme a su madre y a su esposa. Habla primero su madre y le explica: quiere que tallen *también* la cara a las esclavas, ¿verdad que tiene razón? Bakhita y Hawá se miran. La pequeña no ha entendido las palabras en turco. Que tallen *también* la cara. Ahora Bakhita querría que el general se quedase. Mucho tiempo. Que aborte lo que viene después, porque sí, porque no llegan a un acuerdo, que se vaya la tatuadora y que pasen a otra cosa, a otra ocupación, cantos, danzas, juegos, una salida al bazar. El general se gira hacia su esposa. Ella grita: «¡Ni hablar! ¡La cara, no!». Su madre lanza una risotada y dice que sus amigas *también* hacen escarificar la cara a sus esclavos, se hace así hoy en día. «¡Lo estropearía todo!», dice la esposa. Cruza con fuerza los brazos sobre el pecho y mira a su marido con un aire de desafío parecido a una amenaza familiar. Los dedos de la pequeña Yebit tiemblan en la mano de Bakhita, como animalillos queriendo echar a correr. Oh, hermanita, piensa Bakhita, ¡no correrás! Y comprende que lo que les va a suceder será terrible, ya lo ha visto en otras personas y siempre la ha estremecido. Las hinchazones por todo el cuerpo, como una tierra labrada, arañada por una fiera, la piel deformada, abotargada y quemada. «¡Estoy de acuerdo contigo!». El general le ha hablado a su esposa. Se ha decantado por su opinión. La cara *también*, no.

Resuena el gong. Las hacen bajar al patio. Bakhita suelta los dedos de la joven esclava que la mira con unos ojos llenos de preguntas frenéticas, entonces parpadea un poco para decirle *No te*

suelto la mano. Sabe que la entiende. Sabe también que la acompaña al martirio, le gustaría pedirle perdón, pedirle perdón por esa vida.

En el patio las esperan dos esclavos-soldados. Dos hombres robustos. Y la mujer del general le pide a uno de los dos que lo haga. Poner a la pequeña Yebit en el suelo, sobre la espalda, y sujetarla, mientras que traen dos cuencos a la tatuadora, uno lleno de harina, el otro de sal.

Bakhita no ha protegido a la pequeña Yebit, no la ha consolado, solo la ha mirado. La pequeña tiembla tanto que la tatuadora tiene que empezar tres veces el dibujo sobre el cuerpo con la harina. Le lanza una mirada de reproche al ama. El ama hace un gesto a un esclavo para que calme a la pequeña Yebit, la abofetea y eso la aturde durante unos minutos. Entonces la tatuadora recomienza sus dibujos, se aplica, sus muñecas bailan, es casi bonito, los arabescos, el saber hacer, como un artesano, blanco sobre negro, luminoso, tan estético. Y luego saca una navaja de afeitar de su delantal, y sigue los dibujos de la harina, hiende la carne veintitrés veces, muy profundamente, empezando por el vientre, de donde mana la sangre, como si la anciana hiciese aparecer arroyos rojos, el vientre, y luego los brazos, las piernas delgadas, tan cortas, la pequeña aúlla como un animal salvaje, la tatuadora tiene las manos y los brazos inundados de sangre, pero no le preocupa, va hasta el final de su cometido, y una vez que termina de cortar, con mucha aplicación abre cada herida para llenarlas de sal y luego las presiona con mucha fuerza, para que la sal penetre bien. Los potentes chillidos de la pequeña se debilitan y chirrían, luego gruñe y se calla, su cuerpo convulsiona como una tierra en cólera y después se queda inmóvil como un animal abatido. El soldado afloja la presión. Se ha acabado. Con un gesto de la cabeza el ama ordena que se lleven el pequeño cadáver. La tatuadora se ha puesto de pie, le llevan una jarra, se aclara los brazos y las manos, bebe un té a la menta, resopla un poco. Bakhita cae a los pies del ama y le suplica clemencia. Hawá solloza y suplica como ella. El ama las mira molesta y con

repugnancia, suelta palabras ácidas y ordena a los esclavos que las azoten para que se calmen antes del tatuaje. Reciben los golpes bajo los que desearían perder el conocimiento, no existir en lo que viene después, olvidar lo que han visto, lo que va a suceder, pero no se desmayan, y cuando los golpes paran, el ama se acerca a Bakhita y le dice en voz baja, mirándola a los ojos con calma:

—¡Tú! Tú vas a mirar hasta el final.

La tatuadora comienza por Hawá. Bakhita mira hasta el final. Hasta que le toca a ella.

Bakhita no protegió a la pequeña. Cuando salió de la barraca, un mes más tarde, la buscó por todas partes. Quería saber si quedaba algo de ella, algo que ella pudiera enterrar para ofrecerle a los espíritus, pero, por supuesto, era demasiado tarde y nadie quería hablar de la pequeña. Yebit, que no merecía ni nombre ni sepultura. Así que Bakhita miró al cielo antes de la llegada del día y pidió a las estrellas que la perdonasen. Pero las estrellas permanecieron frías. Bakhita bajó la mirada y pidió a la tierra que la perdonase. Pero la tierra permaneció muda. Bakhita tenía trece años *más o menos*, de los cuales seis había sido esclava, y volvía a sentirse impotente y aterrada como en los primeros días, cuando la pequeña Binah le había dicho: «Eso se llama esclavos», *abid*, y había pensado en su hermana antes de comprender que ella también lo era. *Abdá*. Como los demás. Ni mejor ni peor. Su cuerpo es propiedad exclusiva de los amos, su corazón está petrificado, y su alma ya no sabe dónde vivir. No protegió a la pequeña, encontró a Kishmet pero no pudo reunirse con ella, y vive en un mundo furioso, que se devora a sí mismo. No sabe nada de los avances del ejército Mahdista, y el día que sale del edificio, el día que vuelve al mundo de los vivos, se siente como arrancada de sí misma. Tiene las heridas hinchadas y, a pesar de la sal, algunas todavía sangran y huelen mal. Está decorada con ciento catorce muescas sobre la tripa, el pecho y el brazo derecho. Los días de sufrimiento, junto a Hawá, intentando sobrevivir, son los últimos de su calvario, pero eso no lo sabe. Durante treinta días, ha combatido y sobrevivido al dolor, a la infección y a la terrible sed que provocaba la sal en las heridas. En un sueño, a menudo semicomatoso, ha creído estar de nuevo sobre los largos caminos sin agua de las caravanas, las horas bajo el sol queriendo no morir. La

deshidratación le provocaba vértigos aun cuando no se movía, le tambaleaba el cerebro, orinar era un dolor insoportable, tenía la boca seca y la lengua cubierta de costras, tuvo fiebre, deliró, su cuerpo dudó entre la vida y la muerte, y luego se adaptó a lo que se había convertido, a esa carne tallada, a esa piel ardiente e hinchada, a las cicatrices para toda la vida, pues hay vida. Cada día le pusieron delante de su estera un tazón con agua que no siempre tuvo la fuerza de coger. La tatuadora fue cara, las amas no quieren que Bakhita y Hawá mueran, están reservando una sorpresa para sus amigas y saben exactamente qué recorrido van a hacer para exhibirlas en la ciudad y a qué harenes las van a llevar.

Apenas tendrán tiempo de hacerlo. Por más que las amas sigan viviendo como si fuesen reinas, por más que la mujer del general siga azotando a los esclavos cada mañana antes de la primera oración, el sistema acaba bloqueándose… Y un día se para. Un día el general ordena que se deje de golpear a los esclavos. Y abandona El Obeid. Se va, no se sabe a dónde, pero esa orden, la orden de dejar de azotar a los esclavos, es heladora. Asusta a los cautivos: se está preparando algo, va a suceder algo, y los cambios nunca les favorecen. Dejan de golpearlos, pero ¿qué va a pasar *después*? Sus cuerpos no están acostumbrados a que no los azoten. Se estremecen mientras esperan los golpes. Su piel está preparada, sus mentes desconfían, vigilan cada ruido, cada paso, todas las noches, en el edificio, se preguntan unos a otros: ¿Quién ha oído hablar a los amos, quién ha estado en el mercado, quién ha acompañado a las amas a la ciudad, qué dicen los invitados, los eunucos, los porteadores de agua, los sirvientes, los soldados? ¿Quién sabe algo? Si dejan de maltratarlos tiene que ser para subir el precio. El amo necesita dinero, pero ¿para qué? Van a venderlos, pero ¿con qué fin? Van a separarlos, a dispersarlos sin piedad. Las esclavas gordas sollozan en sueños, los casados se abrazan durante largas horas sin hablar, las madres miran a sus pequeños con un amor aterrado y por las noches les repiten las palabras como si fuese un rosario, siempre las mismas, palabras de amor que se van a acabar. Los más viejos

callan, lo han visto todo, no esperan ni temen nada, a pesar de que los invade el asco. Los enfermos suplican a las cocineras hierbas y polvos que aceleren la muerte, saben que no saldrán de la casa del general, los van a dejar abandonados en la barraca, donde morirán de hambre y de sed, intentan escoger una muerte más dulce. Bakhita y Hawá se hablan un poco en árabe, su lengua en común, pero de lo que las une no hablan: los cuerpos gemelos desfigurados, el servicio cotidiano a las amas con los látigos, los insultos, la fatiga y el miedo. Y la pequeña Yebit. También a ella la comparten. La pequeña Yebit. Muerta, como tantas otras, bajo la tortura de una tatuadora. Sacrificada sin dios ni ceremonia.

Una tarde, el ama se ha dormido y, por un instante, Bakhita deja de abanicarla. Se pasa el puño por la frente sudada. Se mira las manos, dos alas negras abiertas. Las mira y, de pronto, vuelve a ver los dedos de Binah. Y los de la joven esclava de Taweisha. Y los de la pequeña Yebit. Siente los dedos de esos niños posándose de nuevo en su mano, con gran suavidad, como plumas, y luego esos dedos toman forma, se entrelazan, se mueven, y pareciera que bailan. Se mira la palma abierta. La mano de su gemela, la de su amiga, las de los pequeños de Olgossa a los que contaba historias, todas vienen a posarse sobre sus palmas, vienen, las manos de los que amaba cuando era libre. Y luego siente otra mano sobre la suya. Grande. Delgada. La reconoce. Su calor profundo. Su presión reconfortante. Es la mano de su madre que se posa y cierra dulcemente en la suya, con una calmada autoridad. Entonces comprende: su madre la perdona. Bakhita aprieta suavemente el puño. No sabe qué va a ser de ella en este mundo que se tambalea, pero ahora, y para siempre, es la mano de su madre contra la suya la que le dice *No te suelto la mano*.

Continúan. Todos. Puesto que no les pegan, podrían rebelarse, amotinarse, vengarse, huir. Pero no saben qué está pasando. Las guerras existen desde siempre: se enfrentan los ejércitos, se captura a los hombres, se ataca los pueblos y las *zeribas*. Han nacido en el corazón de esta violencia. Pero, sobre todo, tienen hambre. Tienen

miedo. No tienen a dónde ir. Hablan mal el árabe. Están medio desnudos y totalmente rotos. Todavía se cuidan un poco los unos a los otros, tienen miedo de perderse. Trabajan peor. Una vez, Bakhita toca a su ama mientras la peina y, cuando retrocede a la espera de los golpes, lo único que oye es el ruido de los objetos lanzados contra el suelo. El ama transmite su rabia a todo lo que la rodea, menos a ella. Y sus palabras están tan llenas de cólera que Bakhita cree que alguien le ha lanzado un hechizo a esa mujer, pues la cólera contra su esclava es como una montaña que intenta ascender sin conseguirlo jamás. Tiene cadenas invisibles, Bakhita las ve.

Así viven los esclavos durante algunos meses, una vida presa de la lenta y malsana bruma de la duda. Y una noche escuchan el caballo del amo, un galope peor que el gong. Ordena despertarlos a todos y sacarlos al patio. Es la primera vez que los reúnen de esta manera, hombres y mujeres de todas las generaciones, de innumerables tribus. Están los que dormían en las barracas y los que nunca se separaban de los amos, día y noche a su servicio, los simples palafreneros, las circasianas y las cocineras, los consejeros y los herreros, los esclavos cercanos al amo y los que son menos-que-nada; una sociedad que se derrumba en una noche. Los esclavos-soldados asisten al amo, como siempre. Los otros esperan, negros en la noche negra, flacos en el frío lento. Los que se quieren y se abrazan rezando, los que reconocen ese viejo miedo asombroso, los que se mantienen alerta, todos aguardan el sacrificio. El amo los vende a propietarios privados, los clasifica en lotes, listas y combinaciones, los empujan, los dispersan, a Bakhita la ponen al fondo del patio, a la derecha, junto al palomar. Hawá no va con ella. Bakhita la busca con la mirada, pero nadie distingue a nadie y en la noche se oyen los gritos desperdigados de aquellos que lanzan adioses y pobres palabras a quienes aman, el látigo restalla, las maldiciones se mezclan con las súplicas, los llantos agudos de los niños con los sollozos roncos de los ancianos y con los gritos de las madres, al borde de la locura. Una luz aparece en la ventana del

ama, Bakhita levanta la vista. Sola ahora, en su harén desierto, la mujer del general mira cómo bulle todo lo que se le escapa, y no entiende en absoluto esta injusticia.

El general ha decidido regresar a Turquía. Él y su familia van a abandonar Sudán lo más pronto posible. Los preparativos se llevan a cabo en un pánico furioso, los amos deben dejar en El Obeid todo lo que poseen, las riquezas se les escapan de entre los dedos y sienten cómo se ahogan en el pánico. Les quedan muy pocos esclavos, apenas diez, y el ritmo de los días es un caos, tienen la sensación de caer, de caer sin remedio y, de repente, todo les disgusta, todo es insoportable, se dan cuenta de que nunca les ha gustado ese país, el viento constante, la humedad pegajosa, las noches heladas y el desierto alrededor. Es como un despertar. Alzan los ojos, miran dónde están y lo que ven es hostilidad y amenaza, un mundo que no habla su idioma y que maltrata sus costumbres, están ansiosos por huir, volver a casa y recuperar su lugar.

Bakhita permanece junto a los amos. Esta vez no la han escogido por su belleza, sino por su habilidad para servir a la mujer del general, que ha *hecho* a esta niña. Lo que lleva encima para siempre, la piel escarificada, su cuerpo, lo ha domado y moldeado; Bakhita es su criatura. El general le ha dado permiso para quedarse con ella, pero a Hawá la ha vendido a un gran propietario agrícola y ha conseguido una buena cantidad por ella, pues esperaba un hijo y así ha matado dos pájaros de un tiro. No se han quedado con ninguna embarazada, van a viajar en camello hasta Jartum, a más de seiscientos treinta kilómetros al norte. Necesitan esclavos robustos y eficaces.

Para Bakhita marcharse significa siempre tener esperanza. No sabe que al abandonar Kordofán e ir el norte, se aleja de Darfur. Cuando se sube al camello, cuando la alzan sobre este gigantesco animal, esconde su miedo, se agarra como puede y mira el mundo desde lo alto. Se encuentra cerca del viento que danza entre los árboles, agita las velas, levanta la arena y el polvo, cerca del cielo, y

mira, hasta donde alcanza la vista, los campos, los desiertos, los montes, El Obeid es más pequeño de lo que pensaba. De dónde vino hace cuatro años, dónde está Darfur, apenas sabe que está al oeste, apenas sabe dónde está el oeste, recuerda las marchas interminables y los paisajes cambiantes que borraban el rastro de su poblado; ya no sabe dónde nació. Y sin embargo, se emociona como si fuese posible, como si ahora se le concediese la oportunidad de reencontrarse con los suyos. Tiene miedo de perder el tiempo, entorna los ojos, gira la cabeza en todas direcciones, como un pájaro antes de echar a volar. Pero lo que se extiende hasta donde alcanza la vista durante los días del viaje es el desierto, con sus inmensas dunas, los montes pelados, las serpientes invisibles, las sombras alargadas, la arena que danza y se incrusta en los ojos, en la boca, en la más mínima parte de piel, y apoyada en la silla, el muslo herido de Bakhita se abre y sangra. Esta herida la esconde todo lo que puede, sabe que la abandonarán al primer desfallecimiento. Permanece alerta, obediente, pero siempre, en la fatiga, la sed y el dolor, busca Olgossa.

El calor es peligroso e influye en la caravana como si la asfixiase, y viajan cada vez más durante la noche, con las estrellas como guía. Las noches son heladas, avanzan, como bloques frágiles sobre los camellos que se tambalean, y el nerviosismo de los amos solo es comparable a su inquietud. Sus órdenes resuenan contra las piedras en la noche, son los antiguos ecos de órdenes pasadas, de los jefes de guerra y sus esclavos, todas las fugas y las retiradas, el tráfico y el trueque, el desierto acoge en su inmensidad rosa y azul la fila de los hombres sin reposo, esas siluetas que basculan sobre los camellos elegantes y malvados y que transportan en sus espaldas la caída de un mundo.

Bakhita esperaba ver su poblado, pero es una ciudad lo que descubre tras las noches de viaje, aparece Jartum al amanecer con sus luces rosas bailando al ritmo mareante del camello. A través de sus ojos llenos de arena, ve a lo lejos la ciudad, las puntas de luz en la noche y, por la excitación que se apodera de los amos, sabe que, una vez más, algo va a suceder.

No entran en la ciudad. Se detienen justo antes, en la periferia, les basta con el primer albergue que encuentran. Bakhita sigue a las amas, dormirá delante de su puerta, en el suelo, dispuesta a obedecer las órdenes constantes, fuera de lugar, cada vez más futiles e inútiles. Ese dominio familiar tranquiliza, pone a cada uno en su lugar, la mujer del general abofetea a Bakhita sin razón, le tira del pelo, le escupe a la cara, y calma su confundida ira, la insulta en árabe para que la entienda mejor y lo oiga todo el mundo, y nota con asqueado despecho que aprecia a esa niñita estúpida. La odia y la quiere. Llora de rabia en una cama con la mosquitera agujereada, en ese hotel miserable infestado de mosquitos y cucarachas, en ese aire húmedo que la vuelve loca y esa vergüenza de no tener más que un puñado de esclavos a su servicio. ¿Vale tan poco su vida?

Bakhita está agotada, su cuerpo es una maraña de dolores y su alma busca a Kishmet. La ciudad está muy cerca, parece enorme, se dice que es la inmensa encrucijada del comercio, en donde todo converge, donde todo vive, se dice que el Nilo se transforma en un solo río en el que se unen el Nilo Azul y el Nilo Blanco, se dice que Egipto está muy cerca y el mar también, al que llaman Rojo, se dicen tantas cosas, ya no es un zorro disecado quien abre sus fauces,

es el gobierno egipcio. El amo de los amos. Y ella, *abdá*. Atrapada en la tempestad como en una tormenta de arena, duerme bajo el umbral de la puerta y las lágrimas le queman y limpian sus ojos llenos de arena. La mujer del general chilla en sueños. Palabras entremezcladas en turco y en árabe. Bakhita cierra el puño para sostener la mano de madre en la suya, se lo mete en la boca para no llorar demasiado fuerte, y una vez más, y a pesar de ella, tiene esperanza.

El día siguiente es casi un día corriente. Las órdenes. Los golpes. El hambre. La sed y el dolor. Pero… El amo pierde el control y su rígida confianza. Es un militar nervioso, como desorientado en un campo de batalla demasiado grande. Hace cuentas. Y vuelve a empezar. Y el ama solloza de frustración. Su marido es un minúsculo escorpión, *¡Akrep!*, repite mientras lo persigue, *¡Akrep!*, le dice con el rostro velado y con el rostro descubierto también, perdiendo la cabeza, volviéndose loca, *¡Akrep! ¡Akrep!*, y un esclavo le dice a Bakhita que van a volver a venderlos. ¿No va a ir a Turquía? El amo ha hecho circular el mensaje, *Esclavos en venta*. ¿Los vende a *todos*? Necesita dinero, todavía más, para regresar a Ankara. No le falta razón al ama. El amo es un escorpión que se muerde a sí mismo, el amo pierde la partida, el amo tiene prisa, por lo tanto, ha fracasado.

El ama no puede soportar que Bakhita se ocupe de ella, querría matarla, enterrarla, querría enterrarlos a todos, también a su suegra, que asiste a su hijo con mordaz satisfacción. Bakhita deja los cepillos, los broches y los velos. Se queda ahí, de pie, inútil y petrificada. Calcula. Si el general no la conserva, será su quinto amo. ¿Es así? Reflexiona. Vuelve a ver a los dos secuestradores junto al banano, vuelve a ver las largas marchas, los centros de selección, su huida con Binah, vuelve a ver al pastor y la serpiente en la boca de su perro, vuelve a ver a Samir y a las pequeñas amas, ve los cuchillos, los látigos y las desgracias, era muy pequeña cuando todo esto comenzó y ahora sabe muchas cosas, y no sabe nada. Ha

desaprendido sus costumbres y sus creencias, ya no sabría cómo llevar un rebaño hasta el río, batir el sorgo, entilar en su dialecto, y se pregunta: Si mi madre pronunciase mi nombre, ¿lo reconocería? Se hace esa pregunta y, de pronto, oye que la llaman:

—¡Bakhita! ¡Bakhita, ven aquí!

Fue así como sucedió, con esa sencillez. Del mismo modo que basta con un paso para atravesar la frontera, como basta una firma para acabar una guerra, en un minuto sucede lo que hemos esperado durante largos años. Bakhita se acerca. La compran por quinta vez, un hombre llamado Calisto Legnani, cónsul italiano en Jartum. Y este hombre cambiará el curso de su vida.

Cuando se presenta el primer día ante su nuevo amo, *Signore* Legnani, Bakhita se prosterna con la frente en el suelo y las manos hacia delante, y oye una orden que no entiende. Besa los pies al amo, primero uno, luego el otro, tres veces, pero el amo repite la orden, ahora en árabe: *¡Taalí! ¡Levántate!* Ella se levanta con la mirada baja y el corazón desbocado, confundida por este nuevo mundo en el que, una vez más, hace lo que no debe. *Guardami*. No entiende. Nota la mano del amo sobre ella, retrocede instintivamente cuando la sujeta del mentón y la fuerza a alzar la cara, sabe que no debe retroceder, que debe obedecer a todo, pero no entiende lo que le dice. Él habla de nuevo en árabe: *¡Shufi ilái! ¡Mírame!* Pero eso, eso no sabe hacerlo. Mirar a un hombre de frente. Un amo, además. La inunda el pánico, le mira a los ojos, no sabe leer lo que expresan, se muerde las mejillas para no llorar, no quiere que la devuelvan, lo mira, pero sabe que está mal hacerlo, él le suelta el mentón y se aleja, sacudiendo la cabeza, como si estuviese solo y triste. Luego le hace un gesto a una criada para que se aproxime, dice palabras incomprensibles, otra vez, Bakhita le pide perdón con insistencia *¡Asfa! ¡Asfa!*, pero es demasiado tarde, la criada, una mujer de piel clara, se la lleva consigo. Bakhita la sigue con la cabeza gacha, no sabe dónde viven los esclavos en esa casa, en qué patio los apalean, camina por los pasillos y llega a una habitación oscura, húmeda y neblinosa. La criada le señala un gran barreño de cobre, muy largo, vacío, y le explica que debe meterse dentro. No conoce esta tortura. Obedece.

Ese día han lavado a Bakhita. La criada, Aicha, la ha bañado. Al sentir la suavidad del agua en la piel, Bakhita se ha reencontrado

con la pureza del río, con los juegos y la infancia, con su madre. Sin embargo, estaba muy quieta, sorprendida y alerta. Cuando el agua ha caído sobre su enredado pelo, que ha peinado la criada, ha pensado que la estaba preparando para una fiesta con los hombres, pero, en el fondo, sentía que, quizá, era otra cosa. La criada ha mirado las escarificaciones, el muslo agujereado, las cicatrices en la espalda, los pies deformados, ha sonreído triste y brevemente, le ha vertido el agua con tanta suavidad sobre los hombros que la pequeña se ha vuelto a decir que, a lo mejor, no la estaba preparando para los hombres.

Y luego, Aicha la ha ayudado a salir de la bañera, le ha dado una toalla para secarse, le ha indicado que esperase y ha vuelto con una larga túnica blanca atravesada con hilos rojos y perlas. Se ha plantado delante de Bakhita, sin decir una palabra, y como Bakhita no se movía, se han quedado así un momento, mirándose, con la túnica blanca entre las dos. El pelo de Bakhita goteaba sobre la toalla, creía que había agotado sus lágrimas, nunca había llorado de gratitud, e incluso en ese momento, el momento de silencio entre Aicha y ella, no creía que todo eso fuese posible. El momento de la mirada. Sin amenaza. Entonces ha extendido la mano para coger la túnica y Aicha la ha ayudado. Ha pasado la cabeza, las mangas han recubierto sus brazos, y el tejido ha recubierto sus hombros, su vientre, sus piernas, su cuerpo entero. Por encima de la túnica blanca no sobresalía más que el negro de su cara, como esculpido en la luz, y milagrosamente sin escarificar. Todas las marcas de la infamia quedaban ocultas, la túnica era como un velo de pudor y, por primera vez desde su rapto, ha sentido que había algo en ella que solo le pertenecía a ella. Su cuerpo, objeto de lucro y de tantas violencias, se lo habían devuelto, disimulado a los demás se convertía en un secreto. Su secreto. Era el primero.

Así es como, lentamente, regresa al mundo de los humanos, gracias a la restitución de su cuerpo, que no volverán a pegar ni a pretender. Tiene algo propio, y *es* ella. Pertenece a un amo, pero un

trocito de su vida está protegido. Sabe que puede acabarse de un día para otro, por una razón que no entenderá, una decisión que no le explicarán, un adiós al que no tendrá derecho. Esta vestida y peinada, lleva perlas en el pelo y pulseras. Todo calo es algo tierno y está amenazado.

Pregunta a los esclavos del cónsul por Kishmet, a las criadas, y el día que una de ellas le pregunta por qué rasgo en particular se la podría reconocer, Bakhita no sabe qué decir. ¿Sus gustos? ¿Su voz? ¿Su risa? ¿Sus cicatrices? No sabe. ¿Su nuevo nombre? ¿Sus hijos? ¿Sus antiguos amos? Bakhita no tiene ni idea. Entonces intenta contar, calcular el tiempo transcurrido, se dice que Kishmet tal vez se ha casado con un soldado y viven en uno de los innumerables barracones de Jartum, o en la casa de un rico mercader, en un harén inmenso, como dicen que hay aquí, baila para entretener a las amas, o algo peor… Prefiere no pensarlo. Intenta recuperar la intuición que tuvo en El Obeid, cuando *supo* que Kishmet estaba allí, en la misma ciudad, muy cerca. Pero la intuición ya no está, y no sabría decir si su hermana vive en su corazón o en la ciudad.

Una mañana el cónsul la llama a su despacho. Es un hombre afable, que habla con una voz tan suave que cuesta oírlo, su presencia es casi ausencia; su gentileza, pura discreción. Le pregunta a Bakhita el nombre de su aldea. Se lo dice en árabe para que ella lo entienda. Es una pregunta sorprendente, abrupta, que sin duda esconde una trampa. O una mala noticia. ¿Ha hablado demasiado de Kishmet? ¿Le ha ocurrido una desgracia a su poblado? Mira por la ventana, es pronto pero el cielo ya está blanco, el calor nubla el horizonte. Ella pregunta en voz muy baja si ha habido fuego.

—¿Fuego? ¿Qué fuego?

El fuego. Después de un rapto, siempre hay fuego, pero no se atreve a decírselo al cónsul, y se queda quieta, con la cabeza baja y el corazón atrapado debatiéndose contra un mal presentimiento.

—¿Cuál es el nombre de tu tribu, de tu familia? —insiste él.

—*La arif*… No lo sé…

—¿No lo sabes? Inténtalo… Quiero ayudarte. ¿Entiendes? Ayudarte.

Le han dicho que el amo era bueno. Que había liberado esclavos. Que los había comprado para eso, para devolverles la libertad, y se pregunta qué hacen una vez libres, en Jartum.

—Dime el nombre de los tuyos. De tu poblado. De tu tribu.

Lo mira estupefacta. Entiende que quiere ayudarla, pero, sobre todo, entiende que ya no recuerda el nombre de su tribu. Se da cuenta, ahí, en ese despacho que huele a cuero y a tabaco, y en el que el enorme ventilador remueve el aire con un ruido de viento inmóvil. ¡No conoce el nombre de su tribu! Creía saberlo, nunca se lo había planteado, buscaba a los suyos y era todo, existen porque los ama, la esperan en algún lugar porque los echa de menos y va a volver con ellos… El nombre del poblado. El nombre de su familia. Tiene la cabeza llena de nombres árabes, de preguntas huidizas, y vuelve a decir:

—No lo sé…

No parece sorprendido. Abre un cajón y extiende una hoja de papel tan grande que cubre por completo el escritorio. Le dice que se acerque. Le dice que es su país, Sudán. Ve la inmensidad de ese mundo que está mirando por primera vez.

—Has caminado mucho. ¿Por dónde?

Dice que sí, que ha caminado mucho, durante meses, años, ha caminado mucho. Sí.

—Pero ¿dónde empezó? Antes de El Obeid, ¿dónde estabas? ¿De dónde vienes? ¿De qué lugar?

Ella murmura:

—Sí.

El vuelve a la carga, un poco más rápido, con más firmeza:

—¿Era más bien en las partes amarillas, las verdes o las grises? ¿Había montañas? ¿Colinas? ¿El Nilo Azul? ¿El Nilo Blanco? Era al oeste, ¿verdad?

Su dedo golpea el mapa como si fuese a hacer brotar arena o agua, ella no entiende cómo puede ser tan fino el río, ni dónde están las estrellas o la luna, no entiende qué significa el mapa. Recuerda la

última imagen de su poblado: dos hombres junto al banano. Mira el mapa y repite:

—No lo sé.

El cónsul no se desanima y con su escasa voz, casi apagada, pregunta:

—En tu hogar, ¿qué animales había? ¿Bueyes o búfalos? ¿Asnos o caballos? ¿Cambiabais a menudo de aldea? ¿Os marchabais? ¿Andabais? ¿Comíais animales? ¿A qué dios rezabas? ¿Cómo se llamaban tus ancestros?

Bakhita rompe a llorar. Desearía caer a los pies del amo y que se termine, camina al borde del precipicio y él la empuja con sus preguntas, está perdida y ha perdido a los suyos. El cónsul le da un pañuelo y un poco de agua. Dobla el mapa de Sudán con todos los lugares y las palabras que ella no ha sabido leer. Dobla esa tierra que no tiene cielo y la guarda en un cajón.

Quiero ayudarte, no hay por qué llorar.

Bakhita mira el cajón en el que están encerrados el mapa con su familia y todas sus esperanzas muertas. ¿Dónde están? Pero ¿dónde están todos? Solloza, se cubre la cara con las manos, sufre más que bajo los golpes y las injurias, sufre por ella misma. El cónsul se acerca atusándose el bigote con aire distraído.

—Es muy sencillo. Vas a decirme solo una cosa, después yo sabré a quién dirigirme. A un amigo que conoce vuestros dialectos… Muchos de vuestros dialectos.

Bakhita nunca ha estado hasta ahora tanto tiempo en el despacho de un amo, nunca le han hecho tantas preguntas, está agotada, desesperada y totalmente avergonzada.

—Tu nombre.

—¿Qué?

—*Tuo nome? Ma smukí?* ¿Nombre? ¿Tu nombre?

Bakhita mira el pañuelo blanco que tiene entre las manos oscuras. Lo dobla en dos. En cuatro. En ocho. Lentamente. Ha dejado de llorar. Se oye a sí misma respirando, como un pequeño asno agotado. El amo está ahora enfadado, y también un poco decepcionado, por supuesto.

—¿Cómo te llamas?

Se inclina un poco hacia él, para demostrarle su buena voluntad, y como no es *absolutamente* ignorante, le dice con su voz grave, separando cada sílaba:

—Non lo so.

Sale de la habitación caminando hacia atrás.

Esta entrevista marca el comienzo de una larga tristeza. Comprende que ha perdido su lengua materna. Su infancia se desvanece, como si no hubiese existido. No puede nombrarla. No puede describirla. Sin embargo, la siente en su interior, más ardiente y viva que nunca. Ha aprendido el árabe con la facilidad propia de los niños; desde hace siete años, no ha vuelto a oír una sola palabra en su dialecto. Se acuerda de «Kishmet», ese talismán, esa obsesión, el nombre que, sin duda, su hermana ya no lleva. Se lo dice al cónsul, como una última esperanza, y por su mirada cansada comprende que no significa nada, que es quizás otra deformación, otra ilusión. Se reencuentra con las largas noches de desesperación, aguardando un sueño, una intuición. Pero nada ni nadie la visita. Ya no la azotan, viste como los amos, pero sigue teniendo esa sensación de caída interminable. Intenta cantar su cancioncilla, que tanto le gustaba a Binah, «Cuando los niños nacían de la leona», la ha traducido, a pesar de ella y desde hace mucho, al árabe. Comprende que dice *amí*, para mamá, y *baba*, para papá, y, sobre todo, *asfa, asfa, asfa*, perdón por haberos abandonado. Piensa otra vez en el mapa de Sudán, le gustaría volver a verlo, se acuerda tan bien de los paisajes por los que pasó, y de la majada, y del bebé destrozado sobre las piedras, y de Binah en los centros de selección, lleva en su interior tantas vidas, ¿por qué ha perdido las imágenes de su infancia? Se esfuerza terriblemente por encontrarla. Piensa en lo que le gusta, el fuego de las asambleas, las rodillas de su padre, su hermana gemela, su abuela. Ve su poblado, fragmentos de las ceremonias, como señales lejanas, los dibujos de la serpiente, a su hermano. «Mi pequeña es dulce y buena», a su madre y a sus múltiples hijos, a su madre como una llama roja, cada noche practica este ejercicio,

rememora a los suyos con la esperanza de que vuelvan sus nombres, pero permanecen encerrados en un amor inmenso y anónimo, y extiende los brazos hacia seres que no puede abrazar.

Cada día ayuda a Anna, el ama de llaves, y, una vez más, se adapta a un nuevo mundo. Para empezar, está el italiano, ese idioma incomprensible con palabras que bailan al revés de las que ella conoce, que no salen del fondo de la garganta, como en árabe, sino que hay que arrancarlas de otro lugar, de algún rincón en el pecho; tardará mucho en encontrarlo. Delante de la casa del cónsul flota una bandera que no conoce, sin la media luna islámica, y en la casa hombres y mujeres viven mezclados. Las mujeres italianas llevan el rostro descubierto y trabajan junto a los hombres, y todos se reúnen para comer en una sala hecha específicamente para eso, a la que llaman comedor, se lavan las manos en una habitación aparte, no usan las manos para comer, sino tenedores y cucharas, y cada uno tiene su propio vaso, puesto delante de su propio plato, se inspecciona la cocina cada día y se limpia una y otra vez, no rezan nunca a Alá, el amo no tiene más que una mujer que nadie ha visto nunca, duerme solo, cada noche, en una cama inmensa, y su habitación está cerrada con llave, ningún esclavo duerme en la habitación del amo, o bajo el umbral de su puerta, ningún esclavo duerme en los pasillos. Al principio, es extraña la ausencia de esos cuerpos que suelen poblar las casas. Bakhita ha oído tantas veces a los patrones echando pestes contra los esclavos que están por todas partes, que los espían y propagan chismes por toda la casa, los amos odian esos cuerpos sometidos de los que no pueden prescindir, los desprecian por estar allí, por compartir su día a día, es algo que buscan y los horroriza al mismo tiempo. El país no se alarma realmente cuando los periódicos informan de las victorias del ejército del Mahdí, de las tribus árabes que se sublevan con él, de los esclavos-soldados que se unen a su causa, el país hace como si esta yihad fuese una pequeña revuelta, porque ellos son muy fuertes. Desde el fin de la trata de esclavos establecida por Gordon Pachá, el ejército británico captura de vez en cuando a grandes comerciantes a

los que juzga en Jartum, y luego todo sigue como antes. Se instala la corrupción. Se abandonan las infraestructuras de Egipto a las potencias occidentales, con las que su deuda se acrecienta hasta tal punto que los británicos se ocupan de su administración fiscal. Los banqueros europeos y los empresarios poco escrupulosos tienen el país a su merced. Europa entera está presente en Jartum: los señores que discuten y sacan mapas de los cajones, los embajadores de Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, con los que se reúne el amo de Bakhita, Calisto Legnani. Europa entera tiene sus ejércitos en Jartum, y el egipcio está movilizado. El Mahdí continúa su avance.

Bakhita se adapta. A las nuevas costumbres, al nuevo idioma, arrullada por los cuentos de Anna, que le dice que la mujer del *Signore* Legnani escribe a su marido y le suplica que vuelva a casa, a ese país en el que se habla italiano y que se llama *Italia*. Le describe a Bakhita el país, tan bonito, tan lejano, tan libre, soleado y sin estación de lluvias, y Bakhita se pregunta cómo debe de ser un mapa de un país sin esclavos ni desiertos, sin *zeribas* ni violencia, donde todos los hombres se parecen al cónsul, y su mujer, su única mujer, ¿es tan buena como él? Anna le dice que sí, que es muy buena, y feliz, porque en Italia no se repudia a las mujeres, incluso si no tienen niños, y pueden salir solas, sin velo, incluso después de anochecer. Eso no se lo cree Bakhita. Pero perdona a Anna, pues ella ama su país y sabe cómo contarlo. Bakhita no lleva más que las cenizas de una tribu sin nombre.

Una tarde, después de su jornada de trabajo, Bakhita se sienta en un banco del jardín. Se oye los últimos pájaros, siempre es sorprendente el canto de los pájaros en la noche que llega. Los escucha y cierra los ojos. Los pájaros atraviesan la noche, siente el rápido vuelo de las golondrinas, los círculos de los murciélagos, el viento lento en la palmera; de vez en cuando, el canto de los sapos. Vuelve a abrir los ojos, el cielo se junta, negro y apretado. Se encienden las primeras estrellas, tan pequeñas al principio, como puntos olvidados. Las mira agrandar la noche, y en esta noche

atenta se despierta algo en su interior. Este país es hermoso. La tierra de sus ancestros, el cielo de Sudán, son hermosos. Y se pregunta por qué el mundo es tan hermoso. A quién se lo debemos. La fealdad del hombre la conoce. La violencia que sale de su terrible cólera. Pero ¿de dónde viene la belleza? La noche se mantiene por encima de esos hombres, libre e inmortal. Y esta noche le habla. Como lo hizo la tierra, que recordaba el sufrimiento de los esclavos que había habido antes que ella. Bakhita entiende que todo se puede perder, el idioma, el poblado, la libertad. Pero no lo que uno se da a sí mismo. Uno no pierde a su madre. Jamás. Es un amor tan fuerte como la belleza del mundo, *es* la belleza del mundo. Se lleva la mano al corazón y llora. Lágrimas de consuelo. Ha tenido tanto miedo de perderla…

Tiene catorce años y es su segundo año al servicio del cónsul. Ha visto irse a esclavos liberados hacia un pueblo que han logrado encontrar, hacia una misión católica, los ha visto ir y volver después, agotados y enflaquecidos, a algunos los ha visto sentados y aturdidos en los rincones de las calles, ha apartado la mirada para no avergonzarlos, y se pregunta si otra vida es realmente posible. Escucha a Anna hablando de esa Italia sin milicias ni niños soldados, sin saqueos ni guerra en las calles.

Tiene miedo de Jartum. Siente la violencia que tan bien conoce, la de la pobreza extrema y la de la búsqueda del beneficio, esa mezcla sin piedad. La ciudad está sucia, invadida por las cucarachas y los saltamontes que se chocan con los viandantes, los gatos están flacos y son tan feroces como los perros del desierto, las gentes trabajan y mueren en las calles, hacen sus necesidades sobre las paredes de barro, los esclavos hacen girar la gran rueda para moler el mijo, el aire vibra por el pánico, el nombre del Mahdí circula como un latigazo, el *padrone* habla en inglés con los otros embajadores en reuniones tardías y llenas de humo, Bakhita oye las voces de los hombres roncas por el sueño y la cólera, algo se les está yendo de las manos y no quieren dejarlo escapar. Los británicos han tomado el control del país y lo administran con la arrogancia de los que nunca han perdido. Ni sus conquistas ni su orgullo. El *padrone* es menos dulce que antes, se vuelve quisquilloso y maniático, como un hombre que pierde la confianza. Las cartas de su mujer son más numerosas, «suplicantes», dice Anna, que sabe leer y no se priva de hacerlo cuando limpia el despacho del amo.

—Vuelve pronto, le escribe. *Súbito!*

—¿Le habla así a su marido? —pregunta Bakhita.

—Por supuesto. Es una italiana.

—Las turcas también son así.

—En todo caso, creo que el *padrone* va a volver a casa. Va a irse. Lo presiento.

—¿Volver? ¿A El Obeid?

—¡A Italia!

Al principio cree que, por supuesto, Italia no es para ella. Es una palabra para los demás, los que tienen la piel blanca como un pollo desplumado, los que sueñan y presumen de su suerte. Está acostumbrada al nerviosismo y a la impaciencia de los amos, y sabe que Anna tiene razón, el *padrone* va a marcharse. Es lo que había previsto, quería que ella volviera a su hogar, que no mendigase en los callejones enfermizos de Jartum. Pero como es ignorante, incapaz de decir el nombre de los suyos, sabe qué le pasará cuando se marche el cónsul. Ya sea en un callejón o en un palacio, sabe qué querrán de ella. Volverá a su lugar de origen: la violencia y la vergüenza. Y un día, sin haberlo pensado antes, lo decide: nunca más le quitarán su túnica blanca. Nunca más. Está en la lavandería, lavando sábanas y manteles, esos tejidos pesados de algodón que les gustan a los italianos. El agua está helada y se mira las manos mientras frota, frota, frota. El movimiento la transporta, se ha convertido en un canto, y sigue el ritmo de sus pensamientos. Se pone de pie bruscamente, derriba el barreño con las cenizas, se seca un poco las manos con el delantal y corre al despacho del *padrone*. Se prosterna a sus pies, a él no le gusta eso, pero lo hace porque no se atrevería a suplicarle de pie, a la cara.

—Lléveme con usted… *Padrone*…

Él no entiende nada, cree que ella quiere regresar a su casa, la considera un poco estúpida porque habla mal su idioma y porque, a pesar de su bondad, considera a esos negros como feroces animales sumisos. Y le gustan los animales. Es un no violento. Le horroriza que se prosternen a sus pies, es algo físico, visceral, no lo soporta, la obliga a levantarse y le explica que ya no tiene tiempo para buscar su

poblado, que está preparando su partida, su vuelta a Italia. Ella está de pie, frente a él, repite sin mirarlo:

Lléveme con usted, *Padrone*.

Ella le gusta, pero, aparte de un jovencito que les ha prometido como regalo a unos buenos amigos, no piensa cargar con ningún esclavo, hasta Anna esperará a que le envíe dinero para regresar. Ya ha empezado a revender a sus últimos esclavos a propietarios privados o a liberarlos, y además de estos mercadeos, se pasa los días entre el telégrafo, los periódicos, las reuniones y las maletas. Con la amargura de regresar vencido. Le pide a Bakhita que le traiga un café.

La invade el deseo de dejar Sudán. Intenta trabajar todavía mejor, cree que el *padrone* se va a dar cuenta, la manera en la que limpia los suelos, le encera los zapatos, plancha los manteles, y pronto se da cuenta de que él no se da cuenta de nada. Él tiene prisa. Bakhita sabe lo que le pasa. Es un hombre que ya no ve nada a su alrededor, prepara su viaje y no piensa en nada más. Irá hasta Suakin en camello, son varios días de viaje por el desierto, y luego, para atravesar los mares, tomará un inmenso barco de vapor, el aliado tan preciado de los mercaderes de esclavos, esos seres sin importancia. Bakhita cree que ella tiene importancia. Se lo han dicho la tierra y el cielo. Una noche está acostada en la barraca de los esclavos, es luna llena, tan brillante que ilumina la estera sobre la que está acostada. Avanza las manos hacia el resplandor, es hermoso como una sorpresa, como una excepción, y todos duermen a su alrededor. Está sola con la luz de la luna que la ha despertado, y cuando llega la mañana, cargada de nubes, resulta muy extraño ver que es más oscura que la noche. Piensa en esto durante su jornada de trabajo, en lo que ha visto que no han visto los otros, ayuda a transportar los baúles, a hacer el equipaje, oye el grito pesado de los camellos que acaba de comprar el *padrone*. Lo oye hablar con el camellero, no entiende lo que dice, habla un árabe incomprensible. Sale de la casa y va al patio. No se prosterna. No pide perdón. Apenas baja los ojos. Se atreve a ser una esclava de pie entre dos

hombres: el camellero y el amo. En su torpe italiano le explica al amo que habrá que atar a los camellos cada noche, nunca hay que dejar libre un animal por la noche. Y añade:

—Yo ya he viajado con camellos. Puedo ayudar. Lléveme con usted, *Padrone*.

—¿Ahora crees que eres indispensable?

—Los camellos se pueden morir, ¿lo sabía usted, *Padrone*? Se caen y mueren. Usted cree que no hace falta agua. Pero se caen y mueren.

—Yo me ocuparé de los camellos, no te preocupes.

Nota cómo le arde la cara por la emoción, le tiembla el cuerpo por el vigor contenido.

—Lléveme con usted, *Padrone*.

—Pero mi pobre Bakhita, ¿qué harías tú en Suakin? ¿Sabes qué es Suakin?

—Lléveme a su hogar, *Padrone*, en Italia.

Se echa a reír a carcajadas haciéndole un gesto para que se vaya. Se gira hacia el camellero mirando al cielo, como pidiendo clemencia. Podría haberse indignado ante tal atrevimiento, pero no lo ha hecho. Es un hombre bueno.

Bakhita suplicará tres veces. Acoge en ella la mano cálida y luminosa que la salvó la noche de su evasión con Binah, y entiende que es exactamente lo mismo, debe huir, debe correr sin mirar atrás. Es otra marcha, otra travesía, suplicar al amo y convencerlo. Quiere vivir. Vestida y peinada como una joven libre, siente en ella tal fuerza que se libera a sí misma, se da esa dignidad. El *padrone* se marcha al día siguiente, al atardecer, para no pasar demasiado calor. Ha visto al muchachito, prometido como regalo, se llama Indir, y está tan aterrado como un animal enjaulado. No pide nada, mira, se chupa el pulgar cuando cree que nadie lo ve, y a veces llora, cuando oye gritar a los hombres. Es delgado y gracioso, será un buen regalo, el *padrone* sin duda le debe mucho a ese amigo al que Indir va destinado.

Ya está menos segura de sí misma cuando atraviesa los pasillos que llevan al despacho del *padrone*. El corazón le late fuerte hasta en las orejas, la sangre la golpea, no oye el mundo a su alrededor, tiembla mientras camina hacia él, cojea un poco de la pierna derecha, como siempre en esos momentos difíciles, el dolor del muslo se despierta y le falta el aliento, a veces tiene, ella, tan bella y graciosa, esos andares lentos y difíciles que tendrá en su vejez, como si reapareciesen las cadenas invisibles. Entra jadeante en la habitación y, sin preámbulos, le dice al amo:

—Sé ocuparme de los pequeños. De los niños pequeños.

El levanta la cabeza, sorprendido, y se toma un poco de tiempo para mirarla, es realmente guapa, muy guapa, la pobre.

—Lo sé, Bakhita, lo sé.

Dice eso y vuelve a sus cosas, guarda unas minúsculas banderas en una caja de ébano y nácar. Se diría que es un niño nostálgico que se lamenta de haber crecido.

—Es un hermoso regalo.

Se da la vuelta. ¡Sigue ahí! Nunca se ha acostumbrado a esa voz grave que tiene ella, lo sobresalta siempre y a veces tiene que reprimir un ataque de risa.

—Indir. Es un bonito regalo. Frágil para atravesar el desierto.

Esta vez, se echa a reír, ella es astuta como un zorro.

—¡No, Bakhita! ¡No te llevaré conmigo! Conoces el desierto, los camellos y a los niños, sí, conoces muchas cosas. Pero no el precio de una travesía en el vapor. Es muy, muy caro. Más caro que un esclavo. ¿Comprendes?

Ha hablado demasiado rápido, no ha entendido todo. Excepto su risa. Y su mirada. Que dicen no. Y no se prosterna, se derrumba. Se desploma a sus pies y llora sin remedio, un llanto que la sacude como si la azotasen, un llanto que resurge después de tantos años soportando sufrimientos que no puede retener, no piensa en nada, llora y nada más, pierde todo coraje, toda resolución, no vale para nada ni para nadie, se agota en sus sollozos, deseada morir.

El detesta a las mujeres que lloran, ¡así que a una esclava…! Retrocede. Se aleja hacia la ventana y la mira. Le tiembla el cuerpo y

la manga de la túnica deja un hombro al descubierto. Ve la larga cicatriz sacudida por el llanto. Es un dibujo sinuoso, y bien hecho. De pronto, esta tortura estética lo conmociona. Y dice:

—De acuerdo.

Ella no lo oye, llora y se ahoga en su llanto. Se acerca a ella. Con un tímido gesto le cubre el hombro, la fuerza a alzar la cara y le dice mirándola a los ojos:

—De acuerdo, vendrás a Italia.

Como toda conmoción, también esta supone liberación y sufrimiento. Un cambio de vida que sucede en cuestión de segundos. Va a marcharse. Va a vivir en el país del sueño blanco y del sol suave. Va a vivir en un lugar en el que no arden los poblados. En donde los niños crecen allí donde han nacido. Se le corta la respiración. Casi es injusto que pase eso. Es injusto y es bueno. Nunca salvará a Kishmet. Ahora es demasiado tarde. Nunca consolará a su madre. Debe aceptar esta traición. Ella se salva, y se salva sola. Es presa de una tormenta de sentimientos enfrentados, pero con la certeza de tener razón. Se marcha. Se arranca de todo lo que conoce, de todos los que esperan volver a verla, se arranca de la posibilidad de recuperar un día el nombre que su padre le ofreció a la luna. Le habla a su gemela, le pide que proteja su nacimiento, que lleve esa parte de ella, libre y ligada a los ancestros. Deja Sudán. Y también se queda. Queda grabada en su tierra. En sus tradiciones. En su lengua. Siempre vivirá allí. Le pide a su gemela que pronuncie su nombre, con tanta frecuencia como pueda. Que resuene en algún lugar. En el viento, en el agua, que vaya a posarse sobre las piedras, los campos, los animales apacibles. Toma un poco de tierra roja y la pone en un pañuelo. Por primera vez en su vida, hace el equipaje. Sabe que el *padrone* no la dejará morir en el desierto. No la abandonará a los buitres si está enferma, se siente transportada por esa invencibilidad. Y, además, tiene la responsabilidad de Indir. Indir, que no sabe que ella le debe ese viaje. Indir, que no sabe nada. Que no entiende ni el italiano, ni el árabe, ni el turco, que sigue a Bakhita como un perrito lleno de pena. Se pregunta de dónde sale. Hay tantos niños solos… ¿Dónde están las madres solas? No se las ve. Han cantado la canción de la separación que no vale para nada y

luego se las deja de oír, se vuelven locas en silencio. Indir tiene unos grandes y dulces ojos con largas pestañas, y confía con la tristeza del que no va a desobedecer. Bakhita lo ve. Es un chico que no se volverá ni malvado ni loco. Guarda en su interior el secreto de la violencia y no espera nada. No tiene pinta de ser el hijo de un amo, tiene la piel de un negro oscuro, los labios gruesos, Bakhita le pasa la mano por el cráneo, nota pequeños bultos, y el niño parpadea con rapidez cuando lo toca, se tensa un poco y sonríe para pedir perdón. Bakhita se dice que, si a él lo han escogido para ir con el amo, es que vale muy caro. Jartum es uno de los mayores centros de castración. Y el niño lleva en él esa extraña dulzura y ese sufrimiento que siempre será invisible a los demás, ella lo sabe. Será un hombre con los recuerdos de una infancia inenarrable. Un ser sin descendencia.

Calisto Legnani fue el último europeo que atravesó el desierto antes de la caída de Jartum, el 26 de febrero de 1885. Cuatro son los que parten: él, Bakhita, Indir y Augusto Michieli, un amigo del cónsul, que conoce bien Sudán, donde ha hecho negocios desde hace muchos años. Su mujer debe reunirse con él, pero no lo hará ya nunca. Es frágil, está triste, con una tristeza oculta, sepultada. Augusto Michieli lleva en él una derrota que no afecta ni a su alegría de vivir ni a sus ganas por emprender cosas. Junto a ella, tiene miedo a la desgracia y se preocupa por todo, como si tuviera cien años.

El cónsul se alegra de haber traído a Bakhita. Cree que su mujer estará encantada de tener una criada más a su servicio, y Bakhita tiene un sentido práctico sorprendente para su edad. Sobre el camello, con el pequeño Indir abrazado a ella, muestra la seguridad de una madre. Lo calma, lo protege de los mosquitos, los tábanos, la arena, la sed, el sol; por la noche, arroja puñados de harina de mijo al agua hirviendo y da vueltas al guiso con un palo, los alimenta con casi nada. Los dos asnos que llevan consigo van cargados de maletas, víveres y regalos. Avanzan bajo el calor, nerviosos debido a las picaduras de los tábanos, por la tarde Bakhita les cubre el cuello sangrante con cenizas. Por la noche rebuznan tan fuerte que el

cónsul teme que alerten a los chacales. Bakhita les da golpecitos suaves en la frente, les retuerce las orejas. Se callan de inmediato. Le hace un gesto al pequeño Indir para que la imite. El niño les retuerce las orejas a los asnos y se ríe echando la cabeza hacia atrás, sorprendido por su propia alegría. Por la noche los camellos se muerden e intentan pelearse. Se oyen sus mandíbulas raspando y rumiando, se diría que la noche chirría. El *padrone* le pide a Bakhita que lo ayude a atarlos para que no huyan en busca de comida. Ella tiembla mientras pasa las tiras de cuero entre las patas delanteras y traseras; en las noches el incesante tintineo de las trabas no la deja dormir. Sin embargo, le gustan los sonidos amenazantes del desierto. Le gusta la violencia de la naturaleza que reúne a los hombres y a las bestias. Le gusta ese lugar peligroso, esa fragilidad de las vidas. Es un país que camina. Que huye. Y en donde, a pesar de todo, la lentitud es un ritmo de supervivencia. Un país implacable, una tierra saqueada. En los oasis por los que pasan, ven a los esclavos cultivando palmeras, recogiendo dátiles, cuidando las canalizaciones. Están encorvados. Ahí o en otros lugares, en los campos, las minas de sal, las minas de oro o de piedras preciosas, están encorvados. Son hombres partidos en dos. El pecho cerca de las rodillas. Los pies desnudos duros como cuero viejo. El alma atrapada. El corazón completamente desangrado. La gente se burla de ellos. Dicen que no conocen ni la desobediencia ni la dignidad. Dicen que son perezosos y que hay que azotarlos para que trabajen, sin eso se aprovecharían del refugio y de estar a cubierto sin siquiera agradecérselo a sus amos. En las noches del desierto el pequeño Indir duerme apoyado en ella, Bakhita oye a los dos italianos roncar como sus asnos. Duda entre la risa y las lágrimas. Podría ser muy sencillo vivir todos juntos. Pero se parece a una venganza. Tiene ganas de decir *Asfa*, pero no sabe a quién.

Entre Jartum y Suakin recorren más de ochocientos kilómetros. Todo lo que ha visto, lo ha visto por primera vez. Ha cruzado el Nilo, y le ha gustado su poder indiferente, el agua roja bajo el sol del atardecer, los reflejos de la luna trazando rayas en la noche, el juego

de las horas, de todas las horas sobre esa agua que permite la vida. Ha entendido que ningún hombre, ningún rey, pachá, sultán, gobernador, jefe militar o religioso, ningún hombre poseía Sudán. El amo era Sudán. Le habría gustado que el cónsul los reuniese a los cuatro al borde del río y dijese algo, pero probablemente se habría negado a acercarse a la orilla debido a los cocodrilos y los hipopótamos, cuyos desgarradores gritos le daban tanto miedo. Así que le pidió que dibujase sobre la arena el recorrido desde Taweisha hasta El Obeid, de El Obeid a Jartum, de Jartum a las orillas del mar Rojo, y también el dibujo del río. Se acordaba a menudo del mapa en el cajón, le habría encantado poder descifrarlo. El cónsul ha hecho largos trazos sobre la arena, parecía no acabar nunca, trazos tan finos que no decían nada, y sus días de marcha parecían abstractos, como si hubiesen desaparecido.

—¿Entiendes, Bakhita?

—Sí.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Yo era muy pequeña.

Decididamente piensa que ella no entiende nada y se pregunta si le hace un favor llevándola a Italia. La mira, ha abrazado a Indir y lo arrulla con dulzura, lo está reblandeciendo, no debería quererlo tanto. Le cuesta comprenderla, ella es dócil y pensativa al mismo tiempo, de una presencia inequívoca, pero huidiza. Si no fuese tan servicial y eficaz, le reprocharía sus aires soñadores. Su mujer la formará mejor de lo que él sería capaz.

Y un día llegan al mar Rojo, y es como una invasión, un alivio violento, irremediable, que se abre hacia todo lo desconocido. Bakhita descubre el mar agarrada de la mano de Indir, y tiene la misma edad que él. La edad de la primera vez ante el océano.

—Es ahí a donde vamos —le dice el cónsul con un gesto generoso, como si le regalase el mar junto con el viaje.

—*Si, Padrone…* —murmura en italiano, por educación.

—No irás a tener miedo…

Al cónsul le dan ganas de reír, ella está ahí parada, con los ojos

presos entre la viva atención y la dulzura. «Una gacela del desierto», le había dicho una noche a Augusto. El otro había reído de forma molesta.

—No irás a tener miedo, ¿no?

Ella no contesta. Quitando a las serpientes, siempre le han dado más miedo los hombres que la naturaleza o los animales. Tiene ganas de decirle que durmió en un árbol con los monos y los pájaros, que durmió en un redil con las ovejas y los cameros, que le habría costado mucho trabajo cuidar de los camellos y los asnos si ella no hubiera estado ahí, y tratar con los nómadas, cuyo idioma él no comprendía, y los pozos que pasaba por alto, y las tormentas de arena las sabía afrontar mucho peor que ella, no sabe cómo taparse y respirar al mismo tiempo.

—No, *Padrone*. No tengo miedo.

Cree que va a poder confiar en el mar. Que con el mar, seguramente, no hay nada que hacer más que rendirse. Mirará. Y esperará. A que aparezca Italia. Con las mujeres felices. Los niños felices. Los maridos que vuelven cargados de regalos. Y por primera vez se pregunta qué va a hacer ella en mitad de tanta gente satisfecha.

Permanecen un mes en un pequeño albergue de la pequeña península de Suakin, esperando el barco. Les informan de la caída de Jartum, de la muerte de Gordon Pachá, decapitado en las escaleras de su palacio, del robo de esclavos, de la muerte de los egipcios y de una gran parte de los habitantes sudaneses de Jartum, incendiada y en ruinas. Bakhita tiene dieciséis años, sabe que, si se hubiera quedado allí, a ella también la habrían saqueado, como a la ciudad. Tiene pesadillas de Jartum en llamas, oye a los niños de las calles, los ve, tienden las manos hacia una madre que no llega. Abraza con fuerza al pequeño Indir, que no sabe de qué ha escapado. Con ella no teme a nada. Ni los gritos en el albergue, ni los ruidos de Suakin, las sirenas de los barcos de vapor, las órdenes dadas a chillidos, las gaviotas hambrientas, los mugidos de los bueyes salvajes; ni los olores furiosos de las hierbas y el carbón

quemado, de las algas y los peces muertos. La ciudad posee la violencia de sus habitantes, todos de paso, todos por negocios o huyendo. Bakhita siente todo eso sin que se lo expliquen. Ha visto el mar como un río encolerizado y sabe que este salvajismo los abraza a todos, es una ciudad de piedras altas y que, sin embargo, tiembla. Los barcos están cargados hasta los topes con las riquezas de Sudán, de la India y de Egipto. Es un mundo entre dos mundos. Una ciudad independiente y atemporal. Bakhita siente el miedo al fracaso y la violencia de las ganancias. Mantiene a Indir cerca de ella, le intenta enseñar algunas palabras en italiano. Tiene que saber decir *Grazie, Padrone*, y *Si, Padrone*, y *Mi scusi, Padrone*. Pero Indir no tiene ganas de aprender. Conserva ese aire soñador y distraído y se acurruca contra ella como un gato que ignora en qué mundo está durmiendo. Lo protege de todo, también de las miradas. Ha oído más de una vez las ofertas de los hombres que *quieren. Quieren* a ese muchachito castrado. Se sorprenden cuando el cónsul les dice «No. No lo vendo. Es un regalo, lo he prometido. No, lo llevo a Italia, es para un amigo, no se le puede hacer eso a un amigo, no… Se queda conmigo».

Y ella… ¿también se queda con ella? Ella confía, por supuesto, el *padrone* es un hombre bueno y, si se queda con Indir, se quedará con ella seguro. ¿Quién se ocuparía del pequeño durante la larga travesía? Dijo cuatro mil kilómetros. Y añadió: «Es mucho, ¿comprendes? Nunca podrías hacer cuatro mil kilómetros a pie». Ella sonrió mirando al mar… a pie, no… A veces el *padrone* está un poco en la luna.

Y un día parten. Parten de verdad. Una aglomeración aullante sobre el puerto semejante a la de los mercados. Hay hombres y mujeres delante y detrás de ella, se encuentra presa entre esos cuerpos que pisotean y resoplan, esos cuerpos que se golpean, sujeta la mano con fuerza a Indir, que llora agarrado a su túnica blanca, y ahora se acabó. Abandona su país. Se acabó. Desearía que apareciera; que apareciera una que le gritara: *¡No te vayas!* Aquella para la que su marcha friera insoportable. Oye a la gente gritando

¡Adiós! en todos los idiomas, pero no oye a nadie suplicando *¡No te vayas!* Se da la vuelta, mira por encima de los paquetes que hay sobre las espaldas, las cabezas, los hombros, es un mundo cargado, un mundo de cuerdas y de barro, de órdenes y obediencia, algunos hacen gestos para decir *¡Adiós!* o *¡Estoy aquí! ¡Sube a mi lado!*, los hay que se separan y los hay que se reúnen. Algunos silban, otros chillan. Desde la orilla, se oye a los perros que ladran hasta quedarse roncos. El agua restalla contra el barco y los pájaros cantan en el pesado viento. Pero a la mujer que suplicaría a Bakhita que no se fuese, a la mujer que abriría los brazos para que ella regresase, no la ve. Esa mujer vive al otro lado del río, nunca ha visto el mar, no sabe que el mar existe. Que Italia existe. Y que Bakhita se va. Cierra los ojos para verlos de nuevo a todos, para acordarse de los suyos lo mejor que puede y llevarlos con ella. Con los ojos cerrados proyecta las imágenes de la infancia, la muy lejana infancia, cuando Kishmet era la hermana mayor y cuidaba de ellos, pues así era el orden del mundo. Apacible. Y protegido. Ella lo recuerda.

Para que Bakhita lo absorbiese, era necesario que el viaje fuese largo. Era necesaria la travesía de cuarenta días, el lento paso por el canal de Suez, el corredor abierto en mitad del desierto entre África y Asia y que une el mar Rojo al Mediterráneo. Era necesario que hubiese días y noches diferentes, cielos unidos al océano y bajo los cuales no se es nada. Y en cada escala, asistir a la ceremonia de los adioses y a la de los reencuentros. Gente minúscula esperando en los muelles. Y reencontrándose. Se los mira abrazarse y desaparecer. Se mira la ribera y ya no se los ve. Sus rostros están en otra parte. Sobre un hombro. En la humedad del cuello. Se abrazan.

Con el paso de los días, Bakhita le explica a Indir que pronto se separarán, él estará en una casa y ella en otra. ¿Comprende que no van a pertenecer al mismo amo? Indir se obceca, aprieta los dientes y Bakhita ve que la golpearía si pudiese, si no se contuviese le pegaría. No lo hace. Pero cuanto más se acercan a las costas italianas, menos soporta él el viaje. Vomita, tiene la frente húmeda, lloriquea y se niega a comer. Al principio, Bakhita tiene miedo, como si alguien fuese a tirar por la borda a ese pequeño esclavo inútil. Pero Calisto Legnani solo le reprocha a ella que no sea capaz de calmar al niño. Le sorprende que un hombre tan inteligente, tan sabio, no comprenda el dolor de un crío. Hay un remedio, por supuesto. Ella lo conoce. Pero no puede dárselo. No puede decirle que no van a separarse. Por la noche, Indir se mueve bruscamente, lanza la cabeza contra el pecho de Bakhita y le corta la respiración, lo oye llorar y llamar. Querría consolarlo. Pero nunca ha consolado a nadie. Recuerda a la pequeña Yebit muerta en manos de la tatuadora. Es una visión que tiene a menudo, más que remordimiento o dolor, es

la conciencia de haber sido impotente, de la derrota frente al mal. Acaricia la cabeza a Indir, aprieta su cuerpo, tan delgado que se diría que está formado por largos trozos de ébano mal unidos, es torpe y se encuentra aturdido; ella cree que la «operación» le ha roto el alma.

Ambos duermen en el suelo del camarote del cónsul y su amigo, que no se han arriesgado a dejarlos en el piso de los esclavos, criados, bribones y traficantes de todo tipo. Durante el día, ella se queda en el puente-terraza, muy cerca del camarote. No se atreve a aventurarse en los dédalos del barco. A través de las ventanas, entrevé los salones, los comedores, a veces oye el piano. Mira el océano y piensa en todo lo que hay por debajo. El mundo frío y profundo en donde se para el sol. Sabe que navegan sobre muertes antiguas. Le han contado las travesías de los esclavos para ir a los nuevos mundos, sabe que le arrancan África a África. Los fusiles son los amos. Aun así, hay cielos que la consuelan, estrellas que atraviesan la noche como lluvias de luz, y lunas tan grandes que se diría que el barco se ha acercado al cielo. Ella se acerca a otro continente. A otra vida. Y por una vez, sabe a dónde va, va a casa del *padrone*, estará al servicio de su mujer, la *Signora* Legnani, es una ciudad llamada Padua. Sonríe al cónsul cuando piensa en todo eso, pero no sabe que él pronto desaparecerá de su vida para siempre.

El barco entra en el puerto de Génova. Es una entrada lenta y triste que marca el adiós definitivo a Sudán. El cuerno de niebla desgarra las colinas. Es primavera, abril de 1885, el aire es dulce, el cielo, de una claridad pálida parecida a la aurora. Bakhita aparta la mano de Indir agarrada a su túnica, desearía que ya hubiera dejado de quererla, también desearía abrazarlo con fuerza y decirle tantas cosas que no tiene tiempo de decirle. Ella no sabe si aquí, en Italia, se muere también bajo los golpes. Indir toma su mano y le grita: «*Si Padrone grazie Padrone mi scusi Padrone!*». Es su sorpresa. Su regalo a la llegada. Lo ha memorizado y aprendido a escondidas. Lo repite: «*Si Padrone grazie Padrone mi scusi Padrone!*». Ella le sonríe, pero la emoción le hace un nudo en la garganta, ojalá resista. Lleva las maletas, Calisto Legnani y Augusto Michiele, cargados también, caminan delante, tienen los aires radiantes del que regresa de una conquista. El muelle está tan atestado como el de Suakin. Hay sacos de semillas en el suelo, cargamentos en redes, estibadores maldiciendo, mendigos y niños descalzos. Es el primer choque, la incomprensión: niños descalzos en un puerto italiano. Bakhita cree que proceden de otro lugar, como ella, y que esperan quedarse allí, en el país que le describió Anna, el país soleado y libre. Hay una mujer en el muelle mirándolos con los brazos abiertos. Es la primera imagen que tendrá Bakhita de María Turina Michieli: una mujer abriendo los brazos como una madre. Augusto se acerca a su mujer y la abraza con pudor antes de darle un beso en la frente. Bakhita cree que Indir es para ella, que es para ella el regalo, lo ve en sus grandes y radiantes ojos. Pero estalla una discusión cuyo significado entiende más o menos, a pesar de que María y Augusto no hablan el italiano que conoce. María mira a Indir y a Bakhita, y aguarda algo que no

llega, Augusto se encoge de hombros, avergonzado como un niño, y entonces ella señala a los dos esclavos, sus ojos se oscurecen por el asombro y la cólera, su voz es seca, demasiado aguda:

—¿No tienes nada, Augusto? ¿Nada para mí?

—El pequeño es para los amigos del cónsul, María… Y la chica es su propia criada…

—Pero ¿a mí no me traes nada? ¿Ningún negro?

—María… Tuvimos que salir tan rápido… Jartum ha caído, lo sabes, nuestras noticias son terribles.

—Lo que yo sé es que Calisto ha pensado en los regalos. No ha pensado solo en salvar el pellejo.

Calisto Legnani se aproxima, le explica que la travesía con los dos esclavos ha sido peligrosa y onerosa, y que es un milagro que hayan huido a tiempo de Jartum, es un milagro que hayan sobrevivido a la travesía del desierto. Y luego añade, por lo bajo, que hacía mucho que había prometido un eunuco a unos amigos, una pareja de Génova que los espera en el hotel. Al día siguiente saldrá hacia Padua con Bakhita, que es para su mujer. María mira a los dos hombres como si fueran de cera, molesta porque la han decepcionado, y se arrepiente de haberse mostrado tal como la han considerado siempre: una mujer agria y reivindicativa. Estaba tan contenta por haber hecho el viaje y aguardar su llegada en Génova que se esperaba otra cosa, ahora se ha estropeado todo. Bakhita los sigue con las maletas, tiene esos andares bamboleantes de los que se bajan de un barco, las callejuelas ascendentes se le hacen interminables, son estrechas y huelen a pescado y hierbas azucaradas, como flores especiadas, son olores nuevos, poderosos y secos.

Cuando llegan al hotel y ve a los amigos del cónsul, los Sica, sabe que son los nuevos amos de Indir. Ya conoce esa mirada, que valora y se regocija. Han reservado habitaciones para sus amigos, ellos se van ese mismo día, viven en la parte alta de la ciudad. La *Signora* Sica gira alrededor de Indir aplaudiendo y riendo. De nuevo, Bakhita no entiende bien el idioma, pero Indir es para ella.

¡Dice que le encanta! ¿Cómo se llama? «Indir». Ella dice: «No, Enrico», y le pide que cante, quiere entrenarlo: «La-la-la», y le hace un gesto para que siga con su voz de castrado. Pero Indir dice simplemente: «*Grazie Padrone Si Padrone Mi scusi Padrone*», y luego mira a Bakhita. Esta le dice con un gesto que sí, que está bien, pero aun así lo corrige: «*Padrona*». La encuentra más razonable que a sí misma, ha sentido que la *Signora* Sica era amable, y se alegraba de tenerlo. Las parejas se dicen adiós, con un beso en la mano y golpecitos amistosos en los hombros, Bakhita observa estos códigos extraños, la mujer se ajusta el sombrero y toma el brazo que le ofrece su marido. Y se van. Unos pocos pasos y se dan la vuelta. Miran a Indir y aguardan. La *signora* suelta una risita de sorpresa. Le silba para que el pequeño se vaya con ellos. Bakhita nota el aire que respiran todos y que no es el mismo para ninguno de ellos. Ve una situación conocida, eterna. La de un esclavo yendo con sus nuevos amos. No hay violencia. Es de una suavidad terrible. El cónsul empuja a Indir por la espalda, con una risa forzada, su regalo no está del todo listo. El niño se estremece, se tensa y se queda quieto. Bakhita se agacha a su lado, lo abraza y toma el olor de su piel, le susurra que se vaya ahora, que vaya con sus amos. Pero entonces él se pone a aullar, un grito insoportable, agudo y desgarrador, los amigos se miran asustados, se consultan en silencio, sonrojados. Están confundidos. María Turina Michieli mira a Bakhita y ve lo que los otros no ven. El muchachito al que arrancan de la negrita, el amor que existe entre los dos, mira a esa niña, y la quiere para sí. No es más complicado que eso. La quiere. El cónsul le arranca al niño de sus brazos a Bakhita, desanuda uno por uno los dedos que se aferran a la túnica, el pequeño gruñe y resopla, mientras el cónsul lo lleva como si fuera un saco, se vuelve una vez más y tiende los brazos hacia Bakhita sollozando. El cónsul prácticamente se lo lanza al *Signor* Sica, su mujer se echa un poco hacia atrás, y luego se marchan. Se oyen los gritos agotados del pequeño, los zapatos de la *signora* golpeando el suelo, y luego nada, el silencio entrecortado por los pájaros indiferentes. Se acabó. María Turina Michieli sigue mirando a Bakhita, que seguro que sabe muchas cosas. Llevar las

maletas. Que la quieran los niños. Y llorar en silencio.

Desde la ventana de la habitación, Bakhita mira. Eso es. Así es Italia. Sin duda. Ve cómo se desvanece el mar en la noche que cae, como si retrocediese para desaparecer. Se encienden las farolas de los callejones, y es verdad lo que había dicho Anna, hay mujeres fuera a esas horas, y algunas van solas, pero todas están vestidas y todas son blancas, ya puede mirar Bakhita que no ve ningún rostro negro o mestizo, ninguna mujer con chilaba, ningún hombre con turbante, las voces que resuenan entre los muros de las altas casas son voces estridentes y sorprendidas, los habitantes se llaman con palabras largas y cansadas, como distraídas, y Bakhita se sorprende porque no entiende lo que dicen. ¿Hablan una lengua diferente del italiano? Sin embargo, está en Italia. Ha llegado. A ese país en el que no tiene hermanas, nadie a quien buscar, nadie que reconocer. Ha abandonado a Indir, como estaba previsto. Y tiene el corazón hecho pedazos. ¿Por qué no ayuda, al menos una vez en su vida, a un niño? El pequeño esclavo piensa que lo ha traicionado. No le falta razón. No ha suplicado al amo que lo conservase.

Es de noche ahora. Probablemente siga habiendo hombres en el puerto, cargando y descargando las riquezas, por el gusto de las ganancias. Lo que a ella le gustaría es estar con los suyos. Para contarles el viaje, decírselo a alguien. Contarle la tierra que se ve desde el mar, y que siempre está lejos, incluso cuando uno se aproxima. Contarle el viento que se levanta con la violencia de un combatiente. Los hombres en el puente del barco que juegan a las cartas y apuestan el dinero como si no oyesen el combate del viento. Y beben. Y se pelean. El alboroto de la cólera, siempre.

La única cosa que la tranquiliza al acostarse esa noche es saber

que al día siguiente va a viajar con el *padrone*. Entiende cada vez mejor la lengua que habla y sabe cómo servirle. Él le dio la túnica blanca, nunca la ha tocado y la salvó de Jartum antes de que Jartum estallara en llamas, le debe la vida. Hay una cama en la habitación del hotel. Extiende las sábanas y las remete. Y se tumba en el suelo. Busca el calor del pequeño Indir. Sabe que, en ese mismo instante, él se chupa el pulgar y la llama. Tiene la sensación de seguir en el cabeceo del barco, y para vencer el mareo por estar en tierra, ajusta la respiración a ese cabeceo, se acurruca e intenta mecerse como si estuviera todavía a bordo. Es la primera vez que duerme sola. Desde que la encerraron los secuestradores, no ha pasado una noche sola. Y, de repente, echa de menos a Binah. La sorprende este vacío que no ha sufrido desde hace tiempo. La parte de la vida que compartieron parece tan lejana… ¿realmente existió? ¿Seguro que no se ha inventado esos recuerdos con una muchachita que la habría ayudado a soportarlo todo? ¿Acaso se inventó una amiga? ¿Una hermana? ¿Una infancia? Ya no sabe de dónde procede. Escucha el mar, lo oye sin verlo, respirando una gran soledad.

A la mañana siguiente, cuando Calisto Legnani la ve, se acerca atusándose el bigote, y ella ve en ese tic un malestar. Se pregunta qué ha olvidado hacer. Qué ha hecho mal. Pero la voz del cónsul mantiene su habitual dulzura:

—Bakhita, ¿por qué quisiste venir a Italia?

—Para verla.

—Ah, bien… Muy bien.

—Padrone…

—¿Sí?

—¿Es aquí? ¿Italia?

—¡Claro que es aquí Italia! Pero ¿qué creías, que estábamos de escala?

—No comprendo a la gente cuando habla. A sus amigos. ¿Ellos son italianos?

—¡Naturalmente que son italianos! Hablan en su dialecto. Todo el mundo en Italia habla en su dialecto.

—¿Usted también?

Yo conozco los dos idiomas.

—Sí, por supuesto, *Padrone*…

Comprende entonces que Italia es muy grande, tan grande, o incluso más, que Sudán, debe de haber muchas tribus y muchos dialectos, también muchos jefes de guerra. Y la ciudad del *padrone*, ¿está lejos? ¿Van a ir a pie? No se atreve a preguntar nada más. Tiene miedo de que el amo se ría. Pero es él quien insiste:

—Entonces, de verdad, ¿te gusta Italia?

—Gracias, *Padrone*.

—Vas a estar bien aquí. Se acabó la esclavitud. ¿Estás contenta?

—Sí, Padrone.

La mira, dubitativo, le sonríe como disculpándose y va a reunirse con Augusto y María. Los tres la miran, y es como si estuviera todavía en el mercado. Como si no llevase la túnica. Ninguna protección. No debería ser así, pero su corazón se lanza de nuevo en el ritmo del tamtam, se acerca el peligro. María la mira y algo victorioso y satisfecho se refleja en sus ojos. Una espléndida revancha. Luego se da la vuelta y ríe. Augusto ríe también un poco, de alivio. Bakhita no comprende qué tiene ella que resulta tan gracioso a los italianos. Agacha la cabeza y se apretuja las manos detrás de la espalda. Calisto se acerca. Le dice:

—Vas a irte con mis amigos, a su casa, en Zianigo. Ahora les perteneces. ¿Entiendes? Vas a servir a la *Signora* María Michieli.

No se prosterna ante ella. No le suplica. No llora. Está estupefacta. Nunca habría creído que el cónsul le mentiría. Pues ha mentido: no se ha acabado la esclavitud. Simplemente, es más lenta y menos ruidosa. Sigue a sus nuevos amos con la vista gacha. Sin siquiera decirle adiós al cónsul. Presa del alboroto de la partida, los equipajes, las palabras que se dicen entre ellos, sola en su silencio, y los sigue, con su sumisión estupefacta y su falta de rebeldía, esa larga tristeza.

No comprende nada de lo que dice la *Signora* Michieli. Augusto

traduce el dialecto veneciano de su mujer al italiano que comprende un poco Bakhita. Se entera de que no la han comprado, sino que ha sido un regalo del cónsul a la *signora*. Formará parte de sus criadas, estará bien. Se aprieta las manos con fuerza para no llorar. Se odia a sí misma. Definitivamente, no ha aprendido nada: un amo nunca quiere a sus esclavos. ¿Por qué tendría que haberla conservado el cónsul?

Se suben a una bestia negra que escupe el mismo carbón que el barco, pero engulle los campos, se hunde en los túneles y silba tan fuerte como respira. Bakhita no muestra su miedo. No pregunta cómo se llama eso. Cuánto tiempo va a durar. El tren se para a menudo. Los amos no se mueven. Ella tampoco. Se bajan y cambian de tren. Sin hablar, los sigue. Así pasa el día entero, mirando Italia desde detrás de un cristal. Campos hasta donde alcanza la vista, y en ellos, campesinos encorvados, mujeres, hombres y niños pequeños. ¿Acaso son libres? Ninguno es negro. Y allí están todos vestidos. Pero no tienen zapatos. Debe de haber mucho de comer aquí, como dijo Anna, pues los campos son numerosos.

Llegan a Mirano poco antes del anochecer. Los espera una calesa. Los amos se suben al interior, Bakhita no sabe si debe caminar al lado del caballo o sentarse junto al cochero, pero los amos le hacen un gesto para que suba con ellos. Dejan la ciudad y se adentran en la campiña. Ve a ancianos a lomos de pequeños asnos, niños cuidando de las cabras y las ovejas, mujeres sentadas al borde de los caminos, hombres agrupados y uniformados, soldados, seguramente. Entonces, ¿aquí también hay un ejército? Mira y tiene la impresión de que la han depositado en el borde del mundo y que el mundo se desliza lentamente. Su mirada se cruza con la de su ama. La mujer tiene una sonrisa grabada en la cara, como si la hubieran tallado con un cuchillo.

Atraviesan Zianigo, un minúsculo pueblo invadido por una inmensa iglesia, demasiado grande para la plaza, y pronto el caballo

enfila una larga senda bordeada de cipreses, con la enorme casa en el extremo. Hay un árbol rosa, un magnolio en flor que casi oculta la entrada de la vivienda burguesa. La casa de los nuevos amos. Bakhita desciende del carruaje y estruja el pañuelo que lleva en el bolsillo, la tierra de Sudán se ha secado, está menos blanda. Hay un jardín y un patio, pero no ve las barracas de los esclavos, así que puede que sea verdad, los hombres aquí son libres. El amo dice alegrarse mucho por estar de vuelta, mira a su mujer, mira la casa, y luego estalla en carcajadas. ¡Ha hablado en Arabe! Dice lo mismo, pero de forma diferente, y su mujer ladea la cabeza con indulgencia, y su alegría se apaga de inmediato.

En el umbral hay una anciana comiendo. Rebaña su tazón con ritmo lento. Alza la vista y grita. Se le cae el tazón al suelo y sale corriendo, haciendo gestos enloquecidos y rápidos sobre la frente y el pecho, grita cosas incomprensibles, pero seguramente terribles. Del jardín y de la casa surgen mujeres, algunos hombres, moviéndose con prudencia para recoger el equipaje del amo, y miran a Bakhita con un terror mudo. Una mujer escupe, otra cruza los dedos ante ella y tiende los brazos hacia Bakhita mientras murmura una oración ininteligible. Bakhita no conoce esta ceremonia. Es verdad que el amo vuelve a su hogar después de un viaje muy largo. Así que sonríe, si pudiese participar, lo haría, pero no conoce este rito. María Michieli da una palmada y tres gritos. Pero todos permanecen quietos. Inmóviles y asustados, aguardan algo. Rápidamente, Augusto hace entrar a Bakhita en la casa, a donde los criados no se atreven a seguirlos, y aplastan sus lívidos rostros contra las ventanas.

—¡Si tienen más miedo que tú!

—*Si, Padrone…*

—Se acostumbrarán y acabarán entendiendo que no eres el diablo.

Ella conoce al diablo, lo temen todos los musulmanes.

—¿El diablo, *Padrone*?

—Pues sí, ¡el diablo negro! Y llámame *paron*. Haz un esfuerzo y

aprende su dialecto.

Sobre los cristales pueden verse las huellas de los dedos y de la respiración de los aterrados criados. Ella mira esas marcas y se dice que va a limpiar el cristal. Para eso ha venido. Por eso la han regalado a la *padrona*… la *parona*… Para que todo esté limpio. Y se pregunta qué es peor. Ser *Yamila* o *Shaitán*.

Por primera vez en su vida, tiene una habitación para ella sola. Hay una cama, una mesilla, una lámpara de petróleo, una pequeña cómoda y una ventana por la que trepa la glicinia. Es una habitación alta, que se encuentra encima de los establos. La primera noche no enciende la lámpara, no la encenderá prácticamente nunca. Ella entiende mejor las cosas con la luz del exterior. Cuando es de noche, significa que hay que dormir. O mirar al cielo. Cuando es de día, se levanta. Incluso si todo el mundo en la casa sigue durmiendo. Se acostumbra a dormir sobre una cama, a pesar del miedo a caer y a echar en falta la tierra, esa falta del suelo y sus vibraciones. Hace lo que le ha dicho el *paron*: se esfuerza. En dormir como los demás. Hablar como los demás. Parecerse a los demás. En esta lucha permanente, en esta vida de adaptación y gran vergüenza, en esta vida sin amor ni cariño, conocerá a un hombre, el primer hombre desde su padre que la amará de verdad. Un hombre en su camino, como una estrella caída a sus pies.

Se llama *Signore* Illuminato Checchini, pero todo el mundo lo conoce por su seudónimo de periodista local: Paron Stefano Massarioto. Como hace con otras propiedades, administra los bienes de los Michieli durante las largas ausencias del amo. Es un autodidacta que ama el pueblo, a los campesinos, de quienes es el principal defensor ante los propietarios. Está al tanto de todos los mercados de Venecia, conoce los precios exactos de las fratás, los cereales, el tabaco y las verduras, conoce a los jornaleros y a los aparceros, y todos se fían de él. También es el organista de Zianigo, es un hombre al que no se puede clasificar, apasionado, religioso, amable y divertido. Es lo que llamaríamos una personalidad si no fuese, ante todo, un humanista.

Se presenta en el hogar de los Michieli al día siguiente del regreso del amo. Es una visita profesional y, al mismo tiempo, no lo es. Por supuesto, va a informar del balance de la actividad agrícola de la propiedad, pero viene, como los otros, por curiosidad. La víspera, sus dos hijos mayores, Giuseppe y Leone, le dijeron que había en casa de los Michieli «un diablo negro». ¡Lo han visto desde la calle! Los interrogó y luego los puso benévolamente en su sitio: se trata sin duda de una africana. En el pueblo no se habla de otra cosa. Esa mujer es negra como la madera quemada, esa mujer quizá está quemada, a punto de hacerse ceniza, se diría que está sumergida en carbón, enferma, perseguida por la noche. Es incomprensible. Y aterrador. Stefano ya ha visto en casa de los Michieli máscaras africanas y otros objetos exóticos procedentes de Sudán. Pero ¿es posible? ¿Una mujer que se parece a esas máscaras? Pero cuando la ve pasar desde el salón en el que se entrevista con Augusto Michieli,

le causa una fuerte impresión muy a su pesar. Desearía ocultar su sorpresa, pero está conmovido. Michieli se ríe de su turbación.

—Es Bakhita, es de mi mujer. Tiene dieciséis años, es una esclava de Sudán, la secuestraron cuando era muy pequeña, tiene cicatrices por todo el cuerpo. ¡Si tú supieras…! Es muy valiente, un poco lenta, pero eficaz.

—¿La has traído tú? ¿Tú la salvaste?

Michieli balbucea que… sí… Ella servía en Jartum, en la casa de un amigo de Padua y él la salvó, sí… Stefano le dice que es alguien bendito por lo que ha hecho, por salvar a un ser humano, e inmediatamente Michieli empieza a hablar de los cereales y el tabaco. No le gustan las santurronerías de su gerente, y se lamenta por todo el ruido que acompaña a la llegada de esa «*moretta*», como la conoce ya todo el mundo, la «morena», y se sorprende cuando Stefano le pide permiso para que vaya a almorzar con su familia ese mismo día.

Ella lo sigue. Paron Michieli le ha explicado que va a comer en casa de su amigo. Ella ha preguntado si iba a regresar después. Él le ha explicado que solo iba a estar fuera unas horas, Bakhita cree que va para servir al amigo, pero «unas horas» no sabe lo que es. Y no entiende una palabra de lo que el hombre le dice. Como siempre, con la mirada hacia abajo, lo sigue sin hacer preguntas, va adonde le dicen que vaya. En la calle, se acercan los niños, la cogen gritando, la siguen chasqueando la lengua, como se hace para molestar a un animal. Un muchachito le chupa los dedos y se da la vuelta escupiendo. Atraídas por los gritos de los niños, llegan las mujeres tapándose la boca con la mano. Algunas caen de rodillas, otras se santiguan, una se atreve a acercarse, tira de la túnica de Bakhita, se diría que intenta arrancársela. Bakhita pega un grito ronco. Los deja paralizados, mudos, y en ese silencio, llegan otros campesinos, en medio de un susurro de jolgorio y de terror insolente, entonces se alza la voz de Stefano, firme y grave, regaña a los adultos como si fuesen críos, su autoridad los calma por un rato. Se acerca a Bakhita, dobla el brazo y se lo ofrece. Reconoce el gesto de los amigos del

cónsul cuando se fueron del hotel de Génova. Se pregunta qué debe hacer. Ella es una criada y él un señor. Las risas disimuladas resurgen a su alrededor, le lanzan alguna piedra. Stefano sigue esperando, con su brazo doblado hacia ella. Y como ella no se mueve, acerca muy suavemente su mano a la de Bakhita, que retrocede con un escalofrío de terror. Lu mano del hombre es rugosa y cálida. Le toma la mano para colocarla sobre su brazo y le dice algo que no entiende. Se avergüenza de tocar a un hombre en plena calle y, sin embargo, no se burlan de ellos, al contrario, nota cómo la violencia se apacigua. Caminan y los siguen con pasos prudentes y cuchicheos sorprendidos. Así atraviesan el pueblo, Stefano mirando con orgullo y Bakhita mirando al suelo. «¡Se diría que la lleva hacia el altar!», murmura una mujer cuando pasan.

Es un poco eso.

Se sienta a la mesa familiar junto a los cinco hijos de Stefano y Clementina. Tres niños y dos niñas, de once a cinco años. Bakhita sigue agarrada a su brazo cuando el padre anuncia con su fuerte voz: «¡He aquí a la Moretta! ¡La he invitado a comer!». Lee en la mirada de su mujer el miedo y el respeto. «No tiene a nadie en el mundo. Ha sufrido mucho». Los niños se callan, no quieren disgustar a su padre, pero no comprenden lo que ven. Ella ve ese miedo en sus miradas, y adelanta la mano para posarla dulcemente sobre la cabeza de Melia, la más pequeña, que rompe a llorar. Se gira hacia Clementina: «*Asfa Padrona… Parona…*». Incluso Stefano se sobresalta. Es la voz de un hombre. Dice: «Bueno, os presento a vuestra hermana pequeña: ¡*sorellina Moretta*!», y se ríe, y todos ríen con él. Bakhita aún no comprende que acaban de aceptarla en una familia en la que, a partir de entonces, la llamarán «hermana pequeña».

Está al servicio de María Michieli, pero conocerá el mundo en el que vive ahora a través de Stefano. En su casa, a la que la invitan a menudo, no hay una comida, una velada, durante la cual no llame alguien a la puerta. Los campesinos vienen a suplicarle que interceda

por ellos ante los amos. Los invita a sentarse y siempre les ofrece algo de beber, un poco de leche y pan para los niños. Los escucha. Su dialecto, el pavano, más rudo, más definido que el veneciano, le resulta incomprensible a Bakhita. Pero los mira, y reconoce en ellos el agotamiento, la marcada y fea delgadez de los que pasan hambre. Tienen la mirada fija, casi idiota; la piel roja, como arrancada y cayéndose a pedazos. Le sorprende que solo sea en las manos, el cuello, los brazos y las piernas. La pelagra, «la piel agria», deja su estigma sobre las partes expuestas al sol, y estos esclavos no van desnudos. También reconoce sus temblores, la tripa hinchada de los niños, la parálisis progresiva, y aquí, como en Sudán, la demencia de los que no comen y van a morir de hambre. Le suplican al Paron Stefano, lloran, e incluso a veces caen de rodillas. Ella siente la necesidad violenta de acercarse a ellos. De decirles que los conoce, sí, ella, la Moretta, los conoce desde hace mucho tiempo. Están sometidos y desesperados. Trabajan y mueren, y sus hijos están condenados. Por haber huido de Jartum, ella sabe que los hombres soportan lo insoportable y que luego, un día, alguien los llama y ellos lo siguen. Y nada puede detenerlos. Pero Bakhita no dice nada ni se acerca. Los campesinos de Zianigo le tienen miedo, ella no sabe su idioma. Reprime su impulso y, al ponerse el sol, le cuenta a la noche lo que la atormenta. No puede dormirse sin haberse despojado de su dolor, de su impotencia por no poder ayudar a esas pobres gentes. Se dirige al cielo, que es igual en todos lados, y le parece entonces que el mundo no es tan grande. Cada mañana, al despertarse, piensa en su madre, sentada sobre el tronco del baobab. A veces es irreal, como una vida que le perteneciese a otra, pero casi siempre su presencia es tan nítida que está segura de que, en ese mismo instante, su madre piensa en ella y sabe que está a salvo.

La Parona Michieli la trata con una amabilidad enfadada, una bondad forzada, y eso también lo ha visto ya Bakhita y sabe lo que es: una mujer que calla su desgracia es una mujer que lleva en su interior a un gran enemigo. Esa mujer debería bailar y gritar mucho para hacer salir al espíritu que la posee. Pero esa mujer habla con

dulzura, con un tono seco e inquisitivo, siempre tiene algo que criticar y sus suspiros anuncian su presencia. No siente celos del cariño que profesa Stefano a la Moretta, es un preciado aliado para la propiedad, incluso cuando su marido se encuentra allí. Porque aun cuando está, está ausente. Él piensa en otras cosas, piensa en volver a marcharse, siempre. Huye de ella. Huye de esa casa en la que nadie es feliz. María Michieli también es extranjera en Zianigo y en Italia. Proviene de San Petersburgo, donde Augusto, que estaba haciendo negocios con mercaderes de pieles, se enamoró de ella. No es italiana y, sobre todo, no es católica. Por supuesto, se convirtió para casarse en una iglesia en París, pero ella es ortodoxa por tradición aunque sin convicción. Comparte una cosa con su marido: la exasperación ante las santurronerías de Stefano. ¡No! ¡No hay crucifijos en su casa! ¡Y no, no van a misa! Y le da igual si la critican por ello. Evidentemente, Augusto es un gran amigo del cura, dirige el coro, organiza las peregrinaciones y ayuda en las obras de caridad. Ella iría con gusto a escuchar el órgano, le gusta la música, pero entrar en la iglesia… De hecho, le prohíbe a Stefano que le hable a Bakhita de Dios. Que no ceda ante esa moda italiana de los misioneros, que se guarde para sí sus nociones del bien y del mal, que ella sabrá cómo ocuparse de sus criadas.

Pero a Bakhita no le hace falta que le hablen del bien y del mal. Se sabe esa batalla de memoria y comprende muy rápido que el mundo es un solo mundo. El mar que se encuentra entre Sudán e Italia no es una separación. Es un reencuentro. Todo es igual. Y los hombres sufren. Una mañana en la que acompaña a Parona Michieli al mercado, ve a un campesino esposado andando entre dos carabineros. Se queda estupefacta. ¡Las cadenas! ¡Aquí también hay cadenas! Parona Michieli la empuja hacia delante y le dice, separando las palabras:

—Ha ro-ba-do u-na fru-ta.

—¿Una fruta, *Parona*?

—¡Entiendes el veneciano!

También comprende que esa fruta seguro que la ha plantado él.

Ella no conoce las palabras «merodear» ni «código penal», pero observa y entiende todo. Está desprotegida, es algo inmediato, la vida la atraviesa y no sabría defenderse de su propia compasión. ¿Cómo decía su madre? *Mi pequeña… Mi pequeña es dulce y buena. Mi pequeña…* Mira a Parona Michieli y, de repente, comprende a esa mujer, comprende su maldad y su desgracia.

Bakhita se abre a Clementina, la esposa de Stefano. Con pocas palabras, muchos gestos y algún ataque de risa se comunican como pueden. Ese día, Bakhita no está para risas y no sabe cómo plantear la cuestión. Señala a la benjamina de Clementina, la pequeña Melia, le habla de la niña y de Parona Michieli, asociándolas. Clementina la escucha con atención, se pone el sombrero y le dice que la siga. Recorren Zianigo, salen del pueblo y siguen los caminitos rodeados de matorrales con el sonido del agua invisible entre las piedras, los pesados muretes, los caseríos profundos como *zeribas*, las inmensas residencias patricias de la nobleza veneciana. A Bakhita le gustan estos paseos, el olor de las moras y de las almortas, los pájaros que descubre y los que reconoce, los mirlos, las alondras, y las águilas a lo lejos en la montaña. Siempre tiene miedo de asustar a alguien, de recibir una pedrada, pero se dice que, a base de verla, los habitantes acabarán acostumbrándose y, a lo mejor, un día dejarán que se acerque a ellos. Gracias a Parona Michieli, va vestida a la europea, lleva hermosas pinzas en su pelo encrespado y, para las grandes salidas en carruaje con la familia Michieli, se pone su vestido rojo escarlata, e incluso los que la temen dicen: Es hermosa. De manera desconcertante. Aterradora. Es hermosa. Y no lo sabe.

Suben un poco la colina, Bakhita oye las vacas antes de verlas y, de pronto… la pequeña que cuida el rebaño, cerca del río. Es una cría perdida en medio de la soledad, que agita un bastón flaco como sus piernas desnudas y que, de vez en cuando, lanza silbidos y gritos cortos. Bakhita se la señala a Clementina, y luego se golpea el pecho. Esa cría es ella. De eso se acuerda y es como si se viese a sí misma, como si se reencontrase. Fue hace mucho tiempo y es ahora. Todavía sería capaz de hacerlo, dirigir el rebaño hasta el río por la

mañana y traerlo de vuelta por la noche al pueblo. Clementina la entiende y la felicita, se lo dirá a Stefano esa misma tarde: «Bakhita sabe cuidar vacas». Se alejan y Bakhita se gira, mira a su pasado resurgiendo en Italia, sacudiendo el tiempo.

Cuando Clementina empuja la verja del cementerio, Bakhita baja instintivamente la mirada. Sabe dónde está. En Jartum vio los pequeños cementerios de las misiones católicas. No está hecho para ella, no se encuentra a gusto, es como un lugar prohibido, como estar en un jardín en el que no tendría derecho a entrar. Clementina la lleva ante una minúscula tumba. Bakhita lo comprende antes incluso de que Clementina le muestre las palabras que no sabe leer:

—Cario Michieli. Giovanni Michieli.

Ahí está la desgracia de Parona Michieli. Lo sabía.

Por la noche Bakhita sirve a los amos, cenan en el gran salón vacío, sin mirarse; comen cordero, verduras, arroz, frutas, pan, beben vino, café, todo lo que sus campesinos han cultivado y que no comerán ni beberán jamás. Bakhita observa a la *Parona*. Desearía decirle que no se preocupe. Sabe que tiene a otro hijo en su interior. No debe esperar al niño sumida en el miedo. La observa y se queda ahí plantada.

—¡Es lenta, lenta! —dice María a su marido. Y, perdiendo la paciencia, explota—. ¿Qué?

Entonces la gran voz de la Moretta se atreve a un tímido:

—Estoy aquí, *Parona*.

Augusto esconde su risa detrás de la servilleta. La *parona* se sonroja y baja la mirada. Que nadie vea sus lágrimas.

A ese niño lo van a esperar juntas. El ama y la criada. María no ha olvidado Génova, el sufrimiento del pequeño Indir, que no quería separarse de la Moretta. Sabe que atravesó el desierto y los mares junto a ella y gracias a ella, ¡no le cabe duda de que no fueron ni su marido ni su amigo quienes cuidaron del niño! El cónsul le dio a Bakhita como un premio de consolación, pero ella quería a esa negra. Y no era un capricho.

Augusto no se da cuenta de que, desde hace algunas semanas, María está otra vez embarazada. Cree que su palidez y las náuseas forman parte del disfraz. Su mujer es una histérica y no hay nada que hacer. Ella sabe que su marido intentaría huir si le dijese que espera otra vez un bebé. Como si no fuese suyo, solo de ella, un niño engendrado por la madre y que solo pertenece a la madre. Augusto cree que los dos niños muertos son por culpa de su mujer. Con ella los niños no viven. Que los de los campesinos mueran es lo lógico y habitual, los engendran borrachos que beben aguardiente de contrabando, analfabetos que comen polenta, que son inmorales y sucios. ¡Pero ella! Ella *no sabe* hacer que un niño viva. La primera vez, pase, no se puede hacer nada contra el sarampión, ¿pero la segunda? Ni siquiera fue capaz de darle vida en su interior, dio a luz a un muerto. Lo que salía de ella era la muerte. «Dios lo ha llamado junto a él», había dicho el arcipreste. Y fue entonces cuando María había decidido que se acabó, que no quería volver a oír hablar de ese Dios que necesitaba más a sus hijos que ella misma. Al segundo hijo, antes de que recibiese la extremaunción, le puso el nombre de su suegro, Giovanni, y luego le habían vendado los senos, porque, de todas maneras, no iba a ser ella quien lo amamantase. Pero sus

pechos vendados le dolieron terriblemente, mucho más que cuando nació Cario, al que miraba mamar de la gorda Alessia, con sus ojos indiferentes y su pecho desmesurado. Ella los odiaba a todos y a su Dios también. Dios por aquí, Dios por allá, como una coletilla, un ídolo que se deslizaba por todas partes, se inmiscuía en todo y al que «ella debía ofrecer a sus hijos», como si fuesen de él.

Ahora, este embarazo del que solo la Moretta se ha percatado, va a ocultárselo. Que nadie, ni Stefano, ni su familia, ni el cura, ni sus amigos lo sospechen. Sabe qué piensan de ella, es una extranjera a la que su marido debería dejar por una sólida italiana, una *mamma* a la que viesen en misa los domingos, que hiciese punto para los necesitados y siguiese las procesiones de la Virgen. Como las demás. Y como las demás, que inclinase la cabeza bajo la desgracia, con un velo negro y haciendo ofrendas al Señor que come niños.

Esta Moretta no sabe nada de nada, está muda y no puede propagar ningún chisme. Ni siquiera ninguna verdad. Por lo que una noche le pide que abra la puerta del armario de su habitación, le dice que saque la gran caja azul, que la ponga ahí, sobre la mesa, que le va a enseñar algo. Y se lo cuenta a esta criada a la que habla en ruso: la vida, tan breve y tan bella, del pequeño Cario. Saca la ropa, que guardó para el segundo, pues antes incluso de haber secado sus lágrimas, su suegra le había ordenado que tuviese «otro» de inmediato, como si simplemente le hubiese salido mal un plato. Ella no quería tener otro, y seguramente por eso el segundo nació muerto. Un sustituto cansado. Incapaz de abrir los ojos. Y le parecía, mientras lo sujetaba entre los brazos pensando en un nombre, que era su alma lo que sujetaba, un alma apagada, que únicamente quería ser olvidada. ¡Pero Cario! ¡Carlito había crecido y vivido cuatro años! Cuenta en su idioma la vida de madre que tuvo con él. Pues ella fue su madre, digan lo que digan. Le cuenta sus primeros pasos, sus primeras palabras, las primeras pupas y las pequeñas enfermedades que curó, sí, ¡ella sabía hacerlo! Y luego le muestra la ropa a modo de prueba, le pide a Bakhita que la toque, que vea lo bonita que es y, sobre todo, que es de verdad. Le prohibieron hablar

de este niño, como si le trajese de vuelta «malos recuerdos», pero ella quiere hablar de él y decirle a la Moretta, que la escucha hablar en ruso y que no esconde las lágrimas, hasta qué punto fue un buen hijo y ella una buena madre. Le gusta que llore Bakhita porque, si hasta una extranjera siente tristeza, entonces es normal que ella sufra, ¿no? ¿No es una enfermedad? ¿No está loca? Se embala, habla más y más rápido, más y más fuerte, mezcla el veneciano y el ruso, y el francés y el inglés, que también sabe hablar, «*Guarda!* ¡Tócala, no tengas miedo!», y agita los dibujos, los peluches, los gorros, los pequeños calcetines, «*So small!*», se tapa la boca con la mano, ahora se ríe, ¡pues los calcetines son tan pequeños…! No puede parar de reír, balancea el cuerpo mientras ríe. «*So small! Mió cuore! Sertse maiyo! Amore mio!*», en todas las lenguas lo dice, y su dolor estalla.

Bakhita oye, desde Taweisha, el aullido de la madre del bebé al que tocó el minúsculo pie, tan bonito. Recuerda que la azotaron por eso y que el bebé también lloró. Suavemente, se acerca a la *parona* y la abraza, es un gesto inesperado y prohibido, que solo quiere decir: Descansa. La *parona* se refugia en los brazos de la Moretta y solloza. Por fin tiene derecho a la tristeza.

El niño nace el 3 de febrero de 1886. El amo se ha ido de Italia tres meses antes, ha vuelto a Suakin, desde donde escribe a su mujer palabras desoladas que anticipan su futura derrota y le recomienda que se cuide.

Cuando comenzaron los trabajos del parto, Parona Michieli le pidió a la Moretta que se quedase a su lado, y hace ya tres noches que Bakhita duerme sobre el diván, sin atreverse a decirle que realmente preferiría dormir en el suelo. Tiene los sentidos alerta, se levanta diez veces cada noche y posa las manos sobre el vientre dolorido, pero sabe que todo va bien. Parona Michieli nota cómo se relaja su tripa, cómo la piedra se funde bajo las manos de la Moretta, entonces la angustia disminuye un poquito e incluso consigue volver a dormirse un rato.

Bakhita está tan emocionada como si fuese la primera vez que viese o asistiese a algo así. Y, sin embargo, ha visto tantos nacimientos, festejados o aterrados, de mujeres felices o de niñas torturadas por el dolor, de bebés a los que conservan y de bebés que tienen que entregar, de madres con las manos vacías y de otras como la suya, un árbol con sus ramas, ha visto muchas llegadas al mundo y en muchos mundos. Tiene diecisiete años, sabe que nunca tendrá hijos, se lo dice su cuerpo de esclava, retorcido bajo la violencia. La *parona* va a dar a luz acostada y le sorprende que se inmovilice a una mujer que va a hacer un ejercicio tan intenso, piensa en una gacela a la que ataran las piernas antes de forzarla a correr. Pero no dice nada, y cuando la matrona llega al tercer día, le dice a la Moretta que se vaya. Van a comenzar las cosas serias.

Es una niña. La *parona* la nombra Alice, Allessandrina, Augusta. Telegrafían el nacimiento al padre y todo el pueblo está al corriente. ¡María Michieli por fin lo ha conseguido! Es una niña, pero, a pesar de ello, es feliz, y puede que Augusto también lo sea, quién sabe, su mujer lo hará mejor la próxima vez y tendrán un hijo. Y luego, unas horas más tarde, cae la noche y hacen venir al sacerdote. Hay que darle rápidamente los santos sacramentos, sin esperar al bautizo en la iglesia. La pequeña no va a sobrevivir. Junto a la cabecera de María Michieli, el sacerdote murmura palabras en latín y hace signos que Bakhita no entiende. Su voz es tierna y afligida, querría hablar un momento con la madre, pero María recita las oraciones sin convicción, mirando fijamente un futuro que no existe. No llora, está aturdida y agotada. No quiere volver a ver a la pequeña, ni tocarla, ha dejado de amarla, la odia. La matrona vuelve y le venda los pechos en un silencio resignado, aprieta con vigor las bandas blancas, ya sucias, y luego abandona la casa con alivio. La Moretta se puede quedar. Esperar con la madre a que el bebé, ahora que ha recibido la bendición, suelte hacia el cielo su alma purificada.

La noche se vuelve pesada, profunda y muda, las ventanas están empañadas y se refleja sobre ellas la luz indecisa de las lámparas, hay un olor a sangre y sudor, esa pesada fatiga. La habitación está cerrada, separada del mundo, todos han huido de la desgracia, y el tiempo solo pasa para esos tres seres: la madre, la niña y la criada, con la muerte, que avanza con una estela de fatalidad.

Las dos mujeres no se miran. La niña que va a morir está sola en su cuna, y su sufrimiento invade la pieza. Es un ser minúsculo con una presencia inmensa y falto de socorro. Bakhita se aproxima a la cuna que Parona Michieli ha querido tener bien lejos de ella, en el otro extremo de la estancia. Mira el rostro azulado de la pequeña Alice, su corta respiración, el soplo ronco, piensa en un río estancado por las piedras, oye la corriente del agua retenida, y ve que la vida lucha contra el poder de una muerte ya aceptada. Entonces hace algo que no ha hecho más que una vez, hace mucho tiempo,

cuando se evadió de Taweisha: *no pide permiso*. Toma al bebé, le quita la ropa, se sienta y tumba a la pequeña sobre las rodillas, se escupe en las manos y le masajea el tórax lentamente, pronunciando palabras incoherentes y dulces, su cara está tan cerca del cuerpecito que la *parona* no ve más que la masa de pelo encrespado y el cuello inclinado. La pequeña llora con voz débil y ronca, Bakhita está sumergida en la letanía del gesto y de la palabra, su oscura voz se mezcla con el soplo avaro de la niña, se oyen los chasquidos de la madera en la chimenea, chisporrotea y estalla, y la pequeña tose cada vez más fuerte, y Bakhita comprende ese lenguaje, es el dolor y la rebelión. Entonces vuelve a escupirse en las manos y da más masajes y habla, con la cara pegada a la cara del bebé, recibe su tos y su llanto como un regalo destinado a ella.

La *parona* se queda muda, como una espectadora desposeída, y siente que la esperanza renace, y, al mismo tiempo, el rechazo a la esperanza. Bakhita levanta a la pequeña, la sostiene entre los brazos, mientras se ahoga en sus mocos Bakhita la vuelve a tumbar, le toma la cabeza con la mano, coloca la boca sobre su nariz, aspira y escupe directamente al suelo. Varias veces seguidas, muy rápido, casi sin recuperar el aliento, aspira y escupe las flemas. Es tan ruidoso y sucio como la vida. Repetitivo, instintivo y autoritario. Y cuando la pequeña ya no llora de dolor, sino de hambre, Bakhita la vuelve a vestir y la lleva con su madre. La *parona* se echa hacia atrás, sus ojos preguntan a la Moretta si no está loca por intentar algo así, pero Bakhita, con un gesto lento, retira la larga banda blanca y libera los senos de su patrona. Dice esa palabra que le gusta, con su profunda voz dice: *madre*. Y le enseña cómo tiene que hacerlo. Porque es *ella* quien debe hacerlo. Tiene que alimentar a su hija.

La apodarán «Mimmina». Un apodo parecido a un beso, a una golosina, a una profunda ternura. Y María Michieli se la confía a Bakhita. Ha aceptado amamantarla, pero la Moretta tiene que quedarse a su lado, teme que la pequeña emprenda el camino equivocado, no «tome» lo suficiente o tome demasiado, y además

ella no sabe hacerla eructar, ni arroparla, ni lavarla, apenas se atreve a tocar esa cosita poderosa y misteriosa. Hace llevar la cuna de la pequeña a la habitación de la criada, allí arriba, encima de los establos, y, tanto por la noche como por el día, Bakhita se la baja a la parona para que mame. Los roles se invierten, la Moretta es la madre y la madre se vuelve la nodriza. Qué más da. Hace tiempo que a María Michieli le da igual lo que piense de ella la burguesía de Zianigo, su marido se encuentra lejos y su familia política es estúpida. Mira cómo crece su hija como una espectadora ansiosa y maravillada, y su orgullo crece al mismo tiempo que su desprecio por un mundo que siempre la ha rechazado.

Bakhita no obliga al bebé a dormir en su cuna. La abraza contra ella, bajo las sábanas. Sus días, sus noches, no son más que eso, una cita perpetua con la niña. Una noche en que la luna está tan grande como el sol, violenta y roja, levanta a la pequeña hacia ella y pronuncia tres veces su nombre. Este no dice cómo era el mundo el día que Mimmina nació, dice cómo cambió el mundo el día que nació.

Es una profunda alegría y, al mismo tiempo, se despierta lo que tanto echa en falta. Con el bebé apoyado contra ella, Bakhita llora por su propia madre, la necesidad que tiene de ella surge en lo que es bueno igual que surgió en el infierno, es una ausencia que nada puede colmar y un recordatorio permanente. Desearía compartir con ella esta maternidad de sustitución, pero también convertirse otra vez en esa vida poderosa y minúscula en los brazos de aquella a la que llamaba *mamma* en una lengua olvidada. Ser la madre y la hija. Ese amor. Pero está partida por la mitad y se sorprende por la fuerza de ese vacío. ¿Acaso toda su vida se verá obstaculizada por ese amor irreemplazable? Arrulla a Mimmina y le agradece que esté viva. En el amor que entrega a la niña están todos a los que ella amó y que le fueron arrebatados, vidas cruzadas y perdidas, heridas discretas y ardientes. Con los ojos en los ojos de Bakhita, la mirada borrosa de Mimmina se concentra y responde, y lo que se dicen en su idioma

inventado, lo que se dan en sus caricias y su sueño compartido, nadie lo sospecha. Son dos vidas ligadas, inseparables y salvadas.

Tres meses después de su nacimiento, bajo la presión del entorno, la influencia de Paron Stefano y también, hace falta decirlo, por superstición, Miria Michieli acepta que bauticen a Mimmina, en un verdadero bautizo esta vez, en la iglesia de Zianigo. La Mordía se queda en la puerta. María lleva a la pequeña, toda vestida de encaje blanco, a la pila bautismal, donde resuenan sus gritos contra las frías piedras. María también llora, creen que debido a la emoción, pero es simplemente por despecho. Está ansiosa por devolver ese bebé que chilla en su vestido de bautizo a la Moretta, y maldice a la joven por tener unos poderes que ella no posee, su agradecimiento está manchado de rencor.

A Bakhita le gusta la época de la más tierna infancia de Mimmina. Su madre deja de amamantarla a los seis meses, y es ella quien la alimenta, cocina los purés y los caldos, también le teje los gorros y los patucos, borda la canastilla, le cuida las fiebres, las diarreas, las encías inflamadas, lo ha aprendido todo, lo sabe hacer todo, «maligna como un mono», dice la gobernanta. Se pasea con la pequeña cada día por la campiña de Zianigo, y muy a menudo el paseo hace un alto en casa de Stefano. Si no está, la acogen Clementina y los pequeños, felicitan a Bakhita por los progresos de la niña, su buena cara, su peso, sus sonrisas; si Stefano está, les prepara siempre un pequeño refrigerio, es un hombre que no puede ver a nadie, hambriento o sediento, y no darle de comer. Sigue intentando —no lo puede evitar— hablar de religión con Bakhita. Le señala la medalla de Mimmina: «La santa María, ¿entiendes, hermana pequeña? ¡La santa María!». Bakhita sonríe, con esa sonrisa dulce y enternecedora. Se controla para no hacerla entrar en la iglesia y mostrarle las estatuas, los crucifijos, los cuadros. Tocaría el órgano mientras ella descubriría a la Virgen, a Cristo, a los santos y la Presencia Real, Bakhita comprende todo sin las palabras, él lo sabe, pero María Michieli ha prohibido que su criada entre en la

iglesia. Esto lo atormenta. Ha dejado de dormir por la noche. Se siente culpable, como si mirase a Bakhita ahogándose y él se quedase de brazos cruzados. Su alma se perderá y no habrá hecho nada para impedirlo. Sin embargo, de ella emana una fuerza verdadera, como un secreto bien guardado. Tras haber hablado de ella con las pobres gentes de Zianigo, y también con los burgueses, él sabe que no es solo el color de su piel lo que los asusta. No huyen de ella solo por ignorancia, superstición o estupidez. Ella es hermosa, dulce y está resignada. Pero también es indestructible. Como una superviviente, lleva en su interior un mundo que no puede comunicar. Y esto es lo que los aterroriza, esa fuerza que no entienden.

¿Cómo tuvo Stefano un día esa idea? ¿Cómo creyó que fuese realizable? Decide adoptar a Bakhita. ¿Acaso no lo llama ella *babbo*, como hacen sus hijos? Ya es un poco su papá, y si la adopta, tendrá un nombre, una familia, una herencia, y podrá bautizarla, borrar el pecado original y salvar su alma. Se lanza hacia una batalla ciega por unos papeles que no existen, el certificado de nacimiento y de compra, un poblado olvidado, una nacionalidad perdida, escribe, telegrafía, utiliza sus contactos, pide ayuda al arcipreste, al alcalde de Zianigo, al dux de Venecia, viaja a Padua a casa del cónsul Legnani, que lleva seis meses en Egipto, escribe a Augusto Michieli, le suplica que, desde Suakin, investigue sobre el origen de Bakhita, tiene fe en poder levantar las montañas, las montañas de un país del que nada sabe, y, cuanto más vanas son sus búsquedas, más se obceca, preso en un pánico generoso, pero quizá… quizá también tiene la intuición de que hay que ir rápido, que pronto esa vida suave, esa calma, no serán para Bakhita más que un recuerdo lejano.

Bakhita corre sola por las calles de Zianigo. Corre como se huye. Como ya hizo, agarrada a la mano de la pequeña Binah, se salva. Corre, y los niños que la ven pasar se pegan a las paredes amarillas de las casas inclinadas, los ancianos sentados delante de las puertas se quitan el sombrero y no dicen nada, las mujeres creen que algo malo le ha sucedido a Mimmina, pues es contra la desgracia contra lo que corre la Moretta, cualquier mujer del pueblo llano lo reconoce.

Nota la cadena alrededor del pie, la cadena que soportó en casa del ama turca pesa y la hace cojear, se reencuentra con sus andares de esclava, con su corazón de esclava, y el miedo que eso comporta. Le hacen daño los zapatos apretados, se le pega el vestido al cuerpo sudoroso y, bajo el sombrero, tiene el pelo empapado. En el caminito de tierra que lleva a la casa de Stefano tropieza con un bache y el barro sobre su rostro se parece a un sarpullido. Stefano ya está al corriente de su llegada, le ha pedido a Clementina que vaya a buscar al médico para enviarlo a casa de María Michieli, algo malo le ha ocurrido a Mimmina. Se reúne con Bakhita en el caminito de tierra, va a abrazarla, pero ella se arroja a sus pies, como los pobres campesinos. La levanta y no reconoce su cara, más joven y terriblemente vieja a la vez. Sus ojos son los de una niña pequeña y, sin embargo, emanan algo de aterrorizado y de anciano.

—¿Mimmina?

—No.

—¿María?

—No.

—*¿Il paron?*

Niega con la cabeza y se señala a sí misma, se golpea el pecho, el corazón, muestra que es ahí, en su interior, donde se encuentra el gran infortunio. Instintivamente, la mira, ha corrido y no parece estar enferma, por un instante se pregunta si ha recibido los papeles de adopción, malas noticias sobre su familia, su poblado, e inmediatamente se da cuenta de que no es posible, en todas las gestiones que ha realizado no ha dado más que su propia dirección. La sienta en un banco de piedra. Frente a ellos se balancean los altos cipreses con un olor azucarado y triste. Ha llovido todo el día y el aire está saturado de una pesada humedad, los pájaros cantan en los árboles empapados, se escucha el último trueno en la lejana montaña. Algo está terminándose. Y, de pronto, Stefano comprende. El choque le corta la respiración. Sin embargo, es evidente. Se reprocha no haberlo anticipado, no haber hablado de eso nunca con su hermana pequeña Moretta, es culpa suya, debería haberla avisado… Pero decir esas cosas en un dialecto que entiende tan mal habría sido todavía peor, más confuso e inquietante… Va a partir hacia Suakin, con la Michieli. Deja Italia. Le toma la mano, ella está llorando ahora, y es la primera vez que llora delante de él. Entonces llora con ella, solloza y ahí están los dos en el banco, rodeados del aire húmedo de una lluvia agotada, con la pena contra la que no pueden hacer nada, pues lo que sucede no tiene consuelo ninguno. Querría pedirle perdón, ojalá hubiese pensado en la adopción antes, ojalá le hubiese dicho que eso podía suceder. Hace un año ya que Augusto Michieli le deja administrar solo su propiedad, no conoce a su hija pequeña, nunca ha estado ausente de Zianigo tanto tiempo… Stefano se quita las gafas redondas, se seca los dedos y pregunta:

—¿Suakin?

—Sí, *babbo*, sí… *Aiuto*… Auxilio…

Él mira al cielo. Pero el cielo no le contesta.

La lleva de vuelta a la casa de María Michieli. La *parona* ordena a Bakhita que se cambie y luego vaya a liberar a la gobernanta del cuidado de Mimmina. Añade que, sobre su escapada, hablarán más

tarde, a solas. Bakhita sube a la habitación que le dio la ilusión de la libertad, la ilusión de la maternidad, de una vida propia.

En el salón, María ha hecho sentar a Stefano y le sirve un vaso de grapa.

—Voy a necesitarle más que nunca, Stefano.

—Lo sé…

—La propiedad quedará enteramente a su cargo. Habrá una compensación financiera, por supuesto.

Él no toca su vaso. Mira el jardín mojado, el pesado magnolio y las flores que la lluvia ha arrancado. Piensa que es extraño cómo, a veces, el tiempo se pone de acuerdo con tu corazón. Va a volver a llover, el cielo no tiene color. Pregunta:

—¿Parte usted hacia Suakin? —y odia esa palabra tan corta.

—Mimmina tiene nueve meses y su padre no la conoce.

—Por supuesto.

—Él no puede regresar, como comprenderá, no es el momento de dejar el hotel.

—Ah… Lo ha comprado, por fin…

—Me ha escrito que las casas en Suakin las construyen con piedras de coral. ¿Puede usted imaginarlo, Stefano?

—Debe de ser muy bonito.

—Me ha escrito que Suakin es una península totalmente redonda, ¿sabe?, pero totalmente… como… como una perla posada en el mar Rojo. ¿Puede usted…?

—¿Imaginarlo? Sí, sí puedo, *signora*. Debe de ser muy bonito.

—Toda Europa hace negocios allí: los ingleses, los alemanes, los franceses, los italianos. Las riquezas de la costa sudanesa, si yo le dijese…

—Puedo imaginarlo, *signora*.

—¡África, desde el canal de Suez, África es…! Ah, Stefano, es… una encrucijada, una colmena, es…

—Por supuesto, por supuesto, *signora*. Pero, dígame, la Moretta, ¿usted no tiene miedo…?

—¿De qué? ¿De que se escape cuando lleguemos?

—Oh, no, lo que quiero decir…

—¿Y escaparse para ir a dónde? ¡Si no sabe ni cómo se llama!

—Lo que quiero decir es que…

—Cuando el cónsul quiso ayudarla a reunirse con su familia, ni siquiera conocía el nombre de su aldea, no tiene ningún sentido de familia.

—Yo pensaba en la pena que debe de sentir por volver a Sudán.

—En Sudán o aquí, es lo mismo, ¡se encargará de la pequeña!

—*Signora*, ¿puedo pedirle una cosa…? Dígame… ¿No quiere usted bautizarla? ¿Bautizar a la Moretta? ¿Antes de partir?

—Usted me gusta, Stefano, es cabezota y supersticioso, pero me gusta. Será la única persona que eche de menos de este país de analfabetos sarnosos.

La lluvia produce un ruido mate sobre las hojas del magnolio y los cristales del salón. Pronto el jardín se vuelve confuso y no se ve el horizonte. El trueno regresa de la montaña como una fiera perezosa. De repente parece de noche. Stefano oye a Bakhita andando por el pasillo con la pequeña Mimmina entre los brazos, se entremezclan sus voces, una tan grave y otra tan frágil, en un canto íntimo. Se siente como un padre desposeído. Se siente cobarde y sin derechos. Y tan triste. María ha sacado los libros de cuentas, las cartas de Stefano, el papel secante, la tinta y la pluma, él mira las columnas y la diminuta letra, las fechas y las cifras, y con voz cansada, dice:

—*Signora*, debo decírselo. Giuseppe, mi hijo, está intentando enseñar a leer a la Moretta. Algunas letras. No más. Es importante.

—¿Algunas letras tomadas del catecismo?

—No, del alfabeto.

—¡Estaba bromeando!

Le habría gustado deslizar en la pequeña bolsa de cuero una medalla de la Virgen, pero no lo hace. En su lugar, introduce un poco de tierra de Italia, profunda y oscura, esa tierra generosa y maldita. Le habría gustado escribirle una carta diciéndole que la quería como a una hija. Solo esas palabras, y luego quizás algunas más sobre sus recuerdos, en su casa, alrededor de la mesa familiar, los platos que descubre, los que prepara, la risa que les regala, y esa

tarde en que él se sentó al piano y ella se puso a dar palmas para seguir la música. Chiara se había echado a reír a carcajadas y entonces su hermana pequeña Moretta, avergonzada, había parado de inmediato. Él se puso a tocar más rápido y, con una mirada, Clementina lo entendió: se puso a dar palmas ella también y animó a sus hijos a hacer lo mismo, todos rieron por esa incongruencia, nunca habían aplaudido de esa manera *La marcha turca* de Mozart. Le habría escrito la felicidad que había llevado a su casa, y el respeto que sentía por ella, todo lo que veía y todo lo que se le escapaba: cuando tiraba de la manga para esconder las cicatrices, cuando de pronto cojeaba, cuando su mirada lenta y grave se posaba sobre los niños de las calles, mocosos y testarudos, cuando le susurraba a Mimmina palabras incomprensibles, cuando recogía las piedras que le lanzaban y las miraba con dulzura antes de volver a dejarlas en el suelo… Tendría tanto que decirle, que escribirle. Pero ella no conoce ni la escritura ni el veneciano. Así que le pone la bolsa de cuero en la mano, la abraza con su brusca torpeza, y que se fastidie Parona Michieli pero le murmura al oído: «Rezaré por ti todos los días», y con un gesto furtivo sobre su frente, la bendice. Y se va, infeliz como un perro, él, el exuberante, la personalidad local, vuelve a su casa y, sin saberlo, cojea como ella, un pie aquí, otro allí, esa África en cuyo umbral todos patalean como niños al pie del abeto, más a menudo los mercaderes que los misioneros, y él se va a quedar con sus campesinos sin esperanza. Y de improviso cambia de dirección, no vuelve a su casa. Con el paso entrecortado, regresa al pueblo y va a la iglesia. Sube los escalones de madera estrechos y polvorientos, se sienta detrás del órgano y, para ella, para su hermana pequeña, su casi hija, toca el *Ave Maña*. Toca así, durante una hora, una hora lenta y grave, para no oír el ruido del carruaje que la lleva a la estación. Para no pensar en el pueblo que la mira partir. Esa vida que llega a su fin. Toca, sin pensar en nada, y, de pronto, sabe. Lo volverán a tratar de original y estrafalario. Quizás sea verdad. Cada día irá a la iglesia a tocar el *Ave Maña*. Cada día. Y esa será su llamada, para que ella vuelva. Porque ahora lo sabe, volverá.

Es Sudán. Enfrente de Sudán. Es una tierra. Separada de la tierra. Un nexo entre el desierto y el mar. La puerta de África. Una isla en la que se paran los peregrinos que se dirigen a La Meca, al otro lado del mar Rojo, un mar al que se le arranca el coral y cuyas orillas están invadidas por *dhows* miserables y navíos gigantes. Se parte hacia las Indias, las Américas, se habla árabe y turco, egipcio e inglés, se habla todos los idiomas y, sobre todo, se habla de dinero. Hay civiles y militares, gobernadores y bandidos, mezquitas y burdeles, cafés y, a todo lo largo de las calles y a lo largo de todo el día, mercados. Pues todo el mundo vende. Y todo está en venta. Hombres, goma arábiga, plumas de avestruz, carbón, cuernos de elefante, copal e incienso, riquezas que se descubren y exportan. Podría creerse que el mundo se abre, se reúne y crece. El mundo se encoge, se fragmenta y se hunde.

Bakhita llega a Sudán en septiembre de 1886, un año después de haberlo abandonado, y todas las heridas se reabren. Es el país de los ancestros, el país de su madre, el país de su color, de su lengua y de su nombre. Es el país que ella atravesó y que no reconoce en ningún mapa. El país al que sobrevivió y en el que no se reencuentra con nadie. Desde las ventanas del hotel de Suakin, lo mira. Está ahí, plantado frente a ella, lejano y terriblemente cerca. Durante el día, las orillas de la costa se pierden en la bruma, la humedad planea y el cielo inmóvil no deja ver nada. Su país es profundo y secreto. Su país calla. Por la noche, la ciudad, demasiado iluminada, enmascara las estrellas, Suakin nunca descansa, la isla es ruidosa y siempre está atareada, embriagada, y es peligrosa, los gritos de los monos se mezclan con los de los hombres, y se diría que todo el mundo ríe.

Las estrellas están distraídas, solo permanece la luna, brillando por encima de los resplandores de la ciudad, y Bakhita le habla.

Se encuentra en ese inmenso hotel parecido a un país sin ley y conoce la vacuidad de la vida de placer, de la vida sin ataduras, sin más anclaje que los libros de cuentas y la caja del hotel. No sabe qué hacer con las propinas que le dan los hombres a los que sirve alcoholes fuertes y café turco. Nunca ha sabido qué hacer con el dinero. Ha dejado en Zianigo las propinas que le daban los invitados de Parona Michieli, a los que servía en las tardes en que organizaba fiestas. Les daba las gracias agachando la mirada y dejaba las monedas con la ropa interior, en su cómoda, y luego las olvidaba. Oyó a un invitado preguntarle a Augusto por cuánto había obtenido a la negra y él, incómodo, hizo ese gesto de pudor, No, de ese rescate no hablaría… Y en el salón flotó ese aire de entendimiento y admiración que la alta sociedad experimenta por los hombres ricos y discretos.

Bakhita no sale del hotel, así lo manda Parona Michieli. No ve nada de la isla. Se dice que es tan hermosa como sucia, tan peligrosa como poderosa, que todavía es salvaje a pesar de las altas moradas de los ricos mercaderes, se dice que el sol se acuesta en el mar como se hundiría la mano de Alá en las aguas haciendo surgir colores que no se podrían nombrar. La gente habla de Suakin como de un animal vivo, al que temer y domar. Habla de los peregrinos andrajosos, de los fusiles de contrabando, de los sables de acero y de las fieras que entran por la noche en las viviendas. Habla de los fantasmas de las cuarenta vírgenes, esclavas abisinias a las que dejaron encintas los genios, cuyas cuarenta hijas fundaron la ciudad y atormentan el palacio. Habla de leyendas perdidas y de un futuro prometedor. Reinan la maldad y la miseria.

Recuerda la isla. Con el pequeño Indir pegado a ella, en ese albergue de fortuna, el olor de los camellos y el cuero, la orina y las algas, y esa arena que se llevó hasta Génova, tras los días en el desierto. Recuerda los perros salvajes y sus peleas en las orillas

embarradas del puerto. Las jóvenes sin velo ante las posadas, con las miradas vacías como cielos pasados. Las mujeres que vendían pescados por unidades y los leprosos sentados bajo las palmeras, junto a cestas de especias y corales secos. Recuerda a todos los sudaneses arrancados de su tierra.

Cuando no está sirviendo en el bar, se pasea con Mimmina por el jardín, y eso le recuerda a los harenes, esas ciudades cerradas, a los palomares, el gallinero, los muros y las terrazas, y a las barracas de los esclavos. Aquí también, los siervos se van a acostar por la noche a esas casuchas bajas y no mixtas en las que los niños tienen ojos de anciano y ganas de descansar. Ve a las niñas preñadas, a los muchachitos sumisos y tristes, a los que se les dice que tienen suerte. Por tener amos. Un techo. Una escudilla. Y agua. A los que se les dice que sean buenos y serviciales. Y sin mirarlos, ella sabe lo que todos han perdido y la soledad que se apodera de ellos para siempre. Pues ahí está, intacta, eterna. La soledad. A Bakhita ya no le pegan. No se acuesta en la barraca de los esclavos. Pero tiene plantada en su interior como una estaca la necesidad de algo diferente. Una luz diferente. Un poco de ese amor que recibió en casa de Stefano y Clementina y que, a pesar de ser tan distinto al de su infancia, tenía la misma música. Esconde las manos en los bolsillos de su delantal, pero desearía tender los brazos generosamente y con toda la fuerza de su juventud. Se encuentra maniatada en la noche, a pesar de saber que existe una luz, muy cerca, hacia la que no puede girarse. Nunca ha olvidado la voz del consuelo, la tierra que le decía que no era justo. *Abdá*. No era justo y no era por su culpa. Así que debe de haber algo diferente para ella.

Mimmina la llama desde la pequeña fuente del centro del jardín. Grita: «¡*Mamma*!», y a Bakhita no le da tiempo a regañarla: «¡Tienes que decir Bakhita! ¡No *Mamma*!», antes de tenerla en brazos. Se ríen las dos, de felicidad y de sorpresa. ¡Es la primera vez que Mimmina anda! Ha dado sus primeros pasos para reunirse con su nodriza. Se libera de sus brazos, quiere volver a empezar. Vuelve a empezar, se

cae y se levanta, llora y ríe, se ensucia, aplasta las flores y asusta a los gatos. No tiene miedo a nada, ve el mundo de pie. Bakhita le sonríe y sabe. Hoy su pequeña Mimmina ha aprendido a andar. Pronto tendrá que llamarla Alice. Y Alice nunca cometerá el error de llamarla «*mamma*». La voz del muecín resuena en el cielo como una orden ronca y danzante, Bakhita mira a la pequeña y sabe que no crecerá allí. Alice irá a la escuela, como todos los hijos de los blancos. Saldrá del jardín. Abandonará Suakin. ¿Y ella? ¿Dónde vivirá ella? ¿A quién pertenecerá? Mira a la pequeña a la que salvó de la muerte, que hunde sus manos en el agua de la fuente, erguida y orgullosa sobre sus piernas menudas. Tiene el vigor y la autoridad de la que descubre una libertad nueva.

Bakhita vive de esta manera durante nueve meses, en un tiempo incierto, en ese hotel de paso en el que, a pesar de la belleza de sus dieciocho años, a pesar del color de su piel, los hombres a los que sirve no la tocan. Baja menos los ojos. Cuando reconoce la ofensa en sus voces, los mira brevemente. Se atreve a hacerlo, unos segundos, y en sus ojos no hay ni desafío ni cólera, pero los hombres que intentan algo fuera de lugar obtienen a cambio una mirada que dice: «Lo conozco todo de antemano». Y sigue siendo un enigma. La sumisión combinada con la fuerza. Eso es lo intrigante, es como si esa esclava, esa Bakhita, no estuviera en su sitio. Su amo es cristiano, ella no será jamás ni su esposa ni su concubina, al parecer no tiene hijos suyos. Se la ve ocupándose de la hija pequeña del amo, incluso a veces, mientras sirve en el bar, tiene a la niña en brazos, como un mono en una rama. Esa esclava tiene un sitio aparte. Habla poco y su voz es profunda como las grutas oscuras, es camarera de bar y se permite la lentitud de los que están seguros de sí mismos. Huye de los hombres y se interesa por los críos. Siempre tiene en los bolsillos un trozo de pan, una fruta que darles, y también un gesto, una mano que se posa sobre sus cabezas, una caricia en sus mejillas. Su ama debería corregirla, todos esos muchachos son contagiosos, arrastran su mendicidad y sus enfermedades de la piel delante del jardín del hotel, se agolpan ante las rejas como moscas sobre el sudor. El

jardinero los espanta, pero vuelven. Tienen hambre, ella los alimenta en vano, pues se multiplican tan rápido como mueren.

Bakhita vive en un tiempo incierto, pero el tiempo avanza, los patrones están ocupados haciendo cálculos y esos cálculos, un día, dan resultado. Aquel por el que trabajan día y noche. El éxito. No le dicen nada, pero ella nota, ve, y, como comprende un poco el veneciano, descubre las conversaciones entre María y Augusto. En el aire hay un movimiento de pánico y de esperanza, un cambio de vida que se inicia en la alegría nerviosa de las grandes decisiones. Mimmina también lo nota, ya puede decir la *parona* que es porque le duelen los dientes, pero Bakhita sabe que no es eso lo que la hace llorar por la noche. Son las pesadillas. Lo sabe, tienen las mismas. Pesadillas de grandes arenas, dunas en círculos encima de ellas con estacas de madera clavadas alrededor, y no hay modo alguno de salir ni de ver el horizonte, están de pie, Mimmina y ella, en esos bordes curvos, y allí se quedan. Inmóviles. Angustiadas e inseguras.

Y un día, las maletas. Esas bocas abiertas que se llenan con las ropas del ama y de Mimmina. Regresan a Italia, hay que vender la propiedad y volver, pues ahora es definitivo: la familia Michieli se instala en Suakin. Bakhita lo sospechaba, por supuesto. La hostería no se vacía y Parona Michieli manda, ha dejado de ser la extranjera de la que se burlaba Zianigo, aquí ser extranjero es ser africano. Para los demás es su casa. La angustia de Bakhita despierta. Está desamparada y determinada, es una lucha entre su miedo y su supervivencia, y, del mismo modo que se lo suplicó al cónsul, le pide a Parona Michieli que la lleve con ella a Italia.

—Demasiado caro, Bakhita.

Le ofrece sus propinas. María se echa a reír. Se pone de rodillas. María explota:

—¡Eso no!

Se levanta, le besa las manos. Recibe una bofetada. La primera de Parona Michieli. Unos años atrás, apenas habría notado la bofetada, presagio habitual de los latigazos y las injurias. Hoy es una

violencia que viene para herirle la vida y le recuerda que es menos que una criada, es una esclava. Inmediatamente después de la bofetada, María y ella se mueven a la vez, miran el parque donde juega Mimmina. La pequeña no ha visto nada, está sentada y les da la espalda. Pero ahí se juega todo. En tomo a la niña.

María quiere hacer el viaje sola con la niña. Podría dejarla con su nodriza y ahorrarle dos travesías agotadoras, pero quiere vivirlo, quiere estar sola con su hija. Se ve llegando triunfante a Zianigo con su hija en brazos, o mejor aún, cogiéndola de la mano y caminando junto a ella. Le tiene aprecio a Bakhita y también resentimiento, como los seres débiles detestan a quienes deben mucho. Bakhita mira a Mimmina, que se divierte tocando su pequeño tambor. Baja los ojos y dice:

—Lo hará usted bien, *Parona*.

El vapor para Génova zarpa el 21 de junio de 1887. María le pide a Bakhita que lleve las maletas y las acompañe al puerto. Al salir del hotel, se reencuentra con la violencia de la ciudad, repleta de vidas ocultas y miserias expuestas, se respira la amenaza y la fuerza. La claridad del cielo quema la mirada y el mar atrae como una lámina de plata calentada al sol. Más allá de las calles atestadas y las residencias en lo alto de la ciudad, se encuentran terrenos vacíos y campos áridos, lo salvaje de los lugares aún sin explotar, cementerios olvidados y cobertizos inutilizados, carcasas de barco, depósitos de carbón; se encuentra, sobre todo, la memoria de los millares de esclavos en los tiempos más intensos de la trata, y Bakhita lo siente: la tierra tiembla por ello, por la vida de los hombres robados. *Abid*. Injusto. Injusto. Injusto… Camina detrás de la *parona*, que lleva a su hija en brazos vestida toda de blanco, como para una ceremonia, y es una pena, pues la *parona* parece ignorar que el carbón manchará muy rápidamente esas ropas tan poco apropiadas. Ella también va vestida de blanco, y se diría que es una recién casada llevando en brazos a una bautizada. Por encima del hombro de su madre, Mimmina le habla a Bakhita, palabras y pedorretas, besos y muecas, Bakhita se reprocha no haberle dicho una vez más que iban a separarse, ve que la pequeña no lo ha comprendido. Ella sabe lo que es. Dejar a la persona a la que se ama. Ha pasado la noche mirándola dormir y hablándole en voz baja.

La llegada al puerto es la habitual del pánico y la brutalidad, como si todos fuesen a perder su sitio, no solo en el barco, sino también en el mundo, como si se jugasen la vida en ese momento, quizá porque se dicen hasta la vista, o incluso hasta nunca, algo se

desgarra y vibra en el muelle, en la pasarela y en el puente. Bakhita no sabe si la *parona* va a dejar a la esclava besar a su hija en público. Le da el equipaje al mozo y María se gira hacia ella. Desearía ser buena. Una gran dama que no tuviese nada que reprocharse.

—Cuento contigo para el bar, ¿eh, Moretta?

—*Sí, Parona*.

Desde los brazos de su madre, Mimmina intenta agarrar el sombrero de Bakhita, y Bakhita retrocede un poco, a pesar de que querría acercarse y tomarla entre sus brazos.

—¡Mimmina, dile adiós a Bakhita!

Mimmina abre y cierra la manita.

—¡Lánzale un beso!

Mimmina le lanza un beso. Su madre se da la vuelta y se aleja. Bakhita no ha tenido tiempo de besarla. Mira cómo se alejan entre el gentío, y se queda ahí, erguida y estúpida, sacudida, insultada, ya no distingue nada ni a nadie en el calor del alboroto, la golpean, le piden que se aparte, ella solo siente que va a estallarle el corazón, su cuerpo vacila bajo el sol brutal. Y de repente, por encima de la incoherencia y el salvajismo, oye el grito de aquella a la que conoce como su hija. Es Mimmina la que aúlla, lo sabe. Piensa en las canciones de la separación que no servían para nada, en todas esas mujeres que veían marchar a sus pequeños, se queda como ellas, muda y sin derechos, pero el grito de Mimmina crece, y pronto oye la tos por encima, y luego el ahogo de la cólera, el pánico que provoca hipo. Se sujeta el pecho. A ella también le duele.

—¡Una rabieta! ¡Es una rabieta!

Parona Michieli se planta delante de la Moretta y Mimmina se lanza en sus brazos.

—Sí, *Parona*, una rabieta.

Y Bakhita abraza con tanta fuerza a la pequeña que se diría que va a darse la vuelta y a huir con ella.

—¡Es increíble lo caprichosa que se ha vuelto!

En la voz de la *parona* se percibe el reproche, el miedo y una inmensa pregunta: ¿Y ahora yo qué hago?

—No tengo dinero para el viaje.

—*No, Parona*.

—¡No te he comprado billete!

—*No, Parona*.

—Y ni siquiera tienes maleta.

—No pasa nada… *Parona*… La maleta…

Mimmina, agotada y confiada, se duerme apoyada en Bakhita. Por fin, deja de toser, ya ha pasado el ahogo. Está sudando y su vestido blanco ya está sucio. Bakhita siente el miedo terrible de la *parona*, no agacha la cabeza, le suplica con la mirada, y el sudor le corre del pelo al cuello, y del cuello a la espalda. María mira a su hija. Y luego, como si hubiera sufrido una derrota, murmura:

—Sería una lástima despertarla.

Así es como Bakhita puso el pie en la pasarela del barco. Llevaba en sus brazos a la niñita caprichosa, quien, sin saberlo, acababa de hacer lo que Bakhita había hecho por ella un año y medio atrás: salvarle la vida.

Ave Maria gratia plena… Dominus tecum benedictis… benedicta! Ave Maria gratia plena…

Mañana y tarde, arrodillada junto a la cama, Bakhita recita la oración con Mimmina. Lo exige la *parona*. Les ha hecho aprenderse el *Ave María*, el *Pater Noster* y el *Gloria*. En latín. Una vez que puso en venta la propiedad, la casa, los muebles y los animales, se preguntó cómo iba a crecer su hija en África. Lo consultó sobre la marcha con el médico y el sacerdote. El médico le aconsejó una dosis de quinina cada mañana y el sacerdote las tres oraciones esenciales, dos veces al día: *Pater Noster, Ave María, Gloria*. De tanto repetirlas, Bakhita se aprende las oraciones con obstinación, y no lo hace solo cuando toca, sino que las recita a lo largo de todo el día para memorizarlas. En Zianigo dicen que la Moretta se ha vuelto piadosa, sin bautizar, pero piadosa, pues no hay vez que alguien se cruce con ella sin oírla murmurar: «*Pater noster, qui es in caelis*», «*Gloria in excelsis Deo*» o «*Ave Maria gratia plena*». Ya no le lanzan piedras, sino que se santiguan lentamente al verla pasar y se dicen que es un milagro, e incluso ya no miran de la misma manera a María Michieli, casi se diría que les gusta la extranjera, ahora que va a marcharse y no volverán a verla. Bakhita no sabe por qué la *parona* exige esas palabras día y noche, pero, a pesar de la dificultad que supone memorizarlas sin comprenderlas, le gusta ese rito que se conjuga tan bien con su contemplación del día que nace y con sus confidencias a la noche. Y, además, está la voz de Mimmina mientras ella le enseña los rezos, y su complicidad se estrecha aún más, durante el esfuerzo y durante los ataques de risa prohibidos. Prohibidos, sí, pues esas palabras parecen muy serias y hay que

recitárselas a la *parona* siempre con mucha seriedad, ella las escucha con una lasitud exasperante.

Curiosamente, si esto no le impresiona a alguien es a Stefano. El regreso de Bakhita ha supuesto para él una doble conmoción: la de la sorpresa y la de la revelación; no había tocado en vano el *Ave Maña* en el órgano de la iglesia cada día que había pasado en Zianigo. Rezó por ella fervorosamente, y estaban ligados por un amor filial inalterable. Pero le horroriza oírla recitar las palabras sagradas de las oraciones sin entenderlas. ¿Significa esto que se la puede ordenar que repita cualquier cosa, sin explicarle nada, como un truco a un perro amaestrado? Cree que ella se merece algo mejor y le llena de rabia que no entienda del veneciano sino las palabras más corrientes. Una tarde, Clementina trata de apaciguarlo y encuentra, quizá, la solución a su tormento:

—Stefano, deberías alegrarte.

—¿Alegrarme? ¿Cuando la oigo recitar sin comprender? Ella dice «*Sed libera nosam lo*», en lugar de «*nos a malo*». *¡A malo*, Clementina! *¡A malo!* Ella sabe lo que es el mal, ¡y no sabe cómo pronunciarlo!

—No debes verlo así.

—¡Me hace daño cuando la oigo! Sí, ¡daño! *¡A malo! ¡A malo!*

—Cálmate. Sería mejor que te aprovechases de que la Michieli está bajando la guardia para hablarle de nuestra hermana pequeña.

—¿Y qué se supone que debo hacer, eh? ¿La traducción del latín al veneciano? ¿Te burlas de mí?

Clementina va hasta la cómoda, coge un minúsculo objeto y se lo tiende a su marido.

—Dáselo a nuestra hermana pequeña Moretta.

Mira a su mujer sorprendido y se calma de golpe.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—¿No lo vas a echar de menos?

—No. Es lo que quiero.

—Pero es de tu padre…

—¡Stefano! Obedéceme, por una vez…

Stefano mira a Bakhita, sentada en el jardín cuidando de Mimmina. La niña juega con Melia y Chiara al pie del gran roble. La pequeña Alice ha crecido tanto… está delgada, todavía es frágil, pero hay en su interior una fuerza vital y es tan alegre que se la reconoce por su risa, la risa de Mimmina es como el ruido de sus pasos, la precede. Tiene la alegría de los niños que nunca se asustan, que se saben siempre protegidos.

Esa tarde Bakhita la vigila mientras hace punto, pues nunca está ociosa, siempre tiene las manos ocupadas con algo, y Stefano piensa que se parecería a todas las jóvenes nodrizas de la burguesía de Zianigo si no fuese por su color y su calma, ajena a las jóvenes italianas, y también, siendo completamente sincero, por su misterio. Tiene la mirada triste y lenta de las mujeres que nunca han podido despreocuparse, una sonrisa profunda, de una bondad lejana. Su belleza no atrae a los jóvenes italianos, su negrura es una barrera natural. Para ellos, la Moretta no es una extranjera. Es una rareza. Se sienta a su lado, ella le deja un poco de sitio y le señala a Mimmina:

—¡Feliz!

—Sí, es feliz tu pequeña Mimmina. Muy feliz…

Ella le lanza una mirada discreta e inquisitiva, ha notado su incomodidad, no se le puede ocultar nada, ella sabe. Por la manera en la que se ha sentado, por el sonido de su voz, ella sabe. Él va a decirle algo. Ella va a esperar. Tiene una paciencia de otra época que a él le resulta casi irritante y lo perturba. Duda. Hace un gesto con la mano a sus hijas, se vuelve hacia la Moretta y ríe un poco con las manos separadas, como diciendo «Juegan bien entre ellas, ¿verdad?», y ese lenguaje gestual italiano es algo que la Moretta aprendió muy rápido. Stefano mira al cielo, las nubes llegan de detrás de las colinas, el frescor se instala en el olor de la hierba cortada y las rosas salvajes. Bakhita deja su labor y va a ponerle una chaqueta a Mimmina. Cuando se vuelve a sentar, él tiene el brazo tendido hacia ella con el puño cerrado. Ella se para y aguarda y mira sin sorpresa

esa mano tendida. Entonces Stefano la abre y le dice:

—Aquí tienes lo que Clementina me ha dado para ti, ves, es un crucifijo es Nuestro Señor Jesucristo muerto sobre la cruz por nuestros pecados es el Hijo del Padre el Hijo de Dios y por Él nos salvaremos todos por supuesto sé que Parona Michieli se niega a que te hable de religión además debes guardar esto como un secreto pero yo ya no me puedo callar comprendes porque si sigues en la ignorancia de la fe tengo tanto miedo por ti ni siquiera estás bautizada qué va a ser de ti en fin no digo esto para preocuparte no no quiero preocuparte pero ya ves es el crucifijo de Clementina y lo conserva de su padre que está muerto Dios guarde su alma pero ella te lo da con gran alegría con gran gran alegría.

Le pone el pequeño crucifijo de madera y metal en la mano. Luego se levanta de un brinco y grita con una vehemencia totalmente fuera de lugar:

—¡Melia! ¡Te he dicho mil veces que no hagas trepar a tu hermana al árbol, *mamma mia*!

Bakhita mira a este hombre emocionado que acaba de decirle algo incomprensible y, al parecer, muy importante. Algo que no podía guardarse. Y que le ha dado aquello. Un secreto. Eso es lo que entiende. Él le ha confiado un secreto. Mira el crucifijo sobre la palma de su mano. Ha dicho varias veces «Clementina». Es un regalo de Clementina. Bakhita ya ha visto esa cruz, con un hombre encima, en las casas de los italianos, en las encrucijadas de los caminos, en el cementerio en que están enterrados los bebés de Parona Michieli. Una vez se detuvo delante de un calvario de piedra que tenía en la base un ramo de flores marchitas conformando una mancha de color un poco triste. Miró al hombre clavado. No sabía que en Italia también se les hacía eso a los esclavos, y se pregunta por qué se lo representa más a él que a los demás. Y ahora se pregunta por qué lo tiene en el hueco de la mano. ¿Es una advertencia? ¿Un objeto protector? Lo mira y luego pone un dedo encima, la crucecita de madera y el cuerpo de metal, tan flaco, y el rostro invadido por el sufrimiento. Vuelve a ver a los esclavos a los que, para castigarlos o para que otros no pudieran obtener beneficio

de ellos, clavaban a los árboles. Ese hombre es blanco. Es un italiano. Ahoga un sollozo. Ha abandonado a los suyos. Kishmet nunca se salvará, y Binah puede que haya muerto bajo los golpes o esté encerrada en un harén. Las lágrimas corren por su cara de criada bien alimentada. Se jura que, en cuanto regrese a Suakin, pues pronto lo harán, ayudará a su pueblo, no sabe cómo, pero hará algo más que amar a Mimmina y que Mimmina la ame. Algo más que servir a los hombres en el bar y dar un poco de pan a los críos apostados en la verja del hotel. Tiene diecinueve años, ¡es adulta desde hace tanto tiempo! Y no hace nada para devolver un poco de lo que se le ha dado, de su vida preservada. Stefano vuelve a su lado. La mira y no puede impedirse besarla, dos besos que restallan de agradecimiento en las húmedas mejillas de su hermana pequeña Moretta.

—¡Ha sido iluminada! —le dirá por la noche a Clementina.

—¿Iluminada?

—¡Si yo te contara! ¡La he visto bañada en lágrimas, con una mano en el pecho y tu crucifijo en la otra!

—Pero ¿qué le has dicho?

—¡Todo! ¡Le he dicho todo!

—Y ella, ¿qué ha dicho ella?

—¿Ella?

—Pues sí, ¡ella!

—Pero ella… ella lloraba, no hablaba, lloraba, ¡y ya está! ¡Había tenido una revelación!

Bakhita no tuvo ninguna revelación. Todo lo más, un presentimiento. La impresión, de nuevo, de estar frente a una puerta y no ser capaz de abrirla. Esconde ese objeto cuya función desconoce. Es la primera vez que esconde algo, que tiene esa sensación de posesión. Está segura de que la *pavona* se lo quitaría, no lo puede explicar, lo sabe y es razón suficiente para esconderlo entre sus chales y no sacarlo más que cuando Mimmina ya se ha dormido. Saca al esclavo crucificado y le habla de él a la noche, pero

la noche no contesta, resuenan el canto de los sapos, las peleas de los borrachos y los relinchos de los caballos desde los establos bajo su ventana. Pronto los venderán. Como la propiedad y todas las tierras. Va a dejar todo eso. Esa Italia tan pobre, en la que los campesinos no viven apenas más de treinta y cinco años y los jóvenes huyen en masa a países aún más lejanos que Sudán. Se lo explicó Giuseppe, el hijo mayor de Stefano. Extendió, como lo había hecho también el cónsul, una gran hoja con las tierras y los mares. Así es como intentaba enseñarla a leer, con las letras de los países. Es muy difícil. Y no pudo retener la *A* de *Australia*, la *B* de *Brasil* y la C de *Canadá*, esas tierras de exilio para los italianos sin trabajo. Ella es negra como la tinta. Pero no sabe escribir. Y a su alrededor, todos hablan lenguas nuevas, las palabras son como los países en el mapa, cambiantes y lejanos, no puede unirlos a ningún sentimiento que tenga en su interior, y se aísla en esa zozobra.

Es agosto y la *parona* está de un humor insoportable, Stefano va a verla casi cada día para concluir con ella la venta de la propiedad. Las negociaciones con el comprador resultan interminables y todo se pone sistemáticamente en tela de juicio. María se tira de los pelos y telegrafía a Augusto, que empieza a impacientarse en Suakin. Las maletas y los baúles están listos. Los muebles están recubiertos con sábanas blancas. Los cuadros y las vajillas más bonitas los han vendido. Las ventanas ya no tienen cortinas. Los suelos están desnudos y las alfombras las han dejado enrolladas en los rincones. Y pasan los meses. Llega el otoño. El comprador siempre cuestiona una suma o un papel, pide hablar con el propietario del lugar y no con su intendente o con su mujer, es un negocio serio, hay grandes sumas de dinero en juego, se tensa el ambiente, el invierno es precoz, desenrollan las alfombras, se recoge leña, las negociaciones están en punto muerto. A finales de año, en noviembre de 1888, María Michieli decide, siguiendo el consejo de Stefano, viajar a Suakin para presentarle los papeles a Augusto y que firme los documentos más urgentes. El viaje es caro, irá sola con Mimmina, ya casi tiene tres años y aguantó bien el primer viaje. Está dudando

si vender a Bakhita a una familia rica de Mirano, la pequeña ciudad de la que depende Zianigo. A Bakhita la conocen bien allí y todos la aprecian, pues la han visto muy a menudo con Mimmina, es seria y trabajadora, una perla a la que no hay que pagar salario alguno, que no tiene vacaciones, trabaja hasta por la noche y que, como habla mal el veneciano, es discreta como una alondra disecada y, además, robusta como todas las negras. Pero justo debido al entusiasmo inmediato de los burgueses de Mirano, María renuncia a vender a su Moretta. Pero ¿qué puede hacer con ella durante su ausencia?

Se lo pregunta a Stefano, que no se cree lo que oye. ¡La Providencia está llamando a su puerta! ¡Sus plegarias han sido escuchadas! Bakhita por fin va a liberarse del yugo de la Michieli. Tiene una rendija para actuar y se siente como un niño pequeño a punto de cazar una rara mariposa, hacen falta mucha delicadeza y celeridad, mucha calma y seguridad. En un primer momento, le propone a María que la Moretta se quede en su casa, Clementina y sus hijos se alegran de antemano, dormirá con las dos pequeñas, Melia y Chiara, que la conocen muy bien. No le pide dinero para la pensión y, cuando regrese para vender definitivamente la hacienda, María no tendrá más que venir a buscar a su esclava a su casa y marcharse con ella. A María le parece que es una propuesta honesta. Confía totalmente en Stefano. Dice sí.

Pero Stefano ha mentido. No tiene intención de acoger a Bakhita en su casa. Ha mentido y ni siquiera tiene la impresión de haber cometido un pecado. Es un mal cometido por un bien. Pues lo que desea este hombre tan piadoso como testarudo es la salvación de su hermana pequeña Moretta.

El asunto es serio. Bakhita necesita a especialistas. Gentes hechas para eso. Ya puede Giuseppe obligarla a repetir la *A* de *Australia* y la *B* de *Brasil*, que no ha escrito jamás ni una sola letra ni leído una sola palabra. En cuanto al crucifijo, es imposible saber la influencia que tiene sobre ella. Cuando recitan el *Benedicite* antes de

la comida, ella espera pacientemente, con la cabeza baja, a que terminen, y ya puede Stefano hacer una enorme señal de la cruz, que ella no ve la relación con el crucifijo que le regaló. Más bien, ¡se burlan de él! Sus hijas se echaron a reír el otro domingo cuando, después del «Amén», hizo una señal de la cruz tan grande y marcada que le dio un codazo en el ojo a Clementina. Especialistas, sí, es lo que hace falta. Especialistas de la enseñanza y, sobre todo, especialistas en catecismo. Piensa de inmediato en las Hermanas de la Caridad canosianas, que regentan el Piadoso Instituto de los catecúmenos de Venecia. Como otras congregaciones en Italia, estas religiosas instruyen y preparan a los adultos para el bautismo y recogen a los niños abandonados. La Hermana Magdalena de Canossa, fundadora de la orden, nacida marquesa a principios del siglo XIX, abrió el instituto de Venecia para su congregación en 1831. El instituto es tan viejo como la Serenísima y fue fundado para instruir y bautizar en la Verdad católica a los mercaderes y a los soldados extranjeros que desembarcaban en sus costas.

Y es allí, en el instituto canosiano de Venecia, donde Stefano querría que admitiesen a Bakhita como interna durante el tiempo que tarde María Michieli en hacer el viaje hasta Suakin y regresar. De esta manera, cuando vuelva a irse a Sudán, habrá recibido el catecismo y habrá sido bautizada, y él podrá dormir en paz. Como la de la adopción, esta idea del bautismo en las canosianas lo obsesiona y lo atormenta, sobre todo porque conoce la aversión de María Michieli a todo lo que tenga que ver con la religión. Decide mentir una vez más:

—*Signora*, he pensado algo… A propósito de la Moretta…

—¿Ya no quiere quedarse con ella?

—Sí. Claro que sí. Pero pienso en usted, sobre todo. Usted, que es una mujer de tantos méritos.

—Sí.

—Una madre ejemplar, tan valiente…

—¿A dónde quieres llegar?

—La Moretta… ¿Trabaja bien en el hotel, allí, en África?

—Ya te he dicho que no voy a cargar con ella en este viaje, cuesta demasiado, ¡la dejo aquí!

—Lo que quiero decir, *signora*, es que la Moretta, cuando vuelva a África, seguirá ayudándola en el hotel, ¿no es cierto?

—¡Pues sí!

—Mimmina va a crecer. La Moretta le será cada vez más útil en el bar.

—¡Evidentemente!

—Por lo tanto, créame, un poco de educación es más que necesario.

—¿Educación? Pero ¿qué educación?

—Eh… Saber leer. Escribir. Contar.

—¿Para qué puede necesitar una camarera saber leer?

—Para cuando usted reciba el correo, para los pedidos, las cajas, si la Moretta sabe leer, la ayudará más de lo que piensa.

—Escucha, Stefano, te conozco desde hace diez años, así que dime cuáles son tus intenciones porque tengo mucho que hacer. Y cosas mucho más importantes que saber si Bakhita va a ser un día capaz de descifrar un sobre o una caja de *whisky*.

Stefano le habla entonces del instituto de los catecúmenos, en donde no solo instruirán a la Moretta, sino que, además, la vigilarán, contrariamente a lo que sucedería en su casa, en donde la codiciarán como criada, en fin, que él y Clementina no podrán vigilarla el día entero, ya tiene diecinueve años, no deja de ser un poco arriesgado, solo Dios sabe lo que le puede pasar por la cabeza, ideas de libertad, ¿quién sabe? El pueblo no es tan sumiso, y la Moretta tampoco, y puede ser objeto de toda suerte de influencias. Se arrepiente un poco por este último argumento. Se ha vuelto a dejar llevar. Pero bueno, si la jugada ha calado, es lo esencial… Pero María Michieli no es tonta. A pesar de que los argumentos de Stefano son razonables, sabe también que en el instituto de Venecia las hermanas van a hablarle de religión a la Moretta mañana y tarde. También sabe que, aparte de las cosas más elementales del día a día, sigue sin comprender el veneciano, apenas es capaz de hacer la compra y

recita las oraciones como una lista de verduras para cocinar. Sin embargo, que esté encerrada durante su ausencia es tentador. Le pide unos días para reflexionar, va a telegrafiar a Augusto. Va a reflexionar un poco.

Contra toda expectativa, María acepta. Stefano, por una vez, no sabe qué decir. Le pide que lo repita. Lo repite. Está de acuerdo en meter a la Moretta en las canosianas de Venecia mientras dure su viaje a Suakin. Pero con una condición: que él se encargue de todos los trámites. Y trámites hay unos cuantos. Bakhita es adulta, pero como esclava, no tiene ningún estatus, ni un solo papel, ni siquiera el de su compra, ya que fue un regalo a María Michieli. Ante la administración, nada puede probar su existencia. Stefano va a defender su causa a un nivel más elevado, ante sus conexiones influyentes. Habla de la necesidad de convertir a los infieles, del África salvada por el África, eslogan muy en boga. Habla del hijo pródigo, de la Virgen negra, escribe a los eclesiásticos ricos y a los altos funcionarios de la administración, retoma contacto con una prima cuya hermana ha entrado en religión y, por fin, obtiene el consentimiento del prior del instituto y se entrevista con la superiora, Madre Luigia Bottissela.

A Bakhita no le explican nada. Melia y Chiara le repiten que van a acompañarla al *Collegio*, al colegio, pero ese nombre no sabe lo que significa. Ella sabe que no forma parte del viaje a Suakin, pero pronto irá a vivir allí, y para siempre. Se reunirá con los Michieli. Sabe también que Mimmina va a crecer y que entonces probablemente cambie de amo. El tiempo sin violencia no es más que un respiro en su vida de esclava. Obedece, sin saber a dónde la llevan, e incluso con la gente a la que quiere se encuentra siempre un poco perdida. Vive en un tiempo estirado por la incertidumbre, a la vez muy lento y recogido, un tiempo que avanza a saltos sucesivos, como un camino lleno de baches y que se prolonga en una monotonía sin puntos de referencia. Ve claramente que Stefano está contento, contento por ella. La ama y la protege. Pero no sabe de

qué.

Viajan a Venecia los seis: María Michieli, Stefano, sus hijas Melia y Chiara y Mimmina en los brazos de Bakhita. Venecia no está lejos de Zianigo, a unos treinta kilómetros, toman un tren que avanza a duras penas deteniéndose cuando los viajeros lo piden y que hace tanto ruido que es inútil intentar hablar, y todos conservan esos aires finos, un poco altivos, de las grandes salidas. Atraviesan la campiña como seis endomingados que no han viajado nunca. Mimmina se ha dormido sobre las rodillas de Bakhita, le protege la cabeza de las sacudidas del tren con una larga mano puesta sobre el cráneo, piensa en que va a dejar pronto a la pequeña, en unos días partirá con su madre hacia Suakin. «Unos días pasan muy rápido, ya no habrá más domingos juntos», le ha explicado Stefano. El domingo es la referencia que se le ha ocurrido. Mimmina respira sobre su pecho; su profundo aliento, su abandono, ese es el verdadero ritmo de la vida de Bakhita. Ese amor confiado que las fusiona. Le ha enseñado todo lo que una madre enseña a sus hijos y ha compartido con ella la contemplación de la belleza, han mirado juntas cómo se levantaba el día y cómo se acostaba, han contemplado el cielo como un ser superior, han asistido desde su habitación a las cóleras de la tormenta transformando el paisaje, han abierto la ventana cuando el sol volvía a salir y los olores eran tan vivos como los de una fruta recién cortada con el cuchillo. Bakhita ha enseñado a Mimmina a llamar a los animales con sonidos breves y movimientos de la lengua, y cuando los burros y los caballos se acercan, pone la mano sobre la cabeza de los sumisos animales y dice: «*Grazie*», como hace Bakhita, pues siempre hay que dar las gracias a los animales que trabajan para los hombres.

En el tren a Venecia, ni la una ni la otra han comprendido que van a decirse adiós. Es una salida juntas, a Venecia, en donde Bakhita ya estuvo hace mucho tiempo, Mimmina aún no tenía ni seis meses, y se acuerda del tren por encima del mar, de las calles tan pobres, de las barcas de los pescadores y de las mujeres que sacaban

el agua de los pozos de las placitas en donde vendían hierbas y pan. La pobreza es la misma en todas partes. La reconoce con rapidez. Es una mirada a la que nada puede sorprender, una gran fatiga. Los niños descalzos. Las mujeres demasiado cargadas y los hombres llenos de cólera. Y en Venecia, como en Zianigo, tuvieron miedo de ella, y en las callejuelas apestosas a las que no llegaba el sol apretaba con fuerza a la pequeña Mimmina y respiraba su dulce olor a bebé.

Stefano toca la campana del instituto, un largo edificio amarillento de dos plantas y ventanas bajas, en un extremo de Venecia, en el 108 del Dorsoduro, sobre la ribera izquierda del Gran Canal. Bakhita coge de la mano a Mimmina, que se ha despertado en cuanto se ha parado el tren y ha cruzado con ella los puentes de madera de esta ciudad posada sobre el mar, como Suakin, con el cielo rasgado por los domos y los mástiles de los barcos.

La puerta del instituto se abre, Stefano se presenta a la *portinaia*, la hermana conserje, que los invita a pasar. Bakhita no conoce a estas hermanas cuyos hábitos no se parecen a los de las religiosas que suele ver en las calles, en grupo y con velos, como las mujeres de Oriente. Estas llevan un chal por encima de su vestido y se peinan como las mujeres del pueblo. Los llevan a una larga y fría estancia con los muros y el techo recubiertos de una madera oscura, la inmensa chimenea está vacía, hay una gran mesa, un sofá, algunos asientos alineados contra la pared, pero todos se mantienen de pie y en silencio, Bakhita ve el crucifijo clavado en el muro, un Cristo pálido con la cara cubierta de sangre. No sabe que está en el locutorio. No sabe que su vida acaba de cambiar de la misma manera radical en la que cambió cuando los dos raptores la secuestraron en su poblado.

En el locutorio, María Michieli habla largo y tendido con la Madre Luigia Bottissela, la superiora, a la que se unen enseguida otras hermanas, todas llamadas «Madre», atentas y disimulando el impacto que les causa Bakhita, esa joven sorprendente y enteramente negra. Hablan en voz baja, serias, con breves asentimientos de cabeza, llenas de una comprensión esmerada. Stefano, con el sombrero en la mano, apenas interviene, deja que la *Signora* Michieli lo explique todo, que presente los papeles, las pocas pertenencias de Bakhita, todo sucede según lo previsto. Ella se mantiene algo alejada, con los niños, como debe hacer una criada. Stefano nota que no entiende nada, y tiene la sensación violenta de la traición. Desearía acercarse a ella y hablarle, pero sabe que no debe intervenir, Clementina le dijo la víspera: «Tú deja a la Michieli dirigir las operaciones, exactamente como si fuese su propia decisión. Por una vez, ¡cállate, Stefano!». Está callado. Y ansioso. ¿Cómo va a interpretar ella este cambio? ¿Va a creer que no la quería en su casa? Si pudiera contarle la batalla que ha librado para que esté hoy allí, en el instituto. Al fin, María se acerca a Bakhita.

—Te quedas aquí. Es tu casa.

Se hace el silencio. Y Bakhita mira a Stefano, que no pensaba que se lo fuesen a decir así, de una manera tan abrupta. Ve que ella no lo comprende. Que se siente señalada, aislada. El pánico invade su mirada. Abraza a Mimmina con más fuerza. Stefano se aproxima sonriendo y mezcla lentamente las palabras *Suakin*, *partida* y *casa*. Tiene que entender que, o bien se marcha a Sudán, o bien se queda ahí. Ahora. Con las *Madri* que ya se ocupan de otras jóvenes como ella. Bakhita retiene la palabra *Madre*. Repite:

—*Madre? Mamma?*

La madre superiora se acerca a Bakhita, le sonríe y le da la bienvenida. Bakhita lee inmediatamente en su mirada quién es esa anciana. Es buena y sabe muchas cosas. Sonríe a su vez e inclina el rostro. Pero no ha dejado a Mimmina en el suelo, y Stefano ve lo que la Michieli finge no ver. Con un suspiro de alivio, da las gracias a las hermanas, se reajusta el sombrero y les pide a las tres niñas que digan adiós. Mimmina hunde con dulzura la cara en el cuello de Bakhita. María se acerca mirando a la nodriza a los ojos. Es una orden.

Bakhita sabía que se separaría de Mimmina durante su viaje a Suakin, pero no sabía que sería ahora. Otra vez la sensación de caer, de reencontrarse con la soledad, como un vestido congelado. Guarda para sí su dolor como un puñal clavado en el vientre y con cuidado deja a la pequeña en el suelo. La empuja hacia su madre, que espera. María tira de ella bruscamente. Esta vez no se va a dejar enternecer por un capricho, no aquí, ante todas esas religiosas a las que va a demostrar que es una madre. Sisea entre dientes: «¡Ven!», y tira de la mano de la pequeña. La niña chilla que le hace daño, entonces María la toma en brazos con un gesto fuerte e imperioso. «¡Cállate!». La pequeña aúlla y solloza. Bakhita retrocede sin dejar de mirarla. Ya no puede hacer nada por ella. Ni siquiera consolarla.

Stefano está petrificado, Melia y Chiara también se echan a llorar, mientras que Mimmina tiende los brazos hacia Bakhita chillando. Sus gritos resuenan en el locutorio, María vacila entre la cólera y la humillación. Las hermanas se miran con estupor e intentan intervenir, van a buscar agua y también una chuchería para la pequeña, colocan las sillas, se sientan, pero María no consigue controlar a Mimmina, que intenta liberarse y le pisotea las rodillas con violencia, tiene el cuerpo completamente tendido hacia Bakhita, cuyos ojos iluminados por las lágrimas no pasan desapercibidos a las hermanas, se encuentran ante un dolor real, y la *Signora* Michieli puede decir lo que quiera sobre caprichos y niñerías, que ellas ven que se trata de algo bien distinto. Se instala el malestar, como un desacuerdo silencioso. La madre superiora murmura que, por

desgracia, no va a poder quedarse con la Moretta. Debe marchar con su pequeña ama. María lo admite a su pesar, es una derrota, pero sí, va a tener que llevarse consigo a África a la nodriza de su hija, que corre el riesgo de enfermar por la separación. Siempre ese miedo a la muerte, ese chantaje y, encima, ¡nunca está a solas con su hija! Bakhita escucha sin comprender, pero ve el dolor y el miedo de cada uno. ¿Es por su culpa? No ha dicho nada. No ha hecho nada. Está lista a obedecer. Si al menos la dejasen consolar a la pequeña… Stefano se levanta de un brinco, esta vez va a intervenir, se niega a que no bauticen a su hermana pequeña Moretta, se niega a estar tan cerca del objetivo y que todo fracase ahora, ¡la salvará cueste lo que cueste!

—¡Es imposible!

Se dan la vuelta para mirarlo, casi habían olvidado al único hombre en la asamblea.

—Stefano, tú ves claramente que mi hija necesita a su nodriza. Sería cruel separarlas.

—Sí, *signora*, sería cruel separarlas, estoy de acuerdo, sería cruel.

—Entonces, en marcha y no se hable más, estoy extenuada. ¡Todo este embrollo para nada!

Se vuelven a poner los abrigos, los sombreros, María Michieli le hace un gesto con la cabeza a Bakhita que significa: «¡Adelante!», pero Bakhita no se mueve. Inerte y sin voz, se queda ahí, no sabe qué orden obedecer. Entonces Stefano vuelve a intentarlo:

—¡Hay una solución! Muy simple y muy… práctica. ¡Para todo el mundo!

María Michieli suspira y mira a las hermanas, como diciendo «No le hagan caso», y les abren la puerta. Stefano le corta el paso:

—La pequeña Alice puede quedarse aquí durante su viaje a Suakin, *signora*. Déjela aquí. También la instruirán y, cuando usted regrese, sabrá muchas cosas, los niños aprenden rápido.

—¿Qué me vaya a África sin mi hija?

—No le imponga la fatiga del viaje…

María está anonadada. Siempre se burlan de ella. Siempre le dicen que es imposible que su hija viva con ella. Es una madre con

las manos vacías. Con una buena pero vana voluntad. En lo que dura su estupefacción, Mimmina se ha refugiado en los brazos de Bakhita. Vuelve el silencio. No se oyen más que los resoplidos de la pequeña a la que Bakhita calma con palabras suaves y caricias en el cuello. Melia y Chiara se acercan a ellas y se aferran al vestido de la hermana pequeña, conmocionadas por lo que está sucediendo, por las disputas de los adultos y, sobre todo, por la emoción de su padre, que pierde su habitual autoridad cuando se dirige a la Michieli.

Bakhita no lo sabe, pero, en ese momento, se parece a su madre. Un árbol con sus ramas. Con esos niños agarrados a ella, es hermosa, de una belleza abierta y una humanidad profunda. Y esto lo ve la madre superiora, que pregunta:

—¿Cómo que quiere que se quede aquí la niña, *Signor* Checchini? No puede ir al edificio de los niños abandonados. Ni tampoco al de los adultos no bautizados.

Pero al preguntar eso, ya conoce la respuesta. Sabe que no le corresponde a ella dar la respuesta. Ni al *Signor* Checchini. La respuesta debe salir de la *Signora* Michieli. Esa pobre mujer que no ha entendido nada. Esa madre impotente.

Y María Michieli, en su terrible miedo, subterráneo y culpable, deja a su hija con la nodriza. Arribará sola a las costas de un país que, sin ella, le parece ya un sueño abortado.

El 29 de noviembre de 1888, Bakhita y Mimmina entran juntas en el Piadoso Instituto de los catecúmenos de Venecia. Stefano paga de su bolsillo la pensión de Alice Michieli, a una lira al día, y, tal y como había hecho para su hermana pequeña Moretta, emprendió los trámites y obtuvo los papeles, lo cual no era cosa fácil, pues iba a ser la primera vez que una niña bautizada viviría con su nodriza en el hogar de los catecúmenos.

Ese día, cuando la *portinaia* cierra la puerta tras la Moretta y la niñita, ninguna de las tres podría imaginarse que Bakhita por fin llega a casa.

El primer día, Bakhita espera órdenes. Se imagina que aquí, como en otros lugares, va a servir a los amos. Con Mimmina a su lado, limpiará, hará la colada, cocinará, cuidará del jardín, hará trabajos de costura o bordado, todo lo que quieran. Pero el primer día no le reclaman nada. Se pregunta si Parona Michieli se ha explicado bien. Esclava. *Abdá*. ¿Saben estas religiosas lo que es? Se prosterna a los pies de la superiora como hacen los orientales, con el tronco hacia delante y la frente y las manos contra el suelo. Pero la madre superiora la levanta sonriente. Es incomprensible.

Por la tarde se queda sentada en el claustro en cuyo centro juega Mimmina, al juego de las piedrecitas y a la rayuela, y Bakhita le pide que lo haga en voz baja, pues allí reina una extraña delicadeza que está intentando comprender. El claustro es de un limpio y un tranquilo poco habituales. Los pequeños nichos en los muros los decoran la hiedra y las estatuillas, hay olivos algo flacos plantados junto a laureles rosas sin flores y limoneros sin frutos en esta época del año; atrapadas por el viento de Venecia, las hojas rojas se deslizan sobre el pavimento del claustro. Las regaderas están colocadas al lado de una podadora y una escoba, todo parece estar en su lugar, todo está limpio y es preciso. El silencio solo se ve interrumpido por la campana que da ritmo a las horas, un ruido frágil comparado con el de las pesadas campanas de las iglesias de la ciudad que Bakhita oye repicar tras los muros del instituto. La ciudad tan cercana parece tan lejana… En este lugar se encuentra al amparo, lo siente, es un refugio. Pasa un tiempo antes de darse cuenta de que no hay una sola voz de hombre. Ni un grito. Y aparte de los gatos distraídos sobre el tejado, tampoco hay ningún animal.

Encima del claustro corre un balcón de piedra y, sobre la fachada, en dos pisos, se alinean las minúsculas ventanas con los postigos blancos, idénticos y simétricos. Pero las ventanas guardan silencio. La tarde permanece suave y desierta. De vez en cuando, una hermana pasa por el claustro e inclina el rostro en su dirección, Bakhita ve cómo cada una oculta como puede la impresión que les causa. Así que sonríe tímidamente, con las manos abiertas, en un gesto que indica con fatalismo: «Y sí, soy negra. Muy negra. Es así. Perdón». Ve su incomodidad y el rosa en sus pálidas mejillas. Solo una se atreve a reír un poquito ante ese gesto italiano que proviene de una negra más oscura que el infierno.

Al final de la tarde el aire está seco y el sol es escaso, Bakhita tiene frío, inmóvil sobre el banco, pero no sabe a dónde ir. Sigue esperando, con esa paciencia sumisa, y, de pronto, oye. El cortejo. El rumor. Lo reconoce y se le para el corazón. Se levanta para escuchar mejor y, cuando ve pasar a las niñitas en fila, llevadas por dos hermanas, coge bruscamente a Mimmina en brazos, la pequeña chilla, pero Bakhita la aprieta y la esconde tanto como puede con los brazos, girando su cara contra la suya, la obliga a callarse, casi la asfixia queriendo salvarla. El cortejo pasa, una quincena de chiquillas en delantal gris y zuecos en los pies, sin cadenas, y blancas como las esclavas más caras de África, las circasianas. ¿A dónde las llevan? ¿Por qué las han comprado las hermanas? Esas niñas vienen de otros lugares, lo ve en sus miradas que buscan un soporte, una ayuda. Esas niñas están ahí sin sus familias. ¿Acaso las hermanas las han comprado para liberarlas después, como hacía el cónsul? Ya han pasado. El ruido chasqueante de sus zuecos se aleja. Bakhita vuelve a dejar a Mimmina en el suelo, la pequeña le pega y le dice que es mala y que ya no la quiere.

—¿Ya no me quieres?

—No.

—Yo te sigo queriendo.

—No quiero.

—Imposible. Te sigo queriendo.

Mimmina la mira desde abajo con esos grandes ojos de niña furiosa y golosa. Y ya tranquila, regresa a sus juegos de tierra y piedrecitas, sus juegos de imaginación y fantasía, bajo la dulce y lenta mirada de aquella a la que se esfuerza en no llamar *mamma*.

El día ha transcurrido y lo único que han hecho ha sido estar juntas. Todavía no cenan en el refectorio con las demás jóvenes catecúmenas, cenan en la cocina, donde Bakhita no es capaz de tragar nada. Le dan un plato de sopa y siente tanta vergüenza por estar ahí sentada, sin hacer nada, que las lágrimas le desbordan los ojos por el bochorno, ¿alguien podría explicarle a qué van a destinarla? ¿Creen las hermanas que no vale nada? ¿Que no sabe hacer nada y que no se le puede pedir nada? ¿Dónde están esas hermanas a las que ha visto pasar? ¿Y las niñas? Está muy preocupada, querría entender por qué la cocinera es tan amable y por qué se siente tan sola en ese mundo flotante e incierto.

Por la noche, duerme con Mimmina en una habitación para ellas solas, en el segundo piso, con una ventana que da al muro del edificio de enfrente, al otro lado del canal, y a la parte trasera de la basílica de Santa María della Salute. Los pescadores que pasan con sus barcas bajo la ventana gritan en veneciano, diferente del de los campesinos de Zianigo, pero reconoce en su tono rudo las broncas o los saludos, las voces de los hombres que se vuelven a ver. La noche de noviembre es fría y precoz, las gaviotas cruzan el cielo oscuro como manchas furtivas, y los cuernos de niebla recuerdan la presencia del mar. Con la frente pegada a la ventana y su pequeña Mimmina entre los brazos, Bakhita se siente protegida. Juntas, como suelen hacer, miran la caída de la noche, la primera que ve aparecer la luna o una estrella, gana. Pero aquí, al contrario que en Zianigo, no se ve más que un pequeño pedazo de cielo. Bakhita canturrea y Mimmina le pone la mano en la garganta, le gusta cómo tiembla bajo la palma, se ríe y Bakhita canta aún más grave, pues lo que ella quiere, cada día, es oír la risa de la niña. Su vida está llena de ritos y, desde hace algunos meses, tienen el de las tres oraciones

latinas que recitan arrodilladas al pie de la cama con las manos juntas. A veces están distraídas, a veces, súbitamente aplicadas; Bakhita arrastra a la pequeña, que rara vez quiere llegar hasta el final y dice *Amén* después de las primeras frases. «*Amén, no*», dice Bakhita. «*Amén, sí*», contesta la pequeña. Y Bakhita continúa lo mejor que puede. Esa noche, después de las oraciones, Mimmina se mete en la cama con Bakhita, es la primera noche lejos del hogar y está triste, las sábanas son ásperas, la almohada huele a naftalina, se acurruca contra su nodriza y, para dormirse, le acaricia lentamente con una mano el tatuaje del brazo, como un caminito sobre la arena, y se chupa el pulgar de la otra. Así es como se duerme, en un paisaje familiar, con el olor de su nodriza, su pelo haciéndole cosquillas en el cuello, y nada puede sucederle.

Al alba, una campana despierta a Bakhita. Debe de ser muy pronto, aún no ha salido el sol, pero sigue oyendo los ruidos amortiguados y hasta los movimientos más furtivos. Se levanta con cuidado para no despertar a Mimmina, entreabre la puerta y las ve. Con la cabeza gacha y las manos en el interior de las mangas, las hermanas caminan en la noche a lo largo del pasillo, parece que se deslizan en la fría penumbra, y entonces desaparecen detrás de una gran cortina de terciopelo. Bakhita vuelve a su habitación y se pregunta qué estarán buscando tras esa cortina. No puede dejar de pensar en las niñitas con las blusas grises y los zuecos de madera. Las imágenes de las *zeribas* y de los mercados, de las caravanas y de los harenes surgen como cuchillos, recuerdos que ella creía haber olvidado, y reaparece la angustia, intacta, como si tuviese siete años. La han dejado en esa habitación en mitad de la nada, ¿quién respondería si pidiese socorro? Mira a Mimmina. Su rostro familiar le recuerda quién es: tiene diecinueve años, se llama Bakhita, es la nodriza de esa niña llama Alice Michieli y vive en Zianigo. Se repite esa realidad, pero los recuerdos están acostados al pie de su cama, el pasado es un perro fiel. Un poblado en llamas. Un paquete detrás de un banano. La soledad. Y el miedo, el miedo que crece cada día, como un paisaje desnudo.

Y luego escucha. Es suave y misterioso. Lento y un poco triste. Sale de nuevo al rellano, descalza. Aguza el oído. Es el canto de las hermanas. Una letanía aguda, casi tímida. Esas mujeres se han levantado para cantar en la noche. Las escucha, y su angustia se diluye lentamente con su canto. Relaja el cuerpo y vuelve a respirar con normalidad. El canto de las hermanas es claro y la cortina de terciopelo ligera como una pared de arena y viento. Por encima del claustro se ve ese cuadrado de cielo en las primeras luces del día que pertenecen a los que se echan a la mar, sacan a los animales o trabajan la tierra. A los que hablan poco y trabajan tanto que mueren sin siquiera sorprenderse. Mira al cielo, ¿también es por la mañana en Olgossa? ¿Hay una anciana sentada sobre el tronco del baobab caído esperando la llegada del día, las tareas que tiene que llevar a cabo y todo lo que no regresará jamás?

Las hermanas se dan cuenta muy rápido de que la Moretta recita en latín sin comprender el latín, que no conoce el nombre de Dios ni el del hombre crucificado; que no sabe leer, ni escribir ni contar; y que su lenguaje, formado por hilos sólidos y dispares, demanda, ante todo, ser escuchado. «Es como separar las lentejas o escardar la tierra», dice Madre Agostina, una mujer sencilla y sensata. «Una cuestión de tiempo y atención», responde la madre superiora. Lo que viene a ser lo mismo.

Comenzó la mañana en que madre Teresa se acercó a la Moretta y a Mimmina, arrodilladas al pie de la cama recitando un incomprensible *Pater Noster* interrumpido por los *Amén, sí* intempestivos de la pequeña y los *Amén, no* de su nodriza. Era la oración más extraña que hubiese oído nunca, más que una ofensa, era un revoltijo, la ignorancia llevada hasta la blasfemia. La hermana se aproximó con delicadeza a la Moretta y le explicó:

—*Pater*. ¿Entiendes? *Pater*. Repite. Con suavidad.

—*Paternosterqui*.

—No. Solamente *Pater*. Significa *Padre*. El Padre. Repite.

—*Padre*.

—Muy bien. El Padre. Le hablas al Padre.

—¿Yo?

—Sí. Todas las mañanas y todas las noches, Bakhita, le hablas al Padre.

—¿AI Padre?

—Sí. El que está *in caelis*. *In cielo*. ¡En el cielo!

—¿En el cielo?

—¡Eso es! ¡En el cielo y en la tierra!

—Latierra… Sí…

—¿Lo entiendes, Bakhita? Tu Padre está en el cielo y en la tierra. Y el tuyo también, Mimmina, tu Padre está en el cielo y en la tierra.

—¡No! ¡Está en Suakin!

—No. Está en el cielo y en la tierra. Y el mío, también. Y el de tu madre, también. Y el de Bakhita, también. Y el de la madre…

—¡Amén, sííííí! —interrumpe Mimmina.

Sigue un silencio arrepentido. Así como una profunda sensación de impotencia. Madre Teresa decide salir, muy decepcionada. Ha fracasado. Entonces, de pronto, se vuelve en el umbral, su vestido hace el ruido de un pájaro que echa a volar y, con una voz que querría que sonase menos desesperada, grita:

—*Dio! Dio! ¡Dios!*

Aguarda una reacción que no llega. *Dio* es una palabra que Bakhita conoce, en Italia la dicen en todas las frases, como *Alá* en África. Debe de ser la traducción. Y para consolar a esta hermana que parece sufrir tanto, le dice con una voz grave que pretende ser tranquilizadora:

—*Allahu akbar*.

La madre superiora le pide a Madre Marietta Fabretti que se ocupe personalmente de la Moretta. Esta hermana de cincuenta y cuatro años, asistente superior de los catecúmenos, es una mujer de naturaleza alegre y está dotada de una gran paciencia. La primera cosa que hace es no hacer ninguna pregunta. No obligar a recitar o a aprender. Comienza por el comienzo. Detrás de la cortina de

terciopelo negro. Detrás de la puerta. En la capilla adyacente al instituto.

Es una pequeña capilla románica de altos muros de ladrillo ocre y nave oscura, iluminada por candelabros clavados a las paredes. Hay incensarios de latón suspendidos en los extremos de las largas cadenas, pálidas flores en los altares laterales y, detrás del altar principal, un cuadro representa a Cristo en el monte de los Olivos. Al fondo del lateral izquierdo, cerca de la entrada de madera que da a la placita, un nicho guarda las pilas bautismales con austera simplicidad. Un olor a incienso y flores secas inunda el Irlo aire, que no llama la atención al principio; lo que llama la atención es el silencio. Un verdadero silencio. El que oculta todo sonido externo, un silencio envolvente, que da la bienvenida. Mimmina se agarra a las rodillas de Bakhita. El banco está situado trente al crucifijo de madera oscura; aquel al que Bakhita sigue llamando *el esclavo* tiene los ojos cerrados, y la sangre fluye de su corazón traspasado.

—Está muerto —dice Bakhita.

Madre Fabretti no contesta. Deja que mire el cuerpo estirado, las manos atravesadas por los clavos, el rostro devastado.

—Lo conozco.

—¿Lo conoces?

Bakhita saca de su bolsillo el crucifijo que escondió cuando Parona Michieli preparó sus pertenencias.

—Sí. Es él. Se llama Jesús. ¿Entiendes? Jesucristo. Es él.

—Es un nombre bonito.

—Si tú lo dices… Ahora, salgamos. ¿Está bien tapada Mimmina?

Madre Fabretti abre la puerta de madera y las acoge la luz del final de la tarde, frágil y sobria. Mimmina suelta la mano de Bakhita para correr por la plaza. Caminan en silencio hasta el Gran Canal, el aire del mar mezclado con el viento transporta algo indómito, como una violencia contenida, detrás de la belleza inmediata.

—Jesús murió hace mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo… —dice Madre Fabretti tomando el brazo de Bakhita.

Bakhita retrocede en un principio y luego la acepta, incómoda, como el día en que Stefano le ofreció su brazo para recorrer Zianigo.

—¿Está muy lejos?

—Muy lejos, sí. Jesús está muy lejos.

—El ancestro…

—Por qué no. El ancestro. Su padre es el Padre del *Pater Noster*. Se llama Dios. Y no *Alá*, *Alá* no.

—No.

—Dios.

—Sí.

Es la primera vez que Bakhita no se fija en las miradas asustadas que suscita, la primera vez que camina agarrada del brazo de una mujer, con la cría corriendo por delante asustando a las palomas y las gaviotas. Algo le resulta familiar en ese muelle al borde del Gran Canal, una intimidad apacible muy en armonía con la noche que llega. Un poco inquieta todavía, pero empezando a confiar, Bakhita dice:

—Yo soy esclava.

—Lo sé.

—Las niñitas, ¿son esclavas?

—No. Las niñitas no son esclavas. Las niñitas están solas en el mundo. ¿Lo entiendes?

—Mucho.

El frío llega de golpe con nubes azules que recubren el horizonte y se mezclan con el canal. Mimmina, asustada por un perro, se abalanza sobre Bakhita, que la coge en brazos. La pequeña pesa bastante y Bakhita cojea un poco ahora, cuando la lleva encima. Enfrente de ellas, la blancura de la isla de San Giorgio Maggiore se desvanece lentamente en la noche, y las hogueras de los pescadores se encienden sobre la laguna. En cuanto algo desaparece, surge otra cosa diferente.

—Es hermoso —dice Bakhita.

Madre Fabretti está sorprendida. No sabía que la belleza pudiese emocionar a esa alma simple.

—¡La luna! ¡La luna! ¡Yo la he visto primero, Bakhita! ¡He ganado!

Mimmina señala una luna incierta, presa en la fría bruma.

—Tú no ves nada esta noche.

—¿Eso crees?

—¡Estoy segura!

Y Mimmina le cubre los ojos con la mano para jugar al juego del ciego que se han inventado. Pero Bakhita deja de nuevo a la niña en el suelo. Ya no tiene ganas de jugar. Ha hablado demasiado. Madre Fabretti coge a Mimmina de la mano y se aleja con ella. El rostro oscuro de la Moretta se une a la noche e irrumpe el resplandor de su mirada.

Durante un año, Bakhita va a aprender un nuevo idioma, nuevos ritos, nuevas historias, oraciones, palabras y cantos, va a esforzarse por adaptarse a las mujeres con las que vive, que hablan a Dios y a Jesús como si se dirigiesen a sus padres, padres que nunca habrían abandonado, eternos y que están en todas partes. Lo que la desconcierta es «en todas partes». Madre Fabretti le dice que Dios la ve y la oye, todo el tiempo. Del primer al último día, Él está ahí. Siente vergüenza. Rememora las escenas más violentas de su secuestro. ¿Él vio eso? ¿Él estaba *allí* la primera noche con los secuestradores y las otras noches en el encierro y el martirio, los días en el desierto, en las torturas y las humillaciones, y con Samir, los amos y los hijos de los amos, Él estaba *allí*?

—Sí, Bakhita. Él estaba allí.

—Vergüenza… Madre… Vergüenza.

—Él estaba allí para no dejarte sola nunca.

Para ella es una violencia muy grande. Un combate entre el deseo de vivir y el de dejarlo todo. No entiende las palabras que Madre Fabretti le repite sin cesar: «Él te ama». Y piensa que Madre Fabretti se equivoca, Él no lo ve todo. No está ahí todo el tiempo. Y Él no sabe. Ella es una esclava, y nadie, ningún amo, ni siquiera el mejor, nadie, jamás, ama a sus esclavos. Se dice que un día la Madre, de algún modo, se enterará de qué es la esclavitud y ese día la castigará por haberle ocultado lo monstruosa que fue su existencia. Una vida inferior a la de un animal. Una vida que se roba, una vida que se compra y cambia, una vida que se abandona en el desierto, una vida sin saber siquiera cómo se llama. La angustia la atrapa en cualquier lugar, en cualquier momento, en las cocinas

donde aprende a guisar, en las clases de alfabetización o de catequesis, y se marcha sin pedir permiso, sin llevar a Mimmina consigo. No saben en qué piensa, está sumergida en su tarea y, de repente, ya no está. Saben hacia dónde corre. Siempre es lo mismo, corre como una loca al encuentro de Madre Fabretti, siempre disponible para ella, paciente, calmada, y preocupada también por el cariz que toma el asunto. Esa alma simple es demasiado sensible, el impacto de la revelación la ha conmocionado, y más de una vez piensa en pedirle a la madre superiora que haga venir a un médico. Las visitas de Stefano y su familia le hacen mucho bien a la Moreda, pero el alivio nunca dura demasiado. Se levanta por la noche, acosada por pesadillas; por el día tiene momentos de exaltación, y luego llora sin razón, se la encuentran arrodillada al pie de la cruz, pidiendo perdón, prosternada a la oriental, y es imposible quitarle esa costumbre, ni la de llamar a Dios *El Paron*. *El Patrón*.

Sin embargo, Bakhita lo ha entendido bien: Jesús es el Hijo de Dios, que creó la noche que ella mira cada día, con las estrellas y la luna; que creó la tierra, con todas sus bondades; que creó a los hombres y a los animales. Los ríos y los arroyos. Ella sabe desde siempre que el universo está vivo y que hay que darle gracias. Siempre lo ha hecho. Sabe que los vivos y los muertos permanecen juntos. Siempre ha respetado a sus ancestros. Dios es el amo del universo y de todos los hombres. Ha entendido más de lo que creen. Pero siente vergüenza. Vergüenza de sí misma. Vergüenza de su espíritu. Y vergüenza de su sufrimiento. Le hablan del bautismo. Le dicen que, al ser bautizada, pasará a ser la hija del *Paron*. Ese amor que espera desde hace tanto tiempo (le dicen «trece años, fuiste secuestrada hace trece años», de acuerdo), ese amor. Muy cercano. Le dicen que si recibe el bautismo todos la querrán. Sin importar lo que haga ni lo que le hagan. ¿Es eso posible? A veces, la alegría la desborda, desearía cantar y dar gracias. Dejar de ser esa negra que molesta diez veces al día a la que simplemente llama «Madre», y que una noche le pide que la siga hasta la pequeña capilla en la que enciende un cirio y, muy lentamente, separando las palabras, abre el

libro y lee con voz suave:

—«Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos los que sufren, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

Y luego deja vivir el silencio. Cierra el libro y espera. Bakhita aparta la mirada, Madre Fabretti la coge del mentón y la fuerza u mirarla.

—Me da igual que llores, querida. Mírame. ¿Has comprendido las Bienaventuranzas?

—Sí, Madre. Pero ¿es verdad?

Madre Fabretti le daría con gusto un mamporro en la cabeza con el evangelio si no fuese un libro sagrado. Esta Bakhita es cabezota, ella misma es su prisión. Separando los brazos, dice:

—Pues claro que es verdad. Y lo sabes, ¿no? Dime que lo sabes.

—Sí, lo sé.

—*Ecco!*

El bautizo está previsto para el mes de enero. Pero dos días después, el 15 de noviembre, llega un telegrama de Suakin que anuncia la llegada inminente de María Turina Michieli.

Mimmina va a cumplir cuatro años y ya hace casi uno que no ha visto a su madre. Llama a Bakhita *mamma* sin reparos y con ella aprende a contar con el ábaco, a leer con los abecedarios y las vidas de los santos. Santa Blandina, esclava romana a la que se la comieron los leones; san Marcos, que murió cerca de Suakin, en Egipto, con los miembros destrozados y el cuerpo quemado y fue transportado a Venecia; y santa Adelaida, la más bella, esposa del rey de Italia, una emperatriz que amaba a los pobres y que jugaba a ser pobre como otras jugarían a ser princesas. Es un universo de mujeres, preservado, ritualizado, reconfortante. Mimmina tiene una amiga, la pequeña Giulia Della Fonte, que vive enfrente del instituto, y con ella juega todas las tardes en la placita, y Bakhita las

vigila. Para ella, el mundo no es ni Italia, ni África. El mundo es Bakhita. Vive en un presente eterno en el que nada la amenaza. Le anuncian que va a venir su madre, y se alegra sin saber realmente por qué, es una alegría que ni espera ni anticipa nada.

Una tarde en que la lluvia cae sobre la Virgen con los brazos abiertos, en lo alto de la cúpula de la basílica, Bakhita y Mimmina miran a la noche mezclándose con la lluvia. Bakhita arrulla a la pequeña al ritmo de una melodía monótona. Pronto se habrá terminado. El mundo del instituto. La Italia de Stefano y de Madre Fabretti. La Italia de la infancia tranquila de Mimmina y de su encuentro con Dios, aquel de la que casi ha sido hija, pero, en el fondo, ella sabía que no podía ser. Que ese bautismo no llegaría. No es justo, *abdá*, nunca lo ha sido, pero es así. Le cuesta imaginar que, a la edad de Mimmina, todavía vivía en su poblado. Igual de feliz y protegida, una dicha que se ignora. Y, muy a lo lejos, vuelve a ver a su padre, una voz, una silueta, el cuello sobre el que reposa la cabeza y, frente a ella, esa otra sí-misma, su gemela. No es a ellos a quienes va a volver a ver en África. Ellos siempre estarán del otro lado de la isla. Ella se quedará en el bar del hotel, al servicio de hombres de todos los países y religiones, reunidos por el alcohol y el vicio, y pasará los días sirviéndolos y diciéndoles que no. Intentando preservar a Mimmina… «Es imposible». Es lo que se dice. «Es imposible». No sabe por qué, pero es imposible. Mira a la Virgen en lo alto de la cúpula, dicen que salvó a Venecia de la peste. Apoya la frente contra el cristal y recita el *Ave Maña* en voz baja, sus palabras empañan la ventana y se diría que también llueve en el interior.

María Michieli llega al instituto al día siguiente. Se reencuentra con Mimmina y Bakhita en el locutorio, en presencia de la madre superiora y de Madre Fabretti. Mimmina se alegra de volver a ver a su madre, que la encuentra tan guapa, se maravilla de sus progresos, ahora habla bien, y se abrazan, se cubren de besos, es un cuadro encantador que llena de alegría a las hermanas, les supone un cambio con respecto a las huérfanas y a las muchachas extraviadas. Esta escena familiar es una suerte de recreación afortunada, y María,

que se había marchado derrotada dejando a la niña con la nodriza, recupera sus derechos. Bakhita se mantiene un poco apartada, como una buena criada. Poco después, su ama se acerca a ella y le toma las manos.

—Has cuidado muy bien de Mimmina. ¡Y ustedes también, hermanas! ¡Tu país, Moretta, es espléndido! ¡Es verdad! Esa islita, redonda… ¿Saben, hermanas? Una perla posada sobre el mar…

¡Dueño! Moretta, tengo que decirte algo. Hemos hecho grandes reparaciones en el hotel, el bar será todo tuyo, y recibirás, por primera vez en tu vida, recibirás un pequeño salario. Nada me obliga, lo sé, pero quiero hacerlo.

Bakhita retrocede un poco. En el oscuro y triste locutorio solo se oye a la pequeña Alice jugando con su muñeca, como si viviese en otro mundo, ligero y personal. Y, de repente, la voz grave de Bakhita:

—No.

Es como una intrusión, algo en la estancia que no debería estar ahí, una palabra fuera de lugar. Madre Fabretti se da cuenta de que Bakhita cierra el puño, y en su puño, adivina el crucifijo.

—¿Perdón?

—No.

El tiempo se queda suspendido por un momento, y María intenta atraparlo agitando la mano frente a su cara.

—Pues bueno, no o sí, me da igual, vuelvo a buscaros en cinco días.

Se acerca a su hija para decirle adiós, explicarle que va a volver pronto, pero vuelve a resonar en el locutorio:

—No.

Es peor que un puñal en la espalda. Una afrenta pública. Sin siquiera darse la vuelta, María grita, con una voz un poco demasiado aguda:

—¡Ve a hacer las maletas!

Mimmina estalla en sollozos. Bakhita no se mueve. Le tiemblan los labios y en su mirada se ve el miedo y, al mismo tiempo, una firmeza inquietante. María coge a su hija en brazos, la mantiene en

alto, con la cara pegada a la suya, y la sacude para consolarla.

—Moretta, me vas a obedecer, ¡y ahora mismo!

—Imposible.

—¿Qué?

—Imposible, *Parona*.

—¿Y por qué?

La cara de Bakhita se sacude con un pequeño espasmo, le tiembla la mejilla e inspira profundamente antes de decir:

—No salgo. Me quedo.

María estaría sorprendida si no estuviese tan violentamente, tan profundamente enfadada.

—¿Pero estás loca o qué? ¿Te ha vuelto chiflada el aire de Venecia? ¿Tú te acuerdas de que eres mi esclava y yo tu ama? ¿Te suena de algo?

A pesar de ella, estalla su vulgaridad, hubiera querido algo distinto, más aplomo y autoridad, pero no sabe cómo hacerlo. Tiene ganas de abofetear a esa chica, y entiende a los que azotan a sus esclavos, a los que los queman, a los que los matan.

—Tú eres mía. Me fuiste regalada. ¿Dónde se ha visto a una esclava diciéndole no a su ama? Y es así: ¡me marcho a Suakin y tú vienes detrás! En la vida no siempre se hace lo que se quiere, ¿verdad, Madre Fabretti? ¡Hale, largo de aquí! Ve a hacer las maletas.

—Imposible…

Madre Fabretti se acerca a Bakhita, se sienta en el sofá junto a ella, intenta razonar con ella, debe obedecer a su ama y partir con ella, es lo que habían acordado, y no se puede desobedecer al ama. Bakhita murmura:

—Allí yo no soy su hija.

—¿De Dios, quieres decir? ¿La hija de Dios?

—Sí.

—No te preocupes por el bautizo, no te preocupes, querida, vamos a adelantar la fecha. Por supuesto que serás la hija de Dios, ¡te lo prometo!

—No. ¡Imposible! ¡Allí yo no soy su hija! ¡Imposible!

—En todas partes se es la hija de Dios, acuérdate, ya te lo he explicado. ¡Él está en todas partes! En África, en Italia, ¡en todas partes!

—Madre… *Aiuto*… Auxilio…

Los sollozos de Bakhita resuenan en la habitación y, de pronto, todo cambia. No se trata de desobediencia o capricho. Se trata de algo grave que ninguna de las hermanas entiende. Mimmina chilla y llama a Bakhita «*Mamma! Mamma!*». La madre superiora hace un gesto a la *Signora* Michieli para que salga un instante. Madre Fabretti le pide a Bakhita que diga todo lo que desea decirles. No debe tener miedo, debe decir qué sucede. Están dispuestas a descubrir un mundo.

Pero nunca sabrán lo que la Moretta les confió. Pues nunca habló tan rápido ni con tantas palabras árabes y turcas, dialectos africanos, gestos, súplicas y lágrimas, es como ver venir una avalancha y no poder protegerse de ella, y escuchan, en medio del estupor y la revelación, todo lo que esa joven conoce sobre palabras extrañas y dolores profundos. No saben que es la primera vez que lo cuenta. Los hombres de Suakin. Los desconocidos a los que sirve y los demás, a los que tiene miedo de volver a ver, los torturadores, que son a veces antiguos esclavos, los que preguntan a Augusto Michieli si está en venta y a los que él responde *Todavía no*. Sujeta a Mimmina como un escudo. Y los críos, niñas o niños, que los hombres piden para sus habitaciones. Y su hermana, Kishmet, a la que tiene miedo de reconocer en cada prostituta. Dice que ella es joven y que es vieja, dice que tiene veinte años y que ya le ha sucedido todo. Dice que ha visto al diablo y que ahora quiere ver a Dios. Pero no Suakin, no se puede ver a Dios en Suakin, no se puede ser hijo de Dios en Suakin. Habla del hombre que gritaba todas las noches en el hotel, un solo grito, una sola vez, pero todas las noches, y ella no quiere volver a tener miedo. Es una niña robada, la niña en los mercados, siempre ha obedecido a todo, repite *a todo*, y cada día ha dado las gracias a sus amos por concederle la vida. Ha obedecido a monstruos y ahora quiere obedecer a Dios. *Abdá*, no es culpa suya y no es justo. No. Repite que no. Es la

primera vez. No. No tiene más que esa palabra. No.

Habla con su *mezcla* más confusa que nunca y, cuando acaba, se detiene agotada, dispuesta a rendirse, o a morir. Oye:

—Voy a defenderte.

Sabe que es verdad. Pues la madre superiora nunca la ha engañado. Madre Fabretti le toma la mano y se quedan así, con la que ha vivido algo que ellas nunca serán capaces de imaginar y que, por caminos incomprensibles, ha llegado a su hogar con su miedo y su fuerza, su juventud y su pasado. El Señor nunca les ha dado una señal más visible y más desgarradora de Su presencia. Están impresionadas y secretamente excitadas. Muy lejos de imaginar hasta dónde las llevará la defensa de la Moretta.

Tres días seguidos, María Michieli viene al instituto y pide ver a la Moretta en el locutorio. Así como, por supuesto, a su hija, pieza clave de su estrategia. Viene sola; luego, acompañada de una princesa rusa; y, al fin, de un primo, oficial en el ejército. Se está batiendo, como ella misma explica, «con el sostén de personas de alto nivel», que la han aconsejado atacar a las hermanas del instituto que se exceden en sus derechos. También le escribe al presidente de la Congregación de la Caridad para denunciarlas. Sacará a su esclava de ese instituto o hará que lo cierren. Como en toda pugna, las personas a las que pide ayuda, lejos de intentar que entre en razón, atizan las brasas y la empujan a una batalla que no habría librado sin ellos. Pero ante tantos amigos apasionados por el asunto y curiosos por ver cómo va a salir del apuro, ella siente la obligación de pasar a la ofensiva, ya no es su esclava lo que quiere recuperar, es la dignidad perdida, y todo está permitido, y todo pasa por la niña. Le explica a Mimmina que Bakhita va a abandonarla, y delante de la pequeña, le suplica a la Moretta con unas lágrimas de rabia que parecen de la desesperación más pura. Alza a la niña y aúlla:

—¡Amala! ¡Te lo suplico! Sabes que ella muere sin ti, ¿por qué haces esto?

La niña está sumida en una angustia abismal, y Bakhita pasa de ser esclava a verdugo, de nodriza a infanticida. Querría decirle que

Mimmina le ha dado mucha fuerza, que le ha dado ternura y confianza, que Mimmina va a vivir, también sin ella, que ha crecido, que ahora ya no se pondrá enferma. Pero no dice nada. Se calla y aprieta con tanta fuerza el crucifijo en la mano que la palma le sangra. Por la noche, cuando está de nuevo en la habitación con la pequeña, están agotadas, aturdidas por el dolor y la incomprensión. Mimmina le dice que no quiere morir. Bakhita le jura que no va a morir. «¿Nunca?». Bakhita duda… «Nunca». La pequeña le dice que, a partir de ahora, va a portarse bien siempre, que no tendrá más rabietas y que comerá todo lo que no le gusta, que jugará con los niños pobres que le dan miedo y ayudará a las hermanas a fregar los platos, y le pide perdón llorando:

—*Asfa, mamma Asfa!*

—¿Conoces esa palabra?

—*Asfa!* ¡Tú lo dices! Por la noche lo dices.

Bakhita mira a esa niña que la olvidará, pero que no olvidará el furor de esos funestos días.

—Quiero que me sigas queriendo.

—Te sigo queriendo, Mimmina.

—Tú eres muy negra.

—Sí.

—Como el diablo.

Bakhita no creía que fuese a suceder tan rápido. ¿Hace cuántos días que volvió María Michieli? ¿Una pequeña ama siempre acaba queriendo como un amo? Y lloran las dos, porque no hay nada más que hacer que dejar fluir ese dolor inhumano, esa separación que señala el Anal de su vida juntas, sus juegos, sus ritos, sus cantos, su lenguaje propio, sus deseos al atardecer, todo lo que abandonan al abandonarse. Las dos se han dado mutuamente la vida, el bebé al que dio aquel masaje Bakhita y al que aspiraba los mocos, la esclava que Mimmina reclamaba en el barco, pero ya no se volverán a ver. El dolor no desaparecerá, lo reavivarán otros dolores y también otras alegrías, que les recordarán lo que se dieron, la dicha, ese estallido ardiente, súbitamente reemplazado por la soledad.

—*Asfa*… Mimmina… *Asfa*, mi amor…

Es la primera vez que Bakhita puede elegir y, sea cual sea el precio, decide permanecer en Italia. Quiere ser bautizada y convertirse en la hija de un padre que no la abandonará jamás.

Solo le han dicho que habría gente, mucha gente en el locutorio. Va a haber hombres importantes que la van a escuchar, y también a la *Signora* Michieli, antes de decidir si se queda en el instituto o si debe ir con su ama. No han pronunciado la palabra «proceso». Pero eso es lo que es. Madre Fabretti la obliga a repetir una frase corta, fácil de memorizar y que expresa su voluntad:

—«Amo a la *signora*, amo a Mimmina y amo a Dios. Escojo a Dios». ¿Estás de acuerdo? Los hombres que van a venir… muy amables, ya verás que son muy amables, no hablan árabe, ni los dialectos de Sudán, querida. ¿Lo sabes?

—Sí. A ellos, ¿los obedezco?

—Lo has entendido, a ellos los obedeces. Pero la *Signora* Michieli también. A ellos los obedece.

—Esos hombres… ¿Los conozco?

—No.

—Ah… Y tú, ¿tú hablas?

—No. Yo, rezo. Rezo con mucha fuerza por ti. Pero estaré ahí, a tu lado.

—¿Siempre?

—Mientras estén esos hombres, todo el tiempo.

—¿Cuándo?

—Mañana, en el locutorio.

Madre Fabretti la protege de los rumores de Venecia, donde la noticia del proceso de la esclava que vive con las canosianas está en boca de todos, tanto en los tugurios como en los salones, tanto en los conventos como en las calles; hay quienes exigen la liberación inmediata de esa africana martirizada por una patrona tiránica y

quienes, menos numerosos, hablan de una nodriza inhumana dispuesta a dejar morir sin remordimientos a una niña pequeña. No la deja salir del convento, nada de paseos por la noche al borde de la laguna, ni tardes vigilando los juegos de Mimmina y Giulia, ni ir de compras al mercado con la hermana cocinera, incluso prohíbe las visitas al resto de jóvenes catecúmenas desde que la *portinaia* le explicó que la mayoría vienen solo para intentar atisbar a la Morería y luego contarlo por toda Venecia. Dicen que la pequeña está agonizando, hablan de hechiceros, de planes de fuga, una mujer asegura haber visto a la Morería por la noche en Venecia agitando sus grandes brazos negros en el aire mientras pronunciaba fórmulas mágicas ante la estatua de la Virgen. Se burlan de ella. Pero un poco la creen.

La madre superiora mantiene su promesa: la defiende. Se dirige a la autoridad de la Obra Piadosa, que remite la situación al patriarca de Venecia, el cardenal Agostini, que la remite al procurador del rey. Este la informa de que la *Signora* Michieli retiene a la Morería como esclava y que, según las leyes africanas, nadie la puede obligar a liberarla. Al día siguiente, le envían la respuesta: «Eminencia, por la gracia de Dios, la ley inhumana de la esclavitud no existe en Italia. El esclavo que pone un pie en suelo italiano rompe sus cadenas». La madre superiora y Madre Fabretti se reúnen con el presidente de la Congregación de la Caridad, entrevistas a las que asiste su prior. También a ellos, como a los simples curas y al obispo, como a las gentes del pueblo y a los burgueses, como a los hombres de ley y sus subalternos, el asunto les apasiona.

Las campanas no han repicado. Es lo primero que intriga a los habitantes del barrio de Dorsoduro esa mañana cuando la góndola blanca adornada de rojo y oro del cardenal patriarca atraca en los bordes del Gran Canal. Nadie diría que se está produciendo algo extraordinario. Las campanas no han repicado, no hay, por lo tanto, ninguna celebración o ceremonia oficial. El prelado atraviesa el

Campo seguido por una multitud que va en aumento, las mujeres del pueblo y los burgueses se prosternan ante él, intentan acercarse para besar su anillo de oro, él los bendice mientras camina, su secretario, excitado y febril, da saltitos mientras lo sigue, pero muy pronto el pueblo no sabe en qué dirección ir, ¡pues he aquí que anuncian la llegada del mismísimo procurador del rey! Un miedo lleno de admiración recorre el barrio, se repite el nombre de la Moretta en las callejuelas y en los puentes, en las plazas y los palacios, en las tiendas de los artesanos, los almacenes; se asocia el nombre de la esclava a las más altas figuras de Italia, la Iglesia y el rey, ¿así es de poderosa esa negra que ha encontrado a Dios? Se encienden los cirios en la basílica y también en las más humildes capillas, al pie de las estatuas, en los oratorios, y Venecia se ilumina en pleno día y reza en las horas de labor.

A Bakhita le ordenan quedarse en la capilla y no salir hasta que no venga a buscarla Madre Fabretti. Ya le han quitado a Mimmina. Ignora que es para siempre. Se protege de ese desgarro. Se instalan detrás de la puerta de la capilla los poderosos, que van a decidir si se queda o se marcha. Sabe que la frase «Amo a la *signora*, amo a Mimmina y amo a Dios. Escojo a Dios» deberá decírsela a ellos. Sobre todo, nada de palabras africanas ni grandes gestos y cuidado con esa voz tan grave, y hay que mantener la calma *siempre*, Madre Fabretti se lo ha repetido varias veces, mantener la calma *siempre*. No mirar a Mimmina. No intentar consolarla si llora. Dejarla con su madre *siempre*.

El locutorio adquiere el aspecto de un tribunal. Su excelencia el cardenal patriarca está sentado en el sofá sobre el que el crucifijo expone una desnudez que contrasta con sus ropas de terciopelo rojo, y su secretario, junto a él, ha instalado un atril y un gran cuaderno. También se encuentran el procurador del rey, los magistrados, el presidente y los miembros de la Congregación de la Caridad, los juristas, los nobles, la *Signora* Michieli y sus aliados, la madre superiora, Madre Fabretti, algunas hermanas; y sobre las rodillas de

María Michieli, Mimmina, que odia el locutorio. Bakhita no está allí, su madre le pide que deje de gesticular, pero ella la busca, en cuanto alguien entra, cree que es Bakhita, tiene ganas de hacer pipí. «Ya te he llevado tres veces. Para». Sí, ya la ha llevado tres veces, pero no ha visto a Bakhita, ¿dónde está, entonces? Su madre la besa y le susurra que se calle y que le dará un regalo si se porta bien, y que mire qué bonitas son las grandes cruces que hay encima de esos señores tan amables, pero que serán muy malos si se vuelve a levantar para ir a hacer pipí, ¿entendido?

Cuando el cardenal patriarca toma la palabra, empieza a entender realmente lo que sucede. Reconoce las palabras, desde que volvió su madre son siempre las mismas: Moretta, esclavitud, Mimmina, morir, palabras que hablan de ella. Dura mucho y no le interesa, pero su madre se tensa, la sujeta fuerte y Mimmina se preocupa, quiere irse. Normalmente, no la dejan estar nunca con los mayores, ni siquiera en los banquetes, una niñita nunca tiene derecho a estar con todos esos mayores, ¿y por qué Bakhita no está allí también? Mira a los hombres vestidos de rojo, de violeta, de oro, de pieles, con gabanes, capas, sotanas, sombreros, tricornios, bonetes, resplandores de terciopelo y seda en el locutorio recalentado, en el que se han equivocado al encender un gran fuego, su madre habla muy fuerte, con lágrimas en la voz, y dice que la Moretta es su hija, que la quiere como a una hija, son una familia, le dio una habitación, ropa, sombreros y pendientes de oro, y, sobre todo, le confió a su hija. Mimmina no quiere seguir oyendo a su madre decirle a todo el mundo que va a morir, y llorar después, porque, a pesar de que Bakhita le ha prometido que no moriría, la hace llorar de todas maneras. La trágica historia que cuenta su madre la destroza una vez más, llama a Bakhita, y su madre, en lugar de ir a buscar a su nodriza, la señala a los hombres disfrazados y a todas esas personas que tuercen el cuello para ver mejor, y grita: «¡Vean! ¡Vean el resultado! ¡Ya está llorando!». María se vuelve a sentar, pone a Mimmina sobre sus rodillas, y toman la palabra sus amigos, el oficial, la princesa, y dicen lo mismo: Moretta, esclavitud,

Mimmina, morir, y la pequeña acaba confundiéndolo todo, ¿está mala Bakhita, va a morirse, dónde está? Parece muy grave. Esa gente hace grandes gestos. Esa gente es fea y vieja. ¿Dónde está su *mamma* a la que no debe llamar *mamma*? ¿Dónde está, entonces? Y su llanto se transforma en una fina letanía en la estancia abarrotada.

—Escuchemos a la interesada —dice el patriarca.

Y es como si no se lo esperasen, como si los discursos de unos y otros hubiesen hecho olvidar a «la interesada». Se recolocan, se empujan, carraspean, como en la ópera antes de que empiece el espectáculo. Hace mucho calor. Asfixiante. Va a empezar. Va a llegar la negra que no sabe hablar (los han avisado). Se dice que está en la capilla, rezando, reza sin parar al Señor nuestro Dios. Se dice que es muy negra, que hay que ocultar la sorpresa y tener mucha paciencia.

Madre Fabretti entra en la pequeña capilla en la que está sentada Bakhita con el rostro apoyado en una mano y el crucifijo en la otra, como una mano dentro de su mano. Bakhita la ve y comprende. Viene a buscarla. Va a llevarla con los hombres ricos a los que va a decir, lentamente, la frase que ha aprendido. Por el gesto grave y la sonrisa triste pero alentadora de la Madre, sabe que va a ser tan difícil como lo presiente. Se le hincha el corazón en el pecho, le tiemblan las manos y, cuando se levanta, la pierna derecha se le agarrota. Con sus andares indecisos, su agitación y su determinación, entra en el locutorio que ya no parece el locutorio. Hay tanta gente… Es un mercado. Una plaza pública bajo la niebla provocada por el calor. Oye a Mimmina sin verla. «¡Bakhita!». Es lo único que reconoce, la llamada de la niña. Ni siquiera reconoce a las hermanas entre el gentío. Son más grandes, más numerosas, quietas como estatuas. Los demás, lo nota, tienen todos calor y sed. También tienen miedo. Sabe enseguida dónde se encuentran los más poderosos, los reconoce de inmediato, sentados en el sofá. Y todo alrededor, la brutalidad, la curiosidad que sienten hacia ella. Los oye susurrar y nota cómo la evalúan con la mirada. Madre Fabretti la lleva ante el patriarca y el procurador del rey, luego se

aleja caminando hacia atrás y la deja sola. El cardenal sonríe y se dirige a todo el mundo mirando a la esclava:

—¡Ah! ¡He aquí nuestra Moretta!

Con aspecto alegre, prosigue:

—¡Dios nos ha dado a todos el libre albedrío! Sea cual sea nuestra raza o nuestra religión.

Se ve que ese hombre va a hablar largo y tendido. No parece cruel. Parece feliz, un poco cansado, ha comido demasiado y duerme mal. También tiene calor, y su voz es como un eco, les habla a todos y a nadie. Se habla a sí mismo. Bakhita aguarda el momento para decir su frase, pero el cardenal perora. Mucho. Habla de amor absoluto y de un futuro incierto, qué será de ella cuando salga del instituto, es consciente de los peligros que acechan a las jóvenes en esta Italia en la que es extranjera, ¿no sería mejor, una vez bautizada, que siga hacia su hermosa África los pasos de la *Signora* Michieli, que promete cuidarla siempre, pues es una presa fácil e inerme, humilde entre las humildes, pobre entre las pobres…? Bakhita no comprende una sola palabra. Cuando termina, se gira y busca con la mirada a Madre Fabretti, que se abre paso entre la gente para reunirse con ella, le susurra al oído, intenta traducir de manera breve, pero, sobre todo, le dice que es ahora cuando debe decir su frase, ¿se acuerda?

—Amo a…

Madre Fabretti se toca la garganta, menos grave la voz, más suave.

—Amo a…

Y, de pronto, no puede más. A su alrededor todos arden en deseos de saber. Le cuesta respirar en medio de la impaciencia, desearía huir y esconderse, pero no lo hace, es dulce y amable, y ellos esperan, con paciencia, con poder. ¿Entonces? Debe decir su amor. En una frase. Todo lo que vive en su interior. Una sola frase. Ahora.

—Amo a…

¿Quién puede comprender eso? Va a hacerle daño a la única persona a la que ama:

—Mimmina…

Esa verdad no es suficiente. Hay que profundizar más. Hay que seguir. Un poco más y todo habrá acabado.

—Y escojo a Dios.

Se derrumba, cae sobre el oscuro parqué, hecha un ovillo, y escucha la estridencia del grito inhumano, el grito animal que anuncia la muerte y no sirve de nada: «*Marrana! Mamma! Aiuto! Mamma!*». El locutorio estalla en llamas y ella no salva a Mimmina, la deja sola en mitad del fuego y la devastación, no le responde, no le responderá nunca. «Nunca». Es la única verdad. «Nunca más». Golpea el suelo con la frente, evacúan la sala, se llevan a la niña aullando, se la llevan lejos de esa negra a la que María Michieli grita «¡Ingrata! ¡Ingrata!», como una maldición.

Bakhita ya no oye nada. Ni el amor ni el odio. Ni el adiós, ni la sentencia, esa frase que lleva esperando trece años: «Yo declaro libre a la Moretta», no la oye.

El procurador del rey la ha pronunciado con una emoción que no se esperaba. Está un poco decepcionado de que ella no se lo agradezca, que no le bese las manos, que no se prosterne a sus pies. Cree que llora de alegría. Bakhita está devastada. Nunca se recuperará del todo. Ha abandonado a su hija pequeña. Estamos a viernes 29 de noviembre de 1889. Bakhita es libre.

II
DE LA LIBERTAD A LA SANTIDAD

A la mañana siguiente, cuando va a buscarla a su habitación, Madre Fabretti encuentra a Bakhita durmiendo, acurrucada en la cama de Mimmina. Mira a la adulta negra en la cama de la niña blanca, y ve la carga de todo lo que desconoce, el pasado de antes de la esclavitud, la infancia. Y la soledad. La eterna aliada. Tiene la cara destrozada, no transmite ni la liberación ni la exaltación, solo la fatiga y las lágrimas. Es una madre desposeída. Una niña agotada y culpable.

Stefano no asistió al proceso, dejó a la *Signora* Michieli luchar y reivindicarse, era su intendente y no quería verla tal y como la vieron todos, como una mujer cruel que creía ser propietaria de otra. Él la conoce y sabe: María Michieli es una madre que *tiene miedo de quedarse sola con su hija*. Miedo de provocar su muerte. Miedo de no traer más que eso: la muerte a sus hijos. Tras el proceso, la pequeña enfermó, sin sueño ni apetito, y probablemente ella tampoco se recuperará nunca del todo de la herida. Ese secuestro en el locutorio. Oyó la maldición de su madre «¡Ingrata! ¡Ingrata!», y los silbidos de la muchedumbre que las esperaba frente al instituto, insultando a la madre, compadeciéndose de la niña, y lo que se gritaban los unos a los otros en las calles estriadas de luces y sombras: «¡La Moretta es libre! ¡La Moretta es libre! ¡Oh, Dios! ¡Jesús, María, José!», antes de caer de rodillas con las manos juntas y los ojos hacia el cielo. Mimmina conservará el pánico a las multitudes, y el sentimiento de desconcierto hacia su madre, un amor manchado por la inquietud. El amor de su madre como una amenaza de muerte.

Dos días después del proceso, Stefano, Clementina y sus cinco hijos están en el instituto. Ante la apariencia descompuesta de su

hermana pequeña Moretta, deciden salir con ella a dar un largo paseo por la laguna. Pero, antes siquiera de dar la vuelta a la esquina del instituto, tienen que regresar. Salir con Bakhita por Venecia se presenta como una pesadilla que deberían haber previsto: desde la víspera, los habitantes del Dorsoduro llaman a la puerta del instituto trayendo flores, pequeños regalos, quieren mostrarle su amor a la esclava liberada, quieren verla y, si es posible, tocarla.

Hace mucho frío a principios de diciembre, y se reúnen alrededor del fuego encendido en el oscuro locutorio, en donde cuesta imaginar que hubiese tantas celebridades pocos días antes. Chiara y Melia, como les ha dicho su padre, no se apartan de la Moretta, se le suben a las rodillas, intentan llenar el vacío dejado por Mimmina, pero tan solo consiguen acentuarlo, pues ellas no se han amoldado desde la infancia al cuerpo de Bakhita, no saben cómo esas dos almas se compenetraban de forma natural, sin pensarlo, e incluso sin saberlo —olvidaban que estaban enlazadas, del mismo modo que uno olvida que respira o que hay que poner un pie delante del otro para caminar— Stefano desearía de todo corazón que Bakhita recuperase la alegría. Le toma las manos.

—Ahora, hermana pequeña, ¡eres libre!

—*Sí, babbo*.

—No debes estar triste.

—No.

—Vas a ser la hija de Dios y siempre, siempre, tu alegría será inmensa.

—Inmensa, lo sé.

—¡Y también eres mi hija! Yo no soy Dios, pero bueno…

—Nuestra casa siempre será la tuya —dice Clementina.

—¡Sí! Nuestros hijos son tus hermanos y hermanas, y, cuando muera, compartiréis entre todos mi herencia, lo que es mío es tuyo. Nunca estarás necesitada, nunca sola, no estés triste. ¿De acuerdo? ¿Entiendes lo que te digo?

Bakhita lo entiende y tiene miedo. ¿Realmente va a convertirse en hija de Dios? Ese amor «inmenso», ese amor por el día que se

levanta y el día que se acuesta, ese amor por todo lo que vive, todo lo que es, ese amor… No es soportable. Le han abierto un agujero en el pecho hasta el corazón, se lo han arrancado y ahora ve. De qué está lleno. Lo que ella protegía, lo que conservaba para no morir. Su madre. No la Madonna, no, su madre, esa mujer sentada por la mañana sobre el tronco del baobab caído. La echa de menos. Es de una sencillez que mata. No conoce las palabras, pero sabe que ese vacío no tiene nombre. Va a convertirse en hija de Dios, y se pregunta si en Él, que lo contiene todo, habrá un poquitín de su madre. Lo que se reaviva, la violencia de ese sentimiento brutal, la deja clavada en el suelo, y sabe que tienen razón, está desolada y debería estar alegre. Va a convertirse en la hija de Aquel al que ella llama «*el Paron*», y que no será solamente el Patrón, sino también el Perdón. Perdón por la desobediencia. Perdón a su madre. Perdón a Kishmet, a Binah, a todos los esclavos. Perdón por el amor perdido. Sonríe a Stefano porque no comprende todo lo que le ha dicho, pero es tan hermoso con su ternura desvalida, su torpe presencia, y para complacerlo le dice:

—Lo entiendo todo, *babbo*.

—¡Ah! Ya sabía yo que habías hecho grandes progresos en veneciano, se lo decía: con las hermanas, va a progresar de forma fulgurante, va a aprender a contar y a leer y a escribir y…

—¿La ves?

—Pero ¿quién?

—Mimmina.

Coge por sorpresa a Stefano. Hace un gesto a Chiara y a Melia para que se aparten.

—Pero ¿qué hacéis ahí? La estáis ahogando con vuestras caricias y vuestros besos, no puede respirar, la pobre. Y, por supuesto, la he visto. Está muy bien.

—¿Triste?

—No, está muy bien, ya te he dicho.

—¿Llora?

—¡No! ¡Se alegra mucho por ti, como todos nosotros! Estamos todos rebosantes de alegría, ¿no es cierto?

—Stefano, para.

Clementina mira a Bakhita en el interior de sus ojos y le habla dulcemente, como si el tono pudiese aligerar la noticia:

—Mimmina se ha marchado. Mimmina está en Suakin.

Bakhita comprende. Han intercambiado los países. Cada una le ha dado su tierra a la otra. Y lo ve todo: el tren, el barco, las escalas, el mar Rojo, la isla de Suakin, las orillas de África en la bruma, y el hotel. Los hombres. Los niños en la verja, ahuyentados por el jardinero. Y Mimmina jugando cerca de la fuente donde aprendió a caminar.

—Está bien.

Confía en Mimmina, la conoce. No cree que sonría todo el tiempo, sabe que llora y que la llama, pues Bakhita la oye. Pero también sabe que esa niña libre y blanca, rica y llena de curiosidad, divertida y cariñosa, esa niña va a ser una bella luz sobre esa tierra mártir de Sudán. Y ¿quién sabe? A lo mejor, un día, sin saberlo, conocerá a su hermana. O a Binah. No se sabe. Nunca se sabe a dónde conduce la vida.

—Madre, empieza de nuevo. Por favor, otra vez.

Madre Fabretti nunca ha preparado con tanta aplicación a una adulta para el bautismo. Cada día, Bakhita le pide que le repita las palabras que tendrá que pronunciar, tiene miedo a equivocarse, como en el proceso, y se pasa el día entero ensayando: «La fe, la vida eterna, ¡renuncio! ¡Quiero! *Credo*\ *Credo*\ La fe, la vida eterna, quiero, renuncio». Madre Fabretti tiene miedo de que mezcle las palabras, y luego se dice que tiene que confiar en ella. A los veintiún años, tiene esa combinación de vulnerabilidad y de fuerza, su energía es poderosa; su inteligencia, profunda; y también es divertida, a menudo se atreve a un poco de humor, que se entiende mal, pero ella sonríe y se dicen que debe de ser entrañable esconder con buen humor el desconcierto.

Madre Fabretti le ha enseñado a Bakhita por dónde entrará en la capilla y dónde estará el cardenal, los gestos que hará, las palabras que pronunciará, en qué orden y por qué. Ha representado todos los papeles: Bakhita, el cardenal, el capellán, el padrino, y la ha avisado de que habrá mucha gente. En la capilla. En el instituto. En la placita. Sabe que la mirada de los demás hacia la Moretta porta la violencia de la envidia. Le gustaría que entrase en la iglesia como si estuviese entrando en su casa, con confianza y en paz. ¿Será posible?

El 9 de enero de 1890, la mañana es clara en Venecia y el sol luce generoso. Es el día de su bautizo, Bakhita sabe que será lo contrario a su proceso. Estarán los hombres poderosos, las hermanas, la familia Checchini, la multitud curiosa, pero también sabe que no la maldecirán («¡Ingrata! ¡Ingrata!»), sino que, al

contrario, van a acogerla. Pero ¿tiene realmente derecho? Sigue siendo una esclava. La esclavitud no se borra. No es una experiencia. No pertenece al pasado. Pero si tiene derecho a ser amada, entonces ese día que se acerca es su recompensa. Ha caminado hasta ese día. Ha caminado durante años. Caminado hasta el Paron. Para no tener que obedecer órdenes nunca más, no tener que prosternarse delante de otros amos.

La pequeña capilla está decorada con flores e iluminada. Se llena muy rápido. La campana del instituto no para de sonar y la *portinaia* está desbordada, los invitados se apresuran, hay gente cercana y también desconocidos, nobles, intelectuales y algún artista. No todos son italianos, forman parte de la *intelligentsia* europea que vive en los viejos palacios, las residencias patricias y los hoteles suntuosos. Los demás, simples habitantes de Venecia, se empujan en la placita y desbordan por todo el barrio del Dorsoduro, y los que tenían tanto miedo de la Moretta y se habían reído de ella presumen ahora de conocerla. Las mujeres del pueblo sienten curiosidad por ver a esa que viene de una África lejana y bestial, donde los hombres comen hombres, donde se vende a los niños y se quema los pueblos, y las tranquiliza saber que va a salvarla *su* Dios, en cuyo nombre aceptan tantos sufrimientos inaceptables. Hoy aman a la Moretta con un fervor lleno de esperanza, es más pobre que ellas, pero mira que es célebre. Suenan las campanas del instituto y las de la basílica, y todo vuelve a empezar: el cardenal patriarca, y su corte, y las autoridades, todos acuden de nuevo a su barrio, se dirigen a ese instituto lleno de niñas abandonadas y de jóvenes incultas, y su vida de pobres gentes cae presa del brillo de este acontecimiento, como si reflejase la luz.

Pero ¿quién los ve? ¿Quién los mira a ellos, que se quedan en la puerta? Una mujer pequeña, flaca y ávida, los ha empujado a todos para colocarse en el umbral de la capilla cuyas puertas de madera han abierto de par en par, y, alzándose sobre las puntas de los pies, mira qué bonito es *en el interior*. Luego se da la vuelta hacia la

multitud apelotonada en la pequeña plaza y les grita lo que ve. Les cuenta la historia, lo que sucede. *Mamma mía* qué bonito es. Y qué gusto da creerlo.

La pequeña capilla ha perdido su humildad, se vuelve rica y resplandeciente, magnificada por el brillo de los cirios, las flores, los pesados y coloridos trajes de los oficiantes, y los de los endomingados entre los asistentes. Asaltan a Stefano para preguntarle cómo era ella *antes*, cuando llegó de su país. ¿Cómo era la negra? ¿Y qué se siente al haber conseguido salvarla? Una mujer se atreve a situarse en el lado de los hombres para preguntarle si es verdad que la torturaron. ¿La escaldaron como a san Jorge o la quemaron como a santa Juana? ¿Va a hacer él una peregrinación a la Virgen para darle gracias? Pero Stefano calla. Está estrangulado por la aprensión, tiene miedo por la Moretta, y también es feliz. Lleva luchando cinco años por este día, y se acuerda de ella, el día siguiente a su llegada a Zianigo, cuando la vio en casa de Augusto Michieli. Se pregunta si el impacto que le produjo se debió a su color, ese negro tan oscuro, tan lleno, o a su presencia. Un flechazo filial. ¿Es eso posible? Mira la pila bautismal, tallada simplemente en el muro de ladrillo, y piensa que es justo que Bakhita sea bautizada donde viven los hijos del pueblo, perdidos y faltos de amor. Se mantiene muy erguido. Que no lo vea más que a él cuando entre en la iglesia.

Bakhita espera en el oratorio. Está arrodillada y meditando, meditando sobre su vida. Piensa en su gemela y le dice: Mira cómo voy vestida, es tan bonito como la pintura roja sobre el cuerpo desnudo de nuestra madre. Tan bonito como nuestras perlas y nuestros brazaletes. Como la ceniza blanca. Los párpados tatuados. Mira a qué te parecerías si vivieses aquí, en Italia, muy lejos, más allá del Nilo. Vives aquí, en Italia, más allá del Nilo. Has atravesado los desiertos y los mares y te agradezco que también hayas estado al lado de nuestra madre. No la abandones jamás.

Oye a Madre Fabretti acercarse y se levanta. Le duele el muslo, un dolor familiar, casi tranquilizador.

—He venido a buscarte, querida mía.

Y luego murmura:

—Dios mío, Bakhita… qué guapa estás…

Bakhita oye esa palabra que no significa envidia, sino respeto. Y es verdad que está guapa con su abrigo púrpura y el rostro cubierto con un largo velo negro. Es alta, imponente, y Madre Fabretti le hace un gesto para que vaya con la cabeza bien erguida. Es difícil, no está acostumbrada. Atraviesa el claustro, en cuyo centro están las huerfanitas del instituto esperando para verla. Hace frío y se envuelven en abrigos grises, los gruesos calcetines sobresalen de los zuecos. Bakhita querría decirles que las quiere. Pero no sabe cómo decirlo en plural. Querría decirles que las conoce. Sabe lo que es: la espera llena de miedos y esa esperanza mezclada con una gran aprensión. Una pequeña, más atrevida que el resto, le desea buena suerte, y las otras se burlan porque ha osado hablar a la Moretta. Les pone la mano sobre la cara a cada una de aquellas pequeñas a las que, a su llegada, había tomado por esclavas, como ella.

Con Madre Fabretti a su lado, se encuentra delante de la puerta lateral de la capilla. Golpea tres veces. Fuerte y con lentitud. Le abren la puerta. Se queda muda bajo el umbral y piensa en levantar la cabeza. La espera su padre, hoy va a reencontrarse con su padre, el Paron. La capilla está llena. No ve a Stefano, pero sabe que está allí con Clementina y sus hijos. Se recuerda lo que tiene que hacer. Se encuentra en ese instante concentrado y poderoso en el que no puede suceder nada más que el *acontecimiento*. Oye la oración del cardenal patriarca de Venecia, Domenico Agostini, que luego avanza por mitad de la multitud para ir a buscarla, a acompañarla hasta su padrino, el conde Marco Scoranzo, su madrina está enferma y él la representa. Bakhita mantiene las manos juntas, y en el temblor de las piernas nota cómo el miedo regresa a su pesar. Su aliento hace temblar el largo velo. La voz del cardenal resuena alta y firme contra las paredes de ladrillo:

—¿Cuál es tu nombre?

La pregunta le hiela la sangre, no se la esperaba. Es la mayor vergüenza de su vida: ha olvidado su nombre. ¿Dios no acepta a los niños robados? Madre Fabretti no la ha hecho ensayar esa pregunta. Le lanza una mirada llena de pavor a la hermana. El silencio parece eterno. Cómo se llama. Cómo se llama… No. Imposible. *Asfa*. Perdón a todos. Agacha la cabeza. Se acabó.

«¡No tiene nombre!». La ávida mujeruca se ha vuelto hacia la multitud y el rumor crece, decepcionado y hambriento. En la capilla se escuchan susurros y toses, los asistentes están petrificados. Pero el cardenal formula la segunda pregunta:

—¿Qué le pides tú a la Iglesia de Dios?

¿Esto sigue, entonces? Tiene que recomponerse. Tiene que mirarlo para responderle, se lo ha dicho Madre Fabretti. Levanta el rostro velado e intenta contestar con seguridad:

—¡La FE!

—¿Qué te da la fe?

Sabe la respuesta. Ya la ha dicho. Dicho y ensayado. Alza los ojos al cielo para mostrar lo que da la fe, está ahí arriba: el amor y la sanación del amor. El cardenal suspira y contesta:

—La vida eterna, sí, eso es.

La asamblea respira, la ávida mujeruca del umbral se vuelve a girar hacia la plaza y grita:

—¡Ha contestado correctamente! ¡La vida eterna!

Y ahora, el instante que todos aguardan con aprensión y deleite. La aterradora historia que conocen desde la infancia. La historia que da miedo y que apacigua. A veces.

—¡El exorcismo! ¡El exorcismo! —grita la ávida mujeruca del umbral.

Y la pequeña multitud se prosterna y se santigua. Se esconde el sol de Venecia. Hay jóvenes llorando, besando las medallas y los rosarios. Los hombres, las mujeres, los niños, los ancianos… están

todos unidos, semejantes y humildes, y la sombra del miedo se instala sobre los reunidos en la capilla. ¿Quién sabe? Podría ganar el demonio. ¿Acaso no han hablado del demonio negro a propósito de la Moretta? ¿Quién es realmente esa extranjera sin nombre ni lenguaje, que han empezado a amar bruscamente? Algunos encuentran ese momento exótico, delicioso, ya tienen ganas de contarlo, de escribirlo, o incluso de dibujarlo. Ahora o nunca, la verdad va a estallar. Van a saber de qué lado están las fuerzas del Mal. El cardenal se aproxima a Bakhita y sopla tres veces en su cara. El velo se estremece y cierra los párpados. Ella aguarda. Nota sobre sus hombros, más pesada que su abrigo, esa atmósfera de curiosidad desconfiada y de rechazo listo para irrumpir.

—Yo te conjuro, Satán, enemigo de la salvación de los hombres. Reconoce la justicia y la bondad de Dios Padre quien, por su justo juicio, condenó tu orgullo y tu deseo. Abandona a esta sierva de Dios, el Señor la ha hecho a su imagen, la ha adornado con sus dones y, por misericordia, la ha adoptado como hija suya. Yo te conjuro, Satán, príncipe de este mundo, reconoce el poder y la virtud de Jesucristo, quien te venció en el desierto, triunfó sobre ti en el huerto y te despojó en la cruz y, levantándose de la tumba, transportó tus trofeos al reino de la luz. ¡Retírate de esta criatura, Satán!

El cardenal traza la señal de la cruz tres veces en la frente de Bakhita, en las orejas, en los ojos, la boca, el corazón, los hombros. Tiembla e intenta ahuyentar las imágenes de su pasado: la mirada de los jovencitos a los que el sacerdote se llevaba para castrarlos, los gritos de la madre cuyo bebé destrozaron contra las piedras, el cuerpo de la pequeña Yebit muerta bajo la tortura del tatuaje… Podría chillar, pegar un grito tan brutal que ahuyentaría a ese demonio y devolvería a todos esos mártires las buenas acciones de su vida. Pero calla. Quiere que el cardenal lo haga por ella, que ahuyente el mal con las fórmulas apropiadas, solo él sabe cómo debe llevarse a cabo el rito y se siente confiada. Se concentra en los que están allí y que la quieren: los Checchini, las hermanas. Se olvida de la multitud insaciable, la fuerza de aquellos que, desde siempre,

apretujados en las plazas, miran a la negra que es.

Ahora que el demonio ha cedido su lugar al Espíritu santo, puede entrar en el Templo de Dios. El cardenal le pregunta:

—¿Renuncias a Satán?

—¡Renuncio!

—¿Renuncias a sus obras y a su vanidad?

—¡Renuncio!

El cardenal le unge la frente con el santo crisma.

—¿Crees en Dios Padre, en Su único Hijo Jesucristo y en el Espíritu santo?

—*Credo! Credo! Credo!*

—¿Quieres ser bautizada?

—¡Quiero!

Está conmovida y agotada, como si hubiese corrido durante mucho tiempo para llegar a este momento. Y oye su nombre de bautismo, que contiene el nombre de su madrina en el bautismo, el de su madrina en la confirmación, su nombre de esclava en italiano, el nombre de la Virgen, y su nombre de esclava en árabe.

—Gioseffa, Marguerita, Fortunata, María, Bakhita, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Tres veces vierte el cardenal el agua bautismal sobre su frente inclinada, su abrigo púrpura cae al suelo y se deshace de su largo velo, y surge, como una nueva criatura, vestida de blanco. Su rostro se aparece a todo el mundo como una verdad imborrable por encima del vestido de luz. Para su horrible vergüenza, algunos piensan en el cuerpo que hay debajo, se dice que también es negro, negro y marcado, ¿es posible que deje manchas en el vestido del bautizo? Y se dan cuenta, no sin regocijo, de que su historia sería capaz de perturbar sus sueños y petrificar su alma.

A Bakhita le entregan un gran cirio que enciende con el de su padrino. Van a pronunciarse las últimas palabras. La orden y la autorización:

—Ve en paz. El Señor está contigo.

—Amén.

«¡Amén, sí!», Mimmina está con ella. La oye. «¡Amén, sí!», probablemente, Mimmina se pondría a jugar con el velo que ha caído al suelo, para ser santa Adelaida, la bella emperatriz. Su hijita y ella son iguales ahora, ambas hijas de Dios. Acogidas en el mismo amor, pertenecen a la misma familia. Pero ¿quién le dirá a su pequeña Mimmina que ahora tiene un nombre? ¿Quién le dirá que no la llame más *mamma*?

Oficialmente, se llama Gioseffa, pero siempre le dirán «Giuseppina», el diminutivo. Les costará decirlo, tendrán que esforzarse, pues para todos sigue siendo la Moretta. En el certificado de bautismo la declaran nacida de padres desconocidos, mahometana procedente de Nubia. Nadie conoce ni su historia ni su geografía. Su país no tiene nombre y su madre no existe. Su infancia no es su infancia, es una imaginación colectiva, años que se resumen en una palabra, *sufrimiento*, y que se diluyen en una Italia que es la *liberación*. Liberación… ¡Quién lo diría! Hace un año que fue bautizada, ha continuado con su formación de catequesis, y querrían que estuviese radiante, que fuese una testigo viviente del amor de Cristo. Pero está devastada. La encuentran sola en la pequeña capilla, prosternada a los pies de la Virgen, rezando y llorando. Le hablan, pero no escucha, está compungida y nadie sabe por qué. Stefano la invita a menudo a pasar algunos días en Zianigo, en esa familia que ahora es la suya. Allí conoce momentos de felicidad, momentos en los que al fin ríe, se lanza a contar relatos incomprensibles y agita las manos en todas direcciones. La risa que se comparte con ella es una sorpresa y un don. Stefano venera esos momentos. Bakhita ha visto crecer a sus hijos, ha asistido a la boda de su hijo Giuseppe. La alegría de Stefano, la belleza de la novia, blanca en su vestido blanco, y la promesa de los hijos que llegarán, que también serán sus sobrinos; él se lo dice y ella sabe que es verdad.

Todo lo que dicen es verdad. La quieren. Y desearía tanto devolverles ese amor, ser una Giuseppina que les proporcionase a todos alegría y gratitud… No lo consigue. Quiere algo que *no puede*

decir. Sabe que su año de catecumenado toca a su fin. Tiene veintitrés años y va a tener que escoger: ir a vivir con los Checchini, como le propone Stefano, o entrar al servicio de una patrona, como criada. Cuando las jóvenes salen del instituto, con una pequeña dote, se han transformado en verdaderas cristianas, buenas amas de casa y excelentes bordadoras. Saben leer y escribir. Trabajarán y se casarán, pues no existirían sin el matrimonio. Pero, por supuesto, en el caso de Bakhita, el matrimonio queda excluido. El color de su piel es una barrera natural infranqueable. Ni boda ni hijos.

Una tarde que están paseando a lo largo de los muelles de los Zattere, Madre Fabretti le pregunta qué recuerdos guarda de su infancia.

—Quiero decir… de la infancia de antes.

—¿Antes de la esclava?

—Sí, antes de que fueses esclava.

Bakhita no se lo esperaba. Ya se lo habían preguntado, por supuesto, el cónsul italiano, Stefano y sus hijos… ¿Por qué quieren saber lo que siente pero no es capaz de decir? Aquello que recuerda tan mal. Y, sin embargo, de forma tan íntima. Es como preguntarle que entienda la naturaleza de su sangre, de su aliento, todo lo que la compone. El aire es suave. El día desaparece en una luz descolorida y rosa, lanzada con cariño al cielo. *Abdá*… ¿Qué había antes? *Abdá*. Una vida tan lejana, plantada en lo más profundo de su ser, allí donde no existen las palabras. Relatar el lugar al que nunca supo regresar. Decir el nombre de los suyos, a los que nunca pudo volver a ver. Imposible. Mira al frente, al mar y al cielo. El vasto pero íntimo paisaje en la noche que cae. Una gran red de pesca está atada al borde del canal, las estacas están cubiertas de musgo y parecen antiquísimas; sin embargo, las estacas sujetan Venecia sobre esa agua viva y fuerte. El cielo se ha ensanchado, distendido en finas estelas azules y grises que se cruzan y desaparecen. Es tan grande que el horizonte se aleja. Es muy hermoso. Tal vez demasiado. Bakhita mira la belleza que la emociona y dice, como si hablase consigo misma:

—No salgo. Me quedo.

Madre Fabretti no comprende. ¿Habla de su infancia? Pero Hakhita se vuelve hacia ella con el rostro cárdeno por la emoción y sorprendida por su propia audacia.

—No salgo del instituto, Madre. Me quedo.

A Madre Fabretti se le corta la respiración. Pero la admira por ello, por esa fuerza. Esa manera que tiene de ir hasta el final de su dolor y de regresar infalible. Por supuesto, le gustaría quedarse un año suplementario con ella… Seguiría enseñándole el veneciano, un idioma para entender algo más que las palabras de los otros, comprender su forma de vivir y de pensar. Seguiría protegiéndola un poco de todo lo que la espera fuera, y siente remordimiento por quererla tanto, una religiosa no se encariña con nadie, solo con Dios. Pero ella es diferente. Bakhita es otra cosa.

Madre Fabretti escribe a los responsables de la Congregación, les pide un año suplementario, Giuseppina necesita más tiempo que los demás, es lenta, y sigue sin saber escribir. Muy pronto aceptan su petición.

Así pasa un año, un año de enseñanza paciente, de confidencias difíciles, de reposo, pero también de larga tristeza. Esta vez, Bakhita no ha mirado los trescientos sesenta y cinco soles que dibujó Madre Fabretti para comprender que el tiempo pasa. Ha mirado el cielo y los días acortándose, congelados y breves, el año que se cierra a su alrededor y la deja en la calle. Esta vez debe dejar el instituto para siempre. No hay más excepciones. Ninguna carta, ningún recurso. No sabe escribir, todavía les cuesta entenderla, pero es una cocinera sin par; borda, teje, remienda como nadie y fabrica con las perlas lo que ninguna otra muchacha sabe hacer: bolsas, extraños cinturones, ramos de flores. Será una excelente criada. Puede que nodriza no, se encariña demasiado. Pero ser criada… está hecho a su medida.

Una vez más, quiere algo que no se atreve a decir, y el tiempo avanza arrastrándola al borde del abismo. Su vida está hecha de

separaciones violentas, de raptos, de huidas, ha sobrevivido a todo; sin embargo… En el momento de confesar su deseo más profundo, está aterrada. Muda y desamparada. Madre Fabretti intenta tranquilizarla de nuevo, comprenderla y consolarla. En vano. La invade la angustia. La aprisiona la angustia. Se separa de los demás por ese deseo que no es capaz de confesar.

Y de pronto, una mañana, pide ver a su confesor. Ha tenido un sueño que, una vez más, la ha llevado al tiempo de la violencia, cuando no tenía nada que perder, cuando se lanzaba a los pies del cónsul para que la llevase a Italia, obstinada, a pesar de los rechazos reiterados. En su sueño, la tierra era roja y oía las risas de los camellos, con sus dientes rechinando y las patas atadas, ese ruido que golpeaba en la noche, ese ruido en su sueño la ha despertado sobresaltada. Y ahí estaba el miedo, tendido delante de ella, sin otro horizonte. El miedo inmenso y desnudo. Y, de repente, ha decidido liberarse de él.

Su confesor la escucha con atención. Detrás de la reja de madera no ve más que el blanco de sus ojos, y le gustan esas dos chispas, también le gusta la voz de la Moretta, que resuena en la sala, grave y exótica, y su fervor de conversa.

—Padre. Quiero algo.

—Te escucho, Giuseppina.

—Es muy grande.

—Hmm… Muy grande, sí.

—Yo soy pequeña.

—Hmm…

—Negra.

—Continúa, continúa.

—Y ya está.

—No. Continúa. No tengas miedo.

—Padre.

—No tengas miedo, Giuseppina, continúa.

—No salgo. Me quedo.

—Pero, Giuseppina, ¡va a hacer dos años que estás bautizada,

tres años viviendo aquí!

—Padre…

—Mi pobre Giuseppina…

—Padre, quiero algo.

—Dilo. Dilo lentamente y lo entenderé.

—Quiero… ser… como… las… demás.

—¿Blanca?

La oye reír. Esa gran risa que no se para y a él también le dan ganas de reír de alivio. Por un momento, la ha tomado por tonta, pero el tonto, en realidad, es él.

—Pero ¿qué es ser como las demás?

—Religiosa.

Llueve sobre Venecia, gotas congeladas que se abaten sobre los hombres, acribillan los tejados y perforan los pequeños canales. Aquí es corta la temporada de lluvias. Como una duda. Recuerda esos días que parecían noches cuando también los apresaba la lluvia. Recuerda las reservas guardadas a cubierto, los animales pacientes y asustados, la cólera de los ríos y el respeto temeroso que tenía al cielo. Recuerda lejanamente la lluvia en su poblado, su color como obstruido y el olor a barro y a maíz tostado. Curiosamente, también recuerda el olor de la piel, quizá es el de su madre abrazándola o el de su gemela, con la que dormía. Recuerda esta lluvia en casa de los amos y la cólera que al principio la sorprendía y luego dejó de sorprenderla, cuando comprendió que odiaban todo aquello que no los obedeciese. La lluvia golpea e hincha los regueros sobre el pavimento, ella escucha su fuerza y Venecia se resigna. Se ha puesto al abrigo junto a otras dos mujeres y algunos niños bajo un cobertizo abierto en la calle en el que un anciano trenza cestos. Apenas le sorprende la intrusión de esas mujeres que no lo miran ni se atreven a descubrirse ante él y conservan el pañuelo empapado en la cabeza. Se quedan de pie mirando a la lluvia redoblar sus esfuerzos y, sobre el suelo de arcilla, los niños mezclan en silencio las manos con la tierra mojada. Bakhita sabe que en la penumbra es menos negra. Mantiene la cabeza agachada y aprieta contra sí el pan que ha comprado en el mercado. Le resulta agradable estar en esa seminoche y permanecer en silencio. No asustar. Que no la reconozcan, como le pasa todavía tan a menudo, con las caras acercándose tanto a ella que huele el aliento de los agujeros de sus bocas, las sonrisas indiscretas a las que responde con timidez descubriendo la blancura inusual de sus dientes. A veces quienes la

paran son ricos. El otro día, un pintor quería retratarla, uno de esos innumerables pintores de los que está repleta Venecia. Es muy raro que salga sola, y las hermanas repelen por ella a los impertinentes. Pero cuando llueve como hoy, los artistas, los nobles, los ricos mercaderes se quedan en casa, se recogen en cuanto se levanta el siroco. Cierra los ojos y oye las moscas a las que la tormenta ha enfurecido, el ruido de la lluvia, eterno y sin solución. Se siente bien. La víspera se atrevió a hablarle a su confesor. Se atrevió a decir la palabra. Como una blasfemia. Ella, Bakhita, Giuseppina, ella, ¡religiosa! Oh, si ese sacerdote hubiera sido capaz de entender su lenguaje, le habría dicho cómo se había sorprendido ella al principio. Casi tanto como él. No comprendía lo que sucedía. Sí, es una gran sorpresa tener fe. Oír el canto de Dios y ¡entender que se dirige a ella! Cambia, lo nota, cambia en el interior de un mundo que se parece. Sudán e Italia son la misma belleza y el mismo mal. Lloró, porque Dios lo sabía todo, la había visto toda su vida, y luego comprendió que Dios es un amor que se deposita. ¿Lo habría admitido su confesor? ¿Habría conseguido que la entendiese? Ahora tiene la fuerza para amar a los demás, ahora que su vida está en manos más altas.

Las hermanas se lo perdonarán. El pan es difícil de romper, pero ella se aplica, sus manos pueden hacer cualquier cosa, desde siempre. Rompe varios trozos de pan y se los da a los niños que juegan en el barro. Están callados y afanados. Y de pronto se acuerda. Está segura, se ve a sí misma, ve a su hermana y a los niños de su poblado pisoteando la tierra mezclada para conseguir un barro espeso, un barro liso y grasiento, el mismo, sí, el mismo que el de sus casas. También era la temporada de lluvias. Las nuevas casas hechas con el barro pisoteado por los niños. Recibe este recuerdo como un soplo. Estas apariciones son cada vez más frecuentes. Se recuerda a sí misma, algo lejano en su vida y muy cercano, un viento violento que la sacude y aviva las brasas de lo que ella fue. Su vida. Su infancia en algún lugar. Cuando no era diferente de nadie. Cuando ser negra simplemente significaba ser.

Después de su confesión, el sacerdote tranquilizó a Giuseppina: «Jesús no se fija ni en la raza ni en el color de la piel». Y luego se apresuró a contarle la nueva a la madre superiora y a Madre Fabretti: la Moretta no solo se ha convertido, sino que, además, ¡pide entrar en la orden! ¡En su orden! Se puede decir que su instituto obra milagros. O, al menos, maravillas. Le presentan la petición a la superiora general, Primaria Anna Previta, en Verona, quien la examina con el sobrino de la fundadora de la orden, el cardenal Luigi dei Marchesi di Canossa. ¿Pueden aceptar que una antigua esclava entre en el noviciado? Desde el siglo XVII, Italia tiene una larga tradición de esclavos redimidos. Sus misioneros franciscanos volvían de Egipto, de Sudán y de Etiopía con antiguos esclavos a los que educaban y convertían. Y sigue siendo muy popular en el siglo XIX que los misioneros italianos vayan a Sudán. De esta manera, el sacerdote Daniele Comboni puso en marcha el plan Para la Regeneración de África y abrió en El Cairo el Instituto de los Negros, en el que forma a antiguos esclavos que, una vez educados, lo ayudarán a evangelizar Sudán. Es «el África por el África», ese continente al que consideran como «la parte del mundo más rebelde a la civilización». La superiora y el cardenal estiman que la entrada de la antigua esclava en la orden se inscribe en esa tradición y Bakhita es aceptada en el noviciado. No es ni una conquista ni un trofeo, sino una confirmación: la Italia católica salva a los esclavos. Y el 7 de diciembre de 1893, la Iglesia abre sus puertas a aquella cuyo espíritu no tenía hogar.

Ese tiempo de noviciado, que dura casi dos años, Bakhita lo vive al revés de lo que se supone debe ser: una prueba. Para ella es, al fin, el momento de la liberación. Nombran a Madre Fabretti maestra del noviciado, quien ayuda a sus «hijas» a discernir y profundizar su vocación. Pero poner a prueba la resistencia espiritual y física de la que ha sobrevivido a todo es algo superfluo. Bakhita solo pide una cosa: la autorización para amar. Hoy tiene derecho a ese sentimiento prohibido durante tanto tiempo, peligroso y portador de sufrimientos mayores que el maltrato. Bakhita se entrega en cuerpo

y alma al Paron, ese amo cuyo amor redime los pecados.

Tiene veinticuatro años, pero, por mucho que siga las mismas enseñanzas, diga las mismas oraciones, comulgue, se confiese y vista el mismo hábito que las demás, ella no es como las demás. Va aparte. Y para siempre. Por ella se hará siempre una excepción. Se pedirá una derogación. Dudarán en aceptarla o, por el contrario, se felicitarán con gran entusiasmo. Bakhita es la que llega a un lugar pero no se instala. La que quiere decir algo pero no lo consigue. Sorprende, extraña y, a menudo, molesta. La mayor parte de las novicias la admira: su gentileza, su ardor inagotable en el trabajo, se levanta la primera y se acuesta la última, voluntariosa y con talento, pero algunas se sienten incómodas junto a ella. No se atreven a mirarla a la cara. No comprenden nada de lo que dice. Tienen miedo de cruzarse con ella por la noche en los pasillos. No les gusta dormir en el mismo dormitorio. Lavarse con la misma agua y comer enfrente de ella. La manera que tiene de coger el tenedor, su voz gutural cuando dice el *Benedicite* y las cicatrices que sobresalen de las mangas. Se sienten molestas por su propio asco, se confiesan, pero no sirve de nada, tienen miedo y desearían que no les hubiese sido enviada esa prueba: vivir junto a la Negra. Bajo el hábito, Bakhita sigue siendo negra, como un defecto imperdonable, un pecado irremisible.

Madre Fabretti ve todo eso, el miedo de algunas de sus «hijas» y la humillación de Bakhita. Un día la conduce a la iglesia de Santa María della Salute. Suben los escalones de mármol que parecen nacer del agua, y es como entrar en un enorme vientre, blanco y frío. La iglesia orgullosa, célebre y alabada. Las columnas, las bóvedas, las múltiples capillas, las innumerables estatuas, las pinturas de los maestros… Bakhita se inclina, se santigua con el agua de la pila, impresionada por la riqueza secular y la devoción inmemorial. Madre Fabretti avanza hasta el altar principal, frente al que las dos se arrodillan en silencio. Bakhita cierra los ojos. Nota a su alrededor las voces de los visitantes y las oraciones que susurran los que

encienden largos y torcidos cirios. El aire está cargado de una humedad fría y minúsculas corrientes atraviesan la basílica. Se abstrae y se concentra en su oración. Pero Madre Fabretti le da en el brazo.

—Mira, Giuseppina, ella es como tú.

Bakhita no comprende. ¿Qué debe mirar? «Como tú», cree que es «novicia», o «pensativa», «arrodillada». «Como tú». Las palabras que jamás le dicen.

—Mira. ¡Allí! ¡El icono!

Encima del altar mayor, la Madonna está cubierta de oro, lleva una corona engarzada con piedras preciosas y en sus brazos el Niño Jesús está engalanado con la misma riqueza. Sus rostros son planos; su gesto, impasible; y sus miradas, lejanas. Bakhita no sabía que existiese esa Madonna. No pensaba que fuese posible. No la había visto nunca. En ningún libro de catecismo, en ninguna imagen piadosa, ni siquiera en sueños. Pero Madre Fabretti tiene razón: esta Virgen y su Hijo son como ella. *Los dos tienen la piel negra*. Bakhita los mira y no lo entiende. ¿De dónde vienen? ¿Son realmente la Virgen y su Hijo Jesucristo?

—Los venecianos los adoran desde hace siglos, Giuseppina. ¿Ves? ¿Comprendes ahora que eres como los demás?

—¿Es la Madre?

—Pues claro que es la Madre. La Madonna negra.

—Y los ángeles también.

Madre Fabretti no se había dado cuenta hasta entonces, pero es verdad, en segundo plano, los dos angelitos tienen la cara negra.

—¿Ves, Giuseppina? Sois cinco negros: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Y yo… yo estoy sola. La única blanca.

Bakhita le sonríe.

—Entonces, ¡yo te protejo!

E intentan no reírse demasiado fuerte en la imponente basílica que recibe ese alivio inesperado.

Han venido, con prisa y curiosidad, al convento de Santo Giuseppe de Verona para mirarla. Ella cierra los ojos y todo vibra en sus oídos, preciso y veloz, y al mismo tiempo que las tijeras chasquean y que sus cabellos caen, siente un profundo alivio y una gran pena. Pierde un poco de sí misma, un poco de los gestos y de la gran paciencia de su madre cuando le trenzaba el pelo con las perlas de las que estaba tan orgullosa. La encontraba hermosa, y lo era. Y cuando movía la cabeza, las pequeñas perlas chocaban con su cara, y le gustaba. Se acuerda bien, ese recuerdo es claro, justo, y suyo solamente.

Permanece inmóvil, erguida, con los ojos cerrados, no ve lo que miran los demás: su pelo encrespado flotando un instante antes de caer, indeciso, ligero como una pluma. Miran y no saben. La cueva, el agujero de tierra en lo alto del muro que intentaba agrandar frotando el pelo contra él. Tenía siete años y era el principio del cautiverio, la gran pesadilla imperecedera. Se acuerda de una esperanza loca, y también de que no era más que el principio. La miran, les gustaría tocar esos mechones, tomar uno y guardarlo en un medallón para enseñárselo a sus amigos con bravucona superstición y, riendo, decir: «¡Toca el amuleto!».

Piensa en Mimmina, que no podía dormirse sin tocarle el pelo, y no le decía nada cuando, al darse la vuelta, tiraba demasiado fuerte, porque le hacía bien que la amasen hasta ese punto. Hasta el punto de acompañar a la persona que se ama hasta el final de la noche. Ahora nota la hoja de las tijeras contra su cráneo. Piensa en su cabeza golpeando el suelo, la violencia de Samir, su impureza. Pero

hoy va a prometerse. Hoy, 21 de junio de 1895, es el primer día de verano y es la fiesta del Sagrado Corazón. Va a desposar a Aquel que no la abandonará jamás y que la amará tanto que una sola vida no será suficiente, habrá otra después, eterna y sin defectos. Hoy va a vestirse con el hábito de las Hermanas canosianas, parecido al de las mujeres del pueblo: un vestido marrón y un chal y una cofia negras, pues es junto a las gentes del pueblo donde viven las hermanas, para «consolar, instruir y cuidar» a los más pobres. Se pasa la mano por el cráneo sin pelo, no tiene espejo y no se ve. Pero entre los asistentes, todos la miran y la reconocen. Con el pelo afeitado, se asemeja a los esclavos fotografiados en el periódico, dibujados en los libros de los exploradores, los botánicos, los misioneros y los médicos. Se la imaginan con el yugo alrededor del cuello, la cadena en el tobillo, lloran por piedad, y algunos también por un poco de vergüenza inexplicada. Y todos sienten el mismo alivio por no formar parte de «esa raza».

Después la vestirán como a las demás religiosas y le pondrán su mismo tocado, pronunciará sus primeros votos, su hábito será el de la penitencia. Eso tendrá lugar en la casa madre, en la gran iglesia de oro y mármol. Bakhita habría preferido la pequeña capilla del Dorsoduro, pero obedece con el fervor de la que está dispuesta a cualquier sacrificio, que incluso los espera en secreto como prueba de su compromiso inquebrantable. Tras los votos de pobreza, de obediencia y de castidad, se llama «hermana Giuseppina Bakhita» y recibe la medalla de la orden de las Hijas de la Caridad de Canosa, marcada con las iniciales M. D., *Mater doloroso*. Es aceptada en la comunidad de las que acogen a los niños rechazados y perdidos.

A su regreso a Venecia, los habitantes se abalanzan hacia el instituto, se prosternan a sus pies, besan su medalla y le piden que rece por ellos. Ya no la llaman «la Moretta». La Negra. Tampoco la llaman «hermana Giuseppina». Para las gentes del pueblo, ella es, y lo será hasta su muerte, *la Madre Moretta*. Madre y negra. Semejante y diferente. Admitida y aislada.

Tres años después de tomar los hábitos, con más de treinta años, sigue sin saber escribir. Lee de forma aplicada. Habla un poco mejor el veneciano. Borda. Reza. Obedece las órdenes, le gusta ese entorno tranquilizador, los días que se parecen entre sí, donde las oraciones marcan el ritmo: maitines, laudes, sexta, vísperas y completas. De entre todas ellas, la que más le gusta son los laudes, las oraciones de la aurora. Nunca pasa por detrás de la cortina de terciopelo negro sin pensar en aquella primera mañana cuando, descalza en el umbral de su habitación, había mirado a las hermanas que pasaban por ella y se había asustado. Sin embargo, era feliz. Mimmina dormía en su cama. No volverá a conocer la felicidad de esa vida compartida con un niño que descubre la vida y te empuja también a descubrirla. Eso se acabó. Abrazar a la pequeña, cantar para que le pusiese la mano en la garganta vibrante, aguardar la primera estrella y la aparición de la luna, compartir un lenguaje, una complicidad y una intimidad únicas. Se acabó. El olor cálido de su piel, aquella mano en la suya y su mirada diciendo «Lo espero todo de ti». Se acabó. Está donde quería estar, ha luchado por convertirse en la religiosa en que se ha convertido. Nunca nadie volverá a ser su hijo y nadie la sustituirá.

Con el paso de los años, Bakhita se convierte en la hija de Madre Fabretti. Es una religiosa anciana, cada vez más alegre, como si el movimiento del mundo, vanidoso y desorientado, la divirtiese. Han mantenido la costumbre de su *passeggiata*, su paseo por la tarde a lo largo de los canales, caminan más despacio, Madre Fabretti se apoya en el brazo de Bakhita y ella piensa que a lo mejor su gemela también camina así con su envejecida madre. Hablan poco, miran la luz del sol poniente, las islitas sumergiéndose, el movimiento de las mareas, se aprietan las manos con rápida ternura. A veces, Madre Fabretti le pide a Bakhita que recuerde. Ahora que posee un mayor vocabulario y que su vida se ha apaciguado, le hace preguntas. Y todo regresa. Los recuerdos tan violentos que parecen no pertenecerle, y otros que reconoce pero que no se atreve a nombrar. Por pudor, pero también por miedo a conmocionar a su Madre, esa anciana dama italiana que procede de una familia pudiente. Duda en

decirle a esta religiosa que ha consagrado su vida a los demás lo que allí hacían a los esclavos; sin embargo, a pesar del sufrimiento que supone revivir las imágenes del calvario, le hace bien contarle a quien ama lo que vivió. Madre Fabretti deja venir los silencios y las lágrimas, desenreda las frases incomprensibles, escucha con un amor conmovido. Y cuando dice «Querida mía…», Bakhita sabe que se ha terminado, que es hora de regresar. Va a regresar, rezar y acostarse, y se levantará para volver a rezar, no se levantará para chillar en la noche los recuerdos de la inhumanidad.

Es una unión filial. Y una época feliz. Las autoridades eclesiásticas estiman que esas condiciones son demasiado fáciles. La fe de la hermana Giuseppina es demasiado sencilla, se le da todo, es momento de ver qué tiene realmente en el corazón. Es momento de ponerla a prueba. Una noche, después de las vísperas, le dan a entender que se acabó. Esa casa en la que ha vivido trece años, de los cuales siete como religiosa, ya no es su casa. Para decir adiós a Madre Fabretti al día siguiente, ni siquiera tiene tiempo de una *passeggiata*. Será por la mañana, en el locutorio, en medio de toda la comunidad, ni favoritismo ni enternecimiento. Ambas están estupefactas, como aturdidas, y se separan sin demostrar debilidad ni afecto. Ese desgarro sin lágrimas ni desobediencia se lo ofrecerán a Dios, el amo que reclama un amor que no se comparte con nadie.

Es casi mediodía cuando hermana Giuseppina se monta en la góndola que la conduce a la estación, hacia una ciudad cuyo nombre no conoce.

Retoma su vida anterior, se reúne con sus ancestros y todos los *parias* de su especie, los eternos esclavos, los negros que lo son para siempre. Lleva en su interior esa maldición y la fascinación por todo lo que se imaginan de ella y que no existe. Da miedo a los niños, asco a los ancianos, y atrae a los hombres, como un animal que quisieran domar para poner a prueba su propia fuerza y demostrar su supremacía. Está sentada y calla, le han dicho que, sobre todo, calle, ya descubrirán su voz más tarde. La temerán y la imitarán entre ellos, ahora, y por los siglos de los siglos. Está sentada desde hace horas y el dolor se dispara en su muslo herido, la pierna con la cadena fantasma, ella misma no es más que un espectro y le han robado su imagen. No los mira, dirige la mirada al suelo y los oye, un veneciano con un nuevo acento, más pesado, breve y cerrado, que da a la palabra el peso de la condenación. Ella está sentada y ellos de pie, y hasta los niños la dominan. Las viejas mujeres quebradas tienen la cara a la altura de la suya y se santiguan haciendo muecas; cuando vuelvan a sus casas, harán los gestos rituales que ahuyentan a los malos espíritus, harán sacrificios a hurtadillas, no vaya a ser que la nueva generación se burle e importune sus súplicas. Está sentada y les lleva su miedo y su ignorancia, les da la alegría de reunirse y de compartir confusión. Por una vez, todos, los oprimidos, los obreros desde la infancia, los enfermos y raquíticos, los explotados por patrones a los que no verán jamás, con niños que morirán a una edad temprana o enviarán a las Américas, analfabetos la mayoría, los bastardos a los que pronto enviarán al seminario, los rebeldes a los que pronto aplacará el servicio militar, la pequeña burguesía temerosa, los tenderos endeudados, los pastores más salvajes que sus rebaños, los campesinos más hambrientos que sus perros, todos la

miran y la compadecen. Es mejor que la fiesta de la cosecha, la de san Juan o las procesiones, mejor que el teatro, mejor que los pífanos y las danzas, mejor que la Virgen transportada por las calles en medio de los gritos y los ruidosos llantos, es una medicina común, una oración sin palabras y una risa que une. Ahogan la risa que los embarga, esa negra está vestida como una religiosa, esa negra ES una religiosa, sienten la blasfemia que supondría reírse delante de ella, y ¿quién sabe si los va a maldecir después, atraer sobre ellos la cólera del demonio? ¿De qué está hecha, entonces? ¿Procede de la tripa de una mujer, y qué aspecto debe tener esa mujer, era enteramente humana, de los pies a la cabeza, o bien…? Hay pensamientos que es mejor apartar, visiones que está mal que uno tenga, y algunos se arrodillan y caen rezando ante todo lo que esa mujer negra sentada en el patio del convento suscita en ellos de peligroso y de violento. Hace ya dos días que exponen a Bakhita, algunos han venido dos veces, para acostumbrarse y tener menos miedo, como les explicaron las hermanas del instituto. «Acostumbrarse y tener menos miedo», pero, aun así, no se le ven los ojos y se distingue mal su cara. A veces, la madre superiora se acerca y le habla al oído, entonces la Negra alza lentamente la cabeza. El público suelta un largo y suave grito de horror. Sus ojos negros están bañados de un blanco tan puro que se diría que se lo han robado al velo de la Madonna. Un niño le lanza un poco de agua y recibe un bofetón, llora con fuerza, solo quería ver si el color se quitaba con agua. Le corrigen, pero le comprenden. ¿Acaso se quita? No sabe hablar, pero ¿sabe llorar? ¿Y si llueve? ¡Oh, dulce Jesús, ya podrían las hermanas exponer una y otra vez a esa mujer, que ellos seguirían sin entender nada! Y pronto le reprochan la incomodidad que les provoca verla, antes estaban más tranquilos, ¿acaso necesitábamos esto aquí? Y se marchan, decepcionados y amargados, pero, a pesar de todo, les recorre el espinazo un escalofrío de horror del que habían olvidado hasta la dulce sensación.

Cuando termina, con el cuerpo dolorido y el alma atónita, corre

tanto como puede, cojeando más que de costumbre, hasta su pequeña habitación en la que, una vez pasado el momento de estupefacción, llora. Llora tanto que a su cuerpo lo sacude una tristeza furiosa, llora con sollozos roncos como el animal que es, se arrancaría el pelo si tuviera, se arañaría el rostro si no se contuviese, se encuentra al borde de la locura pues sabe que a esa gente, a toda esa gente, va a tener que verla cada día, aprender a conocerlos y, sobre todo, va a tener que amarlos. Para eso está ahí. Para olvidar a Madre Fabretti y abrirse a esas gentes, a los habitantes de una ciudad cuyo nombre no consigue aprenderse de ninguna manera, un nombre corto, como una serpiente pasando, un nombre como una orden rápida y sin piedad.

La puerta de su celda se abre y la madre superiora le pone una mano en el hombro. Le pide que sea razonable. Estaba obligada a exponerla para detener esa pesadilla. Desde que llegó al instituto, todo está patas arriba, la vida tan ordenada del convento no tiene ni pies ni cabeza, ya no pueden trabajar, ni rezar, y las alumnas ya no quieren ir a clase. Se ha mostrado de una vez por todas, ¿no es eso mejor que oír un chillido cada vez que alguien se cruza con ella? ¿Puede comprender que aterre a las pequeñas hermanas que no habían visto nunca antes a una negra, que no se atrevían a tocar una puerta después de ella por miedo a mancharse, no se atrevían a levantarse durante la noche por miedo a chocar con ella, y la hermana lavandera, no es normal que se haya negado a encargarse de sus sábanas? ¿Cómo podría ella adivinar que no desteñía?

Bakhita está agotada y querría dormir, soñar que se encuentra en otra parte, en donde no se espera nada de ella, la esclava perdida entre los esclavos, la negra mezclada en las caravanas del desierto, la niña a la que raptan y luego tiran, la invisible, a la que pueden olvidar, la que no vale nada, ni siquiera un saco de maíz. Y luego siente vergüenza, muchísima, por ese sentimiento que se parece a la muerte. Piensa en el esclavo Jesucristo, ¿no sufrió él también los escupitajos y las risas de la muchedumbre? No quiere comparar sus

vidas. Ella no es nada, y él lo es todo. Solo quiere tumbarse un rato y que él cuide de ella, después le rezará, lo honrará, porque esa noche sería demasiado insoportable no ser amada.

Sueña con el fuego. Sueña con Binah a la que le duelen terriblemente las muelas. Tiene el rostro enterrado en el suelo y no quiere sacarlo. Bakhita la llama, le dice que hay que irse, el fuego llega, tiene que venir con ella, pero Binah le dice que no irá, le duelen demasiado los dientes. Bakhita la vuelve a llamar y Binah se convierte de forma extraña en la pequeña Yebit, muerta bajo la tortura del tatuaje. Está prisionera de la tatuadora, sujeta por un esclavo, Bakhita se encuentra arrodillada cerca de ella y le da de comer con una enorme cuchara. El cuerpo de la pequeña se estremece y sangra, y, sin embargo, come con calma; al poco la cabeza se separa del cuerpo y sigue comiendo. Bakhita chilla y se despierta empapada en sudor e inmediatamente mira si ha ensuciado las sábanas. Espera que su grito no haya despertado a nadie, todos la temen ya tanto… ¿qué van a pensar? Se levanta y abre la ventana. Es una noche de otoño, profunda y fresca. Schio está protegida por las montañas y bordeada por el torrente y los ríos. Hay ese frío que viene del agua clara y rápida. Oye los cencerros de los animales en las praderas alpinas y, de vez en cuando, un ladrido corto, y luego el silencio que lo recubre todo. Busca las estrellas y la luna, pero es una noche brumosa, cubierta de lentas nubes. Desearía ver una estrella, solamente una. El viento sopla con suavidad entre los árboles del patio, los cipreses inmóviles, y el castaño produce el sonido de una tela ondeando en el aire, le gusta ese sonido que se parece al de las palmeras en los tibios vientos de Sudán. Una nube descolorida abandona el cielo y purifica la noche. Las estrellas son tan pequeñas como la cabeza de un alfiler. Bakhita piensa que el Paron creó la noche para el reposo de los hombres y de los animales, y también para nada. Para la belleza. Se remanga, saca el brazo por la ventana, lo agita con suavidad y se fuerza a mirarlo. Y es, quizá, la primera vez. Su cuerpo está oculto para ella misma, ya no es suyo, lleva las cicatrices profundas del látigo y los tatuajes que escogieron las amas

turcas, hinchazones feas como serpientes cruzadas, tiene tanto miedo a las serpientes… nota cómo se relajan y cómo se desgarran cuando se mueve mientras duerme, o cuando se prosterna, unas garras que intentan retenerla. Su brazo se parece a la noche, una estrella podría posarse en su muñeca, como un pájaro. Quiere olvidar su pesadilla, olvidar a Binah y a la pequeña Yebit, olvidar el fuego, pero, mientras abre la palma de la mano al aire de la noche, comprende que se equivoca. No debe huir de sus sueños. Debe escucharlos. Binah está lejos, y ella es libre. ¿Por qué?

Es durante laudes, esas oraciones al alba que tanto le gustan, cuando comprende el mensaje de su pesadilla con Binah y la pequeña Yebit hambrienta. Está cantando el cántico de Zacarías: «El juramento que juró a nuestro padre Abrahán. Para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos…». La perturban tanto estas palabras que no puede seguir cantando. Se queda de pie, embargada por la revelación. Si quiere servir al Paron, debe dejar de tener miedo. Él la ha colocado allí, en medio de todos aquellos que la han mirado con desconfiada curiosidad. «Eso se llama esclavos», había dicho Binah. En nombre de todos aquellos con los que creció, todos aquellos a los que vio nacer, sufrir y desaparecer, es al fin el momento de que se dirija, sin temor, hacia el pueblo.

Pide ser la encargada de encender el fuego antes de que lleguen las alumnas. Dice que le gusta eso de ir a buscar madera en el día que se levanta, le gustaría preparar las estufas en las aulas. Piensa que así verá llegar por la mañana, a veces tras horas de marcha, a las alumnas del parvulario y de las clases elementales. Las ayudará a secar las ropas congeladas alrededor de la estufa y a sentarse antes de que llegue la institutriz. Pero le dicen que ese no es su lugar. La asignan a las cocinas, que se encuentran en el sótano, y, si quiere encender el fuego, ahí se puede ocupar: la cocina tiene tres hornos de leña y un hogar principal. Cada día hay que preparar más de doscientas comidas para las huérfanas, las alumnas de preescolar y de las clases elementales, las educadoras y las hermanas. Trabaja bajo la dirección de la hermana cocinera junto con dos huérfanas de unos quince años. Es un trabajo que no se detiene nunca, que comienza con la aurora y se termina cuando todo el mundo ya se ha acostado. Pone tanto ardor en preparar las comidas, se entrega con tanto recogimiento y cuidado, que pronto llegan las quejas: «¡Madre Moretta parece que siempre está en la iglesia!». Se burlan. Y la envidian un poco. La negra sonríe mientras enciende los fuegos, pela las patatas, friega las cacerolas, frota el suelo y transporta las marmitas. Trabaja como si su vida dependiese de ello. Debe de ser la felicidad negra de la que hablan los periódicos, son gente acostumbrada a trabajar y a obedecer. Un pueblo que no conoce la rebeldía.

No saben. Que ella comprende lo que dicen. Y que tiene la paciencia de los seres a los que han salvado. No se imaginan la alegría que le supone preparar los tazones para las huérfanas del

instituto y las hijas de los campesinos que vienen de lejos pero no todos los días, solo aquellos en los que no ayudan en los campos. Y si pudiese, Bakhita trabajaría hasta por la noche, daría su reposo, todas sus horas de sueño, por una sola hambre saciada. La primera cocinera, que la ve recalentando los tazones para las niñas, para que siempre puedan comer caliente, preparando platos especiales para las enfermas y duplicando las raciones, la previene: «¡Es demasiado, Madre Moretta! Las niñas no necesitan comer tanto».

Es mentira. Las niñas necesitan comer mucho más, solo que no lo dicen. Las niñas tienen hambre y nadie lo sospecha. Ella sí lo sabe. Sabe que uno pierde la costumbre de comer y de pedir. Sabe que es necesario mucho tiempo para hacer que un niño infeliz se abra al mundo. Va a encontrar la manera de acercarse a ellas. Trabaja rápido y bien, y siempre araña algún minuto para subir del sótano e ir al refectorio, a veces a la enfermería. Les desliza a las niñas un poco de pan o un trozo de queso dentro de los bolsillos, se agacha hasta su altura para hablarles, las más pequeñas la llaman la «*Mare Moretta*», «*Madle Moletta*», o hasta «*Moetta Bella*», y pronto todas la buscan, la reclaman golpeando las mesas con los puños y entonando su nombre. Ella acude y las regaña por el ruido que hacen, es dulce y de una autoridad apacible, y rápidamente se convierte en algo más que asistente de cocina, se convierte en alguien a quien necesitan. La quieren por las mismas razones por las que la habían rechazado. Su diferencia tranquiliza pues, en el fondo, ¿quién de entre estas niñas y adolescentes del instituto siente que está en su lugar? ¿Quién no está amenazada? Schio es una ciudad próspera para el que trabaja en la hilatura Cazzola y, sobre todo, en la *Alta Fabbrica*, como llaman al enorme edificio que domina y hace vivir la ciudad, la fábrica de hilatura Lanerossi. Pero ¿los demás? Ser obrero en Lanerossi significa estar a salvo: tener un trabajo, vivir en el pueblo obrero, llevar a sus hijos a la escuela de la fábrica, recibir cuidados médicos, ir a la escuela de adultos, al teatro y tener acceso al club de lectura. Pero ¿los demás? Ser «un Lanerossi» significa tener el orgullo de formar parte de la fábrica modelo, participar del

esplendor de la ciudad, de la Venecia y de la Italia reunificada. Ser un «Lanerossi» significa ser el ejemplo viviente de lo que la Italia postunitaria le da al pueblo enfermo y embrutecido: la educación y la cultura. A los trabajadores de Lanerossi, hombres, mujeres, niños, los alfabetizan y educan, y su trabajo se exporta a toda Europa. Ser un «Lanerossi» es una oportunidad. Evidentemente, hay que someterse a los horarios, al reglamento, no cuestionar el salario, pero, sobre todo, es imprescindible no caer enfermo ni herirse. Pues dejar la fábrica, dejar Lanerossi, significa dejar el país, enviar tu sueldo y tus mentiras a una familia que no volverás a ver, a un país que te olvidará. En lo alto de Schio se encuentra la ciudad engendrada por la *Alta Fabbrica*, próspera y orgullosa, y más abajo, se encuentra la otra, la antigua, la ciudad de los campesinos, de los criados, de los pequeños tenderos, los empleados municipales, las mujeres solas, los ancianos y los enfermos.

Las niñas se reconocen en la Madre Moretta. Como ella, se hacen entender con un lenguaje de pocas palabras, y, como ella, buscan su lugar. Observan el mundo, el sitio al que las llevan: el instituto o los campos, las praderas alpinas o la escuela, la familia o la ausencia de familia. Con el paso de los meses, Moetta Bella sube cada vez más a menudo del sótano, sale de la cocina para reunirse con ellas en el patio. Les cuenta historias de una niñita que duerme en los árboles, de una bestia salvaje que quiere comérsela, les cuenta historias que acaban bien, historias reales. Hace gestos con las manos, y tiene esa manera de mirar, con inmensos silencios, y los ojos clavados en los tuyos, y entonces las miradas se mezclan como besos. Las niñas hacen un círculo a su alrededor en el patio de recreo, se sientan en el suelo y ella se sienta también, no quiere nunca sentarse en el banco, y es divertido ver a una religiosa manchándose la ropa al sentarse en el suelo. Antes de dejarlas, les pide siempre que se tomen de la mano y digan con suavidad: «No te suelto la mano». Después se levanta torciendo el gesto porque le duele el muslo, da unas palmadas y las niñas se dispersan, un poco aturdidas, un poco perplejas, algunas se vuelven de repente hacia

ella, se abrazan a sus piernas y se vuelven a ir. Ella ha puesto la mano sobre sus cabezas, pues es todo lo que querían. Bakhita sabe lo que no saben decir. Conoce las enfermedades, la pobreza y la vergüenza de la pobreza.

Siempre tiene hilo y aguja en el bolsillo y remienda a hurtadillas los desgarrones y los bolsillos agujereados, ve los moratones que esconden, adivina que algo les duele por cómo se tienen en pie, cómo caminan, cómo rechazan jugar. No es una adulta como las demás, no enseña nada, ni las reglas de higiene, ni el catecismo, ni la lectura o el cálculo. Pero es a ella a quien buscan para alimentar a una niña enferma que no quiere tragar nada, para consolar a una pequeña que se ha hecho daño y la reclama, a ella llaman las niñas cuando atraviesa el patio, les envía pequeños gestos con la mano y se aleja a paso rápido, un poco coja, gritan y le envían besos que recibe sin verlos. Las niñas la quieren como se quiere a alguien que no te traicionará jamás. Ella nota este calor y su voz es lenta y grave. Es negra como una noche suave, es aquella a la que se encuentra de inmediato en mitad de los demás, la no igual, una niña gigante, y las que vuelven a sus casas por la tarde no hablan de ella, guardan para sus adentros el descubrimiento de su Moetta Bella y aprietan los labios cuando sus padres les preguntan si la negra tiene el mal de ojo.

Sabe que no debe encariñarse con ninguna de esas estudiantes, a las que admiten a partir de los cinco años. Sabe que no debe encariñarse con ninguna huérfana que crece en el seno del instituto hasta que la coloquen o se case. Sabe que no debe encariñarse con nadie más que con Dios. Es lo que dicen, pero no lo cree. Lo que cree es que hay que amar más allá de tus fuerzas, y no teme las separaciones, ha abandonado a tantas personas que está llena de ausencias y soledades. Lo que hace ahora, ayudar en las cocinas y contar historias a las niñas, es exactamente la razón por la que vino al mundo. En cuanto deja la cocina o a sus pequeñas, se va a rezar a la sacristía, ese refugio detrás de la iglesia que da al patio de recreo.

Desde ahí oye los gritos de las niñas y se recoge en ese mar de voces absorbido por el silencio de la sacristía, como el sol en un agua clara. Le habla al Paran y este nunca la rechaza, es un amor para siempre, el gran campo en que reposa, y tiene la sensación de que su corazón va a estallar de alegría y de dolor. Se encuentra paralizada por la sensación de agradecimiento y se esfuerza por dar lo mejor de sí misma, todo lo que puede. Las historias que cuenta a las niñas son las de una infancia edulcorada, sus desgracias se convierten en aventuras; su desesperación, en grandes sustos. Pero al acostarse por la noche, la cosa cambia. A fuerza de devanar el hilo, los recuerdos y las imágenes resurgen en su interior, brutales y verdaderos. A veces le falta el aliento y la angustia sube por su cuerpo como una calentura, la envuelve, la aprisiona, se tiene que levantar por la noche para no sucumbir al pánico. ¿Son esos recuerdos reales? De lo que ha huido su alma es testigo su cuerpo, y, poco a poco, armoniza los dos, acepta lo que le sucedió y que no puede ser de nadie más, ninguna otra vida más que la suya. Reconstruye lentamente su familia, su poblado, la época de *antes*, pero su nombre no lo recupera. Se quedó allí, un nombre que en Italia sería difícil de pronunciar, no sería más que una deformación de lo que solo su madre puede decir. Entonces, incluso este olvido imperdonable lo acepta y su vergüenza se convierte en el secreto de su madre.

En 1907, cinco años después de su llegada a Schio, la que fue expuesta durante dos días como un animal salvaje domesticado es nombrada primera cocinera del instituto. Bakhita tiene treinta y ocho años, la madre superiora le entrega las llaves de la cocina y destina a tres huérfanas, Anna, Elena y Elvira, a su servicio. Llaves de la cocina, de los armarios, de la despensa, de la bodega, del almacén… es un manojo pesado y un gesto de reconocimiento. Anna y Elena cuentan historias que los demás escuchan con divertida curiosidad:

—¡Ayer la Moretta escondió la harina de maíz! No pudimos hacer la polenta, quería que improvisáramos otra comida, y nos dijo: «¡Niñas, rápido, una idea!». Fuimos corriendo a ver al jardinero y recogimos y pelamos tantos calabacines ¡que aún tenemos las manos verdes!

—El otro día que llovía tanto, nos hizo añadir clavo y cebolla en todos los platos, diciendo: «Las niñas tienen frío». ¡Quiere *curar* antes de que haya enfermos! *O Dio!* Y yo, con todas esas cebollas, ¡me pasé llorando la mañana entera!

—¡Oh, Jesús, María y José! ¡Sed compasivas y no os burléis!

No se burlan demasiado. Las hermanas y las huérfanas están contentas porque saben que comerán bien, que no habrá desperdicios ni imprevistos, y que los visitantes, eclesiásticos y familias, admirarán la manera en que se lleva la cocina del instituto de Schio.

Elvira no cuenta lo que sucede en la cocina. Pidió trabajar allí para estar con la Moretta. No tiene talento para cocinar y, cuando salga del orfanato, no tiene la intención de buscar trabajo como

criada. Le gusta dibujar y pintar. Pero en las cocinas está con la Moretta, a la que conoce desde que tiene diez años y a la que quiere tanto. Trabaja en ese sótano oscuro de paredes recubiertas de restos de hollín, en ese ambiente atareado y generoso, y cada uno de sus días está protegida. Elvira es una adolescente grande y robusta, con un cuerpo que concuerda mal con la finura de su rostro liso y anguloso, sus ojos marrones y vivos y sus pálidos labios. Se diría que ese rostro se ha equivocado de cuerpo o que, por el contrario, ese cuerpo lo protege, una joven frágil llevada por un atleta. En el jardín de infancia, Elvira era enclenque, con el pecho cóncavo y las piernas tan delgadas como juncos y se caía tanto que a las heridas de sus rodillas no les daba tiempo a cicatrizar. Con el paso de los años, se concentró en sí misma para fortalecerse, atravesó la infancia como si se tratase de un campo minado y venció. Desde que tiene diez años conoce las historias de la niñita negra a la que secuestran diciéndole: «Si gritas, te mato», y que no grita, la niñita que duerme en el árbol y a la que no devoran las bestias salvajes, la esclava que camina por el desierto y que se monta en el barco gigante después de haber suplicado al amable cónsul italiano que la llevase consigo al país que salva a los africanos. Como la Madre Moretta, Elvira no tiene familia. Su infancia es como un terreno baldío en el que le cuesta desentrañar los recuerdos reales del cuento que se ha inventado, la infancia está hundida en un tiempo lejano que tiembla como un paisaje que se mira a través de las pestañas, que vacila y desaparece. Sabe que su madre aún vive, no demasiado lejos, al otro lado de los Alpes. Aguarda a que regrese sin esperanza y puede que sin desearlo. Su madre escribe que va a venir, pero no viene nunca, cada carta es un acontecimiento decepcionante. ¿Por qué no viene? ¿Se acuerda realmente de su hija?

—¿Y tú —le pregunta Bakhita—, tú te acuerdas?

—Me acuerdo de lo que me dijeron. Poco después de haber emigrado a Ginebra, se dio cuenta de que estaba embarazada, pero en Suiza los emigrantes no tenían derecho a tener hijos. Entonces, pocos días después del parto, me entregó a mis abuelos, que se habían quedado en el pueblo. Fue mi abuelo quien me llevó a

Posina, no pesaba más que un lechón, decía, y estaba pálida como la leche. Me acuerdo de que decía eso, el lechón y la leche, y siempre me imaginé que era un cerdito en pañales. Tenía cinco años cuando murieron, él y mi abuela. Tuve mucha suerte.

—¿Suerte?

—Tuve una buena madre. Me alimentó. No se ponía aceite en los pechos, como hacían las demás.

—¿Qué aceite?

—Aceite de alcanfor, para que el bebé no mame. Muchas mujeres emigrantes mataban de hambre a sus pequeños, se detenían justo antes de que muriesen. Entonces, los llevaban al orfanato.

—Ella te quiere.

—Madre, voy a enseñarte las conjugaciones.

—¿Qué?

—Voy a enseñarte los tiempos verbales. No puedes hablar siempre en presente, porque no está bien lo que dices.

—Sí. Lo que digo está bien. Es lo que pienso.

—No. Tú dices que mi madre me quiere. Es tan falso como si dijeses: «Tu madre viene». Hay que decir: «Tu madre te *quería*» y «Tu madre *vendrá*».

—Tu madre *vendrá*. Y siempre te *querrá*. Bueno, ahora, a trabajar.

Bakhita dicta a Elvira los pedidos, anticipa las cantidades, prevé, y su vida vuelve a encontrar puntos de referencia. El más tangible es Clementina y sus hijos, a los que llama sus «sobrinos». Stefano murió repentinamente el año anterior. Lloró mucho por ese hombre providencial y bueno, pero él mantuvo su promesa y hoy Bakhita tiene, como las otras hermanas, una familia. Recibe visitas, paquetes, y tiene fotos en su mesilla de noche, colocadas junto a imágenes piadosas y la estatuilla de la Virgen. Con Elvira, aprende a hablar en futuro y en pasado, y eso cambia los acontecimientos, los ordena y los clasifica. Un día, Elvira le muestra los dibujos que ha hecho de la pequeña esclava que duerme en los árboles. Se queda sin palabras. Esos dibujos son ella. Es tan pequeña… parece picara y espabilada, pero, sobre todo, parece «dulce y buena».

—¿Cómo sabes cómo soy?

—¡Cómo *era*, Madre! ¡En pasado!

—No. Es cómo soy. Ahora. En el dibujo me reconozco ahora.

Elvira se abraza a su cuello y la besa en las mejillas que huelen a lejía; Bakhita desearía abrazarla con fuerza, pero eso no se hace. Nada de efusividad ni favoritismos. Sin embargo, cuando le dice «Madre», la palabra no es la misma que para las otras hermanas.

—Mañana te traeré otros dibujos. Dibujaré a la niña que cuida de las ovejas.

—No las ovejas. Las vacas.

—Las ovejas, las vacas, no importa. Lo que me interesa eres tú.

—Pero yo soy las vacas. Es más difícil. Y las ovejas… no me gustan. Un día te cuento por qué.

Y todo esto se repite y se propaga por el instituto: las historias de la Moretta, y a los ojos de la comunidad es como si creciese, se les escapase un poco, como si tomase la forma de una persona compleja. Humana, a la misma altura que ellos.

La cocina es su reino y su orgullo. Levantarse cada día para alimentar a las niñas apacigua la culpabilidad por haberse salvado, tan lejos de los demás. Pero una mañana, la madre superiora, Madre Margheritta Bonotto, le dice que se acabó. No trabajará más en las cocinas. Lo siente como una zancadilla, una caída lenta, y se pregunta hacia dónde va a dirigir ahora su amor y su alegría.

—Madre Giuseppina, te asigno a la sacristía. ¿Entiendes lo que esto quiere decir?

—Sí, Madre. Le doy las gracias.

—Ser sacristana es más importante que ser cocinera. Te has ocupado del alimento de los hombres, ahora prepararás la comida en la Casa del Señor, las hostias y el vino de la eucaristía.

—Gracias, Madre.

—No pareces muy contenta.

—Lo estoy.

—Claro que tendremos que acostumbramos a comer peor, todos

debemos ofrecer al Señor ese… pequeño sacrificio. ¿Me devuelves las llaves, Madre Giuseppina?

Le tiemblan las manos y las llaves hacen ese ruidito de metal que no le gusta. Se reprocha vivir ese cambio de oficio como una separación. Ser sacristana es un honor y una gran responsabilidad, lo sabe. Entrega las llaves de la cocina, está desorientada y herida.

—Voy a dárselas a la cocinera principal, vuelvo en una hora y te doy las otras llaves, las nuevas. Una hora, ¿comprendes cuánto tiempo es?

Mira por la ventana la sombra del gran castaño en el patio.

—Sí. En una hora, estoy… estaré aquí, Madre.

Se inclina y se marcha con sus lentos andares, mantiene la costumbre de pegarse a las paredes para que se la vea menos, para asustar menos. Se sienta en un banco del pasillo y escucha a las niñas recitando el catecismo antes de que comience la clase. Aprenden en italiano, el idioma de todos los libros, también ellos deben olvidar su dialecto, sabe cuán difícil es pensar con calma cuando hay que hablar en una lengua más huidiza que el agua del torrente. Se repite que cumple la voluntad del Paron. Se repite que se ha salvado y que es la bienaventurada hija de Dios. Se repite que le están concediendo un honor. No sabe qué hacer con su tristeza infundada. Dicen que va a cumplir cuarenta años, y ahí está, llorando delante de un aula, se mira las manos nudosas y se siente sola de una manera a la que no tiene derecho. Entonces se levanta y se dirige a su celda, intenta caminar lo más erguida posible, con la cabeza en alto se muerde los labios, su respiración es ruidosa, siente alivio por no cruzarse con nadie ni en los pasillos ni en las escaleras. Va a vivir alejada de los demás ese dolor pesado que sabe que solo se calmará con llantos de una violencia tan sorprendente como habitual. «Cuando uno es infeliz, uno cree que siempre lo será, ¿no te parece, Madre?». Le había costado comprender el significado de la frase de Elvira. Había reflexionado largo tiempo y le había dicho que no estaba de acuerdo. Cuando ella es infeliz, siente que vuelve a algún lado, un lugar en el que dejó a alguien a quien querría traer consigo de vuelta. Pero que no viene. Hubiera querido añadir que,

cuando es feliz, siente que siempre lo será. Pero se hizo un lío y dijo simplemente: «Cuando uno es infeliz solo hay que hacer una cosa y ya está. Hay que confiar».

Va a ser difícil dejar de alimentar a las niñas. No volver a reunirse con ellas en el patio. No cuidarlas, consolarlas, contarles una historia. Cómo pronuncian mal su nombre, sus besos y sus risas, y esa familiaridad que hace tanto bien en esta vida de religiosa vivida de modo contenido y con un prudente respeto. El trabajo que le espera en la sacristía le parece irreal, demasiado inmenso. Va a preparar la Casa del Amo. Será ella quien abra cada día las puertas de la iglesia. Preparará los oficios, los libros, las vestiduras y los objetos litúrgicos, las vasijas sagradas, los cálices, los copones, los ostensorios, los expositores, las pilas de agua bendita, las bandejas, será ella quien se encargue de que siempre haya hostias, vino, pero también carbón, incienso, cirios, pantallitas para las velas, cerillas, madera de boj, deberá saberse de memoria los ritos y el orden de los ritos, será la guardiana del Templo del Paron. La sirviente.

Le gusta caminar por la ciudad. Le gusta ir sola, lo que es algo excepcional para una canosiana, pero, cuando va sola, puede caminar lento, sus piernas la hacen sufrir, y lentamente ve mejor, observa, con su larga silueta apoyada sobre el paraguas cerrado anda por Schio como por un jardín. Nunca habla de sus sufrimientos físicos, su trabajo es meticuloso, sin grietas, es sacristana con pasión. Nadie sospecha que sus rodillas son como dos fuegos posados en sus piernas, que le cuesta caminar, arrodillarse, volver a levantarse, que se despierta cada noche porque el dolor corre bajo su piel y le roe los huesos. Camina sobre el pavimento desigual de Schio con la cabeza gacha, y el mundo llega a ella lleno de su furor desordenado, con el ruido de los niños jugando entre las mulas y los perros, las carretas, las bicicletas, los mercaderes, el agua sucia y los desechos, los innumerables niños que, como en su poblado, son responsables, desde que saben andar, de los que nacen después de ellos. Observa los muros amarillos y rosas de las casas apretujadas, nota la humedad de los patios abarrotados, la vida surge en el interior de una urgencia sobreexcitada y, a veces, se apacigua, como un cansancio grande y dócil. Camina con precaución en el mundo en que vive. Todavía hay, y siempre habrá, gente que tenga miedo de ella, que la llame la negra, el diablo, el mono; ella lo teme y se protege de antemano con su sonrisa un poco cansada por el eterno combate. Hace irnos días la madre superiora le preguntó qué eran esas historias que contaba a los niños en la época en que estaba en las cocinas. No supo qué responder.

—¿Son historias reales?

—Un poco.

—¿Son historias que te sucedieron a ti? ¿Es tu vida?

Al principio dijo que no. Y luego borró la mentira y dijo que sí, e inmediatamente se arrepintió. Hubiese preferido que Madre Bonotto no le hiciese la pregunta, recuerda bien el proceso en Venecia, recuerda la pequeña fiesta que tuvo lugar tras su bautizo, recuerda a todos los curiosos que acudían al instituto de las catecúmenas, recuerda que le preguntaban por qué no se había rebelado, por qué no se había vengado… ¡Y la pobre! ¡Oh, la pobre! Qué pena les daba. Y en su mirada se encontraba como en una jaula, observada y condenada. Pero la madre superiora quiere saber. Y ella debe obedecer. Preferiría fundirse con los muros del convento, desaparecer en la luz oblicua de la iglesia, ofrecer su trabajo al Paron y que él la guarde para siempre. Pero Madre Bonotto le ha pedido que vaya al despacho de Madre Teresa Fabris y ha ido. Se ha sentado frente a ella y ha obedecido cuando le ha pedido que le cuente con claridad y con calma esas historias que les contaba a los niños.

No sabía que se escribiría lo que dijese. Hablaba y veía sus frases transformadas en palabras, sucesiones de manchas negras, y le pidió a Madre Fabris que le dijese:

—«Mi madre tiene muchos hijos. Mi madre es muy hermosa. Mi madre mira la mañana, siempre, quiero decir, mira al sol cuando viene. Y me acuerdo de eso».

Le dio vergüenza. ¿Realmente habla así? ¿Cómo una niña pequeña? Tiene cuarenta y un años y, por escrito, su vida se parece a una canción infantil. Una canción naif y banal. Su vida es banal, su vida de esclava es semejante a la de miles de otros, desde hace siglos, pero ella está en ese despacho y alguien escribe sus palabras, ella, que «ni se rebeló ni se vengó». Desearía que la olvidasen. Se encuentra al borde de las lágrimas.

—Perdón, Madre Giuseppina, por remover estos recuerdos. Pero la Madre no removía nada. Al contrario. Escribía su incapacidad para decirles, para contarles. ¿Qué había que hacer? ¿Subirse la manga, el vestido, y mostrar sus cicatrices? ¿Relatar por medio de gestos el rapto, el trabajo, la violencia y el miedo? Elvira lo

sabe hacer, con sus dibujos lo relata mejor que con palabras. Señala la hoja escrita y pregunta:

—Madre, ¿para qué vale?

—Para saber. Tu vida. África.

—¿África?

—Sí, claro.

—Madre, perdón, pero… Conozco el mapa. El cónsul me enseña el mapa y Giuseppe Checchini me enseña el mapa. Y África… Es grande. Y yo… ¿qué puedo decir?

—Hay que contarlo, Madre Giuseppina, las tradiciones, la comida o la religión.

—¿La religión?

—Pues sí. Antes de conocer al verdadero Dios, ¿qué ídolos adorabas?

—Prefiero salir al jardín.

—Giuseppina, ¿entiendes lo que te he pedido?

—Prefiero salir al jardín.

Caminaron por el jardín que se encuentra detrás de la iglesia. A comienzos de otoño, la luz era clara y vacilante, el perfume amargo de las patatas y de los rosales salvajes recordaba a la intimidad de las casas, algo de esas habitaciones abarrotadas y antiguas; hacía un poco de frío para Bakhita y Madre Fabris le había colocado un chal sobre los hombros. Su ternura era semejante a su ignorancia, y su torpe buena voluntad traicionaba su falta de experiencia. Bakhita se preguntaba cómo, con qué palabras decírselo. Conocía algunas preguntas de antemano: sobre sus torturadores, el perdón, su conversión, y sus respuestas parecían siempre algo diferente de lo que se esperaban. Era distinto y, también, más sencillo. ¿Sus torturadores? Los había encomendado al Paron hacía mucho tiempo, no cargaba con ellos, aparte, por supuesto, de cuando decidían visitarla en las largas noches de pesadillas. Pero se liberó de ellos, porque Dios perdona en su lugar. Es su hija y Él hace eso por ella. ¿Sus historias son reales? ¿Sus recuerdos son suyos? Pero nada es verdad, solo la manera en que se vive. ¿Cómo decirles eso? ¿En veneciano? ¿En italiano? ¿En latín? No tiene ningún idioma para

eso, ni siquiera una mezcla de dialectos africanos y árabe. Porque no está en las palabras. Está lo que uno vive y lo que uno es. En el interior. Es todo. Le preguntan si echa de menos a su madre, si echa de menos a su padre y a sus hermanas, su poblado, y tiene ganas de decirles: como vosotros. Sí, como vosotros, porque todo el mundo ama a alguien a quien echa de menos. Pero no es lo que quieren oír. Quieren oír la diferencia, quieren amar con esfuerzo, acercarse a ella como se descubre un paisaje peligroso, el África arcaica. Son tan sinceros… Pero lo único que podría hacer ella es decepcionarlos, porque su vida es simple, y los sufrimientos pasados no tienen palabras.

Cada mañana las puertas del instituto se abren a las alumnas y a las institutrices, y el mundo entra con ellas. Ese 3 de noviembre de 1911, las hermanitas rodean a Anna, la más joven de las institutrices. El periódico que tiene en las manos alaba a un héroe nacional: Giulio Gavotti. Miran la foto. No entienden lo que representa, sobre qué está sentado ese joven. Hay unas barras metálicas, dos toldos y él está sentado en medio, con sus botas y su sombrero. La madre superiora dice que hace dos años, en Francia, un hombre atravesó el mar sin tocar el mar, se lo contó su sobrina, emigrada a París. Anna dice que ese francés, Blériot, voló por encima del mar.

—¿Por encima del mar?

—Sí. En el cielo.

—¿El cielo?

Nadie se atreve a ir más lejos. Es incomprensible, casi una blasfemia. Pero en la foto ese hombre sentado vuela como un pájaro en el reino celeste. Anna explica:

—Vuela con esa máquina: «Etrich Taube», se llama así, lo pone: «Monoplano Etrich Taube».

Así dicho suena todavía más agresivo. No saben cómo pronunciar esas palabras. Pero el nombre del joven, del héroe, Giulio Gavotti, es tan bonito y tan italiano que Gabriele d'Annunzio ha escrito un poema. No pueden entretenerse más, deben comenzar las clases, y cada una se va por su lado. El periódico se queda en la conserjería y pronto se olvida en un rincón. Ese día las institutrices hablarán un poco del asunto entre ellas. Y las hermanas, jamás. Sus comidas son silenciosas; sus días, laboriosos; sus distracciones, alegres, casi infantiles; y sus noches, entrecortadas

por las oraciones. Las palabras en el periódico celebran lo que sucedió el 1 de noviembre de 1911. El primer bombardeo aéreo de la historia. Cuatro granadas de fragmentación lanzadas con la mano por el piloto Gavotti sobre Libia. Por aquel entonces, nadie sospecha que esta guerra, corta y de fácil victoria, va a despertar el nacionalismo en los Balcanes, pues nadie nunca ve venir las catástrofes humanas que, una detrás de otra, tienen lugar en el mundo, se suceden para perpetuar el salvajismo y el desastre comunes. Los primeros arios del siglo XX preparan la Gran Guerra, pero los conflictos están lejos y los muertos tienen poca importancia. Se trata de desiertos y colonias, se trata de imperios desmantelados, y la gente sueña con la expansión y las revanchas territoriales. Las hermanas canosianas enseñan pacientemente a las niñas las oraciones y el alfabeto, el cálculo y el bordado. Pero se oye un rugido que se aproxima a ellas por la espalda como un alud en la montaña. Su mundo va a sufrir un vuelco, viven en un presente efímero, pues en algún lugar hay hombres que sueñan por ellos, y su heroísmo será su martirio.

Bakhita se entera por casualidad, un día en que lleva a la lavandería la casulla y el alba del sacerdote, de que cayeron granadas en África. A la hermana lavandera nunca le ha gustado Madre Giuseppina, y a pesar de que no destiñe como había temido cuando llegó, encarga a sus auxiliares que laven las sábanas que tanto asco le dan.

—Han lanzado granadas en tu hogar, Madre Giuseppina, ¿sabes lo que significa?

—¿En mi hogar?

—¡África! ¡Bum!

—¿Qué Áfirica?

—La tuya. ¡Bum!

Bakhita no le dirá a la hermana lavandera lo que sabe. Ni sobre África ni sobre las granadas. Hace tiempo que comprendió que, para tranquilizar a los demás, debe seguir siendo la que no sabe nada, y permanece impasible cuando algunos gritan para hablarle o lo hacen

con un lenguaje entrecortado, con palabras inconexas. Se calla y sonríe. Espera. Sabe muy bien cómo esperar. Ha tenido tantos amos, ha recibido tal cantidad de órdenes locas, que sabe que callarse es a menudo la actitud más prudente. Ese día no le contesta a la hermana lavandera, le lleva la ropa sucia y coge la que está limpia, como hace de costumbre. Pero cuando se marcha, su corazón se sacude lleno de pánico y le silba la respiración, se arremolina en su garganta, como los ruidos del agua en las gargantas de las mujeres, las esclavas con argolla al cuello. Nota el sudor cayendo por sus mejillas y llega como puede hasta la sacristía para guardar la ropa. Sus manos se afanan con gestos minuciosos, doblan lentamente, alisan y acarician, separan las vestiduras con una tela limpia; tiene la vista nublada y verifica lo que hace con aplicada concentración: que no hay ningún resto de gusanos, polillas o ratones en los cajones, que la ropa no toca la madera, que no hay polvo ni ningún desgarrón en los hábitos sagrados; y luego vuelve a empezar, saca las albas, las casullas, las estolas, las despliega, las apila, las mezcla. Y se sienta. Toda la ropa está desordenada y ahora ya no sabe qué debe hacer. «¡África! ¡Bum!». No hace ese ruido. África explotando. La amenaza es silenciosa y las explosiones se parecen a un grito de la tierra, profundo y confuso, su eco en las montañas tiene el tempo de un corazón que estalla. Recuerda el avance del Mahdí. Vuelve a ver, por primera vez con claridad, la noche en la que el amo turco reunió a sus esclavos antes de dispersarlos para abandonar lo más rápido posible Sudán. Oye los gritos de los separados y el pánico de las almas en el límite del dolor.

Nació en la guerra. Ha visto a tantos hombres y niños armados, a tantos muertos, heridos y mujeres violadas, que seguramente haya vivido ya varias vidas. Piensa en su aldea. ¿Acaso nadie de aquí se lo habría dicho si hubiesen lanzado granadas contra su poblado? Pero, para eso, habría hecho falta que diera nombres, que entendiera los mapas, que hablara correctamente. Mira las vestiduras de los sacerdotes, mezcladas y arrugadas, una pila de colores vivos e hilos de oro, se diría que es una colina dibujada por unos niños. Qué

desastre. Deja fluir las lágrimas. Debería guardar la ropa y limpiar los candelabros, pronto será la hora del oficio de nona, lo ve en la luz que llega desde el patio. Pero llora, y no puede hacer nada más. Alza los ojos hacia el esclavo crucificado que conoce la guerra. «Dichosos los que lloran, pues ellos serán consolados». Echa de menos a Madre Fabretti. Llora y se dice que hacen falta mucho tiempo y muchas lágrimas para entender la vida del convento. Se arrodilla, se inclina como no debe hacerlo, a la oriental, porque así, con las palmas y la frente desnuda contra las losas, con el busto inclinado y los brazos estirados, es como mejor piensa en África.

Le han dado permiso para acompañar a la estación a Elvira. Tiene coraje como para las dos. Reserva la pena para más tarde, no muestra su tristeza, solo su confianza y su orgullo. Le gustaría llevarle la maleta, pero no tiene fuerza suficiente, su cuerpo sufre, ya no tiene ni la resistencia ni el aguante que tantas veces la salvaron, camina como respira, con esmero y prudencia, y cada vez se ve más ese sufrimiento tenaz. Elvira es robusta, lleva sus maletas y se fuerza a ir al ritmo de Bakhita, a pesar de que desearía correr, dejarlo todo muy rápido, sin pensar ni sufrir.

Es una mañana seca y agrietada, se ve la nieve en lo alto de las montañas y los caminos áridos, que pronto los rebaños dejarán desiertos, anuncian el invierno que va a devorar el día, helar la tierra y desesperar a los campesinos. El sol es blanco, las sombras pálidas, se diría que nada se mantiene, que todo está listo para desvanecerse y desaparecer. Es el otoño de 1913, una época de la que nadie se acordará y que, sin embargo, cada uno debería guardar como un tesoro. La estación todavía es el lugar de las separaciones voluntarias y del viaje individual; las despedidas aún no son desgarradoras. Bakhita se detiene para recobrar el aliento, a pesar del frescor del día sus párpados y su frente están perlados de sudor. Mira a Elvira, le parece tan joven, pero ya podría ser madre, es extraña esa precipitación del tiempo, como si todos creciesen de golpe.

—Tienes razón en marcharte, Elvira. Hay que irse cuando uno lo desea mucho.

—Te escribiré a menudo, Madre. Te enviaré postales todas las semanas, todo el tiempo.

—Dibujos. Lo prefiero.

—No voy a dibujar en las calles, voy a dibujar en los talleres. Ya te lo he explicado. Voy a dibujar a guapos muchachos, ¡a magníficos modelos! ¿Quieres que te envíe dibujos de chicos guapos? Perdón… Me pongo tonta cuando estoy emocionada.

—Tienes que tener cuidado, mucho. Los hombres no entienden la alegría de las chicas.

—Los parisinos son muy románticos.

—¿Qué es «romántico»?

—Es… dulce… amable… amoroso.

—¡Oh! ¡Rezaré por ti! Qué inocente…

Retoman la marcha y ya no se oye más que la respiración voluntariosa de Bakhita, sufre con los zapatos, caminaría mucho mejor sin ellos, tiene los pies deformados y cada vez más hinchados. Elvira querría correr y gritar. También llorar, de irritación y de felicidad. Deja Italia, huye de la espera de su madre, de su necesidad de ella, no quiere pasar su vida esperando sus cartas, y tampoco quiere estar al servicio de los burgueses de Schio. No dice que va a emigrar a Francia, dice que va a estudiar pintura en París, como muchos otros artistas italianos. Se ofrece a ella misma una identidad y un poco de altura. Llegan a la estación y no tienen nada más que decirse. Se encuentran en ese tiempo que ya no les pertenece, en ese ruidoso y confuso lugar donde todo es inútil. Donde todo es importante.

—¿Tienes también el billete para Milán? ¿Tienes todo?

Elvira no responde, mira a su Madre, hace once años que se conocen, y Elvira ha dibujado tantas veces ese rostro profundo que ya se sabe las expresiones de memoria, la concentración durante el trabajo, los sobresaltos por un simple ruido, por las llamadas del exterior, los pasos, los silbidos, la sorpresa alegre al mínimo signo de afecto, la mano tapándose la boca antes de una risa verdadera, sus ojos mirando al cielo y los labios que se muerde cuando no encuentra las palabras, la conoce y le gusta sacudirla un poco, sacarla de la conveniencia, que olvide a la religiosa, y que la mujer extraña y apasionante que es salga a la superficie. Pero los retratos que ha hecho cuando se ríe demasiado fuerte, cuando canta cerrando los

ojos, cuando se mira las manos en silencio, Bakhita no quiere que Elvira se los quede.

Desearía una vida sin miradas. Le pide que destruya los dibujos. Elvira no siempre lo hace. Conserva esos retratos como un privilegio. Ahora la Moretta es conocida en Schio, antiguas alumnas del instituto que se la cruzan por la calle acuden a ella con un entusiasmo contenido por la timidez de los que han crecido, ya no se atreverían a llamarla Moetta Bella, no se atreverían a decirle «¡Ven!», y recuerdan con vergüenza que le chuparon las manos para probar el sabor del chocolate, que le frotaron pañuelos en las mejillas y cómo ella las dejaba poner las palmas sobre su rostro para notar su piel diciendo «No tengas miedo». Y también «¿Tienes hambre? Dime si tienes hambre, dímelo siempre». Elvira cree que quizá haya sido su favorita y que también muchas pensionistas habrían deseado eso tanto como ella: ser aquella a la que la Madre Moretta quiso por encima de las demás. Ahora va a dejársela, será toda para ellas, las alumnas, las huérfanas, y se pregunta si hay mujeres negras en París, si las miran como miran a su Madre, como aquí, en el andén, con esa molestia ofuscada.

Bakhita ve antes que Elvira la nube gris atravesando los árboles a lo lejos; se infla, se oscurece, y la fuerza ruidosa de la locomotora, ese silbido que desgarra los tímpanos, ¿está hecho a propósito para que al fin puedan gritar todo lo que se guardan, ese miedo a marcharse y esa eterna sensación de soledad? Un pequeño mechón se ha escapado de la cofia de su Madre. Elvira lo pone de vuelta en su lugar sonriendo.

—No me habías dicho que tenías el pelo negro.

—Pronto soy blanca.

—Seré.

—Sí. Seré blanca.

—¡No lo hagas nunca, Madre! No quiero que te parezcas a los demás. Jamás.

La abraza con fuerza y siente su corazón contra el suyo, sus huesos tan delgados, y el sudor que le cae por el cuello. Elvira no cree en Dios, pero es sincera cuando le dice:

—Reza por mí, Madre. No soy tan inocente como crees, pero reza de todos modos por mí.

Bakhita cierra los ojos, expresando de este modo un sí, muy dulce, muy verdadero. Elvira se aleja, no le deja más que la multitud y el humo, el pánico habitual de los viajeros mezclándose ya con los pesares y los remordimientos, con los besos que se mandan y las lágrimas que se llevan hasta el hogar, con tanta valentía que uno se pregunta por qué la vida es esta montaña de renuncias y tristezas.

El tiempo pasa y no deja su huella en ningún lugar más que en los cuerpos que envejecen y en los niños que nacen. La guerra ha comenzado en Francia, al otro lado de la montaña, y en Austria-Hungría, al otro lado del río. Los periódicos hablan de países aliados y de países enemigos, de países lejanos o codiciados, Rusia, África, hay disputas y desafíos: ¿debemos luchar también, romper el pacto de neutralidad, hacer la guerra o no hacerla, y en qué bando, con Alemania y Austria, aliados de Italia, o con Francia e Inglaterra? Los hombres instruidos leen los periódicos, se berrea en los cafés, en las familias y en las plazas se habla de revolución, de república, de imperio, de democracia y de despotismo. Los socialistas, entre los que se encuentra Mussolini, exhortan a los obreros y a los campesinos al pacifismo, los sindicalistas y los intelectuales desean que el proletariado luche al fin, los patrones sueñan con producciones a gran escala, los nacionalistas quieren borrar la humillación de la emigración y reconstruir la nación, los emigrados huyen de Francia, Bélgica y Alemania para regresar al país, y en las calles el pregonero ya no anuncia solamente la hora de un entierro o el paso de un mercader, ordena también las asambleas delante del ayuntamiento donde el *podestá* va a hablar, más alto y más fuerte que los demás; los hombres reviven al tomar parte en todo esto, hablan sin cesar, pegados a los acontecimientos, se excitan, se manifiestan y luchan por una guerra de la que, en el fondo, nada saben. Entonces cambian de bando y de parecer. Mussolini, excluido del partido socialista, hace campaña por entrar en la guerra, anarquistas y nacionalistas se adhieren a su causa, crean los Fascios de Acción Revolucionaria, Italia se divide, se pelea en las propias casas, es un frenesí que ya nada puede contener, una exasperación y una

embriaguez que desbordan.

En la enfermería del convento, Bakhita reza, el día entero sin descansar, y en la noche sin dormir. El mundo viene hacia ella, lo reconoce, es como un mercado, el bazar del comercio de los hombres, siempre el mismo, la agitación desorientada. Es el invierno de 1915, se encuentra desde hace varias semanas sentada sobre su cama en la enfermería, sujeta por montones de almohadas, tose sin cesar, su piel se vuelve violeta, un violeta oscuro y rasgado, se ahoga bajo las quemaduras de una tos crepitante y le parece que la están despellejando en su interior, le despedazan los pulmones, en el fondo de su pecho, está tan agotada como después de haber corrido bajo el sol, le suda el cuerpo, y para mayor vergüenza, le cambian las sábanas cada día. Podría partir ahora, en la calma del convento, con el crucifijo encima de la cama y la visita del sacerdote cada mañana, pero quiere permanecer en el caos humano y lucha contra la bronconeumonía. Sabe que los hombres quieren la guerra y que la tendrán, irán los padres de familia y los jóvenes a la masacre, eso que llaman «la gran experiencia colectiva», y sus mujeres y sus madres quedarán inconsolables, irreparables, como quedó la suya. Bakhita se acuerda, después de los golpes de Samir, después de la tortura del tatuaje, de los meses rechazando a la muerte, tumbada sobre su estera en el suelo, esa tierra que conservaba la huella de todos los mártires, y siente cómo todo eso gira y se mantiene, todos los dolores humanos en el ruido de los combates. Respira mal, tiene fiebre, pero nunca ha tenido la mente tan lúcida. El tiempo de la enfermedad parece un tiempo irreal, pero oye lo que sucede, huele los olores y ve el día nacer y desaparecer detrás de la ventana, está en una realidad que confunde los seres y las épocas, las vidas con las que se ha cruzado, las personas con las que ha vivido, oye las arengas de los fuertes, las cancioncillas de los niños, los cánticos de las hermanas, los eslóganes de las manifestaciones, la canción de los jornaleros, «Polenta de maíz, agua de la acequia, trabaja, patrón, pues yo, yo no puedo…», piensa en las alumnas que ya han crecido, en los niños a los que ha visto nacer, en esas generaciones de

soldados. ¿Van a esconderse los hombres en las colinas o a salir de las casas, salir de las grutas y de las cabañas, de los sitios más recónditos, Eutichio el encantador de lobos que vive en la montaña, Angelo el carbonero que vive con los suyos en el bosque, Taño el guarda analfabeto de las cabras, los campesinos sin tierras y los que se esconden en los campos y sobreviven gracias al contrabando de tabaco? Todos esos hombres que ya no saben dónde ni cómo vivir, ¿van a unirse al gran movimiento de los ejércitos? Hay que rezar por los hombres que quieren luchar y no quieren morir, que quieren ser únicos y vestir de uniforme. Desearía decirles cuán rápida es la vida, no es más que una flecha, ardiente y fina, la vida es una sola reunión, furiosa y milagrosa, se vive y se ama y se pierde lo que se ama, entonces se ama de nuevo y siempre se busca a la misma persona a través de todas las demás. No hay más que un amor. Una sola hostia compartida. Un solo pan multiplicado. Desearía decirles… pero con su *mezcla* y su timidez, ¿quién la comprendería?

La noche ha caído, el cielo es profundo, la luna ardiente está partida en dos, Bakhita se pregunta en qué parte del mundo vive la otra mitad, invisible en un cielo claro. Esa media luna, tal y como la ve ahora, tumbada en la habitación que huele a alcanfor, éter y madera quemada, la comparte con los soldados del otro lado de la montaña y del otro lado del río, esos países en guerra cuyos nombres no consigue retener. Una vez más, está al abrigo. Está enferma y la cuidan. Le sacian la sed y la alimentan. Forma parte de aquellos a los que todo les es dado. Aparta las sábanas, las mantas, gira las piernas hinchadas, sentada en el borde de una cama demasiado alta, retoma el aliento, y luego se endereza, se acerca lentamente a la ventana, la abre, como acostumbra a hacer por la noche, y recibe el frío de metal de la noche y la luminosidad cruda de la luna. Sus manos se afeitan al borde de la ventana, poco a poco su respiración se calma, pero no oye nada, ni un solo animal, ni un soplo de viento, se diría que la noche ha depositado sobre el convento y la ciudad, sobre las montañas y en las calles, las fábricas y los establos, su desdén abrasador. Ni piedad ni socorro. Querría recitar un *Pater*

Noster, pero se le nubla la mente. Querría arrodillarse, pero tiene las piernas rígidas. Busca su crucifijo palpándose el cuello, el bolsillo, pero no hay nada. Nada más que su viejo cuerpo de esclava, negro bajo el camisón blanco, y ante él, un mundo que guarda silencio. Esclava, sí, es ella. Bakhita. La Afortunada. Aquella a la que un sacerdote apodó burlándose «la mosca de Dios», porque estaba en la sacristía, negra y afanada, negra y zumbando, como una mosca. Es un insecto, o puede que aún menos que un insecto. Va a proteger su vida, por muy minúscula que sea. Va a curarse para poder seguir viviendo, entre los hombres, esos que se reúnen cada día para gritar, agitando las banderas en el aire, esas dos palabras que no pueden ir juntas, esas palabras salvajes, eternas y locas: «¡Viva la guerra!».

Le gusta estar con las niñas y las jóvenes porque le gusta estar con los que comienzan. Los que entran en la vida, atentos, crédulos y resplandecientes. Entienden su lenguaje mestizo, buscan su fuerza y su protección, y se ríen con ella porque para ellos no es otra más que ella misma. Esto lo necesita. Ese agradecimiento sin jerarquía, ese cariño inmediato, una complicidad feliz. Pero hoy las clases del instituto ya no tienen alumnas y las huérfanas se han marchado a Bérgamo. El 23 de mayo de 1915, Italia ha entrado en guerra en el bando de Francia, Inglaterra y Rusia. Los ejércitos se sitúan a lo largo de la Venecia Julia y en los Alpes. Schio ha acogido a los italianos del norte. Mujeres, niños y ancianos. Los hombres parecían haberse multiplicado en un sinfín de hombres atareados, creativos, estrategas, a quienes nada oponía resistencia, que construían puentes de madera por encima de precipicios montañosos, tanques que se tragaban las casas y los árboles, barcos que vivían bajo el agua, aviones insaciables; la guerra era un incendio permanente y, bajo su poder delirante, los civiles huían, se convertían de golpe en seres errantes, a merced de los demás.

En junio de 1916, las tropas austríacas marcharon sobre Venecia, como para recuperar un bien injustamente perdido, y los habitantes de Schio habían huido de la ciudad, habían pasado de ser anfitriones a refugiados. Bakhita los vio partir a pie, en bicicleta, partir con los animales, los pequeños burros cargados, y los perros que seguían a las carretas tiradas por bueyes famélicos sobre las cuales los colchones recubrían una máquina de coser o un espejo, un cubo, una gallina o el retrato de un difunto, ese batiburrillo que no resume una vida sino que admite la imposibilidad de saber de qué

está hecha una vida. Los niños apenas estaban sorprendidos, ya tenían hambre, y sus ojos eran más grandes que sus caras, no hacían preguntas, simplemente seguían el curso de la vida, partían con las madres, los abuelos y todo el resto de sorprendidos y confiados como ellos, una retahila de bebés, de hermanos y hermanas, de primos. Se alejaron de la frontera austríaca, ese imperio al que los habitantes de Venecia habían pertenecido durante tanto tiempo, para refugiarse en Milán, Turín, Ferrara o Cuneo, se alojaban en los hospicios y las escuelas, a los enfermos los enviaban al hospital civil de Vicenza y, bajo mandato del obispo, se pusieron a salvo en Venecia los objetos de culto, desde los más valiosos hasta los más sagrados, desde las santas reliquias hasta los registros parroquiales. Era como un desvanecimiento de la vida, una transparencia y una vuelta atrás. Algunos meses después, los obuses caían sobre las casas abandonadas, y las calles se transformaban en ruinas polvorientas en las que yacían crucifijos quebrados, marmitas de cobre y algunas cartas de amor mal escritas y desgarradoras. Bakhita anduvo por el Schio metamorfoseado, lo que allí avanzaba era la muerte, sostenida triunfalmente por todos aquellos que sobrevivirían, los mercaderes de esclavos que los italianos llamaban «reyes», «emperadores», «ministros» o «presidentes», y que enviaban en caravanas enteras a los hombres hacia el combate. Miró el día palideciendo sobre los muros destrozados, las habitaciones de las casas abiertas, las tiendas destripadas, los arroyos envenenados, y luego, las calles de Schio se vaciaron de sus propias ruinas, se abrieron ante los camiones repletos de soldados, los coches de la Cruz Roja y los de los oficiales, las mulas transportaban cajas de munición, los tractores arrastraban cañones y, llevados sobre las camillas, acostaban a los heridos en los dormitorios del convento y las aulas del instituto. Y para terrible vergüenza de las gentes que se quedaron en la región, el ejército confiscó en via Rovereto una casa para los soldados, un lugar al que no acercarse y cuyo nombre no se atrevían a pronunciar, grosero como el placer. Una casa para olvidar la muerte. Schio se transformó en un cuartel.

Ya no está con las niñas. Ya no está con los que comienzan. Cuida a los que han perdido la edad y que, amputados, mutilados, desfigurados, quieren vivir, y en su tenacidad reconoce la fuerza terrible y amenazante de los que, como ella, en una vida tan lejana y tan cercana, deciden no ceder ni un ápice ante las tinieblas.

Cuando se siente dolor, cuando se tiene hambre, se deja de amar. No quedan fuerzas, Bakhita lo sabe. Así que alimenta a los heridos para que recuperen al mismo tiempo el gusto por el pan y por la vida. Les lleva lo que consigue cocinar sustituyendo la harina por patatas, las mermeladas sin azúcar por compotas de pera, conserva los huevos en el agua con cal, la carne en el fondo del pozo entre el hielo y la paja; inventa, improvisa, y a nadie se le ocurre contradecirla, trabaja en silencio, y cuando sube del sótano, ayuda a las hermanas a alimentar a los soldados. Y sabe. Lo que va a suceder con los que la ven por primera vez. Va a darles miedo. Como la violencia, los va a asustar, pues todo lo que el hombre ve por vez primera lo asusta, toda novedad es una amenaza. Se espera las miradas aterrorizadas, los rostros que se giran, los rechazos, la estupefacción muda y paralizante. Los dormitorios están llenos de eso, del miedo y de la necesidad del otro. Ve a las hermanas experimentadas cuidando sin desfallecer y también a las más jóvenes, a las que contienen las ganas de vomitar, de huir, las ganas de estar en otro lugar, refugiándose en la iglesia para rezar, para rezar con los ojos cerrados, lejos de lo que la vida propone de inhumano, todo aquello que no debería suceder jamás pero que sucede y, simplemente, se impone, se instala y permanece. Se acerca a los soldados con el rostro agachado, con suavidad, para que sus miradas se acostumbren a ella.

Poco a poco, acaba pasando tanto tiempo en las cocinas como en la enfermería. Los vela y, de vez en cuando, se queda traspuesta en un sillón colocado en el dormitorio, y una noche, en el breve fulgor de un sueño, vuelve a ella el niño al que cuidó, el hijo de una esclava muerta durante el parto en la casa serpiente del primer amo. Al niño

lo vendieron después, o lo regalaron, ya no se acuerda, pero, de repente, el vacío dejado por ese niño la desgarra, ella lo dejó marchar, como no retuvo a Binah, siente el pecho oprimido, Kishmet es una anciana en las calles de Jartum, Mimmina se ha marchado de África, su madre ya no está sentada sobre el baobab caído, ¿dónde estáis, a dónde os habéis ido? Se despierta en medio de un ahogo, sofocada y sin aliento, con las manos aferradas al sillón, y el olor del dormitorio, recargado y pútrido, la lleva de vuelta a su sueño, es el olor de las noches en las casas de los esclavos. Se levanta y se arrodilla, en mitad de los heridos. Le habla a su padre, el africano, el hombre al que nunca más ha vuelto a ver, y pide al Paron que lo perdone. Acaba de comprender la culpabilidad y el horror de aquel que la engendró y perdió. Al Padre supremo e infalible le confía el alma desolada de ese hombre, vivo o muerto, su amor y su derrota. Y se calma. Se pone otra vez de pie, camina lentamente entre los soldados dormidos con pasos fatigados, irregulares y vacilantes. Comprende que todo lo que aprendió como *abdá* le sirve hoy. Avanza en la penumbra en medio de las camas alineadas, sabe que en cada uno de esos hombres hay algo muy alto, y algo errante. Algunos morirán antes del alba, sin comprender; otros sobrevivirán a heridas que se pensaban incurables, indiferentes ante el dolor y ante la muerte, Bakhita siente su aliento de niños atónitos. Llega con suavidad, casi a su pesar, el soplo de esa canción que ni siquiera pensaba conocer, y luego canta para los soldados dormidos, que huelen mal y que sufren, canta olvidando las palabras y equivocándose de vez en cuando: «Un airecillo pasaba… Las rosas… su perfume y yo soñaba y mi alma también soñaba. Pero los hijos… los hijos…», y un soldado continúa en su lugar, lo oye al otro lado del dormitorio, una voz ronca y entrecortada: «Mi alma también soñaba. Pero mientras que los hilos corrían sobre el telar, yo oigo, como un disparo en el corazón, la campana resonando. Una quemadura me ha llegado al alma, y he gritado con los puños apretados: maldita sea la fábrica humeante, malditos sean los telares y las lanzaderas, desde hace veinte años consumen mi vida esas máquinas, esos monstruos malditos».

Se encuentra al lado del hombre, sorprendida por la violencia del canto del que no conocía más que el principio: el alma y el olor de las rosas.

—¿Es usted un Lanerossi?

—No, hermanita, soy de la otra hilatura, la Cazzola.

—Y ahora, aquí…

—Sí. De vuelta en la región. La vida es extraña…

—Sí.

—No regresaré jamás a la fábrica… Ahora no soy más que la mitad de un hombre.

Se señala su única pierna, ella cree que en Italia no se abandona a los hombres inútiles, y que esté sacará sus fuerzas de otra parte, de un lugar que aún no conoce.

—No hay nada que hacer en esta tierra amarga. Y no hay nada que hacer conmigo tampoco. Nada…

Ella lo mira, mira su cólera y, sobre todo, la aversión por lo que le sucede. El desprecio hacia sí mismo.

—Protege tu vida.

—¿Mi vida? ¿Qué vida? ¡Una *medio-vida*, sí!

—Por favor. Siempre protégela.

Le sonríe y se atreve a tocarle la frente con la mano, es una mano agrietada, larga y muy caliente, que calma, lo sabe, y el soldado cierra los ojos, sus lágrimas son tan finas que se diría que son viejas, como el final agotado de un sollozo, y pregunta:

—¿Por qué?

—¿Qué?

—¿Por qué es usted tan buena conmigo, hermanita tan negra?

La respiración del soldado se escapa en profundos suspiros, Bakhita mantiene su mano en la frente ahora sudorosa, ardiente bajo su palma, la fiebre se va, le duele el brazo y tiene el hombro agarrotado, pero aún no ha terminado, debe durar un poco más, y dura, hasta que el soldado inclina la cabeza con los labios entreabiertos y el rostro sereno y se abandona al sueño. Con sus torpes andares regresa a su sillón, renqueante y sin aliento, le gustaría no hacer ruido, pero lo hace, y se duerme sentada una hora

o dos, y cuando a veces un soldado se despierta, la presencia de esa mujer durmiendo en el sillón le recuerda que él no era más que un niño, un crío, antes de que empezase la guerra.

Un minúsculo sol negro da vueltas y la voz del hombre está junto a ella. No lo ve, ni a él ni el piano, no entiende lo que canta, pero su canto es tan hermoso que lo escucha sentada, atenta, le dan ganas de juntar sus nudosas manos y rezar, pero no se atreve, pues no es un canto sagrado, y aun así… Es la oración más pura que Bakhita haya escuchado jamás. No comprende lo que dice la pieza que se llama «Los pescadores de perlas», pescadores lo son todos, y también son perlas, pero nadie les dice, nadie les dice a esos hombres que son divinos. Y han vuelto de la guerra, amargados y silenciosos, envejecidos y llenos de rencor, Bakhita ha visto sus ojos desconfiados que miraban todo como diciendo: «¡Ah! Así son las cosas ahora, ¿no? ¿Así es como queréis que sean?». Y sabe que esto no ha hecho más que empezar. Escucha el canto de Caruso que sale de la corola situada encima de la cajita y es lo más hermoso que ha dado a luz el progreso. Caruso canta para toda Italia y para cada italiano en particular, su voz habla del desgarro y del dolor ofrecidos, su canto tiene el ritmo de la vida, voluntaria y frágil, pero que se sostiene como una victoria del corazón. Si Bakhita se atreviese, le pediría a Elvira que colocase el gramófono en la iglesia para que el esclavo crucificado y la Madonna acogiesen el dolor de los hombres contenido en el canto del tenor. Pero nunca tomaría semejante decisión, ella está ahí para obedecer y ella obedece, en la humildad y la pobreza, pero a esos hombres, ¿cómo ayudarlos? ¿Cómo sanarlos de tanto dolor? Ya presiente lo que va a suceder después. La humillación que han sufrido es como un injerto en el árbol, un día hay un nuevo fruto, y es imposible negar su presencia, pues la rebeldía, una vez que nace, no desaparece. Los soldados que han regresado no hablan, pero ella sabe que no hará falta esperar mucho

para que al primer grito se reúnan y se lancen de cabeza hacia los poderosos, para verlos de frente, y que estos los miren fijamente, a ellos, a los ejércitos que han vuelto.

Durante la guerra, prisioneros de alemanes y austríacos, miles de soldados italianos murieron de frío y hambre. Bakhita conoce esa muerte, el hambre que lo transforma a uno en un ser perdido en su propio interior; los calambres, los hipos, los vértigos, el frío que hiela el corazón; el fango y la asfixia, los ojos ciegos, la boca llena de sangre, las convulsiones y los delirios; lo recuerda, lo vio con mucha frecuencia en las caravanas, en las *zeribas* y en los mercados de esclavos, cómo el hambre destruía su cerebro mucho antes de que su cuerpo fallase. A veces, en el silencio de la noche, se pregunta de qué sirven las oraciones, y sus dudas son más violentas que su tristeza. Le parece que todo se balancea entre la incertidumbre y la creencia, entre la belleza y la profanación de la belleza. Hoy escucha cantar a Caruso y su emoción es tan viva como cuando se reúne con los soldados o las familias de los soldados. Aprende cosas nuevas, que en el fondo no lo son, inhumanidades inalterables, y el armisticio no significa la amnesia. La guerra se cuenta sin palabras, a través de rechazos, huelgas, una recrudecida pobreza y muchas injusticias. El sobrino de Madre Battiseli volvió de Caporetto, en donde el ejército italiano, acorralado en las montañas, fue derrotado. Relató cómo los soldados se replegaron cerca del río Piave dejando a merced del enemigo a miles de hombres… y la mayor parte de Venecia. Fue en otoño de 1917, el otoño del desastre. En Schio, todos sabían que los austro-alemanes se encontraban a cuarenta kilómetros de Venecia, y en el cielo, en las montañas y en las orillas de los ríos, resonaba la cabalgata de la muerte en movimiento, un saqueo más poderoso que el más poderoso de los negreros. De regreso de los campos de combate, Luigi, el sobrino de la hermanita, contó, suavemente, secretamente, cómo el Estado Mayor había planificado la muerte de los prisioneros italianos: hubo orden de que permaneciesen hambrientos, de forzarlos a trabajar, de no enviarles a esos campos austrohúngaros ni paquetes privados ni ayuda de la Cruz Roja. Así

que caminaban descalzos por la nieve y morían de neumonía. Comían la hierba del campo y morían de disentería. Rebuscaban en la basura y morían de hambre. Pero ¿por qué hablar tan bajo? ¿Por qué contar eso en tono de confidencia? ¿Por qué Luigi soportaba la vergüenza en lugar del Estado Mayor italiano, que no había ocultado nunca esa realidad, que había hecho campaña por que se conociese, para que «se inspire el horror al cautiverio en los soldados», esos insubordinados y traidores? Luigi relata su calvario, pero no cuenta nada nuevo. Italia ha hecho la guerra. La guerra ha deshecho el país, empobrecido al pueblo y desunido a los hombres. Caruso canta quizás también eso, una lengua única para un país que pretendía estar unificado pero que se ha roto en pedazos. Elvira huyó a Francia, ese país aliado durante la guerra y traidor durante el armisticio, ese país que le robó la paz a los italianos, que no obtuvieron nada de esos territorios de expansión con los que soñaban. Francia es el nuevo enemigo. Todo cambia muy rápido de bando.

En París, Elvira no ha dibujado, ha sobrevivido como modelo, la chica desnuda sobre la tarima, pero no se lo dirá a Bakhita, no lo entendería, la chica desnuda sobre la tarima, no es eso lo que teme, ella no era solo *yamila*, solo deseada. Que la miren los artistas ya es arte. Es lo que se dice para guardar intacto su deseo de otra vida distinta a la de la fábrica o a la de criada, pero hoy sabe que no será suficiente, la pintura, el canto, la belleza no serán suficientes para reconstruir un mundo. Ha entrado a servir a los Caresini, la gran casa a la salida de la ciudad. Lina morada oculta, protegida, en donde se encuentra de paso. No está hecha para resignarse y servir, ha regresado para volver a irse, y no ha reconocido su ciudad. No solo las casas destripadas y los terrenos baldíos (la destrucción es semejante en todas partes). Más que las casas destrozadas, han sido las casas que quedan en pie, las casas vigiladas, quienes la han informado de la nueva violencia de su ciudad. Los carabineros apostados permanentemente delante de las puertas de las familias de los soldados acusados de deserción y fusilados, ese centinela que no

deja que nadie vaya a ver a los padres del condenado, pero que no le impide a nadie que se apropie de lo que poseen, y la familia no es más que una presa señalada, enjaulada en su propia casa y en su vergüenza.

En ese suave final de la tarde, sumida en el olor de los higos y la glicina, Elvira mira a su Madre Moretta, a la que apenas sorprende la invención del gramófono, pero que está conmovida por un canto que no entiende. Si tuviese que dibujar ahora sus manos, serían como sarmientos de vid, como astillas de madera retorcidas.

—Paro a Caruso, te apena demasiado. Además, ya no me hablas.

Levanta el brazo de lectura del aparato y el canto se interrumpe, y el silencio se parece de repente a una afrenta.

—Es hermoso —dice Bakhita.

—Te apena demasiado, mírate, Madre, hasta tus manos están tristes.

—¿Mis manos?

—Sí. Eres un modelo de manos tristes.

Bakhita se ríe. Se mira las manos y las agita como si fuesen marionetas.

—Estoy contenta, las niñas vuelven, la escuela abre de nuevo sus puertas.

—¡Formidable! ¡La escuela abre de nuevo sus puertas, les han prometido la tierra a los campesinos y los patronos van a damos la jornada de ocho horas!

—Las niñas vuelven, Elvira.

—Los campesinos ocupan las tierras, Madre.

—¿«Ocupan»?

—Están en la tierra y no la trabajan. Las cosas han cambiado. Nada volverá a ser como antes. ¡Ah, no! ¡No te retuerzas las manos! ¡Hale! ¡Bailemos! ¡Bailemos!

Elvira gira la manivela del gramófono y coloca la aguja sobre la segunda pieza del disco:

—¡«Tarantela napolitana»! ¿Me concede este baile, Moetta

Bella?

Bakhita echa un vistazo a su alrededor. En ese patio en sombras, cerca del vergel, no hay nadie. Toma la mano que Elvira le tiende y, sobre la arena seca, dan algunos pasos de baile, torpes y alegres. Bakhita cierra los ojos y sonríe, Elvira lee su amor por la vida, un amor profundo como la esperanza. Una resistencia.

Las tierras. Las fábricas. Ocupan los talleres. Huelgas. Manifestaciones. Disturbios. El proletariado prepara la revolución, como en Rusia. Los obreros socialistas se enfrentan a la policía. A los oficiales, esos lacayos del capitalismo, los lanzan por las ventanas de los trenes y los tranvías. Se enfrentan a los patronos. A los propietarios de las tierras. A los burgueses y los financieros. Se acabaron la sumisión, la miseria, el paro y el exilio. Se invierte el orden. Después de la guerra que nunca quisieron, su país va a renacer, orgulloso, indignado y poderoso. Frente a ellos, los antiguos combatientes, sin trabajo, sin lugar en la sociedad, combaten su pacifismo y se enfrentan a su desprecio. Ellos son nacionalistas, futuristas, sindicalistas, republicanos, católicos, anarquistas, soldados de élite, y crean un movimiento: los Fascios italianos de combate. Admiten a cuantos creyeron en la guerra y hoy están llenos de resentimiento. De decepción. De desesperación. De cólera. De ira. Se ha truncado la paz. No tiene nada que darles. Los Aliados se han burlado de su patria, se han repartido el mundo dejándoles apenas unas migajas. Esos antiguos combatientes no han regresado del infierno para agachar de nuevo la cabeza. El hombre al que siguen es periodista, hijo de un simple herrero y una maestra de párvulos: Benito Mussolini. Va a restaurar el honor perdido de esos veteranos. Va a devolver la grandeza a Italia. Se lo ha prometido.

Así es como comenzó. Con hombres que necesitaban reagruparse. Luchar. Ser italianos. Estar orgullosos también. Viriles. Y, para muchos, violentos. Con el gusto de la guerra bajo la piel. Y el de la venganza. Para reinar, al fin y al cabo. En su grupo, en su facción, en su pueblo o en su país. Y para liberarse. En la refriega. El

saqueo. El asesinato. El alcohol. La cocaína y el sexo. Era su época. La época de una nueva Italia. La época de su juventud. Cantaban «*Giovinezza*», y el canto se convertía en himno. Se vestían de negro, y el color se convertía en bandera. Caminaban por las calles, y era el terror. Se llamaban «Desesperación», «Sin miedo», «Rayo» o «Satán». Portaban garrotes, puños americanos, puñales, revólveres y granadas. Les hervía la sangre, iban rápido, como perros furiosos, y sus ganas de vivir se confundían con sus ganas de matar. Querían acabar con todos los demás, todos los que no estaban con ellos. Los que hundían en el fango el país. Ponían trabas a su reino. Los rojos. Las asociaciones de campesinos. Las cooperativas católicas. Los sindicatos. Insignificantes todos. Despreciables. Nocivos. Eran un fuego que devoraba el país. Un movimiento que se extiende, alarga su sombra e impone su ley. Y luego, un día, su movimiento deja de ser un movimiento. Es un partido. El Partido Nacional Fascista, creado por Mussolini. Con diputados. Voces en el Parlamento. La legalidad y la fuerza. La revolución bolchevique ha muerto. La revolución fascista está en marcha. Mussolini entra en Roma. Mussolini es nombrado primer ministro. Mussolini crea la milicia. Trae el orden. La disciplina y el respeto. La guerra ha creado martirio y sacrificio, pero ha llegado el momento de dominar el Mediterráneo, de asegurarse un buen sitio. La reunificación hizo a Italia. Es momento de hacer italianos.

Las huérfanas regresan al instituto. Más numerosas y más jóvenes que nunca. Niñas muy pequeñas, tan delgadas que las enfermedades se las llevan sin que las hermanas tengan siquiera tiempo para cuidarlas. Los ataúdes de madera blanca son ligeros, se pone sobre ellos una flor del jardín, y las hermanas los siguen, atónitas por su impotencia. Las alumnas llegan tarde, les cuesta concentrarse, tienen hambre también, como las maestras, como todo el mundo. Cómo alimentarse o encontrar comida, cómo pagarla, con qué, el coste de la vida ha aumentado un 450%, las fábricas de armamento se vacían, el paro da bríos a los hombres, desespera a las familias, pone al país de rodillas. Pero el Duce señala al sol.

La madre superiora llama a Bakhita a su despacho. La perturba obedecer a cuanto sigue percibiendo como una orden. Se fuerza por calmarse mientras sube las escaleras que llevan al despacho, se sujeta con fuerza a la barandilla, sin la cual le sería imposible subir, y cuando por fin se reúne con la madre superiora, esta última le ha preparado el pañuelo con el que, irremediablemente, tendrá que secarse el sudor de la frente. Le señala el sillón que tiene delante y le hace un gesto para que recobre el aliento. Bakhita sonríe con una mano en el pecho, molesta por tardar tanto en calmar su respiración.

—Hago ruido todavía. Perdón.

—Madre Giuseppina, desde la guerra, ya lo sabe, han cambiado muchas cosas…

—¿No me quedo?

—¿Perdón?

—Madre, ¿me envían a otro lugar?

—Claro que no.

—¿Me quedo?

—Madre Giuseppina, no hable todo el tiempo como si alguien fuese a echarla. Le quiero anunciar lo contrario.

—¿Lo contrario?

—Usted ha trabajado en las cocinas, en la sacristía, e incluso en la enfermería. Ahora, quisiera que usted estuviese en la puerta del instituto. ¿Entiende?

Bakhita nota que su corazón se embala, como si cualquier noticia fuese brutal y cualquier cambio, doloroso.

—Madre, quiere usted decir que soy… perdón, ¿qué seré *portinaia*?

—Conserje, sí, eso es.

—¿Aquí? ¿Via Fusinato?

—¡Pues por supuesto, en el instituto! ¿Dónde quiere usted que sea?

—Pero… Perdón. Gracias, Madre. Pero… tengo una pregunta, ¿puedo?

—Puede.

—Soy…

—Muy negra, sí. Se acostumbrarán. Tiene usted la paciencia. La amabilidad. Usted se lo explicará. Ya ha trabajado en la recepción, ya sabe qué hay que hacer.

—Un poco…

—Siempre ha ido bien, lo sé.

Bakhita se muerde los labios, la madre superiora prorrumpe en carcajadas.

—Lo que quiero decir es que siempre ha acabado bien. La gente la ve, se asusta, pero, al cabo de irnos días, ¡todo se arregla!

—Sí…

—Usted dará la bienvenida a las alumnas, a las huérfanas, a las maestras, a las familias de las hermanas, a los eclesiásticos, a los inspectores escolares, ¡y hasta a los bomberos, a los pintores, a los libreros y al jardinero! Es una gran responsabilidad.

Bakhita baja la cara en señal de resignación. Debería agradecer y obedecer. Pero ser la conserje es como estar expuesta permanentemente en la puerta, adonde pueden llamar todos los que vienen de fuera. La puerta de las religiosas debe estar siempre abierta a todos. Eso lo sabe. Se reprocha sentir más miedo que gratitud.

—Gracias, Madre.

Y añade, porque es el único pensamiento que la tranquiliza:

—Es la voluntad del Paron…

—¡Por supuesto que es lo que quiere el Señor, su Patrón, Madre Moretta!

Es extraño cómo se le recuerda instantáneamente que ella es la Moretta en cuanto evoca al Paron. No obstante, la Iglesia emplea las palabras amo y sirviente, señor y siervo, sin hacer referencia a la

esclavitud o al color de la piel.

—¿Cuándo empiezo?

—La semana que viene. Siete días.

—Bien.

Se apoya en el brazo del sillón para levantarse, pero la madre superiora la retiene.

—¿Se acuerda usted de cuando Madre Fabris empezó a escribir su historia?

—¿Mi historia?

—Sus recuerdos de África.

—Oh… Claro.

—Y cuando el año pasado Madre María Turco continuó con usted, la ayudó a recuperar la memoria, ¿no es así?

—… Sí…

—Nos gustaría retomarlo.

—Oh, gracias, Madre, pero… la memoria, la tengo. Gracias.

—¡Qué bien! Pero Madre María Cipolla, nuestra madre general, tiene mucho interés en su… recorrido. En quién es usted. Ha pedido que se le envíen los escritos de Madre Fabris a Venecia, a Ida Zanolini, que escribe para nuestra revista *La Vida canosiana*. ¿Entiende?

—Sí.

—La señora Zanolini ha encontrado que sus recuerdos eran… realmente, pero realmente conmovedores; sin embargo, cree que usted podría llegar aún más lejos. Mucho más lejos.

—¿Lejos?

—En los recuerdos. Sobre todo, la esclavitud.

Esa palabra es como una bofetada. Esa palabra la define para siempre, pero no comprende qué más podría contar, qué necesitan oír. Quizá su historia sea demasiado pobre para que esa señora la escriba en una revista.

—¿Por qué, Madre? ¿Por qué seguir contando?

—Porque la señora Zanolini, que es una mujer muy culta, una maestra célebre y buena cristiana, va a escribir su historia en un folletín. ¿Sabe qué es un folletín?

—Una historia. Varias veces una historia.

—Exacto. Es un honor, Madre Giuseppina. Pero del que no habrá que sentirse orgullosa. Mañana viaja usted a Venecia. A su vuelta, empezará su trabajo en la conserjería.

—¿Venecia?

—Con las canosianas del Instituto de Sant'Alvise. Ahí la esperará la señora Zanolini. Madre Giuseppina… El Instituto del Dorsoduro pertenece actualmente a las hermanas salesianas. Ya no quedan canosianas en el Instituto de las catecúmenas, ¿lo sabe? No espere encontrarse a nadie conocido suyo en Venecia.

—Pero ¿dónde están? Las hermanas, ¿dónde están ahora?

—No se preocupe por eso. Ahora, vaya.

¿A quién, sino a ella, le ordenarían que contase su vida tan de repente? ¿A quién le impondrían que sus secretos fuesen transcritos de inmediato y aireados públicamente? ¿A quién, sino a una antigua esclava a la que salvó Italia? Una negra convertida al catolicismo. Es el año 1930. Las operaciones militares se han intensificado en Libia. Han hacinado a las mujeres, a los niños y a los ancianos en los campos alrededor de Bengasi. Allí han muerto por enfermedades y malnutrición. El ejército de Mussolini ha lanzado gas mostaza sobre el país. Es «el lugar bajo el sol», «la conquista del Mediterráneo». África hace soñar al Duce y al pueblo arrodillado, el África de los bárbaros y de los mendigos piojosos, cuya conquista devolverá a Italia el honor y el poder perdidos. El África de la que se han hecho postales, películas, novelas, canciones, y hasta anuncios de café, de seguros o de cerveza. Así que, ¿por qué no un folletín sobre la terrible historia de Madre Giuseppina, antiguamente Bakhita? ¿Por qué esconder ese testimonio viviente de lo mejor que Italia puede producir?

Se reencuentra con Venecia. Y es a Mimmina a quien echa de menos. Instantáneamente. El bebé al que abrazaba con fuerza en las ventosas calles entrecortadas por el sol, atrapadas por la belleza repentina de un palacio, de una terraza llena de flores, de un árbol centenario en una placita. Volver a Venecia es como ir por primera vez. Tiene más de sesenta años, pero es como si tuviese veinte, con esa niña hecha un ovillo contra ella que le daba la alegría y las ganas de vivir. La una contra la otra. Era su lugar, el de las dos. Era algo sólido y feliz. Desde entonces, no ha habido un solo día que no rezase por Mimmina, para que el Paron la proteja, y sobre todo le diga que ella la quería y que todavía la quiere, un amor imperecedero, unido a su vida.

Llega a la plaza frente al convento en el corazón del barrio del Cannaregio, y la iglesia de ladrillo rojo parece tan imponente y pesada como un palacio sin ventanas. Su paso desigual resuena sobre las losas y retumba contra las casas tomadas por el sol. Se encuentra de nuevo con el olor salado y venenoso de la ciudad y con esa sensación de protección, de estar en la isla como en el hueco de una mano, confiada, porque la luz es tan hermosa, y los hombres van en sus góndolas como van sobre las piraguas, solitarios y orgullosos. Frente a la cercana laguna, se reencuentra con esa vida abierta bajo el cielo, el horizonte al que nada puede parar, y en su rostro se dibuja una sonrisa por encontrar en Venecia un poco de los espacios infinitos de África. Rezó mucho la víspera, apenas ha dormido, y sabe que el Paron le pide que hable de todos aquellos a los que no ayudó, a los que dejó morir en una tierra saqueada.

Se reúne con Ida Zanolini en el claustro del convento de Sant'Alvise. La sorpresa de la joven… Bakhita es la primera negra

que conoce, y está tan impresionada que no sabe cómo saludarla, se inclina, besa a la *Mater doloroso* de su medalla de canosiana y le sonríe con un bochorno emocionado. Es una mujer comprometida, alegre, una maestra laica entregada a su trabajo y a la Acción Católica. Se sienta con Bakhita en el pequeño locutorio del convento, y, rápidamente, Bakhita comprende que a esa mujer le puede hablar a su ritmo, hablar como a ella le parezca, y cree que va a decirle lo que es. Haber regresado. Sin los demás. Cree que ya ha hablado lo suficiente del poblado en llamas, de la hermana secuestrada y del puñal de los raptores contra su cuello. Pero Ida la escucha sin escribir, sin hacerla que repita o precise una palabra, sin pedirle que vuelva atrás o que ordene mejor su relato. Porque no está escuchando a Madre Giuseppina. Sino a la mujer que no recuerda su nombre, pero que le habla de su pasado como nunca lo ha hecho. El dolor. Las derrotas y la vergüenza. Y el vacío, que ningún fervor ha conseguido llenar.

Por la noche, de vuelta en su habitación, Ida anota todo lo que ha oído, a tal velocidad que le cuesta releerlo, escribe como un torrente, y es la voz gutural, púdica y desgarrada de la pequeña *dayu* quien guía su escritura. Nunca había vivido algo parecido. Nunca había conocido a alguien como ella. Vacilante y de una fuerza más que humana. Incandescente. Inclasificable. Inteligente y contenida. Aún no sabe a dónde las llevará ese relato, y puede que si lo hubiese sabido, nunca se habría atrevido. Si hubiese sido consciente de la envergadura, del entusiasmo, de la casi locura que suscitaría ese folletín en la revista canosiana, quizás habría pedido perdón a la mujer que durante tres días seguidos se encomendó por entero a ella, ahogada a veces por los sollozos, y que se recuperaba como se agarra uno a la última roca de la montaña, para contar el martirio, los niños y sobre todo los niños, «usted entiende: los niños, los niños esclavos, los niños soldados, ¿entiende?, yo no hice nada y usted tampoco, ¿y quién podrá, dígamelo, quién podrá algún día?». Es lo que ella decía, en su *mezcla*, que por destellos comprendía con tanta facilidad.

El último día, Ida lleva a Bakhita al 108 del Dorsoduro, al antiguo Instituto de las catecúmenas. Veintiocho años después de haber dejado ese lugar, lo vuelve a ver. Han avisado a las hermanas salesianas y esconden como pueden su sorpresa delante de la Moretta, más negra que todas las fotos o dibujos que conocían de las africanas, y abren la puerta de par en par. El pequeño claustro, ese jardín recogido, un cuadrado de silencio bajo el calmado cielo, y esa impresión violenta de estar en casa. El instituto, el primer lugar en el que dijo *no*. Entra en el locutorio, vasto y muy vacío, en el que resuenan aún los llantos de Mimmina y la maldición de su madre, «¡Ingrata! ¡Ingrata!». La estancia tan oscura solo la habitan las sombras y los ecos que ha retenido, y Bakhita recupera, en el resplandor de los tiempos confundidos, la cercanía violenta del pasado. Ve de nuevo a Stefano, su impaciencia y su compromiso, mucho después comprendió la tenacidad con la que luchó por ella, todo eso, ahora, está escrito. Se le ha hecho justicia. Puede que sus hijos lean el folletín. ¿Y Mimmina? No da noticias. Podría fácilmente saber dónde vive su antigua nodriza, puede que lo sepa, y no viene.

Bakhita entra en la capilla pobre, casi desnuda. Se acerca a las fuentes bautismales y se las señala a Ida.

—Me convertí en hija de Dios. Aquí.

E Ida siente remordimientos al saber que esas palabras, tan íntimas, también las escribirá. Bakhita se sienta ante el esclavo crucificado, al que conocía antes de saber quién era. Oye a Madre Fabretti: «Dichosos los que lloran, pues ellos serán consolados», y tiene la impresión de volver a sus orígenes, como si ese lugar guardase también su infancia con los suyos, guardase la confusión y el amor que hay en su interior. Comprende que Venecia la salvó porque Venecia pertenece al mar, es una tierra de flujos y reflujos, de refugiados y de mercaderes, de «mezclados» y de soñadores, una ciudad en la que se sintió en casa, atraída e intrigada por los cantos del alba que salmodiaban las hermanas tras una cortina de terciopelo.

Un poco apartada, Ida no puede evitar mirarla: ¿En qué idioma habla consigo misma? ¿Hay un idioma para África y otro para Italia? ¿Uno para el Paron y otro para las estrellas que le ha dicho que mira cada noche desde la infancia? ¿Olvidó realmente su nombre, o es su último secreto? Tiene miedo a traicionarla. Miedo a herirla al escribir esa infancia de otro siglo, y a pesar de todo, inmutable en sus saqueos. Mira a Bakhita con la sensación del robo. Lo toma todo. Incluso su soledad en la capilla. Está todo lo que no ve pero adivina, y todas las preguntas que no le ha hecho. La violencia de los amos. Su poder eterno sobre las niñas y las mujeres. Lo sospecha. No dirá nada. Pues lo ha callado. El deshonor. La muerte interior. La parte quemada. Mira a Bakhita, encorvada por el cansancio, y se siente incómoda por saber que su espalda está marcada por el látigo, su piel tatuada, e incómoda, sobre todo, porque pronto lo leerán también los lectores del folletín. Ve sus palabras, sus frases alineadas como cuerdas, tan sólidas como cadenas, que atrapan y confiscan los secretos. No se lo ha dicho. Tiene que decírselo. Sin falta. «La gente lo leerá, Madre Giuseppina, ¿lo entiende? Van a saber. No son numerosos. Y son de los nuestros. Pero van a saberlo todo». *Vita canossiana* no es un gran público. Pero en el fondo de ella sabe. Lo niega, pero sabe la deshonestidad de lo escrito, la confesión oral inscrita, difundida y multiplicada. Se dice: «Puede caer en las manos de cualquiera». Es una intuición que ahuyenta inmediatamente y disimula con una sorpresa, hoy va a darle una sorpresa a Madre Giuseppina, a redimirse de antemano de lo que podría pasar cuando se publique el folletín, y de lo que sabe que es responsable.

Toman juntas el vaporetto y el viento las envuelve con un vigor que hace reír a Bakhita, le gusta ese viaje tan corto entre el ruido del motor y el incordio del balanceo, el gesto amplio de la Virgen sobre la cúpula de la basílica, como si les ofreciese el cielo, es un día alegre, dejar Venecia y ver cómo Venecia se agranda mientras se alejan. «¡Es hermoso!», grita Bakhita, e Ida asiente sujetándose el pañuelo contra el pelo que se le escapa.

Atracan en la isla de la Giudecca y se dirigen al nuevo instituto de la infancia abandonada. Es una sorpresa para Bakhita. Y también lo será para la persona a la que ha ido a ver: Madre Fabretti. La hermana *portinaia* que les abre es joven, una niña a ojos de Bakhita, pero les dice que está ahí desde hace ya quince años, como si tuviese que demostrar su honestidad. Se sonroja cuando Bakhita le habla, y en su mirada se percibe el orgullo que siente al ver con sus propios ojos a la antigua esclava de cuya conversión hablan todas las novicias. Le dice que Madre Fabretti ya no se puede mover y manda llamar a una hermana para que las acompañe hasta su habitación. Bakhita se sienta mientras espera. ¿Es posible que una madre tan mayor siga reconociendo a su hija? ¿Es posible reconocerse después de casi treinta años de ausencia? «Diez. Más diez. Y otros diez», le explicó Ida con las dos manos abiertas. Bakhita no lo sabe. Nunca se ha reencontrado con nadie.

Junto a Ida, sigue a la hermana que las guía por los largos pasillos encerados desde los que se oyen los gritos de las niñas jugando, gritos que golpean las innumerables ventanas. Ida toma del brazo a Bakhita, la ayuda a caminar sin que lo parezca, sorprendida por el peso de ese cuerpo que avanza como si se arrancase de la tierra, y sabe —lo ha pensado, a la fuerza— los kilómetros que ha recorrido ese cuerpo por los desiertos y las colinas, y ante las miradas asustadas de los que se cruzan con Bakhita, se pregunta si uno puede llegar a ser libre algún día cuando tiene el cuerpo negro.

Bakhita avanza hasta la butaca en que está sentada Madre Fabretti, acurrucada, encorvada, como si estuviese rezando, con el mentón apoyado en el pecho y el cuello frágil. Se arrodilla para estar a la misma altura y, en el dolor de ese gesto, parece ser tan vieja como la persona con la que se reencuentra. Sus caras están casi pegadas, la una frente a la otra, aliento contra aliento. No se hablan. Se miran. Largo y tendido. Y luego, en un movimiento lento y suave, la frente de Bakhita se inclina y su rostro se apoya en las rodillas de Madre Fabretti. La mano deformada de la anciana le

acaricia la cofia. Y asciende lentamente, primero en un soplo, raspado, difícil, y luego en una tos, algo encerrado en la garganta, y de la cara oculta de Bakhita irrumpe un llanto vigoroso e interminable.

Ida sale de puntillas, deja a la anciana y a su protegida volverse de nuevo dependientes la una de la otra en un sentimiento ilícito, un cariño que sabe que no tiene nada que ver con Dios, pero que devuelve a los humanos un poco de ese amor escogido, consentido y subjetivo que hace de cada uno un ser único.

—Habrá que poner una foto, Madre Giuseppina, una foto de usted en la portada del libro.

—Pero ¿qué libro?…

—Después del folletín, saldrá el libro, se lo han dicho. ¿No se lo han dicho?

—¿Mi espantosa cara? ¿En un libro?

—¡Oh, no diga eso! Los italianos están cada vez más acostumbrados a los rostros de los negros. Ida, usted le enseñará las postales, las hay muy bonitas ahora. ¿Conoce usted esa de unos jóvenes italianos arrodillados delante de la negrita? ¡Sí, la que tiene el martillo! El italianito está de rodillas rompiendo las cadenas de la joven esclava. Mis sobrinos me la enseñaron, ¡es tan bonita…!

Una hermana lleva de vuelta desde la isla de la Giudecca hasta Venecia a Ida y Bakhita, y su voz aguda apenas se oye con el ruido del vaporetto. Bakhita la mira entrecerrando los ojos.

—Pero usted también, Madre, saldrá en la portada.

—¿Yo? ¿Y por qué, si se puede saber?

—Las canosianas siempre van de dos en dos. Así que no puedo estar sola en la foto.

La risa de la hermana significa un rechazo divertido. Le han hablado del humor de la Madre Moretta. La deja con Ida en el muelle del Cannaregio y regresa de inmediato al instituto, feliz por haber conocido a esa Madre negra que, por lo que sabe, tiene una historia tan novelesca. Se aleja y, poniendo las manos en forma de

altavoz, le grita a Ida Zanolini:

—¡Y escríbanos usted un bonito folletín!

Bakhita se hace las fotos. Sola. De pie. De rodillas. Sosteniendo un libro o con las manos juntas. Oración. Sonrisa contenida. Conserva ese porte erguido, pues hay que levantar la cabeza y no moverse, tiene esa dignidad y esa elegancia naturales que desconciertan a los que deben escoger entre todos los clichés, y susurran que puede que sea porque su padre era el hermano del jefe del poblado, como le dijo a Ida Zanolini. ¿Quién sabe? ¿Y si fuese una princesa africana? Oh… No hay nada de qué reírse, su vida… ¡Su vida! ¿Cómo decirlo? Es… ¡mira!, como el título del folletín: maravillosa. Su vida es maravillosa, sí, una verdadera *storia meravigliosa*. Todos los niños italianos deberían conocerla, verían lo que sufren los niños en África y se sentirían doblemente afortunados por servir al Duce.

En enero de 1931 se publica en la revista canosiana el primer episodio de la *Historia maravillosa* de Madre Giuseppina Bakhita. En diciembre, el libro está en las librerías. Relata el infierno de la esclavitud, el encuentro salvador con el cónsul italiano, su vida en Italia, hasta la entrada en el noviciado. La portada no asusta a nadie: el dibujo del rostro liso y honesto de Bakhita con su cofia de canosiana se superpone a un gran mapa de África, es un rostro claro, casi mestizo. En el interior del libro, la foto permite ver el negro profundo de su piel, como si el lector italiano necesitase un tiempo para acostumbrarse. En el prefacio, después de que Ida Zanolini hable de la gran emoción de su encuentro, el editor añade unas líneas sobre los caminos admirables de Dios, que ha querido, en su bondad, «conducir a Bakhita desde el lejano desierto sumido en las tinieblas por las supersticiones y la barbarie hasta la luz de Cristo y los esplendores de la gracia, en la perfección religiosa». Esas últimas palabras hacen referencia a la acción misionera.

El libro no es un éxito. Es un fenómeno. La gente se lo arranca

de las manos. Se reimprime. Durante varios años seguidos, hasta 1937, con el final de la guerra en Etiopía, se sigue reeditando. Bakhita no comprende nada al principio. No comprende por qué llaman a la puerta del instituto el día entero, y a veces por la noche, pero abre, ella es la *portinaia*. Proceden de todas partes. No solo de los pueblos de los alrededores, no solo de las pequeñas ciudades del Véneto, vienen de Trieste, Fiume, Venecia, Turín, vienen para verla a ella, tocarla y ser tocados por ella, bendecidos, sanados, consolados. Algunos se echan a sus pies entre sollozos. Otros la miran con estupor, tocan su medalla, besan el borde de su vestido, le piden que rece por ellos. Hay vagabundos. Supersticiosos. Heridos en el alma. Curiosos. Humillados y exaltados. Y cerca de la Madre, tan negra, tan *moretta*, las hermanas han colocado un cepillo. Se aconseja que, después de haber conocido a Madre Giuseppina, se dé dinero para las misioneras canosianas, cada don compra un esclavo, y así hasta el más pobre siente que participa de la grandeza de la patria, los italianos ya no son esos exiliados que tocan la mandolina, ya no son ese pueblo de campesinos analfabetos y alcohólicos, son esas personas generosas que actúan para salvar a los pueblos que aún no conocen la civilización.

«Es lo que quiere el Paron…». Cuando atardece y se encuentra sola en su celda con la ventana abierta hacia la noche, se lo repite. Dios quiere esto. Y le ruega que se lo explique. ¿Qué es lo que buscan todos? La madre superiora se rio cuando Bakhita le preguntó por qué la quería ver tanta gente, cuando tienen su foto en el libro. Rio y no contestó nada. Y desde el lanzamiento del folletín, mucho antes que el libro, las cosas han cambiado en el seno del convento. Un día, durante su descanso, las hermanas le pidieron que cantase una canción africana. No se acordaba de ninguna. Insistieron, la verdad es que podía intentarlo, una canción africana, nada más que una. Cerró los ojos, era una mañana de abril con una luz pálida, una mañana clara que no contenía nada, no conseguía acordarse, esto decepcionó a las hermanas y la dejó triste y avergonzada, como si les hubiese mentido, como si ella no procediese realmente de «allí»;

aparte de la piel de diablo, no había traído nada de África, y vio la duda y la sospecha en los ojos de algunas: había contado su vida y ¿no se acordaba ni siquiera de una canción? Esto la atormentó durante varios días, iba de arriba abajo, con el ceño fruncido, tarareando a veces el principio de una melodía que no desembocaba en nada, intentaba silbar, recordar algún sonido de la infancia, una música de su madre, que la había dejado de visitar en sus sueños desde que la había descrito. Bakhita no la podía volver a encontrar, como si hubiese dejado para siempre el tronco del baobab caído (detalle que se había guardado para sí) y se hubiese desvanecido hacia otro lugar inaccesible, pero quizá su alma y la de su padre le reprochaban haber relatado su desgracia. La niña esclava. Es la niña que no pudieron encontrar. También reza por eso, por que los suyos la perdonen. Y cuando oye el dinero cayendo en el interior del cepillo de la misión canosiana, no puede evitar pensar en Binah, en Kishmet y en todas las demás. Entonces acepta ser «esa bestia rara», como ella misma dice, pero a veces la fatiga es tan grande que la pena y la angustia la paralizan. Pregunta: «Dos liras por comprar el libro. Y por verme, ¿cuánto?». ¿Cuánto vale ella, cuánto costó ella? Con más de sesenta años, en Sudán, en las casas de los amos, ya no serviría para casi nada, se imagina a sí misma en las polvorientas y abrasadoras calles de Jartum, sentada contra una pared desnuda, una mendiga como las demás, como las que ve en Italia, perseguidas y apaleadas por los fascistas, y a las que encuentran medio muertas, con una sonrisa enloquecida y el dolor por seguir aún en este mundo. Se siente cercana a ellas. Pero el Paron quiere algo diferente. Y el día que recuerda su canción «Cuando los niños nacían de la leona», se lo anuncia a las hermanas con el alivio de una niña concienzuda. Se alegran, y sienten tanta curiosidad que le piden que la cante ahí mismo, ahora, aunque ya no estén en el descanso, allí, en el comedor, en donde han apartado las mesas antes de sentarse para escuchar. Y también mirar: «¡Hay que dar palmadas, Madre Giuseppina! ¡Y también bailar!». Han visto las películas, saben cómo es. Bakhita canta su canción de niña pequeña. Ella, que se siente tan vieja. Esa canción para las niñas sentadas a su

alrededor, despreocupadas y crédulas. Es una mezcla de dialectos, de árabe y de turco, hace lo que puede, hace tiempo que ya no recuerda su lengua materna. Al principio, las hermanas están incómodas: la voz tan grasienta, las palabras pesadas, las manos golpeando, el cuerpo moviéndose, no se atreven a mirar, sienten remordimientos por echarse a temblar, y cuando Bakhita cierra los ojos para terminar el canto, con los brazos tendidos a los lados, inmóvil y grave, tienen miedo de que alguien entre y lo vea, ese dolor del que no entienden nada.

Acto seguido, para remediar la situación, deciden echarse a reír. Y se vuelve una costumbre pedirle a la Madre Moretta que durante el descanso cante su canción. Pero sin cerrar los ojos. «*A* la africana», hasta el final: dando palmas y bailando. Con alegría. ¡Siempre con alegría! Después, a Bakhita le duelen tanto las piernas, la espalda, y hasta los brazos, que se dice que, definitivamente, hoy en Jartum no sería más que una mendiga. No serviría ya en ninguna casa. Ninguna pequeña ama le pediría que cantase ni que hiciese el mono para distraer a sus invitados.

Por supuesto, hoy todas las gentes que vienen a verla saben qué les espera, han leído el libro, sienten curiosidad, intriga, pero no están asustados. Hoy va mejor la cosa que en sus inicios como *portinaia*, cuando daba miedo a las niñas; los primeros días de clase eran los peores. Las niñas no querían que las tocase, algunas prorrumpían en llantos cuando la veían y se quedaban ante ella paralizadas y desesperadas. Era indudablemente la mujer del *Uomo ñero*, el Coco de la fábula, ese terrible fantasma negro con el que los padres las amenazaban a la primera tontería. ¿Tiene piernas bajo el vestido? ¿Echa humo por abajo? ¿Acaso se esconde por las noches bajo sus camas? Y siempre ese miedo a que las ensucie, a que las contamine, a que las rapte para comérselas. Qué paciencia hacía falta para apaciguar a esas niñas que crecían en el miedo, y a las que los padres cambiaban la ropa por el uniforme del partido fascista, vestidos, faldas y camisas negras, con esas ganas de hacerlo bien, de ser como las demás, aceptables e idénticas. Bakhita solo quería una cosa: darles la bienvenida lo mejor posible, ser la mejor conserje posible, el comienzo del día es importante, lo sabe. Así que hace que las pequeñas se sienten antes de que toque la campana que anuncia el inicio de las clases, y les cuenta la vida de Jesús. Sobre su vida, preferiría no volver a hablar, no volver a responder, prefiere contar la del esclavo crucificado, las ganas que tenían de seguirlo, de escucharlo, cómo amaba a los mendigos, a los enfermos y a los niños pequeños. Pero muchas prefieren el libro de Mussolini explicado para niños o esos poemas que recitan a toda velocidad dando palmas: «Rosa era su nombre, un nombre que significa espinas, pero él era su flor, Benito, su hijo. Al besarle la frente, le dice: ¡Eres mío! Pero ella sabía que le pertenecía a Italia. Y a Dios». Es un juego.

Una nueva manera de vivir. Agrupados. Reunidos. Alrededor del jefe que levanta Italia después de que la Gran Guerra hiciese de ella un país «peor que un manicomio o que una tribu africana».

Hará esto hasta junio de 1933, recibir a las niñas en el instituto, a los visitantes, y responder a las llamadas incesantes de los lectores de su *Historia maravillosa*. Esté donde esté del convento, la escuela o la iglesia, cuando llaman, va. A fuerza de confesar los malos tratos, los golpes, la tortura del tatuaje, a fuerza de hablar de las caminatas, del hambre, de la sed, su cuerpo no aguanta más. Se rompe. Justo cuando más la necesitan, cuando debe acudir en cuanto la reclaman, su cuerpo desearía pararse. Pero sigue teniendo ese reflejo: la reclaman, obedece. No siempre entiende qué quieren de ella. ¿Por qué esa necesidad de acercarse a ella? ¿Por qué leen su historia con tanta pasión? ¿No ven lo que pasa aquí, en su hogar? ¿No miran a las pequeñas campesinas? ¿Saben la de niñas que hay en el instituto que no conocen su fecha de nacimiento? ¿Por qué no les piden a las huérfanas que cuenten sus maravillosas historias, ellas, que llegan sin ropa interior, sucias y mudas, ya maltratadas y avergonzadas? No lo entiende, y luego acepta no entenderlo, es aquella religiosa que lleva su historia grabada en la piel, como un estigma, y oculta como puede los dolores en las piernas que se le clavan como púas hasta la parte baja de la espalda, nunca pide que la ausculte un doctor, y nunca enseñará en la enfermería las extrañas bolitas que aparecen sobre las cicatrices e inflaman su piel.

Un día le anuncian que debe partir. Tiene sesenta y cuatro años, va a marcharse de Schio. La madre superiora le presenta a Madre Leopolda Benetti, que vuelve de China, donde ha sido misionera durante más de treinta años.

—¿Sabe usted dónde está China, Madre Giuseppina?

Bakhita niega con la cabeza, no conoce China, y le sonríe lo mejor que puede a Madre Benetti, que la mira llena curiosidad.

—China está muy lejos. Más lejos que África.

Madre Benetti asiente con la cabeza, como diciendo «¡Pues sí!

¡Es posible! ¡Un país más lejano que África!».

Madre Benetti le dice a Bakhita que ha leído el libro. Bakhita asiente, el libro, claro, por qué otra razón pediría nadie hablar con ella, y de qué otra cosa le hablan desde que salió, el libro, sí, y escucha hablar de sí misma, de su infancia y de su conversión, y luego de las misiones que, como ya sabe, cada vez están más presentes en África, en Sudán, en Libia. Escucha y aguarda la pregunta que viene después, pues siempre hay una pregunta al final de las frases.

—Todos esos esclavos que hay que comprar. Todas esas vidas que salvar.

—Sí.

—Y usted… Los italianos la quieren tanto…

—¿A mí?

La madre superiora disculpa la inocencia de Bakhita:

—Nuestra Madre Moretta es la humildad en persona. Madre Giuseppina, usted podría ayudar a nuestras misioneras.

—Pero ¿cómo?

—Hay gente que viene de toda Italia para verla a usted, ¿no es cierto? Pues bien, ahora es usted quien irá a su encuentro.

—¿Voy a irme?

—Sí. Va a irse.

—¿No me quedo? ¿Salgo?

La echan, una vez más, es por su culpa, ha dicho demasiado, el espacio que ha ocupado es agobiante, lo sabe, a veces tiene la impresión de ser una inmensa bandera plantada delante del instituto, tapa todo el resto, el trabajo humilde y paciente que llevan a cabo las demás, se acuerda de la dicha que sentía cuando trabajaba en las cocinas, en la sacristía, la dicha de ese tiempo de preguerra cuando las pequeñas la llamaban en el patio: «¡Moetta Bella! ¡Ven!». No debería haberlas reunido nunca ni haberles contado nada sobre la pequeña esclava evadida que duerme en los árboles y que evita que se la coma la gran fiera. Así empezó todo.

—¿Me oye, Madre Moretta? ¿Quiere ayudamos a comprar esclavos? ¿A salvar a sus hermanos africanos?

—¿En África?

Madre Benetti extiende sobre el escritorio un mapa de Italia. Bakhita ya lo ha visto desde el final de la guerra, ese largo país de montañas y mares.

—Usted y yo vamos a viajar para anunciar la buena noticia. Usted, yo… y el libro. Vamos a recorrer Italia, todos los institutos canosianos del país, y vamos a recolectar dinero para nuestras misioneras.

—Debo decirlo, Madre. Perdón, pero… Me cuesta andar. De verdad.

No lo entienden de inmediato. Para Bakhita, viajar significa caminar. Cuando lo entienden, sienten al mismo tiempo ganas de reír y de abrazarla, en un movimiento de protección y de gratitud, pues la idea que tuvo Madre María Cipolla, madre general, era realmente la acertada: «realzar el prestigio del instituto» paseando a Madre Giuseppina por toda Italia, y eso, esa sencillez de espíritu, esa inocencia, ¡era tan representativo del pueblo africano!

Van a viajar en tren. En decenas y decenas de trenes a través de todo el país, durante tres años. Antes de marcharse, Bakhita se había sincerado con Elvira. La angustiaba la idea de ir a hablar de un libro que no había escrito y que le costaba leer. Elvira la había tranquilizado: Madre Benetti («la China», como ella la llamaba) traduciría su dialecto veneciano, todo iría bien, la gente la quería mucho, la quería sin conocerla. Había intentado calmarla, pero le hubiese gustado decirle que no fuese. Tenía derecho a descansar. Tenía derecho a ser como las demás, una religiosa anciana y fatigada, a la que amaban las antiguas alumnas, las maestras laicas, las huérfanas, todos los que habían crecido y envejecido con ella.

—Iré a reunirme contigo, Madre, iré a verte, te lo prometo.

—Tu patrona no quiere.

—¡No te preocupes por mi patrona!

—¿Cuánto tiempo crees que me voy?

—No lo sé.

—¿Puedo llevar un bastón para caminar?

—Se lo pediré.

Y luego se habían quedado un momento sin hablar. Elvira veía su perfil relajado, tan diferente de los dibujos que hacían ahora de ella, esa imagen que circulaba, sabia, sabia como una imagen, con los labios cerrados, el corazón silencioso y todos los tormentos retenidos. Como si hubiese adivinado sus pensamientos, Bakhita le había contado este secreto:

—Sabes, Elvira, mi madre ha vuelto. Ella perdona el libro.

—¿La has visto? ¿En sueños?

—No en sueños. Me besó.

Elvira la amaba tanto cuando parecía tener cinco años, cuando arrugaba la boca y levantaba las cejas, y esa estrellita azul plantada en su mirada sorprendida…

—¿Así, sin más, te besó?

—Es muy frío, pero cuando duermo, me besa, aquí, en la mejilla. Ella perdona.

—Sí, mi pequeña Madre querida, ella te ha perdonado y ahora nunca más te abandonará.

—¿Tú crees?

La había abrazado y le había murmurado:

—¡Y deja a la China que lleve tu maleta, eh!

Al notar la risa de Bakhita temblando contra su pecho, había sabido que estaba lejos de darse cuenta de lo que esperaban de ella. Venía de un África real, y le iban a pedir que hablase de un país inventado, su madre la besaba por la noche, y le iban a pedir que describiese una Abisinia de salvajes. El discurso oficial. Es lo que mejor se hacía en Italia, la tranquilidad y la esperanza pasaban por vías simplistas que se dirigían directamente a los miedos de los pueblos, al miedo a los demás. Esos bárbaros.

Vienen, a miles y durante años. Por grupos. Escuelas. Universidades. Niños enfermos. Peregrinos. Vienen a escucharla y, sobre todo, a verla. En iglesias, teatros o escuelas. En el convento de Castenedolo, hay hombres que no han entrado nunca en una iglesia que le besan las manos y se dan la vuelta llorando. En Florencia, en Boloña y en Ancona se reúne con el cardenal; en Lodi el obispo la recibe en audiencia especial; en Trento se toman fotos oficiales; en Milán conoce a los hijos de la Casa canosiana donde se enseña a jóvenes sordomudos. Al verla los niños huyen. Una pequeña se acerca y le pone un dedo encima. No se ha manchado. Les hace una señal a los demás para que vayan, y todos se lanzan en sus brazos, le piden besos, y se queda la tarde entera con ellos, le enseñan el lenguaje de signos, ella les responde con sus gestos desordenados, y con ellos se siente comprendida. En Venecia la invitan para el centenario de la fundación del instituto. En el noviciado de Vimercate le piden que se ocupe durante unos días del oficio de *portinaia*. Los padres de las novicias se niegan a entrar hasta que no salga una hermana blanca. En una ciudad la muchedumbre que quiere verla es tal que se bloquean los tranvías, hay cuatro mil personas en las calles. En otro lugar se suben a los púlpitos para verla mejor y le gritan que vaya a predicar. La esperan en las estaciones, a la llegada del tren, algunos entonan cánticos, otros, más comprometidos políticamente, cantan «Faccetta Ñera»: «Carita negra, pequeña abisinia, te llevaremos a la Roma liberada, serás besada por nuestro sol, y serás pura en camisa negra». Le preguntan si conoce a Josephine Baker, que tiene un amante siciliano y que ha pasado por Italia en una gira triunfal. Le preguntan si ha leído ese libro escandaloso, *Sambadü, amore negro*, del que Mussolini acaba de

ordenar que sea incautado, pues es una ofensa a la dignidad de la raza. (La portada muestra a una mujer blanca besando a un hombre negro, pero, al final de la novela, la mujer italiana reconoce la barbarie de su amante y este regresa a su tribu). Ella es el África. Dicen incluso que es «el color de África». Más tarde, mucho más tarde, Bakhita confesará simplemente: «Tenía la impresión de caer al vacío».

Lo que le piden, en el fondo, es bastante sencillo y el desarrollo de los encuentros siempre es idéntico. La hermana misionera, Madre Benetti, habla de las misiones canosianas, de la falta de dinero, de las conversiones y de los esclavos rescatados, de la vida de las misioneras y sobre todo de sus muertes (enfermedades, violencia, pobreza), y luego le pide a Bakhita que se una al relato. Es el momento que todos esperan. El momento por el que han venido, conmovidos antes incluso de que empiece. Bakhita se adelanta en el estrado. Se adentra en la luz. Y luego les deja siempre un momento para que la miren. Pues es eso lo que quieren, lo sabe. Una vez pasado el estupor, el delicioso estupor, intentan reconocer en ella a la jovencita del libro, la esclava semidesnuda en los mercados de Jartum, guardan silencio y a veces vuelve a ver el pájaro blanco que planeaba por encima de El Obeid cuando un comprador pedía ver la mercancía. Lo que tenía que hacer entonces, ir a buscar el palo, correr, agacharse, enseñar los dientes, no podría hacerlo ahora que tiene que apoyarse en un bastón para caminar, pero no aquí, no en público, el bastón se queda en el vestuario, y cojea pesadamente cuando se muestra ante ellos. Después, Madre Benetti le pide que «diga las palabras del corazón». Va a hablar, sabe que su voz les va a dar miedo. Y que ese miedo les va a gustar, un miedo que también quiere decir «África». Bakhita los saluda, les da las gracias a todos en su mal veneciano y dice: «Me acordaré de vosotros en mis oraciones», y a veces añade: «Deseo veros a todos en el paraíso». Y luego baja del estrado. No quiere, pero es una orden y obedece. («Madre Giuseppina, tres cosas: primero, nada de bastones durante los encuentros; segundo, no dudes en emplear tu dialecto africano;

y, por último, no dudes en acercarte a ellos y en hacer lo que te pidan»). Firma el libro, concede gracias, se sienta junto a los que quieren «aclaraciones», y hasta enseña las cicatrices de los brazos cuando insisten mucho. Con su medalla de la Virgen, bendice a los niños enfermos, y mientras los bendice, reza por todos aquellos a los que ha visto morir, en Sudán y en Italia, y su cariño hacia esos niños que no piden nada es inmenso. Ellos miran a sus madres, esperando que Madre Giuseppina las consuele a ellas también, sobre todo a ellas, y Bakhita desearía abrazarlas con fuerza. Pero eso no se hace.

De esta manera, mezclándose con la multitud, hablando con los estudiantes, los periodistas locales, los curiosos y los sinceros, se entera de lo que sucede en Etiopía.

El 2 de octubre de 1935, en la plaza de Bérgamo, asistió a la reunión en la que todos debían escuchar el discurso del Duce, retransmitido en directo por la radio. Madre Benetti le había enseñado de dónde saldría la voz, los altavoces colgados de los árboles.

—El Duce está en Roma, en su palacio, y aun así va a hablar y aquí vamos a escucharlo. Y será igual en toda Italia, en todas las plazas. Todo el mundo va a oírlo.

—Sí.

—No hay que mostrar incomprensión ni desacuerdo.

—Lo sé.

—No hay que mostrar nada en absoluto. Y lo que no entiendas, te lo explicaré después.

—Sí.

—Apartémonos un poco.

Comprendió más tarde por qué Madre Benetti la protegió de la curiosidad de la gente. Por lo que iba a anunciar ese discurso, era mejor no ser negra y no escucharlo en mitad de toda esa muchedumbre alborozada, era mejor estar sentada un poco más lejos, en un banco, a la sombra de un tilo que la disimulase un poco.

Oyó la orquesta que precedió al discurso, los clamores, el

anuncio de la llegada del Duce antes del Duce, y no olvidará jamás la música de Mussolini. Escuchaba con la atención de quien intenta entender cada palabra y percibe el sentido del discurso. Oía: «Rivoluzione!», «Tutta l'Italia!», «Unitá della Patria!», «Destino!», «Determinazione!», «Tutti uniti!», el tempo lento, irregular al principio, como si la historia que seguía a continuación fuese *in crescendo*, cargada al principio de una pesada lentitud, de frases cortas interrumpidas por los clamores de la muchedumbre, los de la radio y los de Bérgamo haciendo eco, y oía la cólera de la voz del Duce, que llevaba la cólera de todos los italianos en todas las plazas, y luego el discurso cambiaba de ritmo, la historia que contaba se desbocaba, la voz profunda descendía hasta los graves, como un canto de Caruso, y luego se inflaba repentinamente, subía a los agudos, y luego volvía a caer, ronca, cargada de indignación, las fuertes *r* se asemejaban a redobles de tambores, las frases grandes y furiosas, a veces parecía que el Duce iba a llorar, pero se hinchaba de nuevo de una rabia implacable que le daba esa energía aterradora. Y luego Bakhita había oído cómo vociferaba fechas y números que alimentaban la indignación de la multitud agotada y exaltada, cifras que los irritaban y contra las que parecían ir a la guerra. Y se trataba justo de eso. «*La guerrrra!!!*», «*Italia proletaria e fascista!!!*». Los hombres de la plaza se reconocieron en esas palabras como si esas palabras fuesen lo que les había faltado toda su vida. Al final del discurso, sus gritos se confundían con las interferencias de la radio, Mussolini estaba en su interior, su sangre corría por sus venas, su voz resonaba en sus oídos mucho después de haber desconectado los altavoces. Bakhita no sabía qué hacía el Duce cuando acababa de hablar a toda Italia al mismo tiempo, pero en la plaza, desde el banco apartado, había visto estallar la alegría en cantos, gritos, llantos y abrazos entre personas de todas las edades y sexos, y los niños vestidos con la camisa negra, que habían comprendido todavía menos que ella, estaban contentos, pues todos los demás lo estaban. La Italia fascista avanzaba al unísono para reivindicar el espacio vital que le correspondía y vengar las injusticias de las que había sido víctima desde hacía demasiado tiempo. Ya no se contentaría con las

migas del festín colonial. Eso era, el anuncio. Y cuando el Duce había gritado «¡Oh, Etiopía! Llevamos teniendo paciencia cuarenta años, ahora ¡se acabó!», la alegría de los italianos había sido tan violenta como si fuesen a reencontrarse con alguien a quien habían echado de menos y sin el cual les era imposible vivir. Pero se habían echado de menos a sí mismos. Y pensaban reencontrarse luchando contra «esos perros abisinios», pues la colonización los haría ricos y respetados.

Hablando con todas esas gentes tan numerosas que habían ido a escucharla (y a verla más que escucharla, y a tocarla más que solo mirarla), gracias al contacto con los italianos, Bakhita se entera de que Etiopía, ese país tan cercano al suyo, es un país inmoral pero lleno de riquezas sin explotar, como el petróleo, el oro y la plata, el platino, el nitrato, el azufre, el hierro… Hay de todo y todo lo van a devorar, invadir, buscar, excavar, conocen ese país exótico y bárbaro, han visto reportajes aterradores que hablan de la infibulación y del sacrificio de niños, se pasan a escondidas fotos pornográficas prohibidas, las africanas que tientan como el diablo con sus pieles de diablo, Etiopía no solo alberga en su interior innumerables riquezas, también sus fantasías y sus deseos tanto tiempo reprimidos; los vapores que los llevan hasta allí están cargados de soldados, de agricultores, de obreros, de religiosas y de misioneros, pero también de italianas destinadas a los burdeles italianos a fin de que la raza blanca no se cruce y que toda esa virilidad se vierta sin debilitarse en el lugar indicado.

Andrea Fabiani escribe para un simple periódico parroquial y pide, como tantos otros, una entrevista con Bakhita. Le hace repetir lo que ya está escrito en el libro y volver a decir lo que acaba de decirle a la gente. Bakhita habla como si recitase, casi podría contarlo todo en italiano tras haber escuchado tantas veces a Madre Benetti relatar su historia en la lengua oficial, la del libro. Sin embargo, se esfuerza por permanecer atenta a lo que hace, por contarlo como si fuese la primera vez, pero sin el dolor de la primera vez. Andrea Fabiani aprovecha un momento en el que Madre

Benetti se ausenta para hacerle una pregunta a Bakhita, pero tan rápido y tan en voz baja, que no la entiende bien y responde simplemente con una sonrisa apenada que la periodista toma como pudor.

Contuvo sus palabras. Su instinto le dice que son peligrosas. Hay que aproximarse con prudencia. Y es con prudencia como le pregunta a Madre Benetti, en el tren que las lleva de un instituto a otro, qué quiere decir «arsénico».

—¿Arsénico? Es un veneno. ¿Por qué hablas de arsénico?

Bakhita cierra los ojos. Tiene muchísimo calor, le tiemblan las manos en que aprieta el rosario. Madre Benetti cree que está ausente, rezando. Camina por los campos de Etiopía. Cerca de los lagos de peces muertos, de los ríos envenenados y de los cadáveres convulsos. Las palabras de Andrea Fabiani recubren ese paisaje asesinado: «Han gaseado a la población. Gaseado, ¿entiende usted? Los obuses, con arsénico y gas mostaza. El arsénico, usted lo conoce, ¿no es así? Es verdad. Lo he oído en una radio extranjera».

Intenta controlar su dolor. Lo dirige. Lo conduce. Lo guarda. Y por la noche, en la celda del instituto que la acoge, llora. Vive en el caos furioso del mundo. No sabe dónde depositar su indignación.

Lo ha oído por la radio. Conoce las fotos y los dibujos, los periódicos, los anuncios, las postales, lo ha visto domando un león, galopando a caballo, subido a los cañones, manejando un pico, sembrando grano, descamisado mientras batía el trigo o esquiaba, besando a los niños, inspeccionando los ejércitos, y también ha visto ese rostro destacándose sobre el mapa de África, como el suyo en la portada de la *Storia meravigliosa*. Hoy Etiopía es italiana. Va a conocer al Duce en su residencia privada, ese Palazzo Venezia desde el que habla a toda Italia. Hace frío ese 11 de diciembre de 1936, Roma está llena de inmensas plazas y de corrientes de aire, de ruinas y de calles oscuras, su bastón resbala sobre el pavimento congelado y le cuesta andar. Avanza encorvada, sujeta por dos hermanas que la agarran llenas de emoción, como si fuesen íntimas, pero es verdad

que ahora los desconocidos la conocen. Le hablan de su padre, de la noche de su evasión, de la majada, y, cuanto más le hablan de su vida, más se aleja su vida. Cuando hizo todas esas confidencias a Ida Zanolini, ignoraba que se escribiría un libro y que le pedirían que le regalase ese libro a un caudillo. Si hubiera sabido, cuando susurraba en el minúsculo locutorio de Sant'Alvise, que lo que se arrancaba de sí misma se vendería a dos liras por todo el país, seguramente habría guardado para ella lo más íntimo. Habría hablado de los niños. De los esclavos. De los incontables mártires. Pero no de los demás. No de su hermano. De su hermana gemela. De Kishmet. No de los pequeños a los que contaba historias y cantaba canciones. A los niños de su poblado los habría protegido de aquello, del palacio de Mussolini. Avanza encorvada y azotada por el viento helado que silba y la empuja, no ve más que sus pies y su bastón, tiene tres piernas idiotas que se mueven muy mal, y no consigue seguir a la valiente tropa de hermanas misioneras que van a partir hacia Addis-Abeba, curiosas y asustadas por la idea de descubrir pronto ese país salvado por el Duce, y de pronto se detiene. Recupera el aliento. Levanta la mirada. Ahí está, frente a ella, minúsculo. El balcón. Ese desde el que habla. Aúlla. Está dispuesto a llorar y a matarlos a todos, lo sabe, ese hombre que posee la voz del terror, ella la conoce, oh, la conoce muy bien. Está a punto de derrumbarse, las jóvenes hermanas la sostienen: «No se prosterne ahora, Madre, espere a estar delante de él». Se le nubla la vista. El viento se le mete bajo el vestido y le aguijona las piernas tan deterioradas, está escondida con Binah, detrás de un macizo de acacias, se han escapado y escuchan la voz del guardián transportada por el viento, la voz que se aproxima y viene a buscarlas. Y luego, lentamente, el ruido de las cadenas. El aliento de los esclavos. Mira el pequeño balcón en el que flotan las dos banderas italianas. Se gira hacia la hermana misionera y le dice:

—Lo primero que hay que hacer con los niños…

Pero la hermana no la oye, hay demasiado viento y Bakhita habla demasiado bajo, le responde a voces, separando las palabras: —¡¡NO EN-TIEN-DO, DÉ-MO-NOS PRI-SA!! Bakhita sujeta

con fuerza su bastón, sacude la cabeza y vuelve a decir en voz baja, para sí misma:

—Lo primero que hay que hacer con los niños es darles de beber. Y entra, con las misioneras, en la inmensa casa serpiente.

Unos días más tarde, junto a las mismas misioneras, conocerá a Pío XI, será el apogeo de su gira, después de esto cree que regresará a Schio, pero la nombran *portinaia* del Instituto de las hermanas de la Caridad canosianas de Vimercate, cerca de Milán, adonde ya ha ido y en donde las novicias se preparan para ir de misión. Está colocada como un puente entre dos continentes, tranquiliza a los padres que se preocupan al ver partir a sus hijas, tan jóvenes, tan exaltadas y que ignoran tantas cosas. Tienen miedo a perderlas y no les falta razón. Ya puede ser Etiopía italiana, que los etíopes siguen siendo africanos, y sus revueltas son objeto de sangrientas represalias, una fuerza militar ante la que no son nada. Por supuesto, Italia no debe enterarse de esto. Pero no se pueden acallar durante largo tiempo los asesinatos, las deportaciones y los campos de concentración. Los hombres circulan, como el dinero y los fusiles. Hay grietas en los muros para aquel que las quiera ver, como grandes sombras plantadas en el sol del Duce. Y los que vuelven, que hablan o se niegan a contar nada, ellos, y puede que a pesar de ellos, admiten la ofensa. Frente a la buena voluntad de los misioneros, se encuentra el tráfico de hombres y de niños, de las niñas que se compran, se regalan y que luego abandonan en la calle al volver a Italia. Por un lado, el compromiso sincero; por el otro, el pillaje. Mussolini se embriaga con su propio poder, moviliza a sus ejércitos para apoyar a los nacionalistas del general Franco, «para la defensa de la civilización cristiana», tiene hambre y el mundo es suyo, lo quiere todo, es indestructible, está borracho y demente. Pronto viaja oficialmente a Alemania, otro balcón, otro discurso, la misma exaltación del trabajo y de la juventud, la misma hostilidad hacia el comunismo, y resalta con orgullo las similitudes entre el nazismo y el fascismo.

En mayo de 1938, Hitler está en Roma. Poco tiempo después, el tema de la raza aparece en la prensa italiana vinculado a la cuestión judía.

Bakhita permanece dos años en Vimercate. De 1937 a 1939. Sabe que la guerra nunca muere. La guerra es eterna. Ahora es una anciana y así es como se dirigen a ella, como a *la que sabe*. En Vimercate ya no es ese objeto de miedo y curiosidad que podría haber sido. Viene del país hacia el que van los italianos. Las novicias y sus padres le piden. Que rece por ellos, pero sobre todo que los prepare. Ella habla del país de la infancia, que es el mismo para todos, les dice que allí se bendice el día, se respeta la noche y se da gracias a la naturaleza. «Igual que para vosotros, ¿verdad?». Con el padre. La madre. Los que los han engendrado. Y los que esperan para venir al mundo. «Igual que para vosotros, ¿verdad?». Y es justo eso lo que los preocupa. Tienen miedo de reconocerse en las vidas de los africanos y de entremezclase con ellos. Perderse en las esperanzas y los sufrimientos de los demás, tan parecidos a los suyos. Bakhita ha recibido un regalo de valor inestimable. Hace poco, en el monasterio de Cremona, se ha reencontrado con su hermana. Eso han decidido ser la una para la otra, esa posibilidad de que sea verdad. La hermana María Agostina tiene la edad de Kishmet y la misma piel negra del mismo Sudán, el rapto y los años de esclavitud, la misma conversión que Bakhita después de que la comprase el sacerdote Don Biagio Verri, «el apóstol de las niñas esclavas», «el apóstol de las *morette*». Hacía cincuenta y tres años que Bakhita no había visto a una mujer o a un hombre de su color. Hacía cincuenta y tres años que era la aterradora rareza, la única en el mundo. Cuando se acercó a María comprendió, por su piel, sus manos, la manera en que movía el cuerpo, en que miraban sus ojos, que pertenecían a las mismas creencias y a los mismos paisajes, a las mismas caravanas, a los mismos negreros y a los mismos amos.

Comprendió que eran hermanas. Lo habían perdido todo. Les habían arrancado todo. Lo habían visto todo. Y su corazón, sorprendentemente, seguía latiendo. Se abrazaron largo rato, sin una palabra, con tal gratitud que al estrechar la una a la otra cada una se abrazaba a sí misma, a un cuerpo negro infalible, legítimo y sin vergüenza. Se hablaron en una lengua que resurgía, una lengua alegre, dispar y estropeada, rieron y lloraron, con un alivio violento como el amor y como el vacío que tenían en su interior. Había tanto que decirse… y detrás de cada palabra, de cada situación, se encontraba la misma dulzura perdida, la misma barbarie, el principio y el fin, lo que podría haber sido su vida y lo que las había llevado a reencontrarse en un monasterio italiano, la cruz de Cristo en el pecho y la medalla de la Madonna que protege a los niños robados. Después de dos años de gira, el encuentro con la esclava sudanesa convertida en hermana María Agostina fue para Bakhita la señal de que había trabajado bien y que el Paron se lo agradecía. Desde entonces su vida no volvió a ser la misma. Se sintió, quizá por vez primera, digna de Él, y supo que a partir de ahora nada le daría miedo, nada malo ni desconocido podría sucederle. Estaba protegida contra todo.

En julio de 1938 aparecen las leyes raciales que establecen las bases del régimen fascista. Poco después, Giulia, una amiga de Elvira, viaja a Vimercate llevando una carta para Bakhita que deberá quemar en cuanto la lea.

—Léela para mí.

—Pero Madre… acaba de hacerlo usted.

—No la entiendo.

—Sí. La ha entendido bien, por desgracia.

Era al inicio de una tarde seca y cálida, las contraventanas estaban cerradas y en la celda había esa penumbra de las horas de siesta en que reina el sol. Con dedos deformes, Bakhita leía una y otra vez la carta de Elvira, como si quisiese quitarle las arrugas a una tela. O borrar las palabras.

—Hay que quemarla, Madre, se lo he prometido.

—¿Cómo lo sabe ella?

—¿Qué es judía?

—Sí.

—Un amigo de su abuelo fue a advertírselo. Le dijo que su abuela materna, la que la educó, ya sabe, era judía. Es lo que le dijo.

—Pero ella creció con nosotros, en Schio. Creció con los católicos.

Giulia le dijo que tenía que irse, pero que volvería para darle noticias en cuanto tuviese, en cuanto Elvira estuviese a salvo en Suiza, en donde, como decía, la esperaba su madre.

—Rece por ella, Madre.

—Sí. Y por todos los demás.

Giulia se levantó para marcharse, Bakhita cogió su bastón.

—No hace falta que me acompañe, Madre.

Bakhita abrió la puerta y agarró del brazo a Giulia. El convento estaba silencioso, caminaron lentamente a lo largo del pasillo en el que las cortinas palidecían por el sol y contra las que se oía el zumbido de las moscas y de las avispas atrapadas en las trampas de sus pliegues. Bakhita se detuvo para recobrar el aliento y le pidió a Giulia que abriese la ventana. El aire quemaba y daba la sensación de que, en lugar de haberse asomado al exterior, acababan de entrar en una habitación recalentada.

—Mira, es Milán. Es hermoso.

—Sí, Madre.

—Sin embargo, los hombres se esconden. ¿Ves?

Giulia miró largo y tendido, pero estaban demasiado lejos de Milán como para distinguir algo más que las agujas de la catedral, los tejados enmarañados y las terrazas de la ciudad.

—Perdón, Madre, pero no veo nada.

Bakhita se giró hacia ella.

—Eso es porque están bien escondidos.

Sonrió como si hubiese hecho un chiste, pero no lo era. Depositó una mano en el corazón de Giulia.

—Aquí es donde se esconden los hombres. En la fuerza. Díselo a Elvira. La fuerza.

Y luego volvió a su celda, y su respiración se confundía con los zumbidos de las avispas y las moscas. Sabía. Aquí, en Vimercate, entraba el mundo. La radio, los periódicos, las discusiones de los unos y los otros. Todo se sabía. Era un mundo en llamas. *Il Giornale d'Italia* había publicado un artículo, «El fascismo y el problema de la raza», en el que diez científicos habían establecido que los italianos eran, en su inmensa mayoría, de origen ario y que conformaban una civilización aria. El manifiesto animaba a los italianos a «declararse con toda honestidad racistas» y afirmaba que los judíos eran el único pueblo que nunca había sido asimilado en Italia. Así que volvió el gran miedo. El miedo de la «raza superior» hacia las «razas inferiores»: los judíos y los negros. Los primeros eran depravados, los segundos infantiles, y ambos amenazaban la pureza del país. Había que enseñar a los niños que eran superiores a los negros y racialmente diferentes de los judíos, y el ministro de educación nacional afirmaba el carácter «eminentemente espiritual» del antisemitismo fascista. Los periódicos y las revistas transmitían el mensaje publicando caricaturas y artículos satíricos, las portadas de la revista *La Difesa della Raza* los mostraba juntos, a negros y judíos, aliados contra Italia, se publicaban fotos de negras con los pechos desnudos, judíos con la nariz ganchuda agazapados detrás de un bebé blanco que hacía el saludo romano, una estatua romana con una mancha negra sobre la que se encontraba la estrella de David, y muchas otras cosas, la mujer negra y el hombre judío siempre confabulando, y mientras se enviaba misioneros a Etiopía, se excluía a los judíos de las universidades, de los colegios, de la mayoría de las profesiones y del espacio público.

Ese día, Bakhita no quemó la carta de Elvira. La llevó pegada al cuerpo, entre la piel y su hábito de monja. Ahí donde su corazón latía con la fuerza que le quedaba, y su oración se dirigía tanto hacia el Paron como a sus hijos, esa familia destrozada, cruel y perdida, que se adentraba en el desastre y el odio.

Tiene setenta años, el tren que toma es el último, lo sabe. La llevan de vuelta a «su hogar», en Schio, y le dicen que ahora va a descansar. No cree que sea verdad. Nadie descansa en tiempos de guerra. Italia lucha junto a Alemania, una guerra que los gobernantes, una vez más, anuncian rápida y fácil. Los hombres leen la hora en los relojes y los calendarios, ven el mundo dibujado en un atlas o desde los aviones. Bakhita cree que los hombres lo miran todo desde demasiado lejos. Sabe que va a ser largo. Todavía más que la propia guerra. Va a llegar y va a echar raíces, la masacre de los vivos transmitirá el sufrimiento a su descendencia, y ¿quién consolará a esos niños de la paz que cargarán con el invisible dolor de sus padres? Hay en el universo un recuerdo y una huella que no se borran. Nada se inventa. Y nada se borra. Piensa en Elvira, de la que no tiene noticias, piensa en las jóvenes misioneras extraviadas entre el amor de Cristo y el miedo de los pueblos «bárbaros». Ha atravesado numerosos años y numerosos países, y siempre ha visto el mismo paisaje, el de los hombres perdidos, las madres desposeídas y los niños sin inocencia. El tren frena con fuerza, chirría largamente y se para de golpe. La maleta cae a sus pies, la hermana que la acompaña se precipita, preocupada, ¿está bien?

—Sí, estoy bien.

El tren no retoma la marcha. Se abren las ventanas. Hace calor. Bochorno. El tiempo va a cambiar. Sería bueno que lloviese, que estallase el cielo. Han abierto las puertas y algunos viajeros han bajado a los campos. Bakhita oye las llamadas, los rumores.

—Es una cierva…

—Sí. Lleva tiempo retirarla.

—Pero ¿a qué esperan?

Todo el mundo habla y se entromete. Bakhita permanece sentada. Le zumban los oídos con continuos pitidos. Cada vez le pasa más: interferencias entre el mundo y ella. No hay nada que hacer. Y de pronto llueve. Grandes gotas de agua caliente que levantan los olores de la tierra. Los niños tienden los brazos hacia fuera. Los regañan y cierran las ventanas. El aire es asfixiante. Y siguen sin retomar la marcha.

—Pero ¡muevan al animal!

—¿Qué demonios están haciendo?

El disparo es seco. Aniquila los zumbidos de Bakhita, y repentinamente reina un silencio sorprendido al que sigue de inmediato una gran excitación.

—Pero… ¿qué?

—Bueno, entonces, ¿qué pasa?

Y el tren echa a andar. Los viajeros se han vuelto a subir a toda prisa, empapados por la lluvia, se ríen mientras se quitan el sombrero y sacuden las ropas. Han tenido miedo, pero no era nada. Era imposible apartar a la cierva sin matarla. Se había roto las patas. Un niño rompe a llorar de pena, su madre le da un beso y un trozo de pan. Sentado sobre sus rodillas, mira a Bakhita. A la anciana con el rostro quemado. Ella sonríe a ese niño que acaba de entrar en la guerra.

Ella en cambio está entrando en la vejez. En Schio ya no tiene ni función ni horarios fijos. Se encuentra en la miseria que da la enfermedad. Tiene los dedos deformados por la artritis y la sinovitis, las muñecas rojas, hinchadas por los edemas, las rodillas, las caderas, los hombros, todo se agarrota y se aprieta, está presa del dolor y, poco a poco, por efecto de las cataratas, va perdiendo la vista. Se extravía por los pasillos, se sujeta a las paredes, se dirige hacia los ruidos, pero le silban los oídos y todo se entremezcla, las referencias se difuminan. Su cuerpo se retira, su espíritu vela. Vive en el convento lo que viven todas las hermanas envejecidas y enfermas, rezando y preparándose para lo que viene. La noche. O el día. Camina lentamente por el instituto, de un lado a otro. Se afana

peinando y lavando las manos a las alumnas que llegan sucias y abandonadas, les ofrece su ración de pan, su fruta, a las que tienen hambre y lo esconden, esas niñas fatigadas que se mantienen apartadas para ver jugar a las demás con el aire perplejo de quien va a la deriva. Lava a mano cada día los manteles y los paños de la sacristía. Ordena el refectorio. Hace punto, cose, remienda y borda, y nadie se atreve a decirle lo feos que son sus trabajos, pues ve mal y tiene los dedos tan deformados que se diría que van a romperse, a quebrarse como un palillo. Le hacen visitas, en la calma del locutorio o en su habitación, y poco a poco se da cuenta de que, casi ciega, posee una clarividencia sorprendente: anuncia la recuperación de alguien cercano, predice el nombramiento de una religiosa o, sencillamente, el lugar en que se encuentra una carta extraviada. Tiene setenta y tres años cuando se cae la primera vez. Y luego otra vez. Y otra y otra. El sacerdote ante el que se derrumba le pide que no vuelva a hacerlo, que nunca más se prosterne a la oriental ante él. Ella le pide que la ayude a levantarse. Pronto la tienen que llevar en una silla de ruedas, una silla grande de madera que se le parece, oscura y rígida, incluso alguna vez la llevan a misa y luego no la traen de vuelta y se queda encorvada en su silla, olvidada en la iglesia. Pronto le falta el aire. Sufre de bronquitis asmatiforme y la reconocen por el ruido que hace, su silla de ruedas cruje, le silba la respiración, tose, y escupe en un pañuelo que tiembla entre sus manos. Cada vez son más frecuentes sus estancias en la enfermería. Ya no sabe en qué posición estar. Tumbada es imposible. Quedarse sentada le destroza la caja torácica, su busto se desliza lentamente y se derrumba, le estiran las piernas por fuera de la cama, sobre una silla, pues padece de elefantiasis. Las hermanas acuden para hacerle compañía, y Bakhita las manda de vuelta, tiene demasiado miedo de que la enfermera crea que no se ocupa bien de ella y que eso la aflija.

El 8 de diciembre de 1943 celebran sus bodas de oro, sus cincuenta años de vida religiosa, se otorgan un día de paz en el estruendo de la guerra. Después de la misa se queda sentada, silenciosa, en un rincón del refectorio, mirando a los presentes. Ha

venido mucha gente para celebrar su jubileo, y no solo está de fiesta el instituto, sino toda la ciudad. Bakhita ha pasado cincuenta años con las hermanas y la mayoría de ellas le parecen muy jóvenes ahora, ¿qué las empujó a ellas a afirmar un día «No salgo. Me quedo»? Nunca tendrán hijos. Ni deberán encariñarse con nadie. Ni tener posesiones. Deberán obedecer en todo. «No salgo. Me quedo». La prisión está fuera. Estar en el convento significa ser libre. Hay reglas, difíciles, duras y a veces injustas. Pero esas reglas tranquilizan y ayudan a caminar, Bakhita lo sabe: el convento está en el interior. Está dentro. Eso no se entiende de inmediato. Hacen falta años para encontrar su lugar. Las ve, a las novicias y a las jóvenes religiosas, a las que se arrepienten un poco y a las que ya están cansadas, a las que están tan radiantes que tienen la piel invadida por la luz; viven juntas día y noche y a veces les cuesta aguantarse, surgen molestias, rivalidades y amistades que no tienen derecho a nacer. El afecto se convierte en pequeños gestos, alguna confidencia de vez en cuando, como las que recibe Bakhita. Las hermanas le hablan, hay cosas que se declaran más fácilmente a una mujer que a un confesor, y la Moretta que lo ha visto todo puede oírlo todo. Bakhita mira a esas gentes que han venido por ella, se encuentra presente y retirada al mismo tiempo, imponente y discreta. Le habría gustado que Elvira compartiese ese momento. No tiene noticias, pero sabe que los judíos ya se han deslizado al borde del mundo, y presiente lo que va a suceder. No es una vidente, como creen. Sencillamente, conoce un poco el mundo. Sabe que lo que nos va a suceder está marcado en nosotros. Y lo que le va a suceder al mundo está escrito. Nunca volverá a ver a Mimmina, ni a Elvira. Formarán parte de esa pequeña parte de sí misma que le arrancaron como se arranca la piel inflamada, dolorosa y perdida.

Comienzan los saqueos. Ya no raptan a los negros, sino a los judíos. Antes de reunirse con los Aliados en Sicilia, el rey ordenó detener a Mussolini, Hitler lo liberó y, bajo su control, dirige la República nazi-fascista de Saló, en el norte del país. En septiembre partió el primer convoy de deportados hacia Auschwitz.

Las bombas se abatieron sobre el mundo, sobre Italia y sobre Schio. Bakhita nunca quiso que la trasladaran a los refugios. Decía que ninguna bomba caería sobre el instituto, pero que había que proteger a las niñas. Se quedaba en la casa, como una guardiana, una anciana quebrada que escuchaba el fragor de los ataques. Hubo muertos, heridos, terribles destrucciones cerca de *la Alta Fabbrica*. El cielo aterrorizaba a las niñas. ¿A quién podría enseñar ahora la belleza del mundo a través de la ventana abierta? La noche había invadido el día. Rezaba por que las pequeñas no tuviesen demasiado miedo abajo, en los sótanos, por que no se volviesen demasiado frágiles ni amargadas ante la vida que tenían por delante. Suplicaba: «Señor, dales la fuerza». Y se preguntaba quién era el que decidía que se podía dejar morir a los niños. Quién decidía las matanzas de tanta criatura. A las niñas que chillaban cuando oían el ruido de los aviones les decía: «Querida, ese ruido es el de la carreta, ¿oyes?». Y es verdad que en el estrépito de los aviones se reconocía el paso de los caballos sobre los adoquines. «No hay que tener miedo de las carretas, pues siempre se marchan, ¿lo sabes, querida?». Y las niñas miraban sin responder a esta anciana arrugada, retorcida y negra, que tenía un aspecto tan pobre y tan poderoso. La creían y bajaban a los refugios, «hasta que la carreta pase». Después de los bombardeos, Bakhita preguntaba: «¿Cómo les ha ido a las niñas? ¿Alguien les ha contado alguna historia? ¿Alguien les ha cantado una canción?».

Y luego volvió la paz. A un mundo apagado. Cincuenta millones de muertos. Y tantísimos desaparecidos. A veces Bakhita soñaba con Elvira, la confundía con otras, con su hermana gemela, o con esclavas que creía haber olvidado y que se le aparecían en sueños con

nombres precisos y caras que reconocía. Sabía que venían a buscarla. Que se había acabado. Esta vez era el final de su vida. Vivía ya más intensamente en sus sueños que en la habitación de la enfermería en la que la vigilaban día y noche. Se le había hinchado la lengua, su respiración menguaba, sus miembros hinchados de agua le estiraban las cicatrices, parecía que su cuerpo estaba a punto de rasgarse. Era como una apoteosis del sufrimiento después de toda una vida combatiéndolo. ¿Era capaz de oír las oraciones que murmuraban a su lado y las palabras de compasión? ¿Sabía que no estaba sola?

Una noche, tumbada sobre su cama, notó los pies sobre la arena; estaba caliente, escurridiza y suave. Volvía a sentir sus piernas delgadas, sus piernas de niña caminando. Volvía a sentir la angustia y el peso de la angustia. Y gritó:

—¡Las cadenas! ¡Las cadenas!

Y su grito era tan débil que la hermana que velaba por ella se acercó.

—¿Qué dice usted, Madre? ¿Qué cadenas? ¿Madre?

—Pesan demasiado…

La hermana le tomó la mano, tenía un poco de miedo a esas palabras. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía decir? «Tiene fiebre…», «Se va…», «¡Dios mío!»…

Las oraciones comenzaron junto a la cabecera de Bakhita y se prolongaron dos días y dos noches. Las hermanas le mojaban los labios con un poco de agua, le agarraban la mano, como si le diesen a la anciana lo que la niña tanto había necesitado. Bakhita había recibido la extremaunción, el convento velaba, se habían suspendido las clases, se practicaba el ayuno, los empleados de Lanerossi pararon para recogerse en oración, y en la iglesia los habitantes de Schio se turnaban día y noche para rezar. La ciudad entera estaba a su alrededor, unida en la espera de lo que iba a acontecer. Se había avisado a las hermanas de Venecia, a Ida Zanolini y a los hijos de Stefano. A todos los institutos a los que se había desplazado. A los orfanatos, a las misiones y a los conventos. La proximidad de su

muerte les daba a todos ganas de callar, de ponerse por primera vez a su ritmo, un ritmo interior ligado al mundo, y entendían que Bakhita había traído consigo más que una vida.

—Mamma! Oh! Mamma…

Las hermanas se acercaron, Madre Giuseppina había gritado, pero ¿qué había dicho? Su voz rasgada parecía proceder de otra, y no habrían sabido decir si expresaba alegría o terror. Su agonía era su último combate.

—Creo que ha llamado a la Madonna.

—¿Qué?

—¡Te digo que la Madre ha llamado a la Virgen Santa!

Esto se propagó por el convento, el instituto, la ciudad y las otras ciudades: en su agonía, Madre Giuseppina había visto a la Santa Madonna. Ahora era feliz. Entonces todos se inclinaron. Encendieron otros cirios a los pies de la Virgen. Y el órgano tocó el *Ave Maña*.

Ella no lo oía. Ya no oía ni veía nada. Solo a su madre. Que permanecía detrás de ella. Con mano ágil, le ponía en el pelo trenzado pequeñas perlas de colores que procedían de su propia madre, y de aún más lejos, de todas las mujeres de esa familia *dayu* que vivía junto al borde del río desde hacía tanto tiempo. Notó la boca de su madre en la nuca, unos labios frescos, mojados, que antes de besarla le habían mordido su piel tan nueva y le habían susurrado al oído, de una manera única, alegre y perfecta, el nombre que le puso al nacer.

El sábado 8 de febrero de 1947, a la edad de setenta y ocho años, Madre Gioseffa Margherita Fortunata María Bakhita muere en Schio. El domingo trasladan sus restos a una capilla ardiente. Durante dos días, la procesión para verla es interminable.

El martes 11 de febrero, tras una misa en la capilla del instituto, recibe sepultura en el cementerio de Schio, en la tumba de la rica familia Gasparella, en señal de agradecimiento.

En 1955, la Iglesia inicia el proceso ordinario de información con vistas a su beatificación.

En 1969, su cuerpo es exhumado y transferido a la capilla del Instituto de las Hijas de la Caridad canosianas de Schio.

El 1 de diciembre de 1978, Juan Pablo II firma el decreto de sus virtudes heroicas. Tras una investigación, se considera a Bakhita como venerable en razón de sus heroicos esfuerzos para vivir el Evangelio y ser fiel a la Iglesia.

El 6 de julio de 1991, Juan Pablo II firma su decreto de beatificación.

El 17 de mayo de 1992, Juan Pablo II declara beata a esta mujer que ha dejado «un mensaje de reconciliación y de perdón evangélico en un mundo tan dividido y herido por el odio y la violencia».

En 1995, Juan Pablo II la declara patrona de Sudán.

El 1 de octubre de 2000, Juan Pablo II la declara santa. Bakhita se convierte de esta manera en la primera santa sudanesa y en la primera mujer africana en ser elevada a la gloria de los altares sin ser mártir. Juan Pablo II dirá al respecto: «Solo Dios puede dar

esperanzas a los hombres que son víctimas de cualquier forma de esclavitud, ya sea antigua o nueva».

Para proclamar a una persona beata o santa, la Iglesia exige a quienes no han sido mártires un milagro para la beatificación y otro para la canonización.

El primer milagro reconocido a Bakhita concierne a Angela Silla, hermana canosiana de Pavía, quien en 1947, la víspera de la operación en que van a amputarle la pierna, se cura de una tuberculosis en la rodilla después de haberle rezado a la difunta Madre Giuseppina Bakhita.

El segundo concierne a Eva da Costa, una brasileña a la que en 1992, gravemente enferma de diabetes, hay que amputarle la pierna derecha. Fue sanada por sus oraciones a la beata Madre Giuseppina Bakhita.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Odile Blandino, que ha seguido y animado mi trabajo con una amistad solícita, alegre e incansable.

Gracias a Elena Vezzadini, que respondió con infinita paciencia a mis preguntas sobre la esclavitud en Sudán a finales del siglo XIX.

Gracias a las hermanas canosianas de Schio y de Venecia por su acogida y su escucha.

Gracias a las hermanas salesianas de Venecia por haberme abierto las puertas del convento del Dorsoduro.

Gracias a Claire Delannoy, a Richard Ducousset y a Francis Esménard por su confianza y su presencia.



VÉRONIQUE OLMI: Nació en Niza (Francia) en 1962. Tras estudiar arte dramático con Jean-Laurent Cochet trabajó como asistente de escena de 1990 a 1993. Ha participado como actriz en más de una decena de obras dramáticas. Es cofundadora del festival de teatro «Le Paris des femmes», iniciado en 2012.

Como autora ha escrito doce novelas, dos libros de relatos y nueve piezas teatrales. En 2001, con su primera novela titulada Bord de mer, obtuvo el Premio Alain-Fournier. En 2011, con Cet été-la, ha sido galardonada con el Premio Maison de la Presse.

Notas

[1] En la transliteración del árabe al castellano, el sonido *kh* debe leerse como una jota. Se pronuncia, pues, *Bajita*. Y, efectivamente, en árabe *Bakhita* significa «la Afortunada» (N. del T.). <<

[2] ¡Adelante! (N. del T.). <<